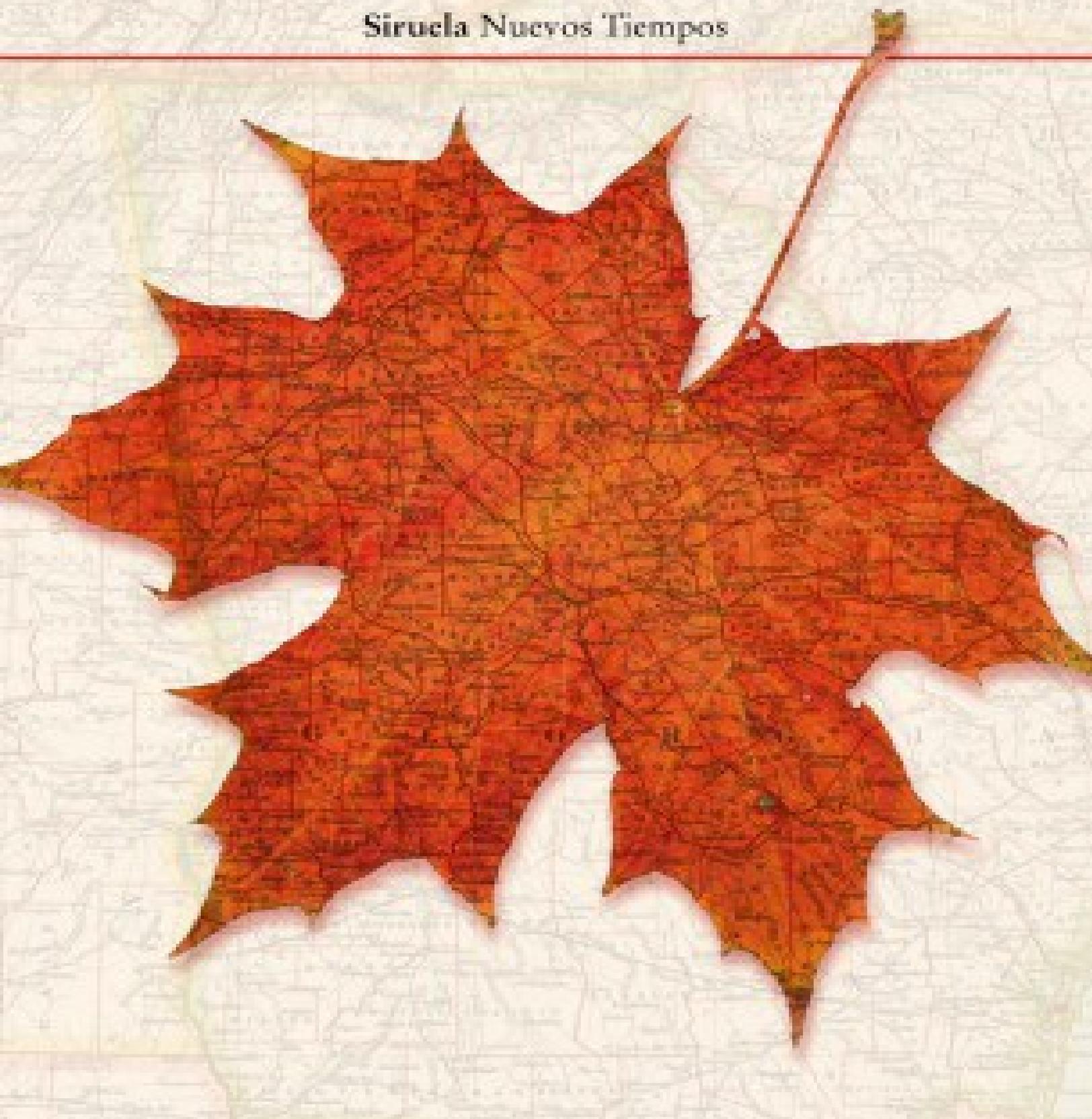


UN PIE EN EL PARAÍSO

Ron Rash

Sirucla Nuevos Tiempos



Oconee, condado rural de los Apalaches, principio de los años cincuenta. Un antiguo territorio cheroqui está a punto de ser de nuevo arrebatado a sus legítimos pobladores: la compañía eléctrica Carolina Power ha adquirido todas las tierras del valle para construir una presa, un inmenso lago que anegará por igual granjas y cultivos. Sin embargo, una inclemente sequía castiga ese verano y el maíz y el tabaco crujen bajo los pies en los agostados surcos. El *sheriff* y veterano de guerra Will Alexander es el único en kilómetros a la redonda en haber pisado una universidad, pero ¿de qué sirve eso si no se es capaz de encontrar un cuerpo? El de Holland Winchester, que no regresó a casa a mediodía y cuya madre oyó un disparo en la propiedad vecina...

Un pie en el paraíso es en esencia, como todas las grandes novelas, una historia de amor y de muerte. Telúrica, elemental, resonante de parábola y símbolo, el relato se despliega ante el lector con la límpida cadencia de una prosa que, desde sus inicios, ha identificado a quien seguramente sea el máximo exponente en activo de esa peculiarísima tradición narrativa que sigue alimentando el sur de los Estados Unidos.

Ron Rash

Un pie en el paraíso

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: agosto de 2018

Título original: *One Foot in Eden*

En cubierta: mapa de Antiqua Print Gallery / Alamy Stock Photo; hoja de
©iStock.com / ILLYCH

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

©Ron Rash 2002, published in agreement with the author c/o Marly Rusoff
Literary Agency, Bronxville, New York, USA

©De la traducción, Pablo González-Nuevo

©Ediciones Siruela, S.A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S.A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17454-89-0

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice de contenido

Cubierta

Un pie en el paraíso

EL *SHERIFF*

LA ESPOSA

EL MARIDO

EL HIJO

EL AYUDANTE DEL *SHERIFF*

Sobre el autor

Notas

El autor quiere dar las gracias a Marlin Barton, Frye Gaillard, Tom Rash, Amy Rogers y Robert West por su valioso apoyo durante la escritura de este libro.

Para Bill Koon

*Con un pie en el paraíso,
miro hacia el otro lado.
El gran día del mundo se acaba,
y qué extraños esos campos que hemos cultivado
durante tanto tiempo con semillas de amor y odio.*

EDWIN MUIR

EL SHERIFF

Había tenido lugar un altercado al norte del estado, en un bar de carretera llamado La Frontera, y Bobby vino a mi casa porque no se atrevía a ir solo hasta allí. No podía culparle por ello. Una insignia, especialmente la de ayudante, puede no ser suficiente en algunas ocasiones. El lugar estaba frecuentado por una clientela ruda y violenta, cachorros procedentes de Salem y Jocassee compartían jaula con muchachos que bajaban desde Carolina del Norte. Esos eran los altercados habituales, los de muchachos de Carolina del Norte que peleaban con los de Carolina del Sur.

Yo había empezado a leer un buen libro sobre los indios cheroquis, pero en cuanto Bobby llamó a la puerta supe que aquella noche ya no leería ni una línea más.

—Espérame en el porche fumando un pitillo —le dije—. Me visto en un minuto.

Janice no abrió los ojos cuando entré en el dormitorio a coger los zapatos y el uniforme. La lámpara seguía encendida, y a su lado, en la mesilla, había un libro titulado *Historia de Charleston*. Miré a Janice, con sus pómulos marcados y sus gruesos labios, y la silueta de sus pechos bajo el camisón, y a pesar de todo lo que había ocurrido —y de lo que no había ocurrido— durante nuestro matrimonio sentí que el deseo crecía en mi interior igual que un mal hábito del que uno no consigue librarse. Apagué la lámpara.

Bobby y yo seguimos la carretera en dirección a las montañas. Las luces de las pocas granjas que dejábamos atrás estaban apagadas y ni siquiera la luna brillaba en el cielo. La oscuridad, profunda y silenciosa, se aplastaba contra las ventanillas, y no pude evitar pensar en el futuro, cuando la mayor parte de esta tierra quedase sumergida bajo las aguas.

—Uno se siente solo en noches así, *sheriff* —dijo Bobby, como si me hubiera leído la mente.

Bobby encendió un Chesterfield, y su cara se iluminó durante un instante antes de volver a sumirse en la oscuridad.

—Es difícil espantar a los fantasmas en una noche como esta —dijo Bobby—; al menos eso es lo que siempre decía mi madre.

—¿De modo que hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que imaginamos?

—¿Qué? —dijo Bobby.

—Espíritus. ¿Crees en ellos?

—Yo no he dicho eso. Simplemente he recordado lo que decía mi madre.

La pelea había terminado cuando Bobby y yo llegamos a La Frontera. Las víctimas estaban repartidas por las escasas sillas que habían quedado en pie después del altercado, aunque algunos seguían tirados por el suelo entre botellas de cerveza, colillas de cigarrillos, sangre y dientes. Era lo más cerca que había estado de la guerra desde que regresé del Pacífico. Les enseñé la placa. Después atravesé el campo de batalla y me dirigí a la barra.

—¿Cómo empezó todo esto? —le pregunté a Bennie Lusk.

Bennie sostenía la fregona a la espera de que los últimos hombres que estaban tendidos en el suelo se levantaran para poder limpiar la sangre y la cerveza.

—¿Que cómo empezó? —preguntó Bennie.

Movió la cabeza señalando la esquina donde Holland Winchester estaba despatarrado en una silla, como un boxeador descansando entre dos *rounds*, un boxeador en plena pelea con Jersey Joe o con Marciano. Holland tenía la nariz hinchada y torcida hacia un lado de la cara y una brecha abierta en mitad de la frente como un tercer ojo. Sus puños, heridos e hinchados, descansaban apretados sobre la mesa. Llevaba puesto su uniforme, y, de no haber sabido que Holland estaba sentado en un bar de carretera en Carolina del Sur, de no haber visto los carteles encendidos de Falstaff y de Carling Etiqueta Negra brillando en las paredes del local, cualquiera habría pensado que aún estaba en Corea esperando en la enfermería a que le cosieran y vendaran las heridas.

—¿A cuánto crees que ascenderán los daños? —le pregunté a Bennie.

—Con 10 será suficiente.

Bobby y yo nos acercamos a Holland.

—*Sheriff* —dijo, mirándome con la cara destrozada—, parece que ha llegado tarde para unirse al jaleo.

—Eso parece —asentí—. Tú, sin embargo, te has llevado una buena ración.

—Sí —advirtió Holland—. A veces, cuando un hombre sufre por dentro, una buena pelea puede ayudarle a sentirse mejor.

—No entiendo a qué te refieres —repuse—. Lo único que sé es que has causado unos buenos destrozos en el establecimiento del señor Lusk.

—Eso parece, sí —observó Holland mirando a su alrededor como si acabara de darse cuenta.

—Sé lo que es regresar de una guerra —comenté—. Hace falta tiempo para reintegrarse. Dale 10 dólares al señor Lusk y ahí queda todo.

—No hay problema, *sheriff* —convino Holland.

—La próxima vez acabarás en la cárcel —dije sonriendo, pero mirándole directamente a los ojos para que supiera que hablaba en serio.

—Eso ya lo veremos —replicó Holland.

También él sonrió, pero sus oscuros ojos castaños se habían vuelto tan fríos e inexpresivos como los míos.

Se sacó del bolsillo una bolsita de cuero y un rollo de billetes y los dejó sobre la mesa.

—Ahí tienes, ayudante —dijo Holland mirando a Bobby mientras sacaba un billete de 5 y otros cinco de 1 dólar—. Llévale ese dinero a Bennie.

Bobby se puso rojo.

—Yo no recibo órdenes tuyas —contestó Bobby.

Por un instante estuve a punto de esposarlo, pues estaba tan seguro como de que hay sequía en agosto de que pronto tendríamos otro encontronazo con Holland y esa vez él no vendría por las buenas.

—Llévale el dinero a Bennie —ordené.

Bobby estaba que echaba humo, pero cogió los billetes.

Holland se guardó el resto del dinero en el bolsillo.

—Mire esto, *sheriff*.

Holland abrió la bolsita de cuero y la sacudió hasta vaciar su contenido sobre la mesa. De ella cayó una Estrella de Oro y después otra cosa.

—¿Sabes lo que son? —preguntó Holland, mientras volvía a guardar la Estrella de Oro en la bolsa.

Miré lo que parecían ocho higos secos. Sabía lo que eran en realidad, pues había visto ese tipo de cosas en el Pacífico.

—Sí —le dije a Holland—. Sé lo que son.

Holland asintió.

—Eso es, *sheriff*. Usted debe saberlo. Estuvo en la Segunda Guerra Mundial.

Holland cogió una y me la enseñó.

—¿Cree usted que estas orejas aún pueden oír?

—No —contesté.

—¿Está seguro?

—Sí —respondí—. Los muertos ni oyen ni ven.

—¿Y qué hacen, *sheriff*?

—Simplemente desaparecen.

Holland puso la oreja con el resto y las dejó sobre la mesa como si fueran su apuesta en una partida de póquer.

—Algunos decían que era algo terrible arrancarle la oreja a un muerto —dijo Holland—. Según lo veo yo, quitarle la vida a alguien era mil veces peor, y, en cambio, a mí me dieron varias medallas por ello.

Holland cogió las orejas una por una y las guardó en la bolsita.

—Estas pequeñas me impedirán olvidar lo que hice allí. No me tomo a la ligera el haber matado, pero tampoco temo reconocerlo. Lo único que hice fue obedecer órdenes.

Holland se guardó la bolsa en el bolsillo.

—¿Qué fue lo que se trajo usted, *sheriff*? —preguntó Holland.

—Una espada y un rifle —respondí—. Nada parecido a lo que tú tienes ahí guardado.

Entonces Holland Winchester pronunció las últimas palabras que le oí decir.

—Cuando empiezan los tiros, a algunos se les da mejor salvar el pellejo, ¿no cree, *sheriff*?

Esas fueron las palabras que recordé, dos semanas más tarde, cuando Bobby interrumpió mi almuerzo.

—Holland Winchester ha desaparecido —dijo Bobby—. A su madre se le ha metido en la cabeza que lo han matado.

Bobby parecía esperanzado.

—No creerás que somos tan afortunados, ¿verdad? —comenté.

—Probablemente no —respondió Bobby, mientras el tono esperanzado de su voz daba paso a un notable fastidio—. La camioneta de Holland está en la granja. Dudo que pudiera llegar a ningún bar desde allí sin ella. Tal vez esté durmiendo la mona en algún rincón. Quizá junto al río. Le dije a la anciana que nos llamara si aparecía.

—Esperaremos un par de horas a ver si vuelve a casa —resolví—. Si no, subiré y echaré un ojo por allí a ver qué pasa.

Janice, sentada a la mesa de la cocina, dio un ligero respingo cuando dije lo de «echar un ojo» («jerga de paletos», lo llamaba Janice). Sin embargo, así hablaba la mayoría de los habitantes del condado de Oconee. La gente se tranquiliza cuando le hablas, y un *sheriff* pasa mucho tiempo intentando que la gente se tranquilice.

Janice llevaba una falda azul oscuro y una blusa blanca. Aquella tarde tenía otra reunión, con las amigas de la biblioteca, la HRA^[1] o algo por el estilo.

—Nos han notificado la desaparición de una persona en Jocassee —comenté—, así que quizá no esté de vuelta a la hora de la cena.

—Está bien —respondió Janice sin levantar la vista de la mesa—. De todas formas, yo tampoco estaré aquí. Franny Anderson me ha invitado a cenar con ella después de la reunión.

Me agaché para besarla.

—No —replicó—. Me estropearás el pintalabios.

Volví a la oficina y esperé a que llamara la madre de Holland. Como nadie llamó, subí al coche patrulla y cogí la autopista 288 hacia Jocassee, en dirección al que años atrás había sido mi hogar. Según la radio hacía más de 38 °C al sur del estado, en Columbia. La canícula golpeaba con fuerza, decía el locutor. Aunque conducía con la ventanilla bajada, tenía la camisa pegada

a la espalda desde que salí del pueblo. El aire estaba cargado de humedad, y el trazado de la carretera era sinuoso. A ambos lados del camino había carteles de la campaña electoral clavados en el suelo como palos de tomateras. Algunos eran del general Eisenhower o Adlai Stevenson^[2], e incluso vi uno de Strom Thurmond. La mayor parte eran de candidatos locales, incluidos un par de ellos con mi nombre.

El desnivel era cada vez mayor y sentí cómo aumentaba la presión en mis oídos hasta que abrí la boca. La carretera rodeaba el monte Stumphouse, y al otro lado de los quitamiedos pintados de color plata la tierra desaparecía como en esos viejos mapas europeos de los tiempos en que se representaba el mundo aún por explorar. De haber estado a finales de otoño o en invierno habría visto una blanca columna de agua cayendo desde el extremo de la garganta, una cascada en la que habían perdido la vida dos personas en los últimos veinte años.

El terreno se hizo más llano y de repente aparecieron las montañas. La vista me pilló desprevenido igual que me ocurría siempre. Que el paisaje pudiera cambiar tan bruscamente en cuestión de pocos kilómetros nunca dejaba de sorprenderme. Seguía haciendo calor, pero la agobiante humedad se había reducido. Cada vez había menos pinos, que eran reemplazados por fresnos y robles. También la tierra era diferente —ya no era roja, sino negra, y más rocosa y difícil de cultivar para ganarse la vida—.

Las culebras negras que colgaban muertas de los cercados me confirmaron lo que ya suponía, que el maíz y el tabaco se marchitaban en los campos. Aquí había llovido tan poco como en Seneca. Pensé en cómo estarían las cosechas de mi padre y de mi hermano, aunque imaginé que no estarían mucho mejor. Salí de la carretera al llegar a la tienda de Roy Whitmore y aparqué junto a la señal que decía: «ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA REPOSTAR EN 30 KILÓMETROS». Pasé junto a unos tipos que mataban el tiempo sentados en cajas de Cheerwine y Double Cola. Con sus cabezas calvas y sus cuellos arrugados parecían tortugas tomando el sol en tocones de árboles muertos. Los hombres me saludaron al verme llegar pero la canícula les había quitado las ganas de hablar. Metí la mano en el enfriador de bebidas del porche de entrada y el hielo me dejó los dedos insensibles antes de que consiguiera pescar una botella. Aunque no tenía sed, no me pareció correcto

entrar sin comprar nada. Cuando entré, el local estaba mucho más oscuro, pero no más fresco.

La tienda tenía más o menos el mismo aspecto de siempre. El mostrador delantero estaba repleto de todo tipo de artículos, desde anzuelos de pesca Eagle Claw hasta analgésicos Goody. Sobre el mostrador había un gran tarro de encurtidos con huevos en vinagre que se apretujaban contra el cristal como enormes globos oculares. Junto a la caja registradora había otro tarro lleno de barras de regaliz negro.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó Roy sonriendo mientras salía del mostrador para estrecharme la mano.

Hablamos de cosas sin importancia durante unos minutos. En cuanto mis ojos se acostumbraron a la oscuridad vi el puma disecado en la pared del fondo —con su garra en alto dispuesta a atacar y sus resplandecientes ojos amarillos—, donde llevaba colgado tres décadas, y debajo de él varias pilas de sacos de veinticinco kilos de grano de maíz DeKalb.

—Supongo que no habrás visto a Holland Winchester en los últimos dos días —dije finalmente, revelando el motivo por el que estaba allí.

—No —respondió Roy—. Por supuesto, no es que le haya estado buscando precisamente. Ya tengo bastantes problemas como para ir a por más.

Roy cogió la moneda de 5 centavos que yo había dejado en el mostrador, ignorando el penique que había al lado.

—Una cabeza de búfalo —observó sosteniendo la moneda en el aire entre los dos—. Ya no se ven muchas de estas. Son tan escasas como los búfalos auténticos. ¿Seguro que no quieres conservarla?

—No —dije.

Roy cerró la caja registradora.

—Tu padre y tu hermano las están pasando canutas, como la mayor parte de la gente que vive de la tierra. Eso nunca son buenas noticias, ni para ellos ni para mí.

Roy hizo un gesto con la cabeza señalando la estantería que había tras él.

—Tengo una caja de zapatos repleta de recibos a crédito. Si no llueve en condiciones pronto tendré que usarlos para encender la estufa este invierno.

En cambio, en el pueblo no tenéis que preocuparos por ese tipo de cosas, ¿verdad?

—No, supongo que no.

Dejé la botella de Coca-Cola sobre el mostrador.

—Dame un telefonazo si ves a Holland.

—Lo haré —aseguró Roy—. Y tú tráeme uno de esos carteles electorales tuyos la próxima vez que subas hasta aquí. Lo pondré en el escaparate.

Antes de subir al coche eché un vistazo al cielo. Como si me importara. A un hombre con el sueldo asegurado a fin de mes no le importa si llueve o hay sequía.

A un kilómetro y medio de la frontera con Carolina del Norte abandoné la carretera principal y continué en dirección al valle conocido como Jocassee. La palabra significa «valle de los perdidos» en lengua cheroqui, en recuerdo de una princesa llamada Jocassee que según la leyenda se ahogó aquí sin que pudieran encontrar su cuerpo. La carretera por la que conducía había sido una vieja pista tiempo atrás —el camino que De Soto recorrió hace cuatrocientos años cuando buscaba oro en estas montañas—. De Soto y sus hombres no encontraron las riquezas que tanto anhelaban y consideraron que esta tierra no era buena ni para plantar maíz. Dos siglos después de De Soto, un francés llamado Michaux encontró aquí algo mucho más extraño que el oro, una flor que no existe en ningún otro lugar del mundo.

Volví a girar a la derecha y continué, dejando atrás los prados donde los soldados solían esconder caballos durante lo que los lugareños aún conocen como la guerra confederada, un conflicto del que la mayoría de los habitantes de Jocassee trataron de mantenerse al margen, apoyándose en la convicción de que era la guerra de los propietarios de esclavos; no la suya. Cuando se vieron obligados a elegir, muchos —entre ellos, varios de mis antepasados— combatieron en el bando de la Unión, y no con los confederados. Aunque lo he intentado durante años nunca llegué a obtener suficientes votos para obligar al condado a pavimentar esta carretera; ni siquiera para nivelarla con algunas carretadas de grava. Como casi todo aquí arriba, la carretera no es muy diferente a como era en la década de 1860. No obstante, el cambio estaba a punto de llegar, un cambio lo bastante grande como para tragarse el valle entero.

A la izquierda de la carretera estaban las tierras que la compañía Carolina Power había comprado a la empresa maderera el invierno pasado (más de cuatrocientas hectáreas que se extendían montaña abajo hasta el río Horsepasture). La compañía eléctrica ya tenía propiedades al otro lado del río y, en mi opinión, ya no quedaba nadie allí arriba que no supiera lo que Carolina Power estaba a punto de hacer en aquel valle.

No era difícil de adivinar. No había más que acercarse al sur del estado, donde estaba el embalse de Santee Cooper. La gente de allí arriba no estaba dispuesta a marcharse así por las buenas, pero cuando llegara el momento no podrían hacer nada para evitarlo.

La carretera avanzaba sinuosamente en su descenso hacia el valle. Dejé atrás la casa de mi hermano Travis y poco después la casa donde me crié. Papá estaba trabajando en el prado, y una nube de polvo se elevaba detrás del tractor evidenciando una vez más el tipo de año que les esperaba.

El terreno se volvió llano. Ya se olía el río, pero la carretera viró hacia la izquierda antes de que pudiera ver el agua. Las ramas golpearon el parabrisas en cuanto me adentré en un camino no mucho mejor que una pista maderera. Frené al ver el maltrecho buzón con la palabra «WINCHESTER» pintada en un lateral y continué despacio hasta detener el coche detrás de una camioneta Ford de color azul tan nueva como la línea telefónica que llegaba hasta la casa. Holland tenía razón. Había matado a tantos como el Tío Sam le había pedido, y parte de la recompensa había sido la camioneta y el teléfono.

La señora Winchester estaba sentada en el porche delantero. Sin duda llevaba allí un buen rato esperando a que regresara Holland o a que apareciera yo. Me quité el sombrero y subí al porche. Recordé lo bonita que era cuando yo era niño, con su larga melena negra y sus ojos oscuros como la madera de caoba. Ahora no tendría más de cincuenta y dos o cincuenta y tres años, pero su pelo era gris como el pelaje de una ardilla y su cara tenía más arrugas que un campo arado demasiadas veces. Solo sus ojos seguían siendo los mismos de entonces, de color castaño oscuro, igual que los de su hijo.

Sus ojos no parpadearon cuando empezó a hablar. Con la excepción de su boca, toda su cara estaba tan rígida que podría haber sido un daguerrotipo.

—Está muerto —dijo la señora Winchester—. Mi chico está muerto.

Había tal convicción en el tono de su voz que pensé que de un momento a otro se levantaría y me llevaría directamente hasta el cadáver de Holland.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté cuando me di cuenta de que no diría ni haría nada más.

—Oí el disparo. Al principio no le di importancia, pero cuando Holland no vino a comer lo supe. Tan seguro como que estoy sentada en este porche.

Su cara permaneció impasible, pero por primera vez percibí el dolor y el miedo en su voz.

—Billy Holcombe ha matado a mi chico.

—¿Por qué querría Billy Holcombe hacer algo así?

La mujer no respondió a mi pregunta; ni siquiera lo intentó. Diez años de experiencia me decían que su silencio ocultaba algo.

Miré el maíz plantado cerca de la casa. Un espantapájaros se inclinaba como un borracho sobre las raquílicas cañas. El sombrero y el relleno de paja de la cara, hecha con un saco de semillas, estaban en el suelo. No importaba. La sequía ya se había llevado todo lo que pudiera atraer a los cuervos.

—¿Cuándo vio usted a Holland por última vez? —le pregunté, mirándola de nuevo a los ojos.

—Esta mañana, cuando salí a dar de comer a las gallinas. Cuando volví a entrar en casa ya se había marchado.

—¿Y no vino nadie a buscarlo?

—No. De ser así lo habría oído.

—¿Y Holland no le dijo adónde iba?

—Vaya usted a ver a Billy Holcombe —dijo la señora Winchester—. Él es quien sabe dónde está Holland.

Su mirada era severa y virtuosa, pero yo estaba seguro de que no me estaba diciendo todo lo que sabía. Por un momento me pregunté si ella le habría hecho algo a Holland, pero no parecía muy probable. Todo lo que había aprendido como agente de la ley me decía que una madre que hubiera matado a su hijo adulto ya habría confesado. No habría sido capaz de soportar semejante carga en su interior del mismo modo que yo no podía llevar un niño en mi vientre. Lo más probable era lo que había dicho Bobby, que Holland estaría durmiendo la borrachera en algún rincón, muy cerca de allí, puesto que no se había llevado la camioneta.

—Sé que los Holcombe son parientes suyos —dijo la señora Winchester, y dejó que su afirmación flotara en el aire.

—Si él ha infringido la ley, eso no le servirá de nada —contesté, hablando cada vez más como cuando era un muchacho.

Volví a ponerme el sombrero.

—Echaré un vistazo por aquí. Iré hasta el río y después le haré una visita a Billy Holcombe, pero aún no voy a acusar a nadie. Si Holland no ha aparecido por la mañana organizaré una búsqueda en condiciones.

—No va a regresar —dijo la señora Winchester.

Se levantó de la silla y entró en casa.

Seguí a pie hasta llegar al río. La sequía había dejado el caudal reducido a un puñado de piedras secas, y apenas bajaba agua. La corriente, que en el mes de abril habría podido derribar a un hombre adulto, ahora no era más que un débil reguero. Caminé con dificultad corriente abajo entre las piedras de la orilla. De vez en cuando gritaba el nombre de Holland, usando el escaso aire de mi único pulmón bueno. Incluso aunque no se hubiera desmayado a causa de la borrachera, le habría resultado difícil oírme. Los árboles estaban infestados de cigarras cuyo canto incesante y ensordecedor me recordaba al zumbido de la sala de tejido de una algodónera.

Salté una alambrada y entré en las tierras de Billy Holcombe, las tierras que este le había comprado años atrás al marido de la señora Winchester. Me pregunté si aquello tendría algo que ver con lo que me había traído hasta allí —una rencilla a causa de los límites de una propiedad—. Se había derramado mucha sangre en el condado de Oconee por ese motivo. No obstante, no convenía adelantar acontecimientos. Por el momento, ni siquiera había un cadáver.

El tabaco de Billy se extendía casi hasta la misma orilla del río. Las hileras estaban muy apretadas; no las separaban más de sesenta centímetros, lo que le aseguraba una mayor producción pero le obligaría a cultivarlas a mano una por una. Era una buena cosecha. Las plantas eran altas y de un verde brillante —nada que ver con los campos de tabaco que había visto hasta aquel momento—. El río lo había salvado de la sequía y aquellas tierras estaban tan empapadas desde la primavera que las raíces de su plantación lograron conservar la humedad. Cuando terminara el otoño Billy sería uno de

los pocos granjeros de Jocassee que tendría algo que secar en su secadero de tabaco.

Billy Holcombe trabajaba con la azada en el otro extremo de la misma hilera en la que me había detenido. El primo Billy (cuánto tiempo había pasado). Era bastante más joven que yo, de modo que no le había visto crecer, pero sí había conocido a sus padres y a su hermana mayor. Lo único que recordaba de él era que durante mi primer año en la escuela de Clemson había tenido la polio.

Que fuera la única persona de todo Jocassee en pillar la polio no pareció sorprender a nadie entonces, al menos no a ninguno de los vecinos de los Holcombe. La mala suerte había perseguido a esa familia como un perro sarnoso del que fueran incapaces de escapar. Su abuelo y su tío habían sido propietarios de granjas en los viejos tiempos, pero ambos las perdieron y acabaron trabajando de aparceros para los Winchester. No eran hombres mediocres. Trabajaban duro y no bebían pero, por alguna razón, el granizo siempre castigaba con más dureza las cosechas de los Holcombe. Si un rayo caía sobre algún establo de Jocassee o si el carbunco mataba a una vaca, casi siempre pertenecía a un Holcombe.

Billy estaba de espaldas. Las cigarras cantaban tan fuerte que probablemente no me habría oído cuando gritaba llamando a Holland. Esperé a que terminara el surco y recordé cómo era trabajar plantando tabaco. El sudor escocía en los ojos y la espalda se quedaba tan encorvada después de una jornada de trabajo que uno no era capaz de ponerse derecho ni con una palanca. Las palmas de las manos se volvían ásperas como la lija, y la nuca roja como los ladrillos, y cuando por fin terminabas un surco mantenías la cabeza gacha como una mula con anteojeras para no ver cuántos quedaban.

Sin embargo, eso no era lo peor de todo. Lo peor era saber que por mucho que trabajaras lo más probable era que tu esfuerzo no sirviera de nada. En el caso de que el clima y las tormentas respetaran las cosechas —y eso siempre era mucho pedir— aún había que preocuparse por los nódulos de las raíces y por el moho azul, por no hablar de los gusanos del brote y los del tabaco. Las plantas de Billy parecían estar sanas, pero de todas formas le quedaba mucho por hacer. El tabaco teñía las manos y los brazos de color marrón y se pegaba a la piel como si fuera resina de pino. Después había que colgar las hojas en

largas cañas para poner a secar el tabaco en el granero. Pero la cosa no terminaba ahí, pues un relámpago o un cigarrillo mal apagado podían prender fuego al granero, y en cinco minutos nueve meses de trabajo se convertían en humo y cenizas.

Billy Holcombe sabía todo esto mucho mejor que yo, pues para él no eran meros recuerdos. El trabajo era parte de Billy igual que lo era su propia sombra. Al verle terminar el surco supe que no podía permitirse flaquear ni dejarse llevar por la incertidumbre. Para ser granjero hay que actuar igual que una mula, con los ojos clavados en la tierra —mirando siempre hacia delante— y la mente en blanco. Si actuara de otro modo sería incapaz de trabajar en esos campos un día tras otro.

Caminé por la plantación, aplastando los terrones y malas hierbas que Billy había arrancado. La azada subía y bajaba cortando el aire y, sin poder evitarlo, tuve la sensación de que eran mis manos —y no las suyas— las que trabajaban. Durante unos instantes pude sentir el gastado mango de roble entre mis dedos y cómo desgarraba la tierra la cuchilla. «No finjas que echas de menos esa vida», me dije.

No hablé hasta que terminó el surco. Entonces se dio la vuelta y me vio allí plantado, a un metro y medio detrás de él. Por primera vez me pregunté si la señora Winchester no estaría en lo cierto, pues Billy no pareció en absoluto sorprendido al verme.

—¿Cómo está usted, *sheriff*? —dijo mirándome a los ojos.

No dijo: «¿Qué ocurre?» o «¿Ha ocurrido algo?». Hablaba como si acabáramos de encontrarnos por casualidad en el centro de Seneca, no en mitad de su plantación de tabaco.

—Estoy buscando a Holland Winchester —declaré, mirándolo a los azules ojos—. ¿Lo has visto?

—No —respondió Billy.

Aunque los ojos pueden mentir, tarde o temprano siempre acaban diciendo la verdad. Cuando Billy dijo que no, miró fugazmente su puño derecho apretado junto al muslo. Yo sabía muy bien lo que significaba aquel gesto, pues había visto a muchos hombres hacer lo mismo en su situación. La mano derecha de Billy había levantado piedras tan grandes como sandías, había talado robles cuyo tronco uno no podía abarcar con los brazos. Y quizá,

solo quizá, aquella misma mano había sostenido una escopeta con la suficiente firmeza como para matar a un hombre.

Billy Holcombe trataba de reunir fuerzas para lo que se le viniera encima. A pesar de ello, yo no iba a presionarle, al menos no de momento.

—Bueno, si lo ves —dije—, dile que su madre está preocupada.

—Lo haré, *sheriff*.

Billy se secó la frente con el dorso de la mano. Sudaba después de varias horas labrando; sin embargo, me pregunté si no tendría algún otro motivo para sudar.

—Si no vuelve a casa esta noche reuniré a algunos hombres en cuanto amanezca —le dije a la señora Winchester—. Buscaremos en el bosque y en el río si es necesario.

Le anoté mi número de teléfono.

—Tenga —añadí al entregárselo—. Llámeme si Holland vuelve esta noche. Aunque sean las tres de la madrugada.

Subí al coche patrulla y me fui dando tumbos por la pista de tierra. Volví a pensar en lo que Holland me había dicho dos semanas antes sobre que algunos hombres son capaces de aguantar el tipo mejor que otros cuando empieza el tiroteo. Estaba seguro de que no se refería solo a la posibilidad de que te maten, ni de resultar tan gravemente herido que preferirías estar muerto. Holland hablaba del tipo de hombres a los que no les importa matar. A mí sí me importaba. La mirada vidriosa y helada de cada uno de los soldados japoneses a los que había matado me acompañaba cada día desde la batalla de Guadalcanal. Sin embargo, yo había combatido junto a hombres como Holland, hombres que parecían haber sido criados para luchar, como los gallos de pelea. Su mirada se encendía en cuanto empezaban a silbar las balas. No tenían miedo de nada y en esos momentos uno le daba las gracias a Dios por que estuvieran de tu lado en lugar de en el bando enemigo. Igual que Holland, la mayoría de ellos necesitaban guardar algún recuerdo de sus víctimas, normalmente dientes de oro que arrancaban con cuchillos Ka-Bar, dejando las bocas de los japoneses muertos como desdentadas linternas de Halloween.

Al frenar junto al buzón con el nombre de «ALEXANDER» pintado en un lado, me pregunté si Billy Holcombe sería capaz de matar a un hombre. Si Holland Winchester seguía sin aparecer a la mañana siguiente, me vería obligado a plantearme aquella pregunta mucho más en serio.

La camioneta de Travis estaba aparcada junto a la de papá, y mi hermano estaba trabajando en el tejado. Sin duda me oyó llegar, pero siguió martilleando hasta haber clavado la media docena de puntas que sujetaba entre los labios. Entonces bajó de la escalera y vino a mi encuentro. Apenas nos llevamos dos años y, aunque los dos tenemos los ojos grises y somos igual de altos, yo siempre he sido más corpulento —como papá—, mientras que Travis se parece más a mamá. Durante los últimos años, sin embargo, Travis había engordado. En cualquier caso, no había duda de que éramos hermanos, al menos por la apariencia física.

—¿Qué te trae por aquí? —dijo, sin esforzarse en que me sintiera bienvenido—. No creo que sea tu familia.

Me dolió que dijera eso, sobre todo porque estaba en lo cierto.

—He estado buscando a Holland Winchester.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Travis.

—Desaparecer.

—¿Y quieres encontrarle?

—No especialmente, pero es parte de mi trabajo.

—Bueno, pues no está aquí, *sheriff*.

Decidí ignorar el comentario. No quería que esta visita terminara igual que la anterior.

—Pensaba llevar a papá a Salem para invitarlo a cenar.

—Ya ha comido —dijo Travis—. Hubo un tiempo en que lo habrías sabido.

—¿Dónde está?

—Reparando el cercado del final de la finca.

Travis agitó el martillo en el aire señalando hacia el tejado.

—Por eso he aprovechado para ponerme con esto. Todo el mundo menos papá sabe que ya es demasiado viejo para andar haciendo equilibrios por el tejado. Si estuviera aquí se habría empeñado en subir a ayudarme.

Travis apretó los labios como quien cierra un grifo que ha dejado abierto durante demasiado rato. Miró de nuevo al tejado. Se moría de ganas por volver a subir para alejarse de mí. Un chotacabras empezó a cantar en el roble blanco del fondo del patio, con un chillido tan agudo como un lamento fúnebre.

—¿Cómo están Will y Carlton? —le pregunté.

—Ven de vez en cuando y lo sabrás.

—Lo he intentado —en cuanto lo dije me di cuenta de que no podría haberme expresado peor.

—Lo has intentado —citó Travis, imitando mi tono de voz.

Me miró fijamente igual que si estuviera mirando un tocón de árbol en mitad de sus tierras o como si considerara algún inconveniente al que pronto tendría que enfrentarse.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que los viste, a ellos o a papá?, ¿cinco meses?, ¿seis? ¿Crees que invitar a papá a comer en una cafetería es gran cosa?

—No necesito esto, Travis —dije.

—No, no lo necesitas —repitió Travis, tergiversando el sentido de mis palabras—. Hace mucho que no necesitas nada de este lugar.

Travis levantó el martillo. Por un segundo pensé que iba a lanzármelo.

Si lo hubiera intentado no le habría culpado. Hubo un tiempo en que estuvimos unidos de un modo en que nunca lo había estado con mi otro hermano ni con mi hermana.

«Sois tan parecidos que podríais compartir la misma sombra», solía decir mamá cuando éramos pequeños. Y no se refería únicamente al parecido físico, sino a algo más profundo en nuestro interior, la manera en que intuíamos lo que el otro pensaba o sentía, o el hecho de que nunca discutiéramos ni nos peleáramos como otros hermanos. Aunque nunca lo expresamos en voz alta, en el fondo estábamos seguros de que nos ocurriese lo que nos ocurriese en la vida —esposas, hijos— siempre estaríamos así de unidos. Travis estaba convencido de que yo había traicionado aquel pacto y tenía razón.

—Tengo que acabar el tejado —dijo Travis.

—Dile a papá que he venido —le pedí al subir al coche.

Conduje dejando atrás el valle mientras el sol se hundía entre los árboles. Cuando llegué a la carretera principal, el crepúsculo había adquirido ese extraño tinte típico de agosto, rosa con visos de verde y plata. Ese color siempre me hace pensar que de algún modo el tiempo ha logrado escaparse del mundo fusionando durante unos instantes pasado y presente. Mi mente resbaló hacia atrás en el tiempo, como una araña de agua atravesando un estanque, hasta el año 1935, cuando yo tenía dieciocho años y acababan de concederme una beca de fútbol en Clemson.

—Quiero hacer algo para ayudarte a celebrarlo —me había dicho Janice Griffen cuando salimos de la sala de estudio—. ¿Qué te parece cenar, en mi casa? Mi padre preparará carne a la parrilla.

Estaba demasiado nervioso para decirle que no —no solo nervioso sino también sorprendido por la invitación—. Janice era una chica de ciudad, la hija de un médico.

Aquella noche aparqué la vieja camioneta familiar, que ya tenía más de doce años, casi a medio kilómetro de distancia de la casa del doctor Griffen. Llevaba puesta la ropa de ir a misa, y los zapatos de vestir me hicieron ampollas en los pies mientras caminaba entre las grandes casas pintadas de blanco con jardines más verdes que billetes recién salidos de la imprenta.

El doctor Griffen me recibió en la puerta. Me rodeó los hombros con el brazo y me acompañó por un pasillo tan ancho como el camino que llevaba a la casa de mis padres, mientras una alfombra de color burdeos amortiguaba mis pasos. Seguí al doctor Griffen hasta un estudio con las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros. En una esquina había un escritorio de caoba, y en la otra, un aparato de radio tan grande como una estufa de carbón.

—Siéntate —me indicó el doctor Griffen—. Janice bajará enseguida.

Pocos minutos después estábamos todos reunidos alrededor de la enorme mesa del comedor. Lo que más me sorprendió en aquel momento fue que todo en la casa parecía tan sólido como la mesa, tan sólido como para que sus inquilinos lograran olvidar la crisis económica que había obligado a miles de hombres que hasta hacía poco eran ricos a vagar por todo el país en busca de trabajo y comida.

Sin embargo, me equivocaba. Incluso en aquel momento, la casa, la alfombra y los muebles, la misma silla en la que estaba sentado, eran pura

ilusión. Casi todo el dinero del doctor Griffen se había esfumado años atrás durante la caída de la Bolsa de 1929, y el resto, cinco años más tarde, tras una mala inversión inmobiliaria.

—Prueba la chuleta, Will —dijo el doctor Griffen después de entonar una breve oración—. Si está poco hecha, volveré a ponerla en la parrilla.

Hablaba en tono desenfadado, como si una chuleta mal preparada fuera su mayor preocupación. Hacía todo lo que podía, y seguiría haciéndolo durante los tres años siguientes, con tal de mantener vivo el espejismo ante su esposa y su hija.

Cogí el cuchillo dispuesto a empezar, pero a la izquierda de mi plato había dos tenedores y no sabía cuál debía usar.

—Este —dijo Janice, dándome el más largo de los dos.

Cuando llegué a Seneca el alumbrado público ya estaba encendido y también la marquesina del cine. «PRÓXIMAMENTE: CANTANDO BAJO LA LLUVIA», anunciaban las grandes letras rojas. Muchos granjeros estarían rezando en aquel mismo instante para que eso fuera verdad. El aire me pareció más denso y cargado, como cada vez que regresaba de las montañas. Aparqué el coche delante del Juzgado y crucé la calle en dirección a la cafetería de McSwain.

Darrell McSwain sudaba como un pollo en un asador delante de la parrilla mientras preparaba hamburguesas y filetes de hígado. En el techo, justo sobre su cabeza, giraba un ventilador pero lo único que hacía era apartar el humo de su cara. Había parejas comiendo en casi todas las mesas. Saludé a los conocidos y me senté en un taburete frente a la barra. En la máquina de discos sonaba «Always Late (With Your Kisses)» de Lefty Frizzell.

—¿Qué va a ser, *sheriff*? —preguntó Darrell.

—No estaría mal una bajada de temperatura.

—Por desgracia no hay nada parecido en el menú. Y no creo que vayas a conseguir nada semejante de aquí al Yukón.

—Entonces me conformaré con un té helado y una hamburguesa.

—Eso puede arreglarse —dijo Darrell antes de volver a concentrarse en la parrilla.

Alguien había dejado sobre la barra un ejemplar del *Greenville News*. Las Fuerzas Aéreas estaban bombardeando Corea del Norte con todo lo que tenían. A Batista se le complicaban las cosas en Cuba. De algún modo todo aquello parecía estar mucho más lejos que cuando había leído sobre ello aquella misma mañana. Me sentía como si el mero hecho de haber ido a Jocassee me hubiera arrancado del presente.

—¿Cómo crees que les irá este año? —me preguntó Darrell McSwain mientras ponía mi cena en la barra.

Yo había jugado al fútbol durante tres temporadas en Clemson, de modo que Darrell y muchas otras personas asumían que había adquirido algún tipo de compromiso vitalicio con el equipo. Parecían haber olvidado lo que ocurrió después del torneo de primavera en mi tercer año. Me rompí la rodilla durante el último partido y la escuela encontró una laguna en mi contrato para quitarme la beca.

—Nos aseguraremos de que obtenga su título —le había prometido el entrenador Barkley a mi padre cuando me seleccionó para el equipo.

Aquello había sido muy importante para él, y también para mi tío Thomas, que sin duda era la persona que había recibido la mejor educación en todo Jocassee.

—No existe nada más valioso que lo que hay tras este cristal —me había dicho una vez el tío Thomas mientras abría la puerta de cristal de una estantería tan alta como un niño y me entregaba un libro—. El conocimiento es lo único que nadie podrá arrebatarte.

Yo había cumplido mi parte —buenas notas en el instituto y en Clemson —, pero un simple golpe en la rodilla y de repente las buenas notas y la promesa hecha tres años antes perdieron todo su valor.

—No les he seguido la pista últimamente, Darrell —dije, y él continuó hasta el otro extremo de la barra con la jarra de té helado.

Después caminé hasta la oficina. La señora Winchester no había llamado. Le dije a Bobby que se fuera a casa y que durmiera bien, porque todo apuntaba a que a la mañana siguiente estaríamos pateándonos los bosques y el río.

Poco después también yo me marché a casa —al menos así seguía llamando al lugar donde vivía—. Janice estaba en la cama leyendo su libro

sobre Charleston.

—¿Qué tal tu reunión? —le pregunté.

—Frustrante, como de costumbre, con Gladys Williams con sus tontas sugerencias y Anne Lester que se opone a todo por sistema.

—Lo siento —dije.

Me desvestí y me metí en la cama. Pocos minutos después Janice dejó el libro en la mesita y apagó la lamparilla. Aunque la ventana estaba abierta, ni un soplo de brisa agitaba las cortinas. Era una de esas noches en las que el sueño tardaría en llegar y dormiría inquieto. Me pasaría las horas mirando al techo en la oscuridad y pensaría en las decisiones que había tomado a lo largo de mi vida, decisiones que hoy mismo mi hermano me había recordado.

Apreté mi pecho contra la espalda de Janice al tiempo que acariciaba su cadera.

—No —dijo, apartándose.

El calor me aplastaba igual que una manta gruesa y pesada. Lo único que se agitaba en mi interior era mi mente, recordando aquel primer año en que Janice y yo nos casamos, recordando las noches en que Janice me buscaba a tientas en la oscuridad. Ella se acostaba primero porque yo estudiaba hasta media noche con el cuerpo aún dolorido por el entrenamiento de la tarde. Cuando llegaba al dormitorio las luces estaban apagadas y yo me desnudaba y me tumbaba a su lado. Janice, sin camisón y sin bragas, me arrastraba a su lado y apretaba contra mí su piel cálida y suave. Yo estaba agotado y ella medio dormida, y de algún modo eso hacía que fuera aún mejor, como si nuestros corazones poseyeran una energía ajena a nuestros cuerpos, como si así fuéramos capaces de escapar del espacio y del tiempo para fundirnos en una dulce eternidad.

Al final me levanté de la cama, fui al salón y cogí el ejemplar de *Red Carolinians*^[3], el libro que había empezado a leer cuando Bobby me interrumpió aquella noche hacía dos semanas. Conocía la historia en parte por haber nacido en Jocassee, la historia de un pueblo que había trabajado y vivido de la tierra durante generaciones antes de desaparecer, dejando tras de sí puntas de flecha y piezas de cerámica —que yo mismo había desenterrado en numerosas ocasiones mientras empujaba el arado— y lugares con nombres

como Jocassee, Oconee o Chattooga —palabras hermosas, de vocales fuertes, que aún resonaban como el eco de un mundo perdido—.

Pensé que los descendientes de aquellos primeros colonos procedentes de Escocia, Gales, Irlanda e Inglaterra —gente pobre y lo bastante desesperada como para arriesgar sus vidas en la conquista de estas tierras, que antes que ellos los cheroquis ya les habían arrebatado a otras tribus— pronto desaparecerían también de Jocassee. En quince años (o veinte como mucho), todo estaría cubierto de agua, al menos según me habían dicho algunas personas supuestamente enteradas. «Reservorio», «reserva^[4]»: las dos palabras hacían pensar en cosas parecidas. En un diccionario posiblemente aparecerían en la misma página.

Había cierta idea de justicia en lo que estaba a punto de ocurrir. No obstante, esta vez la desaparición sería total. Ya no quedarían ni los nombres, porque Alexander Springs y Boone Creek, Robertson's Ford y el puente Chapman quedarían sumergidos. Y hasta la última tumba con los nombres de Holcombe o Lusk, Alexander o Nicholson grabados en piedra desaparecería también.

Miré el reloj. Era más de media noche y la señora Winchester no había llamado. Cuando leí la última frase del libro, me pregunté si el cuerpo de Holland también desaparecería bajo las mismas aguas que pronto lo anegarían todo.

—El libro de Bartram aún no ha llegado, *sheriff* —me dijo la señora Pipkin la mañana siguiente—. Por desgracia, según tengo entendido, los empleados de la biblioteca central nunca tienen prisa. Hace un mes mi marido encargó un libro que necesitaba para impartir sus clases y aún no ha aparecido.

La señora Pipkin introdujo la tarjeta de préstamo en el libro que yo acababa de devolver, un libro en el que se citaba la obra de Bartram. Mi tío Thomas tenía una copia de *Los viajes de Bartram* que me había prestado cuando yo estaba en el instituto. Quería volver a leerlo, de modo que le había pedido a la señora Pipkin que me buscara un ejemplar.

—Quizá llegue hoy —añadió la señora Pipkin—. Le avisaré si es así.

La señora Pipkin desapareció en la sección de Narrativa para colocar un libro en la estantería.

Mojigata, así es como un novelista habría descrito a la señora Pipkin — con el pelo cuidadosamente recogido en un moño, sus vestidos de solterona y siempre tan parca en palabras—. Sin embargo, era una mujer atractiva a pesar de todos sus esfuerzos por no parecerlo. Su belleza era como un secreto que no era capaz de ocultar. Me preguntaba si por las noches se acostaría con su larga melena negra cayéndole sobre los hombros. Me pregunté si algunas noches buscaría a ciegas al hombre que estaba tumbado a su lado, a sabiendas de que la belleza de una mujer a veces se manifiesta mejor en la oscuridad.

Crucé la plaza en dirección al Juzgado y telefoneé a Tom Watson y a Leonard Roach mientras Bobby reunía a una docena de hombres. Tom y Leonard vinieron conmigo en el coche patrulla con Stonewall, el sabueso de Leonard, tumbado entre ambos en el asiento trasero.

—Ha escogido un día estupendo para llevarnos a las montañas, *sheriff* — comentó Tom—. A la hora de comer en Seneca hará más calor que en el mismo infierno.

Cuando llegamos a casa de la señora Winchester ella nos recibió en el porche.

—Necesitarán esto —dijo ofreciéndome lo que sujetaba en la mano crispada como una garra a causa del reuma.

Cogí la camisa que no había tenido necesidad de pedirle. La mujer sabía perfectamente lo que íbamos a hacer.

No era un espectáculo agradable para ella. Tom estaba sacando los ganchos con cuerdas del maletero del coche por si los necesitábamos, y Leonard apretaba la camisa de Holland contra el morro de Stonewall mientras los demás hombres salían de los tres coches en los que habían venido y se disponían a emprender la búsqueda peinando el bosque.

La expresión de su rostro no cambió mientras observaba la escena. Como aquella mujer ya había enterrado a su marido y a dos de sus cuatro hijos, se me ocurrió que quizá lo único que podía esperar en aquel momento de su vida era enterrar otro cuerpo junto a los que ya ocupaban la tumba familiar. Necesitaba saber por qué estaba tan segura de que Holland había muerto, de

modo que mientras Stonewall se perdía trotando por el bosque en dirección a la granja de Billy Holcombe yo me encaminé al porche.

—Tiene que contarme algo más, señora Winchester —declaré—. Me imagino que lo entenderá.

Durante unos segundos no dijo ni hizo nada. Después asintió.

—¿Qué puede decirme?

—Holland tenía relaciones con ella —respondió la mujer, aún sin parpadear.

—¿Se refiere a la mujer de Billy Holcombe?

—Sí.

—¿Y oyó el disparo desde aquí?

—Lo oí —contestó la señora Winchester—. Lo que Holland hizo no estuvo bien, pero no merecía morir por ello.

Stonewall aullaba cada vez más fuerte a medida que se acercaba a la granja de Billy Holcombe. Lo que la mujer me había dicho era verdad — todo; tenía sentido—. El modo de actuar de Billy, que no se sorprendió lo más mínimo al verme; la desaparición de Holland con la camioneta allí aparcada; el disparo que ella escuchó...

—Llevaba puesto su uniforme de soldado —añadió la señora Winchester—. Siempre lo llevaba cuando iba allí. —Por primera vez su voz flaqueó—. De todas formas, ¿le parece justo que sobreviviera a todos aquellos combates en Corea sin apenas un rasguño para morir de un disparo en el patio trasero de su propia casa? ¿Puede responderme usted a eso, *sheriff*?

Sacudí la cabeza. No tenía respuestas, al menos ninguna que estuviera dispuesto a darle. Era una anciana que había sobrevivido a dos —puede que a tres— de sus hijos. Fueran cuales fueran los errores que hubiera cometido al criarlos, lo último que necesitaba en aquel momento era que nadie se lo recordara. Me limité a bajar la vista al suelo y pensé que probablemente aquella mujer y yo tendríamos más cosas en común de las que ella fuera consciente.

También yo había perdido a un hijo, no como ella sino de un modo muy distinto. A lo largo de los años me he preguntado muchas veces qué aspecto habría tenido, cómo habría sido de haber nacido vivo. Me imaginaba a un chiquillo con cinco, seis u ocho años o los que hubieran pasado desde el

aborto. A veces imaginaba a un niño, y a veces a una niña. Hurgaba en mi herida, eso era todo lo que hacía. Y no podía evitarlo.

Volví a ponerme el sombrero.

—Haré todo lo que esté en mi mano para encontrar a su hijo, señora Winchester.

—Se lo agradezco —dijo ella.

Bajé del porche y me dirigí al bosque, donde me encontré con Leonard, Bobby y Tom, que ya regresaban.

—Es como si se hubiera desvanecido, *sheriff* —se lamentó Leonard—. Cuando salimos de la espesura, delante de la casa de Holcombe, el rastro se congeló, tan rápido como una helada en pleno invierno. Pensé en volver con Stonewall al porche de la señora Winchester para ver si encontraba otro rastro.

—Si Stonewall no encuentra nada, empezad con el río —propuse—. ¿Habéis hablado con alguien allí?

—No —respondió Bobby—. Vi a la mujer de Holcombe mirando por la ventana pero no salió.

—Bien, yo iré a hablar con los dos. Luego nos vemos.

Empecé a caminar en dirección a la granja mientras el clamor de las cigarras se iba elevando por encima de las copas de los árboles, pidiendo lluvia, como solía decir papá. De ser así lo estaban haciendo muy mal, pues los retales de cielo que podía ver a través de las ramas de los árboles eran tan azules como los arrendajos.

Crucé la verja de alambre de espino. Más abajo, en dirección al río, vi a Billy trabajando en sus tierras, pero esa vez me dirigí al porche. Golpeé la puerta con los nudillos.

Cuando me miró a través de la tela metálica comprendí lo que había arrastrado a Holland hasta allí. Amy Holcombe tenía los ojos azules y una larga melena rubia que le cubría la espalda, era alta y delgada pero de pecho generoso. Cuando abrió la puerta mosquitera vi que estaba embarazada.

No pude evitar preguntarme de quién sería el bebé.

—¿Qué le trae por aquí esta mañana, *sheriff*? —preguntó tratando de no parecer sorprendida, como si no hubiera visto ya al perro y a toda la partida de búsqueda trajinando por su jardín.

—Holland Winchester ha desaparecido —contesté—. Su madre dice que estuvo aquí ayer.

—No sé nada de eso —respondió Amy Holcombe, y lo dijo en un tono carente por completo de emoción, como quien repite mecánicamente lo que ha estudiado para un examen.

—¿Le importa que entre un momento, señora Holcombe? —pregunté, dando un paso hacia delante.

—Tengo un montón de cosas que hacer —repuso—. Ni siquiera he tenido tiempo de limpiar la mesa del desayuno.

—Será solo un minuto, señora Holcombe. Después seguiré mi camino.

Aunque no quería dejarme pasar, sin duda estaba valorando la posibilidad de que impedírmelo le trajera más problemas. Abrió la puerta mosquitera un poco más.

—La casa siempre está hecha un desastre. Como le he dicho, tengo mucho que hacer.

Al entrar la estancia olía a humo de leña y en aquel momento recordé que no había visto entre los árboles ningún cable de tendido eléctrico que llegara hasta la casa. Había un reloj parado en la repisa de la chimenea. A su lado reposaba una lámpara de aceite y junto a la pared había un par de sillas de madera con respaldo al aire. Aquello era prueba suficiente de que aquella gente era más pobre de lo que ninguno de mis parientes lo había sido durante la Gran Depresión. Sacaban el agua de un pozo y todavía utilizaban un pequeño cobertizo exterior como retrete. Ni siquiera estaba seguro de que tuvieran camioneta. No había visto huellas de neumáticos en el sendero cubierto de maleza y piedras que hacía las veces de camino de entrada.

No me invitó a sentarme, pero lo hice de todas formas.

—Puedo ofrecerle un té si le apetece beber algo —dijo ella, aunque su tono de voz evidenciaba que lo único que quería era que me marchara de su casa lo antes posible.

—No, gracias.

Ella se sentó en la otra silla.

—Solo quería hacerle unas preguntas acerca de Holland Winchester. Como le he dicho, su madre piensa que quizá usted sepa algo.

—No le conoc... —empezó a decir Amy Holcombe, pero se detuvo porque lo que estaba a punto de decir era «No le conocía» o «No le conocía apenas».

En cualquier caso iba a utilizar el pasado, como se hace al hablar de los muertos.

—No sabía que había desaparecido —dijo finalmente. Una buena salida, pues no tuvo que cambiar el tiempo verbal.

—He pensado que quizá usted o su marido sepan dónde está —observé—. Será más fácil para todo el mundo si lo admiten ahora.

—No sé dónde está Holland Winchester —replicó levantándose de la silla—. Tengo cosas que hacer, *sheriff*.

—No le importa que eche un vistazo por aquí, ¿verdad?

—Ni Billy ni yo tenemos nada que ocultar —contestó.

Cogió la escoba como si estuviera dispuesta a barrerme fuera del salón si no salía enseguida de allí por mi propia voluntad.

Me levanté de la silla. «Nada que ocultar excepto un cuerpo», pensé, «un cuerpo que no tardará en aparecer».

—Adiós, señora Holcombe —me despedí, pero ella ya me había dado la espalda.

La luz del sol me deslumbró al salir de la penumbra de la casa. Comprobé primero el granero y en su interior encontré una camioneta con dos ruedas pinchadas y el bloque del motor rajado. El único modo de mover esa camioneta sería engancharla a un par de caballos de tiro y sacarla de allí. Eso eran buenas noticias para mí, pues el cuerpo de Holland no podía estar muy lejos. Entré en la leñera y después me asomé al pozo. No estaba buscando en serio; simplemente trataba de familiarizarme con la granja.

Observé a Billy trabajando en el prado. No había intentado huir, como habrían hecho muchos otros hombres. En lugar de eso, seguía haciendo lo mismo que cualquier otro día. Por primera vez me pregunté si no le habría subestimado. Me pregunté si no sería como algunos de aquellos hombres con los que combatí en el Pacífico; uno tenía la sensación de que saldrían huyendo después del primer rasguño, pero después, en la primera batalla, te sorprendían y se sorprendían a sí mismos.

Yo era uno de esos, aunque era un tipo grande y con aspecto de ser lo bastante duro como para engañar a todo el mundo, a todos excepto a mí mismo. Hasta el día del primer combate no sabía cómo iba a reaccionar, y por la mañana, mientras nos acercábamos a la costa a bordo de los VAL^[5], dispuestos a tomar tierra en Guadalcanal, tenía tanto miedo que vomité.

«El pueblerino no está acostumbrado a las olas», dijo uno de los soldados, pero yo no estaba mareado. Poco después llegamos a la costa y cuando estábamos a punto de desembarcar escuché un golpe seco contra el pecho del muchacho que estaba a mi lado. Se quedó quieto, como si hubiera olvidado algo a bordo del anfibio, mientras una flor roja brotaba en la pechera de su uniforme. Una lluvia de arena me salpicó las perneras de los pantalones a causa de un disparo demasiado bajo, y en aquel momento sentí algo parecido a lo que había experimentado en el campo de fútbol después del primer placaje y la primera mancha de sangre en mi camiseta. El miedo estaba allí, pero mudo, igual que la multitud en el momento en que va a dar comienzo el partido. Ni siquiera mi rodilla mala parecía capaz de impedirme ganar velocidad. Entonces corrí hacia la linde del bosque como un zaguero haciendo zigzag para esquivar a los defensas. Conseguí llegar hasta los árboles pero aún jadeaba tratando de respirar el denso aire tropical cuando un soldado japonés apareció a menos de diez metros delante de mí. Le apunté al corazón y acerté.

Durante las tres semanas siguientes, antes de que una bala me perforase un pulmón y me enviaran a casa, maté por lo menos a otros tres hombres.

—Te voy a contratar como ayudante porque sabes lo que hace falta para matar a un hombre —me dijo el *sheriff* McLeod cuando volví a Seneca.

—Sí, señor —respondí.

Me sentí aliviado por no tener que ir a pedir empleo en la algodonera y por poder llevar a cabo un trabajo en el que tuviera que utilizar el cerebro de vez en cuando —y más a menudo aún cuando el *sheriff* McLeod se retiró dos años después—.

Mientras caminaba por el borde del prado hasta donde Billy estaba trabajando empecé a conversar en silencio conmigo mismo, algo que en varias ocasiones me había ayudado a resolver otros crímenes. «De acuerdo, Billy, ¿dónde has escondido el cuerpo?, ¿puede que en el altillo del granero?»

¿o en el fondo del pozo? No lo creo. Seguro que sabías que esos serían los lugares donde primero buscaríamos. Quizá en el bosque, pero una tumba recién excavada llamaría tanto la atención como un evangélico a la antigua usanza en una iglesia llena de baptistas de pura cepa. Además, esta tierra es dura como el cemento. No, Billy», me dije a mí mismo. «No enterraste ese cuerpo».

La estación del año era su principal enemigo. Era la época en que Sirio sale al amanecer, lo que no solo significa que los manantiales están calientes y llueve poco; había más cosas en su contra. Los antiguos romanos la consideraban una estación malsana, y era fácil estar de acuerdo con ellos. Los estanques y los ríos se estancaban y se llenaban de inmundicias, el aire se volvía denso y pegajoso y pesaba como una losa sobre los hombros. La conjuntivitis y el carbunco se propagaban entre el ganado, y los perros y los gatos se volvían locos. La polio también repuntaba, o eso pensaba la gente. Y los padres preocupados no permitían que sus hijos fueran a nadar ni al cine.

Para Billy esto significaba que un cadáver empezaría a hincharse y se pudriría el doble de rápido. Si no había enterrado el cuerpo de Holland, cualquiera podría olerlo enseguida a un kilómetro de distancia.

A menos que lo hubiera arrojado al río, y justo allí era donde yo pensaba que estaría. Aun con tan poca agua como llevaba era suficiente para ocultar el cuerpo de un hombre, especialmente si se había tomado la molestia de hundirlo con algunas piedras o atándolo al tronco de un árbol podrido.

Billy me vio llegar esta vez y se levantó, dejando a medias lo que estaba haciendo. Estaba a mitad de un surco. Entonces estalló el primer cartucho de dinamita y después otro más, pero Billy no me quitó la vista de encima. Por un momento pensé que levantaría las manos sobre la cabeza y ahí acabaría todo, pero no fue así.

Entonces los vi, volando bajo sobre los árboles como una nube de cenizas negras flotando sobre el río. Para ser sincero, me sentí algo decepcionado con Billy. Después de todo no había sido capaz de mantener la cabeza fría. Resultaba casi cómico verlo allí parado en mitad del prado, mirándome, haciendo todo lo posible por parecer inocente mientras a sus espaldas una bandada de ratoneros señalaba desde el cielo, como una X gigante, el lugar

donde estaba el cuerpo de Holland. La escopeta de Billy estaba en el suelo, al final del surco donde trabajaba, y yo me encontraba justo entre él y el arma.

—Parece que allí hay algo muerto —comenté.

Esperé a que Billy se pusiera pálido al mirar por encima de su hombro y darse cuenta de que no había pensado en los ratoneros al esconder el cadáver de Holland. Yo había visto a hombres mearse encima en momentos así. Otros lloraban o se desplomaban o echaban a correr aun a sabiendas de que no tenían ningún sitio adónde ir —corrían como pollos recién descabezados cuyos cuerpos aún no saben que ya han sido condenados—.

—Es mi caballo de tiro —dijo Billy sin apenas mirar a los ratoneros—. Ayer se rompió una pata.

Eso me hizo retroceder. Su respuesta me detuvo como si acabara de pegarme un puñetazo en el estómago. No era posible que se le ocurriera una mentira así de rápido y que la dijera con tanta frialdad. Al menos eso pensé.

—Eso sí que es mala suerte —opiné.

Hablamos un par de minutos más, pero, antes de que pudiera sacar a colación lo que la señora Winchester nos había dicho a mí y a Bobby, Tom y Leonard aparecieron de la nada, procedentes del río, con Stonewall corriendo tras ellos.

—¿Habéis encontrado algo? —pregunté.

Tom abrió su mochila para enseñarme una trucha enorme que había saltado del agua con una de las explosiones de dinamita. Señalé al cielo enseñándoles la bandada de ratoneros.

—¡Maldita sea! —exclamó Bobby—. Parece que hemos estado muy ocupados mirando al suelo cuando debíamos mirar al cielo.

—¿Quiere que vayamos a echar un vistazo, *sheriff*? —preguntó Tom.

A pesar de ello, les dije que yo me ocuparía de ello, que se fueran al pueblo a comer, que reunieran a más hombres y estuvieran de vuelta a las dos. Se pusieron en marcha, pero le hice un gesto con la cabeza a Bobby para que se quedara un momento.

—¿Para qué necesitas ese calibre 12? —le sondeé a Billy.

—Un topo me está echando a perder las coles —contestó (una respuesta bastante razonable).

—¿Lo has visto últimamente? —le interpeleé.

—¿A quién? —preguntó Billy.

«Muy listo», pensé, «pero ten cuidado no vayas a pasarte de la raya».

—Al topo —respondí.

—No, y no creo que vaya a hacerlo si siguen haciendo estallar dinamita en el río.

—Entonces no te importará que Bobby se lleve la escopeta. Tenemos que comprobar si aparece un cuerpo. Además, no me gusta tener cerca armas cargadas. Soy muy supersticioso con ese tipo de cosas.

—Como quiera —dijo Billy, como si no le importara lo más mínimo.

Bobby cogió al arma y se marchó. Yo me puse en cuclillas y empecé a limpiarme las gafas, algo que suelo hacer cuando estoy pensando qué voy a hacer a continuación.

Leonard y Stonewall no habían encontrado nada, ni tampoco los hombres que habían llevado a cabo la búsqueda junto al bosque y siguiendo la orilla del río. Por la tarde empezaríamos con la otra orilla, y Tom podría intentarlo con sus garfios y la dinamita corriente abajo. Estaba seguro de que el cuerpo de Holland aparecería antes del anochecer.

«Pero quizá no tuviera que esperar tanto», pensé. Quizá si lograba ponerme en la piel de Billy Holcombe me ahorraría algunas horas.

—Vamos a dejar las cosas claras, Billy —le expuse—. Después podrás contarme tu versión. Según la señora Winchester, Holland andaba rondando a tu señora. Y ella cree que le has pegado un tiro por ello.

«Vamos, Billy», pensé. «Cabréate. Dime que Holland era un miserable hijo de puta. No te lo voy a discutir. Dime que os amenazó a ti y a tu mujer. Dime que fue en defensa propia. Confiesa y zanjaremos esto aquí y ahora».

—Eso es mentira —dijo Billy, aunque la frialdad con que hablaba decía lo contrario.

—Ella dice que oyó un disparo.

—Lo que oyó fue que le disparé a mi caballo de tiro.

—Según ella, el disparo sonó muy cerca de tu casa —sostuve sin dejar que pasara un segundo entre las dos afirmaciones—. Quizá incluso dentro.

—Es una anciana. No sabe lo que dice.

—¿Y qué me dices de tu mujer y de Holland? —pregunté.

—Es mentira.

Miré a los ratoneros. Tendría que ir hasta allí para asegurarme de que era un caballo lo que los había atraído. Mi rodilla no estaba entusiasmada ante la idea de poder resbalar en la orilla del río, pero había que ir.

—Entonces, ¿no tienes inconveniente en que registre la casa?

—No —respondió Billy.

Su cara no me decía gran cosa. Cada vez se sentía más cómodo con sus mentiras, como un jugador de cartas que aprende a sacar adelante un farol.

—¿O cualquier otro lugar de tus tierras?

—No.

—¿Y dices que le disparaste al caballo ayer por la mañana?

Se dio cuenta de lo que trataba de hacer.

—Le disparé al caballo ayer por la mañana, pero a nada más.

—¿Y el caballo se rompió la pata arando?

—Sí —dijo Billy—. Estábamos abriendo algunos surcos para las coles y resbaló al pisar sobre una piedra. No quería que empezara a oler al descomponerse, así que me lo llevé al otro lado del río y lo dejé en el bosque.

Tenía sentido pero solo hasta cierto punto. «Quizá te hayas vuelto demasiado listo de repente, Billy; más de lo que te conviene», pensé.

—Vamos a ver ese caballo —fue lo que dije.

Dejé que fuera Billy el que abriese la marcha, mientras los dos nos tomábamos nuestro tiempo caminando despacio hacia la orilla. Él se metió en el agua, lenta y cuidadosamente. Parecía preocupado por algo más que resbalarse. Estaba asustado, asustado porque era evidente que no sabía nadar. «Eso te pondría las cosas mucho más difíciles a la hora de hundir el cuerpo donde querías, Billy», pensé. «Aun así, era factible, aunque te costaría Dios y ayuda. Quizá el cuerpo esté en el bosque después de todo», me dije.

Me metí en el agua detrás de él, lo bastante cerca como para agarrarlo si se resbalaba o intentaba echar a correr al llegar a la otra orilla. Eso sí que habría sido todo un espectáculo, los dos corriendo por el bosque a la pata coja, él tratando de escapar y yo intentando pillarle. Sin embargo, aunque me mantuve muy cerca de él en todo momento, realmente no creí que tuviera intención de escaparse. Ayer habría sido el momento para hacerlo. Ahora era demasiado tarde, demasiado tarde para muchas cosas.

«Un crimen pasional, Billy —esa sería tu mejor defensa», me dije mientras lo seguía a través de la corriente poco profunda. «Deberías haberte presentado ayer en mi despacho para entregarte y contarme sin rodeos lo de Holland y tu mujer. Así habrías salido más limpio de todo esto, aunque a quien te llevaras por delante fuera un héroe de guerra. En cambio, ahora la has fastidiado. Has ocultado tu crimen haciéndolo parecer calculado, premeditado».

El nivel del agua subió hasta cubrirme por las rodillas, pero eso fue todo.

«Presionas tan solo unos milímetros un trocito de metal con el dedo índice y tu mundo cambia para siempre, ¿no es así, Billy?». Algo tan nimio como apretar un pedazo de metal o que un compañero de equipo te golpee la rodilla con las hombreras protectoras en una jugada —un mero accidente, ni siquiera un golpe fuerte, sino un simple chasquido en la rodilla—.

«Mi padre nos ayudará», fue lo que dijo Janice después de que el entrenador Barkley me dijera que me habían quitado la beca. Lo que ella quería decir era que su padre nos daría dinero para que yo pudiera obtener mi título de profesor, dinero para ayudarnos con el bebé. Sin embargo, Janice había regresado de casa de sus padres con la noticia de que su papá era tan pobre como cualquier granjero de Jocassee. Dejé la escuela universitaria para trabajar en la algodónera Liberty. Después, por culpa del aborto y las facturas del hospital ni siquiera pude asistir a las clases nocturnas.

—Algo va mal —había dicho Janice aquella noche de junio.

Me incorporé y encendí la lámpara. El centro de la cama estaba empapado de sangre, la sangre de nuestro hijo. Nos apartamos frenéticos de las sábanas empapadas —nos alejamos el uno del otro—, de la enorme mancha de sangre que crecía entre nosotros.

—Un grave desgarro y cicatrización del cuello uterino —dijo el doctor tres días más tarde cuando nos disponíamos a abandonar el hospital—. Seguro que comprenden lo que eso significa.

Janice y yo comprendíamos perfectamente lo que pretendía decir, pero ninguno de los dos dijo nada, como si por el mero hecho de no responder pudiéramos mantener viva la más mínima esperanza.

—No podrán tener hijos —concluyó el doctor.

Al ayudarla a levantarse de la silla, Janice hizo una mueca de dolor. La cogí del brazo y salimos del hospital lentamente y con cuidado, como la gente que ya no se fía ni del suelo por donde pisa.

Olía a muerto desde el momento en que Billy y yo empezamos a trepar por la orilla. El olor era cada vez más fuerte a medida que nos adentrábamos en el bosque. Entonces lo vi. Había tantos ratoneros que al principio me costó distinguir lo que había debajo. Hasta el último ratonero del condado de Oconee parecía haber volado hasta aquel claro, y los árboles de los alrededores estaban repletos de aves negras esperando su turno. Me tapé la cara con un pañuelo y empecé a caminar entre ellos. Los pateé hasta que pude ver lo suficiente para comprobar que Billy había dicho la verdad al menos en una cosa.

—Larguémonos de aquí de una maldita vez —dije.

Esperé hasta que volvimos a cruzar el río para hacerle la pregunta que me había hecho dudar de su versión acerca de lo que había atraído a los ratoneros hasta allí.

—¿Cómo conseguiste que un caballo con la pata rota atravesara el río? —le pregunté.

Me di cuenta enseguida de que esa no era la pregunta que él esperaba. Sus ojos se clavaron en su puño apretado, igual que había hecho el día anterior, en un intento de reunir fuerzas. Aposté a que ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo, pero aquello era mucho más elocuente que un detector de mentiras.

—Lo llevé hasta allí a base de palos —dijo, pero había tardado más de diez segundos en salir del paso con esa mentira.

Billy me dio la espalda y empezó a cubrir el surco en el que había estado trabajando. Permanecí a su lado un minuto, para que se diera cuenta de que no tenía ninguna prisa por ir a buscar a otro sospechoso, pues esa fase de la investigación ya había terminado hacía tiempo.

«¿Cuándo empezaron a torcerse las cosas para ti, Billy?», me pregunté. «¿Te pasa lo mismo que a mí? ¿Eres capaz de recordar el momento —una discusión violenta, una mala cosecha, la mañana en que ella te ofreció la

mejilla en lugar de los labios cuando intentaste besarla? Yo me acuerdo muy bien», pensé, «y esto es lo peor de todo, Billy. Estoy convencido de que Janice y yo podríamos ser personas totalmente diferentes, mejores. El aborto jamás tendría que haber ocurrido. Ahora tendríamos hijos, y yo sería profesor, quizá en la universidad. Janice no me daría la espalda por las noches, Billy. Y no se habría instalado este frío glacial en nuestros corazones si yo hubiera corrido un poco más despacio o un poco más rápido detrás de aquel balón, si el silbato del entrenador hubiera detenido la jugada un segundo antes».

Dejé a Billy trabajando en su campo de tabaco y salí del bosque hacia la casa de la señora Winchester. Le dije que volveríamos esa misma tarde. Después subí al coche y seguí por la pista en dirección a casa de papá.

Salía del granero cuando detuve el coche. Papá había envejecido mucho durante los últimos años, sobre todo desde que mamá murió. Tenía problemas cardiacos y el médico le había dicho que debía tomarse las cosas con calma. Había vendido la mayor parte del ganado y ahora únicamente cultivaba unas cuantas hectáreas.

No obstante, papá aún trabajaba mucho más de lo que debía. No era un hombre que pudiera estar todo el día sentado en el porche o de esos que se pasan las tardes en la gasolinera de Roy Whitmire chismorreando y jugando a las damas. Yo estaba seguro de que cualquier día Travis se lo encontraría tendido bocabajo en la plantación o en los pastos. Por lo que había dicho el médico era un milagro que todavía no hubiera ocurrido.

—Travis me ha dicho que estás buscando a Holland. ¿Ya ha aparecido?
—me preguntó papá.

—No, señor, todavía no. Pero aún nos queda por cubrir parte del río y del bosque esta misma tarde.

—¿Ya has ido río arriba a ver a la viuda?

—Todavía no.

—Pues creo que deberías hacerlo —dijo papá.

—Si al anochecer no hemos encontrado nada, lo haré.

—No estarás nervioso por tener que ir hasta allí, ¿verdad?

—No, señor.

—Bien, porque muchos lo estarían. La gente siempre ha pensado lo peor de esa mujer.

—Ella misma se hizo un flaco favor encerrándose en ese agujero, aislándose de todo —opiné—. Ese tipo de cosas dan que hablar.

—Si es lo que ella quiere, no veo por qué debería importarle a nadie —dijo papá y mirando su reloj añadió—: ¿ya has comido?

—No, señor. Pensaba que usted y yo podríamos ir hasta Salem a comer algo.

—No hace falta —dijo papá—. Laura me trajo anoche unas acelgas con guisantes. Y también unas tortas de harina de maíz. Lo calentaremos en un momento.

—Pensé que le gustaría tomar un café para variar.

—No —respondió papá—. Con lo que tengo aquí me basta.

Sabía que si íbamos a Salem sería por mí, no por él, de modo que entré y me senté a la mesa de la cocina mientras él calentaba la comida. La cocina estaba más o menos igual que siempre, con el calendario de Black Draught encima de la estufa y los botes metálicos para la sal y el azúcar sobre la encimera. Sin embargo, el libro de recetas de mamá ya no estaba, al menos a la vista. Y tampoco vi por ningún lado el colador ni el rodillo de amasar. La cocina ya no olía como cuando éramos pequeños y mamá siempre tenía una hogaza de pan o un pastel en el horno.

Entonces recordé una tarde de invierno en que Travis y yo regresábamos a casa después de cazar ardillas en el monte Sassafras. Había empezado a nevar y del cielo encapotado y gris caían copos tan grandes como monedas de 5 centavos. Cuando salimos del bosque ya ni siquiera nos veíamos los pies, pero sí pudimos distinguir un fulgor amarillo al otro lado del prado. Aquella ventana era como un faro que nos atraía hacia el lugar seguro donde la gente que nos quería siempre nos estaría esperando.

Quizá sea esa la mayor bendición de la infancia, pensé mientras papá ponía mi plato en la mesa, creer que las cosas nunca cambiarán.

—Esto es mejor que cualquier comida de cafetería —aseguró papá.

Hubo un tiempo en que habría estado de acuerdo con él. Las acelgas y los guisantes forrajeros habrían estado mucho mejor acompañados de un poco de carne bien especiada. Y el crujiente pan de maíz de Laura era delicioso y

dulce como un pastel. Pero aquella comida recalentada era pura grasa y pasó por mi garganta como si fuera aceite de motor.

«Comida de pueblo», la llamaba Janice. Las pocas veces que subimos hasta aquí a comer algún domingo se limitaba a sonreír y a decir «No, gracias» cuando le ponían delante un cuenco de acelgas o una ración de venado guisado, y después le pasaba el cuenco con las acelgas o el venado a quien estuviera a su lado.

—¿Cómo está Janice? —preguntó papá, como siempre hacía.

—Está bien, papá.

—Me alegra oírlo —dijo él.

Escuché el canto de las cigarras en los árboles mientras pensábamos en algo más que decir. Aunque solo estábamos a un metro y medio de distancia el uno del otro, me sentí como si una inmensa extensión de agua nos separase, aunque yo sabía que era algo más profundo lo que se interponía entre nosotros.

—Tienes que ver a los gemelos —dijo finalmente papá—. Han crecido mucho.

—Quiero hacerlo, papá. Si esta tarde no encontramos a Holland, intentaré ir mañana hasta allí.

—A uno le han puesto tu nombre, hijo —dijo papá, intentando que su tono de voz resultara amable—. Ya tendrías que haber ido.

Papá miró su plato vacío. No había nada que yo pudiera decir. Igual que Holland decidió liarse con la mujer de otro y Billy optó por hacer algo al respecto, también yo había escogido.

—Nos vendría bien que lloviera un poco —comentó papá, intentando dejar a un lado lo que había dicho sobre mis sobrinos.

Sabía que hablaría de intrascendencias durante el resto de la visita. Le habría dicho las mismas cosas a un desconocido, y me pregunté si no sería eso en lo que yo me había convertido para él después de todo, un desconocido que tiempo atrás había sido su hijo.

—Sí, señor —dije, dando un sorbo a lo que quedaba de mi té.

—¿Quieres un poco más? —me preguntó.

—No. Tengo que volver a la granja de Billy Holcombe.

—¿Crees que tiene algo que ver con la desaparición de Holland? —se interesó papá.

—Creo que mató a Holland.

—No puedo creer que Billy sea capaz de hacer algo así.

Me levanté de la mesa.

—A veces la gente te decepciona, papá. Creo que eso tú lo sabes tan bien como cualquiera.

Papá sabía a qué me refería.

—Vuelve cuando puedas —dijo.

Salí y caminé hacia el coche. Papá se quedó junto a la puerta y me observó mientras daba marcha atrás para tomar la carretera del condado. De joven había sido un camorrista legendario. Igual que Holland, bebía y era incapaz de evitar las peleas. Después se casó con mamá y sentó la cabeza. Trabajaba de sol a sol para asegurarse de que tuviéramos ropa y zapatos y de que no pasáramos hambre. Nunca lo hicimos, ni siquiera durante los peores tiempos de la Depresión. También se aferraba a esta tierra, la tierra que había pertenecido a su familia durante ciento ochenta años.

Y lo hacía no solo por sus antepasados sino también por su descendencia. Yo sabía que su mayor satisfacción era poder contemplar esos prados y ver a sus hijos y nietos labrando la misma tierra que él había trabajado a lo largo de toda su vida. También él había oído hablar sobre el proyecto de Carolina Power de anegar el valle, pero yo estaba seguro de que era incapaz de creer que llegaría el día en que los Alexander dejaran de cultivar esa tierra. En cuanto a mí, sinceramente preferiría que muriese antes de que la compañía eléctrica tuviera oportunidad de arrebatarme tal convicción.

Nos educó a Travis y a mí para que tomásemos el relevo de lo que los Alexander habían hecho durante seis generaciones. Papá había sido un hombre corpulento y con aspecto de tipo duro, un hombre con el que no se jugaba. Sin embargo, a su manera, nos educó con paciencia y cariño, sin que nunca nos sintiéramos presionados. Cuando me marché a Clemson, él creyó que solo sería por unos años, que regresaría pronto a Jocassee.

Ahora era un viejo con problemas cardiacos y una granja que algún día se desvanecería como si hubiera sido un sueño; un hombre cuyo hijo mayor se había convertido para él en poco más que un extraño. Miré a través del

parabrisas su cara flaca y arrugada como quien observa un objeto que flota en el río a punto de desaparecer en la corriente, pues de repente me di cuenta de que esa podía ser la última vez que lo viese con vida.

Justo en ese momento decidí que no me presentaría a las reelecciones. Cumpliría mi mandato y regresaría a la granja para vivir con él. Trabajaría la tierra hasta que la compañía eléctrica nos arrastrara a todos y anegara esos campos y arroyos e incluso el río desapareciera. Durara lo que durase al menos tendría tiempo para volver a ser hijo y hermano; quizá incluso para aprender a ser tío.

Di marcha atrás por el camino de entrada de la casa de mi padre y me dirigí una vez más a la granja de Billy Holcombe, pero sentía como si el coche fuera en piloto automático. Mi mente estaba demasiado ocupada en esos momentos planeando el futuro.

Le pediría a Janice que viniera conmigo, pero ella no aceptaría. Cogería algo de ropa y le dejaría los ahorros, la casa y el coche. Aunque sonara muy fácil, en realidad no lo sería. Uno no rompe un matrimonio como quien se deshace de una casa o de un automóvil.

Miré el reloj. La una y media. Janice probablemente estaría tomándose un té o jugando al *bridge*. Llevaría puesto sombrero y medias a pesar del calor, representando aún el papel de la acaudalada hija de un médico.

—¿Dónde estará hoy doña Perfecta? —le había preguntado un concejal a su mujer durante una fiesta de Navidad sin darse cuenta de que estábamos detrás de ellos.

—Probablemente seguirá en casa enseñándole al *sheriff* la forma adecuada de desdoblar la servilleta —había respondido la mujer del concejal.

«Necesitas pensar lo peor de ella», me dije mientras la carretera avanzaba siguiendo las curvas del río. «Es más fácil que aceptar la verdad —que a veces se estropean las cosas entre dos personas sin que nadie tenga la culpa».

Entonces recordé otra cosa que el concejal había dicho aquella misma noche y que Janice escuchó tan claramente como yo:

—Gracias a Dios que ella y el *sheriff* no han tenido hijos. ¿Te imaginas la clase de madre que sería?

—Por favor —dijo Janice, impidiendo que le diera una tunda al concejal —, sus insolentes comentarios no tienen la menor importancia.

Pero el dolor en los ojos de Janice me decía lo contrario.

A las dos en punto había cuarenta hombres delante de la casa de Billy Holcombe. Además de una nueva remesa de dinamita, Tom Watson había llevado otro juego de garfios y varias pértigas de bambú para ir tanteando el terreno por donde pisaban. Le cedí cinco hombres más y le dije que se pusiera en marcha. Leonard se llevó a los demás al otro lado del río para realizar la búsqueda en los terrenos que pertenecían a la compañía eléctrica.

—Mantened los ojos abiertos y la nariz alerta —dije mientras se alejaban—. Por ese lado está el caballo muerto, pero también podría haber un hombre.

Me di la vuelta para hablar con Bobby.

—¿Alguna novedad en la ciudad?

—La señora Pipkin le trajo un libro. Dijo que se trataba de algo que usted le había solicitado a la biblioteca central del estado. Eso es todo. Hace demasiado calor para que la gente se meta en líos.

—Eso parece.

Señalé con la cabeza hacia la casa de Billy Holcombe.

—Echemos un vistazo.

Cuando llegamos a la puerta Amy Holcombe salió a recibirnos.

—Hemos venido a hacer un registro —le dije.

Ella no respondió, se limitó a dejarnos pasar. Yo fui directo al dormitorio, en la parte de atrás. No estaba buscando un cuerpo sino la escena del crimen. Bobby y yo retiramos las sábanas del colchón, pero allí no había manchas de sangre, ni tampoco en el suelo. Comprobamos el armario ropero y después miramos bajo la estructura de la casa. No había sábanas ensangrentadas ni tierra removida recientemente. Bobby se asomó al pozo y tanteó el fondo con el mango de una azada. Después registramos el granero y el cobertizo, pero en cuanto entramos supimos que en ninguno de los dos sitios encontraríamos el cuerpo, pues en plena canícula no hay manera humana de ocultar el olor a muerto.

—Estoy casi seguro de que ese hijo de puta está por ahí corriéndose una juerga y riéndose de nosotros —aseveró Bobby.

—No —dije yo—. Holland está muerto y está en algún lugar a menos de un kilómetro y medio de aquí.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Bobby.

—Sí —respondí.

Necesitaba meterme en la piel de Billy, quien había resultado ser más inteligente de lo que yo había imaginado. Necesitaba pensar como él para averiguar lo que había hecho. Eso me había funcionado en el pasado durante la búsqueda de un preso fugado, también cuando encontramos a un niño desaparecido y a la hora de localizar más de un alambique ilegal. Una vez descubierto el modo de ver el mundo de una persona, no es más difícil descubrir su escondrijo que encontrar una luciérnaga en una noche de julio. No obstante, ese no era el único motivo por el que quería ponerme en el lugar de Billy, por lamentable que fuera su situación. Yo estaba harto de vivir mi propia vida y me aliviaba la idea de olvidarme durante un rato de la decisión que creía haber tomado.

—Llévate a un par de hombres y da una batida a sus tierras —le dije a Bobby—. Quizá este año haya plantado algo fuera de temporada.

—Buena idea —opinó Bobby—. No había pensado en ello.

—Ten cuidado de no echarle a perder la plantación —le advertí.

Me senté en un tocón junto a la leñera y miré las judías moribundas y el maíz con el que Billy estaba trabajando. Sabía el porqué y el cómo y estaba casi seguro del dónde. Como le había dicho a Bobby, el cuerpo se hallaba a poco más de un kilómetro de donde yo estaba sentado. No podía ser de otro modo. Estaba seguro de que había arrastrado el cadáver con el caballo, porque Holland era demasiado corpulento para que Billy pudiera hacerlo sin ayuda.

De repente me di cuenta de una cosa que, aunque no era la respuesta, sí se trataba de algo que podía ayudarme a encontrarla. El caballo no se había roto la pata en la plantación sino al transportar el cuerpo de Holland hasta la otra orilla del río. Había resbalado sobre una roca, tal como había dicho Billy, pero esa roca no estaba enterrada en la tierra sino sumergida en pleno caudal. El peso que cargaba sobre el lomo había hecho el resto.

«¿Qué ocurrió entonces, Billy?», pensé. «Probablemente actuaras tal como dijiste: le diste de palos al animal hasta que llegó al otro lado y, una vez

en mitad del bosque, le pegaste un tiro. Sin embargo, antes tuviste que deshacerte del cuerpo de Holland. Lo dejaste en el agua o en la orilla. Entonces volviste y ataste a su cuerpo una roca del arroyo y lo arrojaste a una sima o lo tiraste a algún pozo para que se hundiera en el fondo. No lo enterraste, Billy. Fuiste lo bastante listo para no hacerlo. Tu mejor opción era el río, tu única opción, porque el agua mantiene los cuerpos escondidos incluso en tiempos de sequía».

Miré el reloj. Eran casi las cinco y media. Había escuchado varias explosiones de dinamita a lo largo de las últimas tres horas, pero Tom me habría avisado si hubieran encontrado algo. Y también Leonard. Observé a los hombres en el campo, avanzando lentamente entre el tabaco como quien vadea la corriente de un río. Billy seguía trabajando entre ellos, haciendo todo lo posible por actuar como si no se diera cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

«Sé que los Holcombe son parientes suyos», me había dicho la señora Winchester. No quería que ella ni nadie pudiera decir que yo no había hecho todo lo posible para descubrir lo que le había ocurrido a Holland, de modo que me quedaba otra cosa por hacer, una visita que llevaba tiempo posponiendo.

Ella vivía a un kilómetro y medio río arriba. Mi pulmón herido y mi rodilla me suplicaban que enviara a Bobby porque era un terreno escarpado, con continuas subidas y bajadas. Pero sabía lo supersticioso que era Bobby. Aunque había crecido en Long Creek, tenía parientes que vivían en este valle, incluido su tío Luke, que fue vecino de la viuda durante un tiempo. Bobby conocía las historias que se contaban sobre ella. Antes preferiría pasar la noche en el cementerio que hacerle una visita a la vieja. No, debía ser yo quien fuera a visitar a la viuda Glendower.

Seguí río arriba dejando atrás la casa del viejo Chapman hasta donde el arroyo Wolf Creek desemboca en el río.

Una vez, cuando Travis y yo éramos pequeños, fuimos a pescar a Wolf Creek. Era el mes de octubre, la época del año en que las truchas nadan hasta los arroyos para desovar. Empezamos en el punto donde el arroyo se une al río y allí mismo pescamos dos truchas, machos grandes con fuertes mandíbulas y manchas en ambos costados tan brillantes como bayas de

acebo. Travis y yo habíamos ascendido un gran trecho siguiendo el curso del río cargados con los pesados largueros con las truchas ensartadas. Una poza más y volveríamos a casa, nos decíamos una y otra vez, porque sabíamos quién vivía en lo alto de aquella senda. Pero la pesca era buena, de modo que seguimos adelante.

Entonces llegamos al punto en que el camino se bifurcaba. Entre ambos caminos estaba la viuda Glendower, como si nos hubiera estado esperando a Travis y a mí. Llevaba puesto su vestido negro de viuda, lo que hacía que el pelo blanco y su pálida cara resultaran aún más inquietantes. Aunque no tendría más de cincuenta años, a Travis y a mí nos pareció tan vieja como las mismas montañas. Conseguimos aferrarnos a nuestras cañas con sus carretes, pero dejamos caer los largueros cargados de truchas a sus pies y echamos a correr arroyo abajo como alma que lleva el diablo y sin atrevernos a mirar atrás hasta que llegamos de nuevo al río. Nunca volvimos a pescar en Wolf Creek.

Cuando la viuda Glendower abrió la puerta de su cabaña no me pareció muy distinta a la última vez que la había visto hacía un cuarto de siglo.

—Te pareces a los Alexander —dijo ella.

—Sí —respondí.

No obstante, aquella deducción no tenía demasiado mérito. Cualquiera que viviera en Jocassee sería capaz de reconocer los rasgos de los Alexander.

—No necesitarás una comadrona, ¿verdad?

—No —contesté—. Soy el *sheriff* y estoy buscando a Holland Winchester. Me preguntaba si usted lo ha visto.

—Oh, ¿si lo he visto? —dijo la viuda Glendower—. Lo vi hace unos veintitantos años, cuando lo traje a este mundo.

—¿Y durante los dos últimos días?

—No —respondió, pronunciando la palabra lentamente, como si estuviera reflexionando sobre mi pregunta.

—¿Alguna vez viene por aquí arriba a cazar o pescar?

—No. Me acordaría si lo hubiera visto hacer tales cosas.

Bajé del porche, convencido de que había malgastado mi tiempo subiendo hasta allí. La viuda Glendower me sonrió.

—Vuelva a visitarme, *sheriff* —se despidió—. Y si necesita una comadrona avísame.

Estaba sin aliento y mi rodilla necesitaba un descanso, pero no dejé de caminar hasta que llegué al río. Me senté en el tronco de un árbol desde el que tenía una buena vista de la orilla hasta que encontré lo que estaba buscando, la planta que André Michaux había descubierto en el valle en 1788. Los cheroquis la llamaban *shee-show*. Dado que crecía siempre cerca del agua, ellos creían que podía acabar con las sequías.

Me acerqué hasta donde estaba y me arrodillé junto a la planta, cuyas flores parecían campanillas blancas. Toqué sus hojas verdes y correosas. El secretario de De Soto, Rodrigo Rangel, no había mencionado la flor en sus escritos, ni tampoco Bartram. Michaux había sido el primer europeo en ver la planta como lo que era, algo único y hermoso, aislado del resto del mundo en este valle de los perdidos.

La mayoría de los hombres ya estaban reunidos delante de la casa de Billy Holcombe cuando llegué. Stonewall no había encontrado ningún rastro. Tom Watson no había traído nada del río aparte de una tortuga mordedora y algunas truchas más.

Billy pronto dio su jornada por concluida también. Vi cómo cojeaba desde la plantación hasta su casa, donde le aguardaba la cena. «Parece que no has tenido mucha suerte en la vida, Billy», pensé. «Quizá ahora, cuando más la necesitabas, ha llegado por fin. Pero incluso los muertos pueden liberarse de las cuerdas y las rocas con las que están atados, igual que hacía Houdini. Las corrientes pueden sacar a flote un cuerpo desde el pozo o la sima más profundos. Seguro que has leído la Biblia, Billy», me dije. «Sabes que los muertos pueden resucitar al tercer día».

Cuando llegaron los hombres que faltaban, le dije a Leonard y a todos los que habían llevado a cabo la búsqueda en el bosque que ya podían irse. A Tom y a sus hombres les recordé que volvieran el día siguiente a las nueve de la mañana.

—El cuerpo tiene que estar en el río —le dije a Bobby cuando subimos al coche.

—Pues no entiendo cómo es posible que no lo hayamos encontrado —replicó Bobby—. Buscamos en cada sima y dinamitamos hasta el último pozo corriente arriba y abajo en un radio de casi dos kilómetros. ¿Crees que podría estar más lejos?

—No —respondí mientras el coche brincaba por el camino de entrada a la granja de Billy—. El cuerpo no puede estar muy lejos de ese caballo.

Y en cuanto lo verbalicé supe lo que había hecho Billy Holcombe y me eché a reír por lo astuto que había sido.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó Bobby.

—Te lo enseñaré.

Di media vuelta y regresamos camino arriba.

—Coge una pala y una cuerda del maletero —le ordené a Bobby mientras salíamos del coche.

Bobby hizo lo que le dije mientras yo subía al porche.

—Vámonos —le apremié a Billy en cuanto se asomó a la puerta—. Y trae una linterna. Tenemos que volver al lugar donde dejaste el caballo.

Billy parecía preocupado. Me di cuenta enseguida. Según Lucas Bridges, el forense del condado, un hombre o una mujer agonizantes siempre exudan un olor peculiar. En mi opinión, lo mismo le ocurría a un hombre asustado, y Billy Holcombe no olía solo al sudor de una jornada de trabajo en el campo.

—Camina delante de nosotros y abre la marcha —le dije a Billy en cuanto salimos del patio—. Prefiero ver una serpiente antes de pisarla.

Aunque las serpientes de cascabel podían ser peligrosas en noches calurosas, me preocupaba más que Billy tratase de huir en la oscuridad. Quería tenerlo delante de mí, donde pudiera verlo en todo momento.

—¿Qué se le ha ocurrido? —preguntó Bobby.

—Quizá solo estemos buscando el grial, pero lo dudo —dije.

Atravesamos el río una vez más, el mismo río que De Soto había cruzado. De Soto no había encontrado lo que había ido a buscar a Jocassee. Sin embargo, como Michaux descubrió, en el valle de los perdidos sí había cosas que encontrar. Solo había que buscar con más atención (eso y saber dónde hacerlo).

La luna aún no había salido, y tardé un momento en darme cuenta de lo que eso significaba. Después se levantó una brisa que sacudió las hojas de los

árboles. De no haber estado tan cerca el caballo, en aquel mismo momento habría percibido ese olor acre que anuncia la lluvia. Me pregunté si Billy también sabía que iba a llover. De ser así, ¿lo consideraría un golpe de suerte? ¿O quizá pensaba que ya no tenía importancia, puesto que yo ya sabía lo que había hecho con el cadáver de Holland? «Así es, Billy, los ojos pueden mentir, pero al final siempre dicen la verdad. Si pudiera ver tus ojos en este momento me la dirían, Billy. No obstante, pronto saldremos de dudas», me dije mientras trepábamos por la otra orilla. Muy pronto.

—Tenemos que mover ese caballo —le advertí a Bobby—. ¿Crees que si le atamos una soga al cuello podremos arrastrarlo unos cuantos metros?

—Podemos intentarlo —contestó Bobby.

Los ratoneros habían volado a las copas de los árboles para pasar la noche, de modo que Bobby solo tuvo que espantar a una zarigüeya. Ató la cuerda al cuello del animal, haciendo lo posible por no respirar, pues el caballo apestaba después de dos días bajo aquel sol de justicia.

—Ayúdanos tú también —le pedí a Billy.

Juntos tiramos del caballo hasta que di la orden de parar. La luz de la linterna dibujaba sombras sobre el suelo, pero había luz suficiente para ver que allí no había ningún cuerpo. Cogí la pala y me acerqué un poco más. Con un par de paladas tuve la seguridad de que nadie había excavado aquel suelo.

—Vámonos de aquí —dije—, y deja esa maldita cuerda, Bobby. No quiero oler a caballo muerto todo el camino hasta Seneca.

Durante unos minutos había estado tan seguro. Sin embargo, me había equivocado por completo. Ahora me sentía como si hubiera vuelto al principio, sin ninguna certeza; ni siquiera estaba seguro de que se hubiera cometido un asesinato. Quizá ni siquiera está muerto, pensé. Quizá Holland había dejado embarazada a Amy Holcombe y se había largado a Texas o a California. Puede que Bobby tuviera razón y Holland se estuviera partiendo de risa a nuestra costa, que esta fuera su manera de devolvérmela por lo ocurrido en La Frontera (hacerme venir hasta aquí para que me sintiera como un estúpido al buscar a alguien que estaba vivo y coleando en la otra punta del país).

A pesar de todo, no podía creer que Holland estuviera vivo. Billy Holcombe me estaba esperando cuando me vio aparecer el día anterior en su

plantación. El dolor de la señora Winchester era real. Cuando volvimos a cruzar el río pude oler en el aire la lluvia inminente. Un auténtico diluvio, deseé, tan fuerte como para levantar a los muertos.

—Hasta mañana —le dije a Billy mientras subía los escalones del porche—. ¿Quién sabe lo que podría aparecer, especialmente después de un buen chaparrón?

Billy no respondió. Simplemente entró en casa para terminar su cena.

—¿Te importa conducir? —le pregunté a Bobby.

—En absoluto —respondió.

Le di las llaves y cerré los ojos mientras bajábamos dando tumbos en dirección al río.

—¿Le molesta si pongo la radio? —me preguntó Bobby.

—No —dije.

En la radio, la voz de Hank Williams se fue elevando lentamente, cantando acerca de la soledad. Pese a su juventud —aún estaba en la veintena—, ya era rico y famoso. Me pregunté si lo que cantaba no serían más que palabras para él. Su voz decía lo contrario. Esa voz vieja y cansada sabía lo que era la verdadera soledad. Había oído que Williams le daba fuerte a la botella. Había algo en su interior que ni la fama ni el dinero podían curar, algo que sin duda había en el interior de mucha gente, puesto que sus discos eran tan populares. «Soledad» era una manera de llamarlo, pero se trataba de algo que iba más allá de lo que se puede expresar con palabras. Era una especie de anhelo, la sensación de que una parte de tu corazón estaba vacía.

Un predicador habría dicho que esa era la condición del hombre desde que fue expulsado del Edén, y muchos de los antiguos himnos religiosos hablaban de que, en la otra vida, nos reuniríamos con Dios. Sin embargo, vivíamos en el presente y cada uno trataba de encontrar a su manera el modo de colmar esa ausencia. Quizá el matrimonio fuera un modo de curar ese anhelo, aunque el mío no era el mejor ejemplo de ello. Muchos hombres lo lograban gracias a la bebida, igual que Hank Williams. A veces los hijos llenaban ese vacío o, como en el caso de mi padre, también el amor a un lugar que te une a varias generaciones de tu familia.

—Despierte, *sheriff*. Ya hemos llegado —anunció Bobby.

Abrí los ojos.

—Vete a casa, Bobby. Te veo aquí a las ocho y media.

Entré en la oficina y pasé junto a la celda vacía. Durante unos minutos había llegado a pensar que aquella noche estaría ocupada. El libro que la señora Pipkin me había llevado estaba sobre mi escritorio. Al abrirlo, el papel olía a sótano y a humedad. VIAJES POR CAROLINA DEL NORTE Y DEL SUR, GEORGIA Y EL ESTE Y OESTE DE FLORIDA, decía la portada. Bajo el título estaba impreso: «POR WILLIAM BARTRAM».

Las primeras ráfagas de lluvia golpearon los cristales y, aunque a esas alturas de mi vida no tenía ni una simple tomatera que regar en el jardín de casa, el recuerdo de otros tiempos hizo que me emocionara. Sabía que papá ya habría sentido la lluvia, y también Travis. Aquella noche los dos dormirían como no lo habían hecho en muchas semanas.

Aunque sabía que debía llamar a Janice, no fui capaz de levantar el auricular. En algún momento, a la mañana siguiente, tendría que encontrar las palabras y reunir el valor necesario para decírselo, igual que había hecho la primera vez que me marché.

«Me habrían reclutado de todas formas», le dije cuando me alisté en los Marines en 1941. Sin embargo, quería irme. Quería alejarme de ella, alejarme de esa vida que había sido tan diferente a lo que prometía ser, de mi empleo sin futuro en la algodónera, del aborto y de un matrimonio que ambos sabíamos que era un fracaso. ¿Cómo iba a ser de otro modo si lo único que nos había deparado nuestra unión era la muerte?

A pesar de todo, había regresado a Seneca, con Janice. Quizá me sentí obligado por el hecho de saber que Janice me había escogido a mí cuando había decenas de hombres de familias acaudaladas entre los que podría haber elegido. Ahora, en cambio, sabía que no se trataba solo de eso. Estaba convencido de que la muerte de nuestro hijo había establecido entre nosotros un vínculo más fuerte aún que el amor.

Abrí las frágiles páginas del libro en la parte II, la sección en la que Bartram abandona Charleston para irse a la que durante algunos años más todavía se conocería como la nación cheroqui. Seguí sus palabras del mismo modo que él había ascendido siguiendo la corriente del río Savannah hasta donde las praderas se convertían en colinas y después en montañas. Al pasar

la página, Bartram describía el lugar donde el abuelo de mi bisabuelo se había asentado doce años antes de que el propio Bartram atravesara ese valle.

Continué durante otros siete u ocho kilómetros, siguiendo la ruta comercial que se extendía por un terreno rocoso y escarpado, atravesando arroyos y riachuelos, descendiendo con rapidez junto a precipicios de roca, hasta que llegué a un valle encantador, embellecido más aún si cabe por un río resplandeciente que serpenteaba a lo largo de toda su extensión.

El primer Alexander llegó desde Escocia después de combatir junto al príncipe Charlie en la batalla de Culloden. Ian Alexander descendió por el valle de Shenandoah y en Virginia Occidental conoció a su esposa, una mujer llamada Mary Thomas, que, al ser galesa de nacimiento, compartía con él el odio hacia los ingleses. Permaneció allí durante cinco años y después viajó hacia el sur hasta detenerse en este lugar que sin duda le recordaría a las tierras bajas de su Escocia natal. La mayor parte de sus vecinos eran indios cheroquis; de hecho, su hijo mayor se casaría con una muchacha de la tribu. Sin embargo, el coronel Williamson pronto obligó a los indios a huir hacia las montañas de Carolina de Norte.

Mi tío Thomas no sabía a cuál de los dos bandos había apoyado aquel primer Alexander. Sin duda, debió de pensar que los ingleses trataban a los indios igual que habían hecho con los escoceses durante siglos; sin embargo, con los indios fuera de escena había mucha más tierra para los blancos como él. Y, lo que es más interesante aún, ¿qué había hecho su hijo? ¿Luchó junto al pueblo de su esposa o contra él? Algo había ocurrido, pero la verdad se había perdido para siempre en el pasado del valle.

Aunque Bartram no mencionaba haberse encontrado con nadie al atravesar Jocassee aquel día de primavera, me pregunté si Ian Alexander no habría estado en aquel mismo prado observando al viajero mientras trotaba a lomos de su caballo por aquel camino comercial. Quizá el viejo Ian saludó al desconocido, o quizá le ofreció una ración de su comida y él la aceptó.

Continué leyendo, siguiendo el periplo de Bartram mientras avanzaba por el noroeste y atravesaba la que un día sería la frontera entre estados. Había

hecho una parada para descansar en la cima del monte Oconee. Al mirar atrás para contemplar las tierras por las que había viajado aquella jornada, Bartram describió lo que veía. «Aquella región salvaje y montañosa parecía agitarse como la superficie de un gran océano después de una tempestad», escribió, como si hubiese podido contemplar el valle sumergido bajo un inconmensurable silencio acuático dos siglos antes de que semejante imagen se hiciera realidad.

Igual que Michaux, Bartram era un naturalista. Comprendía que las cosas existen para después desaparecer. Quizá por eso había sentido la necesidad de registrar en bocetos y notas todo lo que veía, desde las asambleas cheroquis que presencié hasta los huesos de búfalo que se fue encontrando a lo largo de su viaje. Quería anotar todo. Quería que aquello fuera recordado.

Cerré el libro y lo dejé en la mesa. La lluvia tamborileaba sobre el tejado y el pueblo dormía tranquilo en silencio. Yo estaba cansado, cansado como hacía mucho tiempo que no estaba. Fui a la celda y me tumbé en el camastro.

Soñé con aguas profundas como el tiempo.

La luz del sol atravesaba los barrotes de la celda cuando me desperté. El teléfono estaba sonando, de modo que me levanté y trastabillé hasta el escritorio.

—Papá ha tenido otro ataque al corazón —dijo Travis.

—¿Dónde está?

—Aquí en el hospital.

—Estaré allí en cinco minutos —concluí.

Escribí una nota diciéndole a Bobby que saliera hacia Jocassee según lo previsto para retomar la búsqueda en el río y que yo subiría en cuanto pudiera.

Al llegar al hospital me encontré con Travis y Laura sentados en sillas de plástico en la sala de espera. Los gemelos estaban acostados en los sofás.

—¿Es muy grave? —le pregunté a Travis.

—El doctor ha dicho que podría vivir un día o dos, pero que no saldrá de aquí con vida.

—¿Qué ha pasado?

—Al atardecer fui a su casa a trabajar un poco más en el tejado. Supuse que seguiría reparando el cercado, así que no me puse a buscarle hasta que empezó a oscurecer. Lo encontré al final del prado. —Travis miró al suelo—. Pensé que estaba muerto. Mejor habría sido.

—¿Intentaste llamarme anoche?

—No —contestó Travis, sin levantar la vista del suelo.

—¿Y por qué coño no lo hiciste?

Travis me miró desafiante con sus ojos grises.

—Hace tiempo que no te importa una mierda, así que pensé que no querías que te despertara.

Lo agarré por la pechera de la camisa levantándolo de la silla. Mis nudillos chocaron contra su esternón.

—No tienes la menor idea de cómo me siento.

—Tienes razón —dijo Travis, sin dejar de mirarme a los ojos ni por un instante—. Hubo un tiempo en que sí lo sabía, pero ya no.

Parecía como si la habitación se nos fuera a caer encima. En ese momento no existían ni el pasado ni el futuro, y solo podía pensar que mi vida entera me había arrastrado hasta ese momento en que apretaba los puños contra el pecho de mi hermano.

—No, Will —ordenó Travis.

Sus ojos ya no miraban a los míos sino detrás de mí.

Me di la vuelta y vi a mi sobrino, el que se llamaba como yo, con una navaja abierta en la mano, y al otro a su lado con los puños apretados.

—Guárdala, hijo —le pidió Travis.

—No hasta que te suelte —respondió Will.

Abrí los puños y di un paso atrás. Las paredes de la habitación volvieron a expandirse. Todos permanecemos inmóviles durante un minuto, en silencio, sin compartir nada más que el mismo apellido.

—¿Me dejarán verle?

—Sí —contestó Travis, frotándose el pecho—. Te dejarán.

—Puede que necesites esto —dijo Laura, y me dio un pase del hospital.

Le enseñé la tarjeta a la enfermera del segundo piso, y ella misma me acompañó hasta la habitación. Papá estaba tumbado en la cama, mirando al techo y con un montón de vías que le salían de los brazos. Su piel había

adquirido un tinte azulado, y cada inspiración le suponía un gran esfuerzo. Travis tenía razón. Mejor habría sido que se hubiera muerto en el prado, sintiendo la tierra contra su cuerpo y contemplando los árboles, los plantíos y el cielo que anunciaba lluvia.

—Intentamos que esté lo más cómodo posible —dijo la enfermera.

—¿Sabe él dónde está?

—No lo sé. Es posible.

La enfermera salió de la habitación.

En cuanto le cogí la mano a mi padre, me di cuenta de que era la mano de un muerto. Estaba fría y no reconocía la mía. Tenía la mirada fija en el techo. Su cuerpo no era más que una cáscara vacía. Recé por su alma, pero él no necesitaba mis oraciones. Había vivido bien y había tratado a la gente mucho mejor de lo que en ocasiones lo habían tratado a él.

—Lo siento, papá —dije en voz alta.

Y lo sentía de veras, pero ya era demasiado tarde. Ya estaba muy lejos de mí y no regresaría. Sostuve su mano entre las mías hasta que volvió la enfermera para cambiarle las sábanas.

—Volveré esta noche —le anuncié a Travis—. Avisa a Janice si ocurre algo.

Travis asintió. Era evidente a qué me refería.

Conduje en dirección a las montañas bajo el cielo azul. Había llovido mucho y el caudal de los arroyos había crecido. El agua estaba revuelta y bajaba a gran velocidad. Los campos ya no estaban cubiertos de polvo y la tierra estaba empapada. Las plegarias habían sido atendidas y también las supersticiones de la gente —las culebras muertas y las campanillas de Oconee que los campesinos colgaban en sus cercados—.

Billy no estaba en su plantación, aunque yo no esperaba encontrarlo allí, pues la tierra estaba demasiado embarrada para trabajar. «Quizá, después de todo, consigas recoger un poco de maíz y algunas judías, Billy», pensé mientras seguía las huellas de mis hombres en el barro por el borde de la parcela de camino al río. Los tallos de maíz ya parecían más altos y las judías más verdes.

El río estaba muy crecido, y la corriente bajaba revuelta y veloz igual que en los arroyos más abajo. Sería mucho más difícil cruzarlo que ayer. Encontré

una rama que se podía utilizar como bastón y me tomé mi tiempo en ello. Pegué un grito y Bobby me contestó corriente abajo. Había demasiada agua para utilizar los garfios, de modo que lo único que Bobby y los demás hombres podían hacer era cruzar los dedos y esperar hasta encontrar lo que el río hubiera sacado a flote.

A las once de la mañana el nivel del agua alcanzó su punto más alto. Tom y Leonard lanzaron los garfios en varias pozas mientras el resto de nosotros examinábamos las orillas. El río había arrastrado ramas de árboles, un neumático de tractor e incluso una caña de pescar con su carrete y todo, pero seguía ocultando a Holland. A mediodía hicimos un descanso y comimos *donuts* y bebimos refrescos de cereza que Bobby había llevado.

—Si esa tormenta no ha sacado el cuerpo de donde quiera que esté no sé qué demonios lo hará —sentenció Bobby mientras se sentaba a la orilla del río.

—Desde luego ha arrastrado todo lo demás —comentó Tom.

Contemplamos la corriente que fluía incansable, ahora casi tan clara como el día anterior y no mucho más alta.

Era el río donde me habían bautizado.

«Bañado en la sangre del cordero», había dicho el reverendo Robertson bajo un cielo límpido y azul mientras el agua corría sobre mi cabeza. Durante unos instantes había pensado que el reverendo Robertson me tendría bajo el agua eternamente, y sin embargo no me dio miedo. Entonces tenía diez años y sentí la fuerza del río como si fuera el mismo Dios el que se arremolinaba en torno a mí.

Después de comer Tom y Leonard siguieron comprobando pozas mientras Bobby y yo vadeábamos el río tanteando las orillas y debajo de las rocas con las pértigas de bambú. Lo único que encontramos fueron serpientes y musarañas.

—Vámonos —dije a las cuatro en punto.

Volvimos a cruzar el río y subimos lentamente en dirección al prado.

—Vuelve con Tom y los demás —le ordené a Bobby cuando llegamos a los coches—. Yo iré enseguida.

Vi desaparecer el coche de Tom en la curva y caminé hacia el patio de Billy Holcombe. Como oí un chasquido que procedía de la leñera, me

acerqué para echar un vistazo en el interior. Al principio no veía nada, pero mis ojos pronto se habituaron a la oscuridad. La silueta de Billy fue tomando forma tras lo que parecían los barrotes de una prisión —como si fuera un espíritu capaz de cambiar de forma, habrían dicho mis antepasados—. Sin embargo, el fantasma era yo, deambulando por un paisaje al que ya no pertenecía.

Me di cuenta de que estaba trabajando con madera, no con metal. Canturreaba para sí, tan suavemente que la tonada no sonaba más fuerte que el zumbido de una avispa. Desde donde yo estaba se podía oler la madera —cerezo silvestre—, y supe que la cuna que estaba fabricando era tanto para su esposa como para el bebé. Ocurriera lo que hubiese ocurrido entre Holland y la mujer, aquella cuna era la señal de que ella y Billy lo habían dejado atrás. Ella había estado a su lado durante los últimos días, había mentido por él. Ocurriera lo que ocurriera aquella mañana, ella había tenido que escoger entre Holland y Billy, y había elegido a Billy.

Billy seguía tarareando y aposté a que ni siquiera era consciente de que lo estaba haciendo. Escuché a aquel hombre que creía que su futuro sería mejor que su pasado, un hombre que al despertarse esa mañana se había encontrado sus tierras empapadas por la lluvia y había deducido que cuando llegara el otoño recogería una abundante cosecha; un hombre a punto de descubrir que iba a salirse con la suya después de cometer un asesinato.

Me pregunté qué pasaría cuando Carolina Power expropiara sus tierras. Los padres de Billy habían sido aparceros. Esa tierra no conectaba a Billy con su familia del mismo modo en que las tierras de papá le unían a la suya. Las tierras de Billy simbolizaban la ruptura con su pasado, con todo lo que había sido su familia. Quizá para Billy la tierra era únicamente algo que se utiliza y después se olvida, como una camioneta o un caballo de tiro.

Billy pensaría que había llegado su oportunidad cuando la compañía eléctrica le comprara su propiedad por unos cuantos dólares más la hectárea de lo que él había pagado por ella —al menos hasta que supiera cuánto costaba una granja como la suya en otra parte del condado—. Quizá utilizaría el dinero para trasladarse a Seneca o a Anderson y comprarse una casa con aseo y electricidad, con lo que pensaría que había encontrado el paraíso. Trabajaría en una algodónera o en el aserradero y recibiría un cheque al final

de cada semana y no tendría que volver a preocuparse nunca más por la sequía y el granizo, ni por que alguna peste atacara su plantación de tabaco.

Se enfrentaría a otros cambios menos agradables, cosas que le harían extrañar los tiempos en que empujaba detrás del caballo y el arado. Tendría que pedir permiso para beber agua o para ir a mear. El trabajo sería el mismo día tras día, semana tras semana, y en la fábrica el calor y la humedad te asfixiarían como si la canícula durara todo el año. Respiraría sumido en una eterna nube de polvo que sus pulmones tratarían de expulsar por las noches durante interminables ataques de tos.

Su trabajo no le aportaría la menor satisfacción, pero tendría una mujer y un hijo esperándoles en casa cuando el silbato de la fábrica señalara el final de la jornada y pudiera escaparse. Algunos hombres envidiarían al menos ese aspecto de su vida.

En cuanto a mi vida, estaba en Seneca. La llamada de teléfono de aquella mañana me había despertado en más de un sentido. Me había recordado algo que ya sabía a pesar de que durante algunas horas había sido capaz de fingir lo contrario. Había escogido mi vida hacía ya mucho tiempo, cuando cogí aquel tenedor sentado a la mesa en una casa que creía más sólida y estable que ninguna otra cosa sobre la faz de la tierra.

Pero no hay nada tan sólido y duradero. Nuestras vidas se asientan sobre los más endebles cimientos. No es necesario leer libros de historia para saberlo. Solo hay que conocer el propio pasado.

Observé a Billy a través de los barrotes a sabiendas de que pocos minutos después me subiría al coche y abandonaría el valle, viendo desaparecer la tierra por el espejo retrovisor como si fuera engullida por las aguas.

Cuando empecé a trabajar como ayudante del *sheriff*, dejé escrito mi testamento y mis últimas voluntades, donde especificaba que quería que me enterrasen aquí, en Jocassee, junto a los demás Alexander. Ojalá esté reposando en esa tumba antes de que construyan la presa, para que cuando el agua lo sepulte todo cubra también a papá y a mamá y al viejo Ian Alexander y a su esposa Mary y el cuerpo perdido de la princesa a la que llamaban Jocassee y los túmulos funerarios cheroquis y los senderos que recorrieron De Soto y Bartram y Michaux, y los prados y arroyos y los bosques que ellos describieron, y que todo desaparezca y nuestros rostros y nuestros nombres,

nuestras buenas y malas acciones sean olvidados como si ni nosotros ni Jocassee hubiéramos existido nunca.

«Te deseo buena suerte, Billy», pensé. Me acerqué un poco más, tapando casi toda la luz que le permitía trabajar.

—Te has salido con la tuya —dije, y allí lo dejé, mientras moldeaba el futuro con sus propias manos.

LA ESPOSA

Al principio no era más que una especie de broma entre las mujeres mayores y yo. Me ponían la mano en la barriga y decían alguna tontería como: «¿Ya tienes un bollo en el horno?» o «Aún no noto que se mueva nada por aquí». Entonces todas nos reíamos. O alguna de las más jóvenes decía: «Sabes que puedes hacer agujeritos en esas cosas, ¿verdad?» o «Frótate con él en el granero sin que se lo espere, ¡verás cómo eso nunca falla!». Sus palabras hacían que me ruborizara, pues me hacían pensar en cosas de las que nunca había oído hablar a las mujeres.

Billy y yo no habíamos querido tener un hijo enseguida. Ya era suficiente con intentar acostumbrarnos el uno al otro, de modo que se ponía protección cada vez que lo hacíamos. A medida que terminaba ese primer año nos pareció que todo era más fácil y que nos sentíamos cada vez más cómodos en el matrimonio, igual que una buena pareja de caballos de tiro aprende a trabajar en equipo y a ayudarse mutuamente.

Ese otoño la cosecha fue buena y las cosas se fueron apresurando un poco, así que durante nuestro segundo invierno juntos una noche le dije: «No hace falta que te lo pongas», y él comprendió a qué me refería. Esa noche mientras hacíamos el amor gozamos más que nunca, pues la esperanza de concebir un bebé también estaba presente en nuestro lecho conyugal.

Pasaban las semanas pero yo no tenía náuseas por las mañanas, y tampoco me sentía excesivamente cansada sin motivo ni experimentaba ninguno de los síntomas habituales. Cuando se cumplieron los seis meses celebramos nuestro tercer aniversario. Lo hacíamos casi todas las noches, menos cuando tenía el periodo. Aun así, tampoco sirvió de nada. Las mujeres

seguían haciendo comentarios pero ya no tenían tanta gracia y yo sospechaba que en el fondo no pretendían que la tuvieran.

«Ya va siendo hora de que fundes tu propia familia», me decían, como si fuera asunto suyo meterse en esas cosas.

Las muchachas más jóvenes, con las que me había criado, exhibían a sus pequeños cada vez que me veían llegar.

«¿No es una preciosidad?», decían, o: «¿Quieres cogerlo?».

Parecían empeñadas en recordarme a todas horas que no sería una mujer de verdad hasta que no tuviera mi propio hijo.

—¿Os va bien a Billy y a ti? —me preguntó mamá finalmente una tarde que vino de visita.

—Sí, mamá —respondí—. Nos va bien.

Pero mamá no me creyó. Miró por la ventana hacia el pozo, donde Billy estaba recogiendo agua para Sam.

—No es cosa fácil mantener vivo un matrimonio. Requiere muchos cuidados.

—Lo sé, mamá —afirmé.

—Te he traído algunas cosas —comentó mamá, y sacó del bolso una barra de labios y colorete—. A un hombre le gusta que su mujer se ponga guapa de vez en cuando.

—No es necesario que me compres esas cosas, mamá —dije, pero insistió y me las puso en la mano.

—Tú hazme caso: maquíllate con ese pintalabios y el colorete —me recomendó mamá—. Y ponte el vestido azul que tanto resalta tus ojos. Hazlo esta noche, Amy, y verás la diferencia. Estoy segura.

Pero mamá se equivocaba. No sirvió de nada.

Cuando llegó diciembre Billy y yo fuimos a Seneca para ver al doctor Wilkins. Estuvimos sentados esperando una eternidad hasta que nos llamó la enfermera.

—Puedes ir a la sala de espera si quieres —le dijo el doctor Wilkins a Billy minutos después.

—No —respondió Billy—. Me quedaré.

El doctor Wilkins me indicó cómo debía colocarme en los estribos, me cubrió con una sábana de cintura para abajo y me separó las piernas.

—No hay tumores ni infección —informó el doctor Wilkins—. Eso es buena señal.

A continuación, cogió lo que parecían unas tenacillas para helado y me abrió las piernas aún más. Me metió un tubito y sopló en su interior mientras escuchaba. Yo traté de reprimir un gemido de dolor.

Cuando miré a Billy él tenía la vista clavada en la pared del fondo.

—Todo parece estar bien —observó el doctor Wilkins.

El doctor Wilkins abrió un cajón de su escritorio y le dio a Billy un bote.

—Imagino que ya sabes lo que necesito —dijo el doctor Wilkins—. Hay algunas revistas en el cuarto de baño al fondo del pasillo. En cuanto termines tráelo y lo miraremos en el microscopio.

Billy se ruborizó de pura vergüenza, pero hizo lo que le pedía. Cuando Billy volvió, el doctor Wilkins colocó una muestra en el microscopio. Lo examinó cuidadosamente y durante demasiado tiempo, lo cual no era buena señal.

Finalmente separó el ojo del visor.

—No soy capaz de encontrar ni un solo espermatozoide vivo —concluyó.

De regreso a casa aquella tarde el silencioso trayecto se me hizo eterno. Miré por la ventanilla y el mundo me pareció un erial. Las montañas estaban peladas y eran de color ocre, los árboles eran meros esqueletos sin hojas después de la exuberancia del verano. Mientras contemplaba las montañas desnudas me asaltó un recuerdo que desde hacía meses trataba de reprimir con todas mis fuerzas pero se resistía a desaparecer.

Era el recuerdo del día en que destrocé el cuerpo de mi hermano Matthew. Estábamos en el altillo del granero haciendo algunas tareas que papá nos había encargado. Al menos yo estaba trabajando. Matthew estaba en plan respondón y no paraba de incordiarne. Yo tenía doce años y él solo ocho. A mí me fastidiaba tener que hacerlo todo sola.

—Déjate de tonterías y haz tu parte, Matthew —dije empujándolo contra las balas de paja.

Él intentó mantener el equilibrio y reculó hasta el hueco de la trampilla que estaba abierta. Dio un último traspíe y desapareció como si se hubiera caído por un acantilado.

Mamá y papá no me castigaron por lo ocurrido; nunca me hicieron el menor reproche ni me hicieron sentir culpable. Sin embargo, yo misma me castigaba constantemente. Durante los dos primeros días, cuando el doctor Griffen aún no estaba seguro de lo que ocurriría a largo plazo, deseé más que nada en el mundo haber sido yo quien se hubiera caído desde el altillo. Cuando el doctor Griffen nos aseguró que Matthew volvería a caminar, la culpa se hizo más soportable, pero solo un poco.

Lo que me atormentaba era que por mucho que yo misma me castigara por lo ocurrido quizá para Dios no fuera suficiente. Había estado a punto de matar a un niño en una ocasión y ya no se me concedería una nueva oportunidad para que me confiaran el cuidado de otro.

Durante un tiempo traté de convencerme de que todo terminaría bien, de que Billy era un buen hombre y de que dos personas pueden ser felices sin hijos. Sin embargo, cada domingo, cuando Billy y yo íbamos a la iglesia, sufría al ver a todas las mujeres de mi edad con sus hijos en brazos, o cuando íbamos a casa de mamá y papá y los dos pequeños de Ginny correteaban por todos los rincones llenando el hogar de una felicidad que solo los niños pequeños pueden traer. Después, cuando Billy y yo volvíamos a casa, las habitaciones me resultaban silenciosas y vacías. Y lo mismo le ocurría a Billy. Sabía que se sentía culpable. Si yo me sentía menos mujer por no tener un hijo, también él se sentiría menos hombre por no poder plantar su semilla en mi interior.

Billy no volvió a decir una sola palabra acerca del diagnóstico del doctor Wilkins, pero la certeza de lo ocurrido se cernía sobre la casa como un paño mortuario. No éramos capaces de hablar de ello. De qué servían las palabras cuando no podían cambiar lo que yacía en el fondo de nuestros corazones. Sin embargo, yo sentía la necesidad de hablar con alguien, de modo que un domingo después de la comida, mientras papá y Billy estaban en el granero, les conté a mamá y a Ginny lo que había dicho el doctor Wilkins.

—¿Y dijo que no se puede hacer nada? —preguntó mamá.

—Sí, señora —respondió, y el mero hecho de decirlo en voz alta pareció confirmarlo definitivamente.

—Oh, Amy —se lamentó mamá.

Me abrazó y lloró por mí.

—Los médicos no lo saben todo —sostuvo Ginny, y su voz era fría como las piedras de un arroyo—. Hay personas que saben cosas que no se aprenden en los libros, que poseen una sabiduría que la mayoría de los hombres desconocen.

—¿De qué estás hablando, Ginny? —pregunté.

—Lo que digo es que hay una persona que sabe cómo curar lo que ningún médico de pueblo puede.

—Quizá lo mejor sea dejar las cosas tal como están, Amy —aconsejó mamá, que sabía a quién se refería Ginny.

—Esa vieja sabe cosas que... —dijo Ginny—. Podría ayudar a Amy.

—No vayas a ver a esa mujer —me pidió mamá—. Si tú y Billy no podéis tener hijos, esa es la voluntad del Señor. Tenéis muchas otras cosas que...

Mamá se quedó muda —acababa de ver a Billy de pie al otro lado de la mosquitera—.

—Podrías haber sido tú la que tuviera el problema —dijo Billy mientras conducía de regreso a casa—. De ser así yo jamás habría ido por ahí largándolo por todo el valle. Quizá sea culpa tuya después de todo. Hasta donde yo sé el médico no tenía la menor idea de lo que hablaba. Habría dicho cualquier cosa con tal de cobrar sus 5 dólares.

La vena de su cuello estaba tan hinchada como una vara de avellano, y apretaba tanto el volante con las manos como si quisiera asfixiar a alguien hasta matarlo.

—Pregónalo a los cuatro vientos para que todo el mundo sepa que es culpa mía y no tuya.

—No era eso lo que pretendía, Billy —me expliqué.

—Maldita seas por haberlo contado, maldita seas —replicó Billy.

Nunca me había hablado de ese modo. No maldecía así ni cuando el granizo castigaba su tabaco, ni siquiera cuando la vaca le dio una coz y le rompió una costilla. Sin embargo, me lo dijo a mí.

El domingo siguiente en la iglesia quedó claro que mamá había hecho que se corriese la voz entre las demás mujeres. Billy también se dio cuenta y pude

ver en sus ojos la furia contra todas ellas y contra mí. Cada palabra que intercambiaban y cada mirada que nos dirigían nos distanciaban un poco más a Billy y a mí.

—Pobrecilla —dijo Martha Whitmire mientras me apretaba contra su pecho.

—Es una carga terrible para cualquier mujer —añadió Sue Burrell, con gesto afligido.

Aunque yo sabía que mamá tenía buena intención, contárselo a todas solo consiguió empeorar las cosas. Fingían piedad pero no hacían otra cosa que regodearse. No estaba bien pensar de aquel modo de mis vecinos y amigos pero en lo más profundo de mí sabía que no solo les reprochaba a ellas todo lo que estaba pasando. Recé como cualquier otro día y canté los viejos himnos igual que había hecho siempre, pero aquellas palabras no me hacían sentir nada en absoluto. Él les había concedido hijos a todas las demás mujeres de esa iglesia, pero a mí no me había dado nada, a pesar de que había rezado día y noche durante todo un año. ¿Cómo podía haberle dado nueve hijos a mamá, dos a mi hermana, que aún no había cumplido los dieciocho años, y dejarme a mí yerma como un campo de maíz en diciembre? Si estaba siendo castigada por lo que le hice a Matthew, no era justo. ¿Cómo era posible que algo que había hecho a los doce años —un accidente, no un acto de maldad— se me reprochara de esa manera durante el resto de mi vida? Ni un solo gorrión cae del cielo sin que el Señor lo sepa, dice la Biblia. ¿Acaso no incluía eso a los niños que se caen desde el altillo de un granero?, me preguntaba.

«No vayas a ver a esa mujer», me había dicho mamá. Y sin embargo fui una mañana de enero en que la nieve cubría el sendero que subía hacia las montañas siguiendo el río de aguas turbias y heladas. Hayas y enormes rocas flaqueaban el camino, que se hacía cada vez más angosto a medida que la garganta se estrechaba igual que un gigantesco libro que se va cerrando lentamente. O más bien como un cepo de acero, pensé levantando la vista del suelo y contemplando las rocas que brotaban de la tierra como si fueran colmillos. El paisaje era oscuro y sombrío pues el sol no conseguía adentrarse

en el desfiladero a pesar de que era casi mediodía, y el único color que resaltaba en los árboles eran los brotes de muérdago. Una vez había oído decir a mi abuelo que incluso los cheroquis habían abandonado este lugar, pues aquí ni siquiera se podía cazar.

Era fácil comprender por qué las pocas personas que vivían aquí se referían a esta parte del desfiladero como El Sombrío, pues al atravesarlo uno no podía evitar sentirse de ese modo. Pasé junto a la vieja cabaña de los Chapman, de la que ya no quedaba en pie más que la chimenea de piedra. Parecía una lápida allí sola, recortándose contra el cielo sin nada a su alrededor.

En el lugar donde Wolf Creek desemboca en el río vi la casa de Luke Murphree. Aún seguía en pie, pero los tablones de madera estaban grises y carcomidos, y el tejado de chapa estaba oxidado y marrón como las hojas en noviembre. La abuela me había contado que cuando Luke se instaló allí no había respetado el límite de las tierras de la viuda Glendower y ni siquiera se había molestado en poner un cercado para controlar a su ganado, que se colaba constantemente en la propiedad de la vieja para comerse sus manzanas y pisotearle las judías.

Entonces en el mes de mayo su ganado enfermó, según papá porque habían comido hojas del cerezo que Luke acababa de talar. Otros decían que había sido el carbunco. En cambio, Luke juraba que le habían echado el mal de ojo. Fuera lo que fuera, seis de sus vacas murieron aquel mes de mayo, y poco después Luke y su familia se marcharon de allí igual que habían hecho los Chapman. Nadie volvió a ocupar esa tierra. Ni lo haría nunca, había dicho la abuela.

Ahora la Glendower vivía completamente sola allá arriba, pues según decía todo el mundo no le quedaban parientes vivos. Desde que era niña venía escuchando muchas otras historias sobre ella. Lindsey Kilgore aseguraba haber visto aparecer su cuerpo de repente de la nada sobre las aguas de una poza en el que estaba pescando. Y Janey Suttles contaba que cuando en una ocasión coincidió con ella a solas en el cementerio las flores se ponían marrones y se marchitaban cada vez que su sombra las rozaba, igual que si se hubieran congelado.

Yo había escuchado todas esas historias de boca de mi abuela una noche de invierno, acurrucada junto al fuego de la chimenea en compañía de otros niños. El viento aullaba y las ramas de la enorme haya rascaban el tejado de chapa como si alguien estuviera intentando entrar. La abuela nos había hablado acerca de las costumbres de las brujas y nos explicó el mejor modo de obligarlas a revelar sus secretos, describiendo todo lo que eran capaces de hacernos a nosotros y lo que nosotros podíamos hacerles a ellas.

Después estábamos tan asustados que no nos atrevimos a subir las escaleras hasta que papá subió delante. Papá se rio y nos dijo que la abuela se había burlado de nosotros, que las brujas no existían y que la viuda Glendower era una anciana inofensiva que había aprendido a utilizar las plantas, las raíces y la corteza de los árboles para curar a los que no se podían permitir pagar a un médico cuando enfermaban.

—Esa mujer ha ayudado a mucha gente cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo, y ahora esos mismos la llaman bruja —dijo papá mientras nos arropaba.

Pero después de que apagara la lámpara y bajara las escaleras no pude evitar preguntarme por qué —si no creía en las brujas, tal y como decía— había colocado una herradura invertida sobre la puerta delantera de casa el día en que mamá y él se mudaron. Y por qué nunca se le había ocurrido quitarla desde entonces.

El sendero seguía el curso del arroyo hasta el fondo del desfiladero. El bosque de hayas era cada vez más denso, y las espesas copas impedían el paso de la luz del sol. Más adelante el camino se estrechó todavía más a causa de las rocas que lo flanqueaban, tan grandes como almiarés. Yo me mantenía alerta, mirando siempre hacia delante. Algunos viejos de la región decían que aún quedaban algunos pumas en los alrededores, y este parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para toparse con uno. Todo estaba en silencio, incluso el arroyo cuyas aguas seguían fluyendo bajo una fina capa de hielo. Una parte de mí quería dar media vuelta, seguir Wolf Creek en dirección contraria y regresar a casa. Sin embargo, seguí adelante. Deseaba tener un bebé, y la viuda Glendower era casi la última esperanza que me quedaba.

No sabía exactamente dónde vivía pero al dejar atrás las grandes rocas el bosque se hizo menos denso. Vi humo, después una chimenea y por último la cabaña. Un perro negro tan grande como un ternero empezó a agitarse bajo el porche y ladró mientras me acercaba a la casa por el caminito de tablones. Después volvió a desaparecer bajo la estructura de la casa. La viuda Glendower abrió la puerta y salió al porche.

—¿Quién eres? —preguntó.

Su voz era áspera, como si la garganta se le hubiera oxidado a fuerza de no utilizarla.

—Amy —respondí, y a punto estuve de decir Boone en vez de Holcombe.

—Amy Holcombe —dijo la viuda Glendower lentamente con aire pensativo.

—Mi apellido era Boone antes de casarme. Mi padre es Randall Boone.

—¿De cerca de Tamasee?

—Sí, señora.

—¿Y Lillie Boone es tu abuela?

—Sí, señora —respondí—. Mi marido Billy y yo vivimos río abajo. Nuestras tierras están junto a la granja de Sarah Winchester.

—Conozco a Sarah —dijo la viuda Glendower—. Le curé unas úlceras en la boca hace mucho tiempo. Y traje al mundo a sus pequeños. Al más joven también; ese llegó con retraso. Era tan grande que por poco mata a su madre antes de que pudiera traerle al mundo. ¿Ya ha vuelto de la guerra?

—Hace un par de meses que volvió —contesté.

—Acércate más, chica —dijo la viuda Glendower.

Subí el primer escalón. La mujer llevaba un vestido de guinga tan arrugado como su cara y un chal de color negro le cubría los hombros. Al inclinarse hacia delante me pareció todavía más delgada. Tan jorobada y con el chal colgándole de los hombros me recordó a algo de repente. Colgando como si fueran alas, pensé. Entonces me di cuenta de a qué se parecía.

Durante un minuto no dijimos nada, pero ella no me quitaba ojo. También yo la observé con atención. Tenía los ojos grises y una mirada tan fría como el granito de una lápida; su piel era pálida como el tallo de un champiñón, igual que los peces que en una ocasión había visto en el interior de una cueva,

que llevaban tanto tiempo nadando en la oscuridad que habían perdido por completo el color, incluso el de los ojos. La viuda tenía el pelo casi tan blanco como la cara, y lo llevaba tan largo y enredado que parecía que no se lo hubiera cepillado en años. Si pretendía que la gente la tomara por una bruja, no podría haberlo hecho mejor, pensó.

Mis pensamientos debían de resultarle tan evidentes como el muérdago que había visto en los árboles.

—No tendrás miedo de mí, ¿verdad? —me preguntó.

No supe cómo responderle, pues las dos opciones me parecieron equivocadas.

Entonces ella me sonrió y pude ver que a pesar de sus años tenía dientes. Y no estaban negros ni torcidos, eran blancos y no le faltaba ni uno. Me pareció que su sonrisa era amable y recordé lo que había dicho papá, que solía ayudar a la gente enferma a la que todo el mundo había desahuciado ya.

—Si lo tienes será porque hayas escuchado los chismorreos de toda esa gente que no tiene nada bueno que decir de quien prefiere vivir solo. ¿Qué es lo que dicen de mí, que soy una bruja?

—Nunca lo he creído —declaré.

—No —dijo la viuda Glendower—. Tú no. Pareces una muchacha demasiado lista como para tragarte esas tonterías.

Se subió el chal para taparse el cuello.

—Hace demasiado frío para estar aquí. Pasa adentro.

Se dio media vuelta y entró sin mirar atrás para comprobar si la seguía.

Cuando entré, la habitación olía a humedad igual que un sótano. La única luz que había era la de las llamas amarillas del hogar, que lamían la base de una tetera de cobre.

—Siéntate —dijo, y señaló con la cabeza a una silla de mimbre junto a la chimenea.

Se inclinó sobre el fuego, cogió la tetera y se fue al otro cuarto.

Mis ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad. Miré a mi alrededor en la habitación. No había mucho que ver aparte de otra silla de mimbre a la izquierda de la chimenea. No había ningún reloj sobre la repisa, y tampoco vi lámparas ni cuadros, ni una biblia. En una esquina había un arcón de madera

de fresno con la tapa de azul, como si alguien se hubiera propuesto pintarlo y no se hubiera molestado en terminar.

La viuda Glendower regresó de la otra habitación con una taza de latón en cada mano.

—Toma —dijo mientras me acercaba una—. La mayoría de la gente no se da cuenta de que tomar algo caliente a veces puede ayudar al cuerpo a curarse.

Me coloqué la taza en el regazo y la sostuve con cuidado. El café tenía el mismo color que el agua del río después de las lluvias de primavera.

—Pruébalo —dijo la viuda Glendower, acercando su taza a los labios.

Yo hice lo mismo con la mía y sentí el vapor en la cara. Bebí un sorbo y sentí cómo el líquido se deslizaba por mi garganta y el frío que se había apoderado de mí desaparecía poco a poco. No pude evitar cerrar los ojos un instante para disfrutar de la agradable sensación.

—Y bien, ¿qué te ha traído hasta mi puerta? —me preguntó la viuda Glendower.

No supe qué decirle. Llevaba tanto tiempo viviendo con ello que decidí ir directa al grano.

—El doctor Wilkins dice que Billy y yo no podemos tener hijos. Pensé que quizá usted nos podría ayudar.

La viuda Glendower me miró fijamente con sus ojos grises. Eran los ojos de una anciana, pero eran luminosos y firmes. Me di cuenta de que aún eran capaces de ver casi todo lo que se propusieran.

—Sé algunas cosas que los médicos de pueblo no saben —dijo—. ¿Eres tú o es tu hombre quien tiene el problema?

—Es Billy.

La viuda Glendower miró el fuego.

—Hay ciertas cosas que podrían ayudar —dijo—. Pero primero bebamos el café.

Así que nos tomamos el café y contemplamos el fuego sin que ninguna de las dos dijera una sola palabra hasta que terminamos. Es la lengua del diablo que sale del infierno, solía decir mi abuela mientras contemplaba las llamas en la chimenea cuando yo era niña. En aquel momento eso era lo último en lo que quería pensar.

La viuda Glendower dejó las dos tazas vacías sobre la repisa de la chimenea. Fue hasta el fondo de la habitación y cogió una bolsita de tela. Después se acercó al arcón y empezó a murmurar a solas mientras revolvía en su interior y sacaba algunas cosas para guardarlas en la bolsa.

—Lleva algo de sanguinaria y raíz de mandrágora, y también un poco de agrimonia —me contó, dándome la bolsa—. Ponlas a hervir todas juntas y dale la infusión a tu hombre.

—¿Y si no funciona?

—Cuando llegue la época de la siembra espera a que haya luna creciente. Desnúdate por completo y acuéstate con él en un prado recién sembrado. Supongo que sabes a qué me refiero cuando digo que te acuestes con él.

—Sí, señora —dije, y sentí que me ponía roja como un tomate.

Sabía que pronto oscurecería, así que debía ponerme en marcha enseguida, pero antes de irme necesitaba alguna prueba de que mis esperanzas no dependían solamente de un puñado de hierbas o de que retozara con Billy sobre la hierba.

—Dicen que es usted capaz de ver lo que aún no ha ocurrido —dije.

La viuda Glendower miraba las llamas como si estuviera leyendo en ellas.

—He visto cosas que después han pasado, y cosas que algún día ocurrirán. He visto que llegará un día en que los muertos se levantarán de sus sepulturas y las aguas cubrirán por completo este valle. —Me miró y sonrió—. Pero no querrás pensar ahora en esas cosas. Lo que quieres saber es si traerás al mundo un niño.

—Sí, señora.

—Creo que lo harás.

La viuda Glendower se levantó de la silla.

—Será mejor que vuelvas a casa, muchacha. Ya hay muy poca luz y oscurecerá del todo antes de que llegues.

Metí la mano en el bolsillo de mi vestido y saqué un dólar de plata.

—He traído esto para pagarle —dije.

La viuda Glendower negó con la cabeza.

—No quiero tu dinero —replicó—. Cómprale a tu niño algo bonito con ese dólar.

—Bien, se lo agradezco —dije, y me marché dejándola en el porche.

Caminé a buen paso hasta alcanzar el río, pues la anciana había sembrado un poco de esperanza donde antes ya no crecía nada. Pronto oscurecería. El cielo estaba gris como la aguanieve, pero el mundo me parecía ahora más luminoso y brillante. Todo a mi alrededor estaba vivo; tan solo había que pararse a mirar. No solo había muérdago en los enormes troncos de los robles, sino que también crecían la cicuta y los pinos blancos en la espesura de aquellos bosques, los helechos de Navidad y el musgo cubrían las orillas de Wolf Creek, y la bígula ya asomaba entre las hojas muertas.

Estaba a mitad de camino cuando ocurrió. Una sombra cayó sobre mí y después un temblor estremeció todo mi cuerpo de tal modo que solo podía tratarse de una cosa. No había nubes en el cielo, tampoco pasó ningún halcón ni un cuervo sobre mi cabeza, y aun así sentí como si alguien hubiera caminado sobre mi tumba. No te obsesiones con la muerte; piensa en la nueva vida que está por llegar, me dije. Me apreté el pañuelo alrededor del cuello y seguí caminando.

Ya casi había oscurecido cuando pasé junto a la casa de los Winchester. Holland y su madre estaban cenando en la cocina. Había hablado algunas veces con la señora Winchester, pero nunca con Holland.

—Es mejor mantenerse alejado de Holland Winchester —me había dicho Billy en cuanto Holland volvió de la guerra—. Siempre crea problemas.

Y eso había hecho yo, asegurándome de estar ocupada con las tareas de la casa siempre que Holland trabajaba cerca de nuestras tierras. Sin embargo, mientras fregaba solía mirarle a través de las cortinas. Era un hombre musculoso, un hombre al que muchos evitarían. Sin embargo, no me pareció tan rudo como había pensado después de oír hablar a la gente. Tenía cierto atractivo y me pregunté por qué ninguna chica se había casado con él. Pero entonces me di cuenta de que Holland no debía de ser de la clase de hombres que sientan la cabeza.

—¿Dónde has estado? —me preguntó Billy preocupado en cuanto entré en casa—. No creo que sea mucho pedir un plato de comida en la mesa después de pasarme todo el día trabajando en esos campos.

Le conté dónde había estado y el porqué.

—Tenías que asegurarte de que esa vieja también se enterara de que no puedo darte hijos, ¿verdad? —dijo Billy con rencor—. No debe de quedar un

alma en todo Jocassee que no lo sepa.

—Quizá ella pueda ayudarnos, Billy —respondí—. Me ha dado unas raíces para preparar infusión.

—Dudo mucho que un puñado de hierbas sirva de algo —objetó Billy—. Especialmente después de lo que nos dijo el doctor Wilkins.

—No nos hará ningún daño intentarlo —repliqué—. Al menos podrías escucharme.

También mi voz sonaba tensa. Era como si nuestras palabras fueran nubes acumulándose antes de una tormenta.

—No nos hará ningún bien. De eso sí estoy seguro —declaró Billy.

A pesar de todo, me escuchó, y la expresión de su cara me dejó bien claro que deseaba tener un hijo tanto como yo. Le enseñé las raíces y desde entonces se bebía la infusión cada mañana y cada noche sin rechistar. Y cuando llegó la primavera nos acostamos desnudos en el prado bajo la luna creciente.

Esas noches, mientras Billy trataba de plantar su semilla en mi interior, yo contemplaba la luna, cada vez más redonda, que se iba hinchando como yo esperaba que lo haría mi vientre. Le pedí ese deseo a la luna como si fuera una estrella fugaz o una pata de conejo que me daría suerte. Tendidos en el prado, con la tierra y la escarcha rozando nuestra piel, Billy y yo temblábamos y nos abrazábamos con fuerza, como si nos hubiéramos visto sorprendidos por una inundación y temiéramos que la corriente nos separara. Así de desesperada se había vuelto la situación para los dos. De no ser así, no habríamos terminado a media noche en el prado haciendo lo que hacíamos.

Cuando llegó la hora de cambiar la hoja del calendario y se acercaba aquel momento del mes para mí, Billy y yo nos volvimos más silenciosos que de costumbre cuando estábamos juntos. Y no me refiero solo a las palabras, sino que también evitábamos hacer ruidos al alimentar el fuego de la chimenea o al cerrar las puertas. Caminábamos con cuidado por la casa como si temiéramos despertar a un niño que ya duerme en su cuna. De algún modo parecía que Billy y yo habíamos llegado a pensar que si éramos lo bastante silenciosos la nueva vida echaría raíces. Pero la maldición llegó como cada mes, pues así era como había empezado a ver mi periodo, como una

maldición, como una condena que había caído sobre Billy y sobre mí, sobre nuestro matrimonio.

Cada vez que sangraba, sentía que era la sangre de nuestros corazones la que fluía, nuestros corazones que hasta no hacía mucho latían plenos de amor y ahora se marchitaban como tomates en plena sequía. Tratamos de hacer vida normal, Billy en la plantación y yo emprendiendo cualquier tarea pendiente en casa y en el granero. Hubo un tiempo en que cuando nos sentíamos solos buscábamos cualquier excusa para encontrarnos en la casa o en el prado.

—¿Sería mucho pedir que me ayudaras a sacar un poco de agua del pozo?
—le preguntaba.

Otras veces era Billy el que me llamaba desde el prado.

—Mira esto —decía, y me enseñaba una punta de flecha o un granate que había encontrado.

Ahora, sin embargo, manteníamos las distancias durante la mayor parte del día. Por primera vez desde que Billy y yo habíamos venido a vivir a esta granja me sentía sola. Cuando nos sentábamos a cenar, la comida siempre me parecía fría e insípida, aunque acabara de retirarla del fogón. Estábamos cansados después de un día de trabajo, pero no era ese cansancio bueno que hace que una se sienta satisfecha al saber que ha hecho algo bueno para los demás.

Era el mes de abril cuando decidí regresar a Wolf Creek. A mi alrededor todo relucía y la tierra olía a vida. Los brotes de cornejo recién nacidos adornaban el bosque, y las campanitas y los lirios cervatillo que acababan de florecer decoraban el sendero como la más hermosa gargantilla. Cardenales y petirrojos cantaban en las ramas sin alejarse de sus nidos. La vida brotaba una vez más por todas partes excepto en mi vientre.

El perro no ladró cuando llegué esta vez, sino que se limitó a sentarse sobre sus cuartos traseros como si me recordara y después salió corriendo y se perdió en la espesura. Una fina columna de humo ensortijado salía de la chimenea, pero cuando llamé a la puerta nadie respondió. Me senté en el

porche y esperé, oliendo las primulas recién florecidas que crecían junto a los escalones.

Finalmente, la viuda Glendower regresó, cargada con una bolsa repleta de lo que supuse que serían raíces. En cuanto me levanté se fijó en mi barriga. Se acercó a mí y frotó con la palma de la mano lo que segundos antes había observado.

—Así que no ha germinado —comentó con tal naturalidad que me hizo pensar si en algún momento había llegado a creer que funcionaría.

Pasó a mi lado sosteniendo la bolsa con una mano.

—Entra en casa —dijo, así que la seguí.

Dejó la bolsa junto al arcón de madera de cedro y me pidió que me sentara en la misma vieja silla de mimbre que la última vez. La viuda Glendower retiró la tetera de cobre del fuego y se fue al cuarto trasero. Regresó enseguida con las mismas tazas de la primera vez.

Dejó con cuidado en mis manos la taza de café y se sentó en la otra silla.

—Pruébalo —dijo, y de repente tuve el impulso de pellizcarme.

Todo lo que decía o hacía era exactamente igual que en enero y pensé que estaba atrapada en un sueño o en un recuerdo, y sentí que de algún modo ni siquiera era mi sueño sino el de la viuda Glendower. Aquello no me resultó precisamente tranquilizador; todo lo contrario, sentí el impulso de dejar el café y echar a correr lejos de allí para no volver jamás.

Sin embargo, no lo hice. Bebí un sorbo de café y sentí cómo se me calentaba todo el cuerpo desde la garganta hasta el vientre, un vientre donde seguía sin crecer una nueva vida. Entonces me vine abajo. Todo lo que había ocurrido y lo que no había ocurrido durante el último par de años se despertó en mi interior y me desbordó como un aguacero en primavera. Eran unas lágrimas desesperadas, como cuando una llora en un funeral o en el cementerio.

—No hay nada que hacer, ¿verdad? —le pregunté.

Al principio no dijo nada. Dio un sorbo a su café y se quedó mirando el fuego como si estuviera reflexionando.

—Hay una cosa que puedes hacer —dijo finalmente la viuda Glendower—. Algo muy simple si lo deseas lo suficiente.

—Haría cualquier cosa con tal de tener un hijo.

—¿Lo harías? —planteó, como si dudara de mí.

—Sí —respondí.

—Bien, entonces es fácil. Lo bastante fácil como para que ya se te haya ocurrido.

La viuda Glendower había apartado la mirada del fuego y había clavado su mirada en mí.

—Tu hombre no puede darte un hijo, de modo que tendrás que buscar a otro que pueda hacerlo. Y el hombre capaz de hacerte un hijo vive muy cerca de ti, en la granja de al lado sin ir más lejos.

«Es usted una mujer horrible por decir algo así», pensé, pero no lo dije en voz alta.

—Nunca podría hacer eso —dije.

—Entonces no deseas tener un bebé tanto como dices.

Las palabras de la viuda Glendower resonaron frías y duras como los nabos en invierno, y en su cara no quedaba el menor rastro de bondad.

—Billy jamás me perdonaría si lo hiciera —objeté.

—¿Puedes perdonarle tú por no ser capaz de darte un niño? ¿Crees acaso que él mismo se lo perdonará?

Entonces sentí que sus palabras habían dejado al descubierto el rincón más secreto de mi corazón, pues en cuanto las oí supe que decía la verdad, esa que yo misma había tratado de ignorar durante todo ese tiempo.

Aparté la vista y miré el fuego, lo miré del mismo modo que la viuda Glendower lo había mirado, como si fuera a encontrar alguna respuesta en su interior. Contemplé las llamas amarillas y temblorosas durante mucho tiempo y pensé que mirar el fuego era igual que mirar el agua que fluye río abajo, los dos siempre cambiantes y al mismo tiempo siempre iguales. El sudor empapó mi frente como si tuviera fiebre. Me sentí como si estuviera enferma y tuviera miedo de todo lo que me rodeaba, tanto de lo real como de lo irreal —irreal al menos de momento—.

—¿Me darás algún hechizo para atraerle hacia mí? —pregunté.

La viuda Glendower se echó a reír.

—Una muchacha tan atractiva como tú tiene encantos suficientes. Lo único que debes hacer es dejar que él los vea, que los vea todos. No te preocupes; él te hará un hijo.

—¿Me lo promete? —dije.

—Oh, claro; eso te lo puedo prometer.

Me levanté de la silla.

—No sé si podré hacerlo.

—Creo que sí podrás —manifestó la viuda Glendower poniéndose de pie y cogiendo la taza de mi mano—. Y lo harás.

Me metí la mano en el bolsillo del vestido.

—Le he traído esto —dije, y le di un tarro de mermelada de moras—. No puedo irme sin darle algo. Se lo debo, así que he pensado que ya que no quiere mi dinero quizá aceptaría un poco de mermelada casera.

—No me gustan mucho las moras —repuso la viuda Glendower—. Si crees que debes devolverme el favor, deja que sea yo quien traiga al mundo al pequeño cuando llegue el momento.

—Está bien —acepté, sin apenas pensar en lo que estaba diciendo, pues aún no me había hecho a la idea de que tal cosa pudiera suceder.

—Será un momento muy feliz y no querría perdérme lo —expresó la viuda Glendower mientras me acompañaba a la puerta—. Seré una buena comadrona para ti y para el bebé.

Descendí hasta el río una vez más siguiendo el curso del Wolf Creek. La corriente bajaba muy rápida y el agua se desbordaba por las orillas, igual que ocurría siempre durante el mes de abril hasta en el riachuelo más insignificante. También el río estaba muy crecido, tanto que el puentecillo de madera que unía las dos orillas a la altura de la poza de Wadakoe casi tocaba la superficie del agua. Billy estaría a punto de llegar a casa, pues según el sol era casi mediodía, pero no encontraría sobre la mesa su pan de maíz ni su plato de judías.

No le había dicho que iba a ver a la viuda Glendower. Durante las últimas semanas cada vez que pronunciaba su nombre o sacaba el tema me respondía con brusquedad o hablaba mal de ella y decía que nunca debí haber ido a su casa para empezar, según él porque su consejo no había funcionado, pero yo estaba segura de que se trataba de algo más. Nos había demostrado lo mucho que los dos deseábamos tener un hijo y que ambos estábamos dispuestos a hacer cosas que a cualquier otra persona le habrían parecido ridículas, o incluso impías.

—Esa vieja se ha reído de nosotros —había dicho Billy—. Nos ha tomado por un par de idiotas.

El terreno era cada vez más llano. Incluso a ciegas habría sabido que ya estaba cerca de casa. Me alejé del río para que Billy no me viera si aún estaba trabajando en la plantación y atajé por el bosque que linda con las tierras de la señora Winchester.

Casi había llegado a nuestra propiedad cuando escuché lo que parecían disparos en la loma que asciende hasta el risco. Salí de entre los árboles para poder ver mejor. Un hombre con el torso desnudo estaba clavando alambre de espino con un martillo en varios postes recién plantados. Sabía que solo podía tratarse de una persona.

En aquel momento no pude evitar pensar que había sido la viuda Glendower la que de algún modo le había llevado hasta allí, y, aunque había caminado más de tres kilómetros sin parar y estaba sudando, sentí como si alguien me hubiera deslizado un carámbano por la espalda.

Le observé mientras clavaba otro alambre. Estaba lo bastante lejos como para que el sonido de los martillazos llegara hasta mí un par de segundos más tarde. Caminó algunos pasos hasta el siguiente poste y me di cuenta de que iba a extender el cercado prado abajo para marcar el límite entre nuestra propiedad y la de su madre. En un par de días estaría trabajando delante de casa.

Aún no has decidido nada, me dije mientras atravesaba el patio de camino al porche. Puedes hacerlo o no hacerlo.

Sin embargo, en el mismo instante en que puse un pie en casa supe que me mentía a mí misma. Nada más entrar sentí un frío tal que ni el fuego más intenso ni el sol de primavera habrían sido capaces de espantarlo de nuestro hogar. Billy estaba sentado a la mesa comiendo el pan de maíz que yo había horneado la noche anterior. Junto a su plato había un vaso de leche que habría sacado de la fresquera. Ni siquiera levantó la vista al verme llegar.

—Siento no haber llegado a tiempo para prepararte algo —dije—. Fui a buscar algunas flores para decorar la casa, pero no encontré ninguna.

Me di cuenta de que esa era la primera mentira que le había contado a Billy. No era una mentira muy convincente, porque apenas tuve tiempo para pensar. Se terminó el pan y se bebió la leche de un trago.

—Esta noche prepararé algo especial, quizá un pastel o pudín —anuncié.

—Seguiré trabajando —comentó, y salió sin decir una palabra más.

Me senté a la mesa y mordisqueé un pedazo de pan, pero, como no tenía apetito, volví a guardarlo en la panera. Oí los martillazos de Holland arriba, en el risco. Ya no sonaban como disparos sino más bien como los tonos del telégrafo cuando se envía un mensaje, un mensaje que pronto tendría que responder.

Durante los dos días siguientes me dediqué a lavar la ropa y a cocinar, a dar de comer a las gallinas y a hacer todas las demás tareas, pero sin prestarles demasiada atención. Una parte de mí escuchaba a todas horas el martilleo de Holland, que resonaba cada vez más cerca. Mientras tanto yo pasaba cada vez más tiempo ociosa delante del espejo.

La mañana del segundo día planté un cornejo en el patio, escogiendo para ello un lugar donde Holland pudiera verme. No era la época del año para hacerlo, pero pensé que quizá tuviera alguna oportunidad de sobrevivir. Cogí una pala del cobertizo. Excavé el hoyo y después me dirigí al bosque y busqué un plantón con aspecto fuerte y robusto. Lo acomodé en el hoyo y a continuación lo cubrí con tierra y lo regué.

Mientras trabajaba, levanté la vista varias veces hacia el risco y pude ver a Holland, que ya estaba lo bastante cerca como para distinguir con claridad sus anchos hombros y su mata de pelo negro. Siguió acercándose a un ritmo constante y pronto pude ver sus músculos y el vello de su pecho. Yo sabía que él ya podía verme también. Empecé a pasearme de vez en cuando por el patio como si tal cosa, y a veces incluso podía sentir sus ojos clavados en mí.

Él nunca iba a la iglesia con su madre y me pregunté si tan siquiera sabría mi nombre. Probablemente la señora Winchester se lo habría dicho, le habría contado que mientras él estaba combatiendo en Corea Billy Holcombe se había casado con una muchacha llamada Amy. Posiblemente él no le habría dado la menor importancia. Y ahora yo estaba intentando cambiar eso cada vez que salía al patio.

Algo ocurrirá mañana por la mañana, me dije esa segunda noche mientras me metía en la cama convencida de que no conseguiría dormir y de que mi vida ya nunca volvería a ser igual. Me asustaba pensar que todo iba a cambiar, pero al mismo tiempo estaba ansiosa por que ocurriera, como si

hubiera estado anhelando ese cambio sin saberlo desde hacía mucho tiempo. Ahora que lo tenía delante lo único que debía hacer era extender los brazos y al fin conseguiría lo que tanto deseaba. Billy estaba a mi lado aunque muy lejos de mí, perdido en sus propios sueños. Me acerqué a él y pegué mis labios a su oído.

—Pase lo que pase lo hago por nosotros, Billy —susurré—. Si hubiera otro modo, si lo hubiera... pero no lo hay.

Lo besé suavemente en la mejilla y volví a apoyar la cabeza en mi almohada.

A la mañana siguiente, después de que Billy se marchara a la plantación, no me recogí el pelo como hacía cada día. Me senté frente al espejo y me lo cepillé a conciencia. Después me pinté los labios y me puse el colorete que mamá me había dado.

Me quedé sentada frente al espejo. Me sentía como si hiciera mucho tiempo que no me miraba de ese modo y de repente estuviera contemplando a una extraña. Había algo diferente en aquel rostro que me devolvía la mirada. Entonces me di cuenta de cuál era la diferencia. Ya no era la cara de una chiquilla.

«Lo único que tienes que hacer es dejar que vea tus encantos», me dije. Es un hombre, y su deseo se hará cargo de lo que venga después. Entonces me acordé de cuando, hacía tres años, Billy había traído a Sam para que papá lo herrara. Yo estaba ayudando a mamá a colgar la ropa en el tendedero cuando él apareció por el camino. Le ocurría algo en la pierna. Aunque no parecía grave, sí era lo bastante molesto como para que se le notara al caminar.

Entonces, a medida que se acercaba, pude ver su pelo castaño y sus ojos grises, la cara bronceada por el sol, de pómulos marcados y atractiva. Vi sus brazos fuertes, los músculos que envolvían sus huesos igual que la muscadinia se enreda en las vides. Era como si el torso y las piernas pertenecieran a dos cuerpos diferentes. Era evidente que aquellos brazos y aquellos hombros eran más fuertes que los de la mayoría de los hombres.

Y, sin embargo, todo en él irradiaba amabilidad. Se veía en la manera en que trataba a su caballo. Me pregunté incluso si la cojera no le habría hecho de alguna manera un hombre más amable y sencillo, igual que a Matthew.

—Yo colgaré el resto de la ropa, mamá —le dije.

Mamá miró hacia Billy.

—Ya veo —respondió mamá, dedicándome una discreta sonrisa antes de entrar en casa.

También Billy me había estado mirando desde el momento en que puso un pie en el patio. Yo no había cumplido los quince y por primera vez en mi vida supe lo que era que un hombre se fijara en mí. Había un anhelo en sus ojos, una necesidad, como si le faltara una parte de sí mismo pero no hubiera sido consciente de ello hasta que me vio. Y yo supe en aquel momento que fuera lo que fuera era más intenso que lo que yo sentiría nunca por él o por cualquier otro hombre.

—Ese muchacho te ha echado el ojo —dijo papá cuando Billy se marchó.

De todas formas, no me decía nada que el rubor y la actitud de Billy no me hubieran dejado claro ya. Ni por un instante dudé de que pronto regresaría para cortejarme y pedirme que me casara con él.

Contemplé en el espejo los mismos ojos azules que Billy vio el primer día que apareció en la granja. Miré los labios que se apretaron contra los suyos aquella primera noche, semanas después, cuando nos sentamos en el porche después de que mamá, papá y mis hermanos por fin entraran en casa. Vi la melena rubia que dejé caer sobre mis hombros nuestra noche de bodas, cuando me acosté con él por primera vez.

Permanecí sentada un poco más. Volví a escuchar el eco del martillo de Holland, que ahora sonaba más cerca y con mayor insistencia. Me cepillé el cabello un poco más, pero lo único que quería en aquel momento era retrasar lo inevitable.

Cogí la manopla y la toalla y salí por la puerta delantera hacia la mañana de primavera, fresca y luminosa. Los cornejos habían florecido y sus ramas parecían cubiertas de nieve. Los robles y los chopos reverdecían. Casi se podía escuchar el rumor de toda esa nueva vida. Me pareció que el pimpollo que había plantado el día anterior había arraigado. Tenía que regarlo, pero eso podía esperar hasta más tarde.

Miré hacia el otro lado de la tierra labrada y vi a Billy junto a las coles, cerca del río, tan lejos que no parecía más grande que un muñeco. Me di la vuelta y rodeé la casa hasta el pozo sin levantar la vista del suelo. No iba a

flirtear con él, no con palabras al menos. Si las cosas se hacían a mi manera se harían en silencio. El estrépito del martillo se interrumpió durante unos segundos. Sabía que Holland me había estado mirando mientras yo atravesaba el patio trasero.

El martilleo volvió a empezar aunque sin energía, como si ya no le prestara atención a lo que estaba haciendo. Dejé la toalla, la manopla y el jabón sobre el brocal del pozo y saqué varios cubos de agua que vacié en la tina. Estaba de espaldas a Holland cuando empecé a desabrocharme el vestido, pero pude sentir sus ojos clavados en mí. Me quité el vestido por la cabeza y lo dejé junto a la toalla. Cogí el jabón y la manopla y me metí en la tina sin volverme hacia Holland. Como el sol no había templado el agua, de inmediato se me puso la piel de gallina.

Enjaboné la manopla y me froté la cara y los brazos. Ya no se oía el martillo. Todo a mi alrededor parecía estar expectante, ansioso por ver lo que ocurría. Aunque traté de escuchar sus pasos, no oí nada. Me enjaboné las piernas y después entre ellas y finalmente el vientre y los pechos. Los dientes me castañeteaban, y las tetas se me pusieron duras y redondas como los guisantes sin cocer.

Me levanté, mirando hacia donde estaba Holland, y salí de la tina. Sus ojos castaños oscuros me observaban de frente, deslizándose arriba y abajo por mi cuerpo desnudo como si temiera olvidarse de algo si no prestaba la suficiente atención. Me di la vuelta para coger la toalla y oí sus pasos, que se acercaban hacia mí con rapidez. Respiré hondo y entonces sentí sus manos sobre mis hombros. En ese instante supe que no había vuelta atrás.

No me tiró al suelo ni me dio la vuelta bruscamente, sino que me empujó contra el pozo. Me abrazó y fui yo quien se dio la vuelta para mirarle. Holland había estado trabajando sin camiseta. Sentí su piel templada contra la mía y me apreté contra él más tiempo del que hubiera querido al percibir su calor. Él intentó besarme, pero yo aparté la cara.

Me retiré de él, extendí la toalla en la hierba y a continuación me tumbé sobre ella. Holland se desabrochó el peto y también se tumbó, apretando su cuerpo contra el mío y penetrándome enseguida, mientras su barba me rascaba las mejillas. Puse mis manos en su espalda y lo apreté contra mí, al tiempo que me esforzaba por alejar mi mente de allí lo más posible.

Cerré los ojos y recordé los días en que, años atrás, lavábamos los edredones. Una vez al año, en primavera, mamá y papá cubos en la camioneta todos los edredones, la tina, varios cubos, jabones y la tabla de lavar; después todos los hermanos nos subíamos en la parte trasera y nos marchábamos dando tumbos carretera abajo en dirección al río Whitewater.

—Id a buscar un poco de madera seca —nos decía mamá al llegar—. Papá y yo descargaremos la camioneta.

Cargábamos todo lo que podían sostener nuestros brazos y regresábamos a toda prisa hasta donde papá estaba encendiendo el fuego. Mientras tanto, mamá llenaba la tina con cubos de agua del río.

Cuando el agua se calentaba y empezaba a burbujear, mamá echaba el jabón en polvo. Entonces papá cogía un gran palo y metía el primer edredón. Lo mantenía bajo el agua, y un rato después él y mamá lo llevaban hasta la orilla del río sosteniéndolo en el aire con largos palos.

Ginny y yo hacíamos el resto. Llevábamos los edredones hasta donde el agua del río nos llegaba al ombligo y los aclarábamos y después los escurríamos hasta dejarlos bien limpios. Como la corriente era fuerte, enterrábamos los pies en la arena del fondo para no perder el equilibrio. Era una sensación agradable estar allí un día de primavera y pensar que cuando llegase el frío, meses después, podríamos meter la cabeza bajo los gruesos edredones y las sábanas y oler el jabón y la frescura del río. Sin embargo, no era solo eso. Era también la sensación de que las cosas siempre podían limpiarse sin importar lo sucias que estuvieran.

—Ha sido agradable y placentero —comentó Holland cuando terminó.

Hablaba con suavidad, casi con delicadeza, de un modo que me molestó.

—Será mejor que sigas con ese cercado —repliqué.

Sus ojos marrones miraron los míos con expresión confundida.

—Sí —dijo al final, aunque parecía contrariado—. Supongo que será lo mejor.

Le puse las manos en el pecho y lo empujé hasta que se quitó de encima. Entonces me levanté y me envolví con la toalla. Holland aún estaba tendido en el suelo, como si estuviera esperando a que yo cambiara de opinión y volviera a tumbarme junto a él.

—Mamá me había dicho cómo te llamabas antes de conocerte —mencionó Holland—. No lo habría olvidado de haber sabido lo bonita que eres.

—No hace falta que sepas cómo me llamo —contesté.

—Volveré a aprendérmelo —dijo Holland—. Y esta vez no lo olvidaré.

Cogí mi vestido y la manopla y entré en casa sin volver la vista atrás. Me senté delante del espejo con el cepillo en una mano y la manopla todavía en la otra. Me cepillé el cabello para quitarme las briznas de hierba y desenredarlo. Después me quité el pintalabios mientras Holland volvía a martillear. Me miré con atención, como si creyera que iba a encontrar alguna mancha o marca en mi piel que no estaba allí una hora antes. Sin embargo, no encontré nada semejante. «Nada cambia excepto en el interior», me dije.

Me vestí y me puse a preparar una buena comida para Billy. Intenté no pensar en cuándo había sido la última vez que Billy se había metido en la cama mirando hacia mí ni en lo mucho que me había costado pensar en los días en que lavábamos los edredones mientras Holland apretaba su cuerpo contra el mío.

Holland volvió a verme a la mañana siguiente todo elegante, vestido con su uniforme de soldado como si fuéramos a ir juntos a Seneca a ver una película. Se había engominado el pelo y su aliento olía dulce como el clavo. Quitó una manta del tendedero y la echó en el suelo entre nosotros. Me tumbé sobre ella y me levanté el vestido sin pronunciar palabra.

—No hay prisa —dijo Holland tumbándose a mi lado—. Algunas cosas deben hacerse con tranquilidad.

Holland me puso la mano en el pecho y mis tetas se pusieron duras bajo su tacto.

«No lo hagas», debí haber dicho, pero las palabras se derritieron en mi boca como si fueran mantequilla mientras sus manos se deslizaban sobre mi cuerpo como si estuvieran acariciando a un recién nacido. No fue el frío de la mañana lo que me hizo estremecer entonces, ni tampoco después, cuando empezó a desabrocharme el escote del vestido.

—He estado con otras mujeres, pero esto es diferente —dijo Holland más tarde, mientras se abrochaba el cinturón.

—No, no lo es —le corregí, abrochándome el vestido—. Es lo mismo, solo que esta vez no has tenido que pagar.

No era justo hablarle de ese modo, pero en aquel momento no estaba segura de si pretendía humillarle a él o a mí misma.

—He estado con mujeres que no querían mi dinero —afirmó Holland—. Dos de ellas dijeron que me querían. Y también yo sentía algo por ellas, no lo voy a negar. Pero nunca nada parecido a esto que siento por ti.

—Tengo cosas que hacer —respondí, y traté de ponerme de pie.

Holland me sujetó por la muñeca. No pretendía hacerme daño, sino dejar claro que no estaba dispuesto a dejarme ir a menos que él lo permitiera.

—No te estoy engañando —dijo Holland—. He hecho algunas cosas malas en la vida pero nunca he sido un mentiroso.

—Deja que me vaya, Holland —le pedí, pero esta vez en un tono casi amable.

Los dedos de Holland soltaron mi muñeca.

—Nunca te haría daño —aseguró.

Holland regresó aquella misma tarde, y también al día siguiente y al otro. Siempre con su uniforme y su aliento fresco, como si fuéramos novios. Por las mañanas y por las tardes me acostaba con él en la misma manta en la parte trasera de la casa, en el bosque o en el granero; en cualquier parte menos en la cama que Billy y yo compartíamos. Cuando terminábamos nunca quería marcharse y le daba por hablar, pero yo no le dejaba. Cuando intentaba besarme yo apartaba la cara. No obstante, eso era casi lo único que no le permitía hacer. Me hizo cosas que Billy jamás me había hecho, cosas que yo ni siquiera sabía que un hombre podía hacerle a una mujer.

Cuando llegó el domingo, Billy y yo fuimos a la iglesia. Holland no estaba, pero sí su madre. En cuanto me vio entrar me miró con recelo. Era evidente que sabía lo que estaba ocurriendo entre su hijo y yo, pero no podía hacer nada para impedirlo, del mismo modo que no podía impedir que saliera el sol cada día.

El lunes por la mañana Holland y yo nos vimos en la parte del bosque que linda con su cercado.

—Te he traído una cosa —anunció, y me enseñó una condecoración de guerra que sostenía en la palma de la mano derecha—. Es una Estrella de Oro. Me la dieron en Corea.

—No quiero nada tuyo —contesté.

—Está claro que hay una cosa que sí quieres de mí, tanto como las demás mujeres con las que he estado. —Cerró la mano sobre la Estrella de Oro—. No te entiendo.

—Ni falta que hace —dije mientras le desabrochaba el cinturón.

Nos tumbamos en el suelo. Él aún tenía la medalla en la mano. En cuestión de segundos estaba dentro de mí. Aparté la cara para que no me besara. Miré hacia el río y vi a Billy a lo lejos. Pensé en la primera noche que Billy y yo pasamos juntos, recordé que al principio me había dolido un poco pero aun así me resultó placentero que nos uniéramos como si fuéramos uno solo. Las veces siguientes fue mejor y ya no me dolió.

Holland jadeaba. Tenía la boca pegada a mi cuello como si estuviera intentando chuparme el tuétano. Cerró la mano izquierda sobre mi pelo, dándome un tirón. Entonces sentí algo más, muy adentro, una especie de luz que nacía en mi interior y se extendía por todo mi cuerpo como el agua de un manantial que mana del suelo a borbotones. En aquel instante tuve la certeza de que la semilla de Holland había arraigado en mi interior.

Nos levantamos y nos sacudimos la ropa. Holland abrió la mano derecha y vi que la sangre resbalaba entre sus dedos. Se había clavado las puntas de la estrella. Extendió la mano hacia mí, como si pensara que al ver la sangre cambiaría de opinión.

—Como te he dicho, quiero que la tengas tú.

Le aparté la mano como si la medalla no fuera más que una mosca latosa.

—No volveremos a hacer esto —dije—, así que no vengas más a verme.

Entonces me miró fijamente con sus ojos marrones, como si esperase encontrar en los míos lo que deseaba. Me di la vuelta. Por un momento creí que me agarraría bruscamente, que me daría una bofetada o me insultaría. Esperaba que lo hiciera, pero no fue así. Durante un minuto se quedó quieto como un espantapájaros mientras yo caminaba hacia la casa.

Acababa de cerrar la puerta cuando oí a Holland subir los escalones. Pisaba la madera con tal fuerza que pensé que iba a echar la casa abajo. Abrí la puerta unos centímetros, pero antes eché el pasador.

—Quiero casarme contigo —declaró Holland.

—Ya tengo marido, un buen hombre al que he engañado contigo.

—Puedo ser un buen hombre. Me alejaré de los problemas. Te trataré con amor y respeto. Tienes mi palabra.

—No —respondí—. Esto se ha terminado. No hay nada entre nosotros.

—Así que me estás dando puerta.

Por primera vez sentí la furia de Holland. Parecía dispuesto a arrancar la puerta de los goznes y venir detrás de mí.

—Habría matado a cualquier hombre que se atreviera a hablarme así.

—No vuelvas a aparecer por aquí —dije.

«Pégame, Holland», pensé. Pégame y así podré olvidarme de una vez por todas de este sentimiento que se ha apoderado de mí. Pero la furia desapareció tan repentinamente como había aparecido.

—Vete ya —le ordené, y se fue.

«Lo peor ya ha pasado; ya está hecho», me dije apoyándome contra la puerta con el corazón latiendo en mi pecho como el de un conejo asustado.

Por supuesto me equivocaba, y me sentí como una colegiala estúpida por el mero hecho de pensarlo.

Billy descubrió la marca en mi cuello y me dijo con rodeos que había visto a Holland en casa al menos una vez. No dijo nada más, aunque estaba claro que sospechaba algo. Pero más sospecharía al mes siguiente cuando me vio vomitar varias veces, o cada vez que me iba temprano a la cama cansada, agotada cuando llegó la época en que los conejos perdieron las últimas flores y las cigarras empezaban a cantar en los árboles. De vez en cuando veía a Holland trabajando en sus tierras, pero al parecer había decidido mantener la distancia. Ya lo ha olvidado, me decía a mí misma. Seguro que estará cortejando a alguna chica de Salem o Seneca, diciéndole cosas bonitas al oído igual que hacía conmigo.

Billy no mencionó ni una sola vez mis vómitos y mi cansancio, como si por el mero hecho de no hablar de ello el problema fuera a desaparecer, como si el silencio fuera capaz de esconder cualquier cosa entre dos personas.

Sin embargo, cuando llegó agosto mi barriga se había hinchado lo suficiente como para empezar a notarse. Ya no podíamos seguir fingiendo. Las mujeres en la iglesia lo habían descubierto y, aunque con sutileza, me lo hicieron saber.

—¿De quién es el bebé? —me preguntó Billy finalmente.

Al responderle me di cuenta de algo que me había negado a reconocer durante los dos últimos meses, que todo lo ocurrido hasta entonces nos había ido empujando hasta ese momento en que Billy y yo tendríamos que decidir si seguíamos juntos o separados el resto del camino. Era como si hubiésemos estado enfermos o a punto de desmayarnos y una simple corriente de aire pudiera ponernos en pie o matarnos.

A la mañana siguiente Billy le puso los arcos al caballo y se fue al campo. Los topes habían vuelto a estropear las coles, de modo que cogió la escopeta. De no habérsela llevado quizá las cosas habrían sido diferentes. O quizá no. Quizá solo había una cosa que podía ocurrir desde el momento en que había decidido acostarme con Holland.

Me entretuve limpiando la casa hasta que pensé en ir a darles de comer a las gallinas. Cuando salí al porche Holland estaba en el patio junto a mi cornejo, de pie y vestido con su uniforme de soldado, como si yo misma lo hubiera plantado a él allí también.

—Me ha costado reconocerlo, pero cuando mamá me dijo que estabas embarazada comprendí por qué te habías acostado conmigo —dijo Holland—. Sé que ese niño es mío.

Holland cruzó el patio lentamente y subió al porche. Extendió los brazos para abrazarme. Yo di un paso atrás dándole un manotazo cuando trató de agarrarme.

—Ahora soy parte de ti igual que tú eres parte de mí —aseveró—. No puedes evitarlo, y ese niño siempre será prueba de ello. —Holland se metió la mano en el bolsillo—. Toma —añadió mientras me daba la Estrella de Oro—. Guárdala para el pequeño.

La Estrella de Oro reposaba en la palma de su mano como si la estuvieran pesando en una báscula.

—Un regalo para el bebé, de su papá —declaró Holland.

—No lo aceptaré —repliqué.

Le di un manotazo y la Estrella de Oro cayó ruidosamente sobre los tablones de madera del porche.

—Puedo cuidar de ti y del pequeño mejor que Billy —dijo Holland—. Tengo más tierra. Tengo electricidad. Ven a vivir conmigo.

—No, Holland —rehusé, y retrocedí hasta golpearme con la barandilla.

—Sería un buen padre para esa criatura —insistió Holland—. Seré un buen marido para ti.

Holland extendió la mano para coger la mía.

Se oyó un disparo a lo lejos en el prado, no más fuerte que los martillazos de Holland aquella primera tarde, pero sí lo bastante para que Holland se detuviera y bajara del porche para plantarle cara a Billy delante del roble blanco.

También yo bajé del porche. En cuestión de segundos Holland y Billy estaban cara a cara. Aunque Billy tenía la escopeta, era Holland quien hablaba.

—Por favor —dije, aunque no estaba segura de si me dirigía a Holland o a Billy.

Entonces sonó el disparo y ni mis palabras ni las suyas tuvieron ya la menor importancia.

Holland salió despedido hacia atrás y durante unos segundos trastabilló tratando de mantener el equilibrio. Una nubecilla de humo salía de su pecho como si su corazón fuera un fuego que acabaran de extinguir. El bebé dio una fuerte patada en mi vientre, pero en aquel instante no fui capaz de pararme a pensar en aquel presagio. Corrí hasta donde Holland estaba tendido en el suelo y vi que su rostro se había vuelto tan blanco como las motas de algodón en agosto. Aunque fuera un gesto inútil, hice ademán de arrodillarme a su lado, pero por el modo en que Billy me miró pensé que en aquel instante no le habría importado lo más mínimo volver a apretar el gatillo. Permanecimos de pie donde estábamos, tan quietos como Holland, que yacía muerto entre nosotros.

Fue como si el disparo nos hubiera arrojado a los tres fuera del tiempo. El mundo se volvió de repente silencioso e infinito y sentí que Billy, Holland y yo nos quedaríamos atrapados para siempre en aquel instante igual que gorgojos en la savia de un árbol.

Un rato después Billy y yo intercambiamos algunas palabras, pero no encontramos en ellas el menor consuelo. Entonces Billy fue al cobertizo y cogió una cuerda y un buen trozo de alambre de espino. Levantó el cuerpo de Holland, lo cargó sobre el lomo de Sam y se dirigió al río. Enseguida me di cuenta de cómo terminaría el paseo.

«Las cosas nunca son tan malas como parecen», solía decir mamá en los peores momentos.

Ni siquiera pronunciando sus palabras en voz alta me sentí mejor. Entré en casa y me senté a la mesa, pero segundos después me levanté, cogí un paño y me puse a limpiar el polvo del cuarto de estar solo por tener ocupadas las manos, que no dejaban de temblar. Cuando pasé el paño por la repisa de la chimenea, levanté el reloj para limpiar debajo, pero se me escurrió de las manos y cayó al suelo. Aunque el cristal no se rompió, las manecillas quedaron superpuestas e inmóviles como las manos de un muerto. «Agradece que no se haya roto también el cristal», pensé, «pues no hay nada que traiga peor suerte que un cristal roto». Dejé el paño y salí, con la tranquilidad de que en el patio habría menos cosas que pudieran romperse. Eché un poco de maíz partido a las gallinas y después saqué un cubo de agua del pozo.

Me disponía a entrar en casa cuando escuché otro disparo cerca del río. Me temblaron las rodillas y el cubo de agua se volvió tan pesado como la sensación que me oprimía el corazón. Dejé el cubo en el suelo y traté de calmarme mientras caminaba hacia los escalones del porche.

Un montón de posibilidades terribles se me pasaron por la cabeza. Quizá Holland no estaba muerto. Quizá había cogido la escopeta y había matado a Billy. Durante todo el verano los hombres de la compañía eléctrica habían estado rondando por allí. Quizá Billy había matado también a uno de ellos.

Pero el peor de mis miedos era el más probable de todos, que Billy se hubiera pegado un tiro.

Me senté en el porche y esperé, pues era lo único que podía hacer. Si había ocurrido lo peor, pronto vería a Sam regresar solo de camino al granero, quizá con el cuerpo de Holland aún amarrado a su lomo. Cerré los ojos. Que todo esto solo sea un sueño, me dije. Permite que me despierte en la cama y que todo esto no hayan sido más que imaginaciones mías.

Cuando vi aparecer la silueta que se acercaba desde la orilla del río tuve la sensación de que había pasado un año. Se dirigió al huerto de repollos y cogió la azada. Entonces tuve la seguridad de que era Billy. Pensé en levantarme e ir hacia él y decirle lo asustada que había estado al pensar que le hubiera ocurrido lo peor, pero me di cuenta de que él no querría que estuviera allí. Lo miré mientras golpeaba la tierra y supe lo que estaría diciendo entre dientes sin necesidad de escuchar sus palabras. «Sigue con tus tareas, Amy», decía con cada golpe de azada. «Actúa como si no hubiera ocurrido nada».

Subí al porche dispuesta a entrar y preparar la comida, aunque no tenía el menor apetito. Fue entonces cuando vi la Estrella de Oro brillando sobre los listones de madera del suelo como si fuera un trozo de mica. Tenía que esconderla, pero no podía hacerlo en casa. Crucé la verja de alambre de espino que Holland había colocado y encontré un tocón de árbol con un hueco en la corteza. Escondí la Estrella de Oro allí dentro. Incluso en el caso de que alguien la encontrara, estaría en la propiedad de Holland, no en la nuestra.

Billy siguió trabajando en el campo hasta la hora de la cena. Cuando regresó, las arrugas de su frente me parecieron más profundas que nunca. Y sus ojos grises, agotados y vacíos, estaban inyectados en sangre, como si llevara meses sin dormir.

Lo abracé durante mucho tiempo. Debía de necesitarlo tanto como yo porque en ningún momento hizo ademán de apartarse de mí. Igual que yo, se había pasado el día acosado por el miedo y por un millar de imágenes horribles.

Era bueno para los dos poder aferrarse por fin a algo real, algo que no había que temer, porque Billy volvía a ser Billy, y no el hombre que había asesinado a Holland, ni el hombre que me había gritado. Entramos juntos en casa y nos sentamos a la mesa, pero ninguno de los dos tenía apetito, a pesar de que no habíamos probado bocado desde el desayuno.

—He tenido que pegarle un tiro a Sam —dijo—. Si alguien pregunta, di que se rompió una pata.

Billy desvió la vista hacia la ventana y contempló el prado con la expresión perdida. Después volvió a mirarme.

—El *sheriff* Alexander ha venido a verme.

Cuando Billy dijo eso volví a sentirme débil de repente y me eché a temblar de los pies a la cabeza, porque no había pensado que eso pudiera ocurrir tan pronto.

—Volverá y seguro que querrá hablar contigo —afirmó Billy—. Si pregunta por Holland, ni tú ni yo le vimos en todo el día, y no ha estado por aquí durante los últimos meses. Actuaremos como si no hubiera pasado nada.

Billy hablaba con suavidad; en cambio, su mirada era fría como el acero.

—¿Me entiendes?

Yo asentí.

—¿Y no vas a decirme lo que hiciste con Holland?

—Así no tendrás que fingir que no lo sabes —respondió Billy.

Billy tenía razón, pues ya había muchas otras cosas sobre las que tendría que mentir. Miré a Billy y me pregunté cómo era posible que, a pesar de todo lo que había ocurrido aquel día, aún pudiéramos estar allí sentados cenando como cualquier otra noche. Sin embargo, la respuesta era fácil. Era en momentos así cuando había que comportarse de ese modo, pues son las cosas cotidianas las que pueden ayudarte a salir adelante.

Recordé lo que había hecho mamá cuando mataron al tío Roy en la guerra. Aquella mañana estaba sentada en el porche con un gran cesto de judías verdes y un gran barreño de latón cuando mi tío Wade llegó a la granja para contárselo. Mamá bajó la cabeza y apoyó la barbilla contra el pecho. Vi cómo lloraba en silencio y sus lágrimas se derramaban en el balde; sin embargo, siguió abriendo las vainas y separando las judías y no paró hasta que no quedó ni una sola en el cesto.

Mientras pensaba en lo ocurrido aquella mañana de hacía tantos años me di cuenta de lo vergonzoso que era compararme con mi madre. Mamá no había hecho nada malo para merecer lo que le había ocurrido, en cambio yo me lo había buscado a conciencia.

—Mañana empezaré a hacer la cuna —dijo Billy, devolviéndonos a ambos a la realidad—. Será mejor que te acuestes un rato. El bebé y tú necesitáis descansar.

—Creo que sí —convine.

Me levanté, dejando los platos y los demás cacharros para el día siguiente, pues de repente me di cuenta de lo agotada que estaba aunque hasta

el momento apenas había tenido ocasión de reparar en ello.

Me acosté sin la menor esperanza de conciliar el sueño porque estaba demasiado alterada y mi mente bullía como una colmena de abejas. Veía una y otra vez el humo saliendo del pecho de Holland y no dejaba de escuchar las últimas palabras que me había dicho en el porche.

Poco después el sol empezó a esconderse tras el monte Sassafras. Las últimas luces del día se extinguieron en la ventana, pero lo único que eso significaba era que ya no tendría que cerrar los ojos para ver a Holland muerto, tendido en el suelo.

Cuando Billy se metió en la cama se acercó a mí por primera vez en mucho tiempo. Colocó su mano en mi vientre y me consoló saber que quería sentir cómo se movía el bebé. Era su manera de decirme que pasara lo que pasara seguiríamos siendo una familia.

«Con lo buen marido que ha sido contigo», me dije a mí misma, «¿cómo pudiste siquiera llegar a sentir algo por otro hombre?». Quería que nos abrazáramos, de modo que me di la vuelta hacia él sin saber cómo reaccionaría.

Pero su deseo era tan grande como el mío. Nos apretamos el uno contra el otro y sentí su cuerpo con más intensidad que nunca. Era como si todo lo ocurrido durante los últimos meses, todo lo ocurrido ese día, nos hubiera empujado hasta ese extremo en el que ya no podíamos ocultarnos nada. Lo abracé y me apreté contra su cuerpo y enseguida los dos nos movíamos siguiendo el ritmo del otro como nunca antes lo habíamos hecho.

«Tú límitate a tumbarte y déjale hacer», me había dicho mi madre el día antes de casarnos, como si fuera vergonzoso para una mujer decirle a un hombre cómo podía darle placer. Pero ahora nada de eso tenía sentido.

—Sigue haciéndolo, Billy —dije—. Me gusta tanto cuando estás dentro de mí.

Hicimos otras cosas, cosas que nunca había hecho con Billy ni siquiera a oscuras. Sentí que me abría cada vez más a él, mostrándole todo lo que había en mi interior, y nuestros cuerpos se entrelazaron como dos arroyos de montaña que se encuentran y forman un solo caudal. Sin embargo, en todo momento mantuve los ojos abiertos. La luz de la luna se derramaba sobre la cama y de ese modo podía ver el cuerpo de Billy y su cara. Tenía miedo de

que si cerraba los ojos fuera el cuerpo de Holland el que se enredase con el mío, y el aliento de Holland el que calentara mi cuello.

Pronto su respiración se aceleró mientras me tocaba y me besaba cada vez más excitado. Entonces sentí como si todo mi cuerpo se convirtiera en agua que se derramaba en la oscuridad, un océano cuyas olas me arrastraban cada vez más lejos de todo lo que me angustiaba. Lentamente fui recobrando la calma hasta quedarme dormida.

Desde el día en que murió Holland, el niño me hacía notar su presencia cada vez más. Se movía y pateaba a todas horas como si tuviera miedo de que pudiera olvidarme de él. Cuanto más real se hacía el pequeño que crecía en mi interior menos importancia tenía todo lo demás. Ni siquiera cuando todos esos agentes vinieron a poner la granja patas arriba llegué a preocuparme tanto como debía. Cuando llegó septiembre, todo aquello que cada otoño me deslumbraba —las hayas que relucían bajo el sol como si estuvieran repletas de jilgueros, y las hojas de los arces que siempre me recordaban a estrellas rojas— apenas atraía mi atención.

En la iglesia, la señora Winchester no se dirigió ni a Billy ni a mí, pero no nos quitaba la vista de encima. Los demás vecinos se dieron cuenta enseguida. Sabían lo que la señora Winchester decía de nosotros.

—No le hagas caso —me aconsejó mamá—. Ese inútil de hijo suyo se ha marchado y la ha dejado sola. Está amargada.

—Es una vieja resentida dispuesta a culpar a todos de sus problemas, a todos menos a sí misma —la secundó Ginny—. Y pienso decírselo a la cara.

En octubre, un domingo después de misa, mamá y Ginny organizaron una pequeña fiesta en la iglesia para el bebé que estaba a punto de nacer.

—Toma —dijo mamá, dándome un vaso de sidra que acababa de servir—. Esto hará que el pequeño entre en calor.

Las demás mujeres enseguida se sentaron a mi alrededor.

—Asegúrate de llevar siempre una sanguinaria en el bolsillo izquierdo durante el tiempo que te queda —me advirtió Edna Rodgers.

—Y no mires a ninguna mujer bizca ni comas fresas —añadió Martha Whitmire.

Otras seis mujeres me dieron sus consejos antes de que Sue Burrell me cogiera del brazo.

—Y no debes estar mucho tiempo de pie —dijo mientras tiraba de mí para que me sentara a su lado en el primer banco.

La mayoría de las cosas que decían no eran más que tonterías, de modo que no les prestaba demasiada atención. Era su manera de decirme que también ellas habían vivido la misma experiencia maravillosa, algo que no se podía describir con palabras, y por eso me daban consejos y me sermoneaban con sus viejas supersticiones.

Pasamos una hora charlando y bebiendo sidra. Ginny cortó el pastel que había preparado y me ofreció un pedazo, como si yo no pudiera levantarme y cogerlo por mí misma.

—¿Quieres un poco más de sidra, cariño? ¿Otro trozo de pastel? —Me ofrecían cada poco revoloteando a mi alrededor.

Sin embargo, cuando empecé a desenvolver los regalos, la iglesia se quedó de repente en silencio.

—Yo no la he invitado —susurró mamá.

Seguí la mirada de mamá hasta el fondo de la iglesia. La señora Winchester cerró la puerta y caminó hacia nosotras por el pasillo. Tenía un paquete en la mano, envuelto en papel de regalo. Las otras mujeres se apartaron y ella se detuvo delante de mí.

Me miró fijamente con sus ojos oscuros y entonces me di cuenta de que sabía algo, algo que había decidido no contarle al *sheriff* Alexander.

—Para el bebé —dijo finalmente, y dejó la caja en mi regazo.

Después se dio media vuelta y salió sin volver a dirigirnos la palabra. Miré el paquete, envuelto en papel casi transparente y atado con un lazo de color azul. La caja era tan ligera como una polilla, pero de repente me sentí tan débil que tuve miedo de intentar levantarla.

—Dámelo a mí —dijo mamá, cogiendo el paquete de mi regazo y dejándolo en el extremo del banco.

—Toma —dijo Ginny, y me dio el paquete más pequeño—. Abre este. Es de Laura Alexander.

No abrí el regalo de la señora Winchester hasta que llegué a casa. Me senté frente al fuego. Al deshacer el lazo y romper el papel me temblaban las

manos. Abrí la cajita y ahí estaba el rostro de Holland, mirándome fijamente. Tendría diecisiete, quizá dieciocho años, y llevaba puesto un traje oscuro, el tipo de traje que un hombre llevaría para casarse o para que le entierren. Contemplé la fotografía más tiempo del que hubiera debido y antes de darme cuenta estaba pensando dónde esconderla para que Billy no la encontrara. Pero no lo hice. Eché la fotografía al fuego y observé cómo se arrugaba y se volvía negra.

Mientras miraba cómo la foto se convertía en cenizas recordé la promesa que le había hecho a la viuda Glendower. Al instante me olvidé de Holland casi por completo y me invadió un miedo que ni siquiera había sentido cuando el *sheriff* Alexander y sus hombres registraron la granja. La ley podía hacernos mucho daño a mí y a Billy, pero jamás le haría nada a mi bebé.

Entonces recordé una historia que la abuela me había contado una noche junto al fuego, la historia de una bruja de Long Creek que había quemado a un recién nacido para alimentarse de su fuerza vital. La bruja había recogido las cenizas y los huesos del pequeño para hacer pociones y hechizos. La mujer había arrancado al bebé de las manos de su madre mientras le cortaba el cordón *bilical*. Después dejó que la madre se desangrara hasta morir en la misma mesa donde había dado a luz mientras ella huía hacia el bosque y encendía el fuego. Ya no pude quitarme aquella historia de la cabeza, igual que un perro que se rasca hasta sangrar tratando de arrancarse una garrapata.

—Supongo que la viuda Glendower será tu comadrona —me dijo Ginny a la semana siguiente, como si no hubiera la menor duda sobre el asunto.

—No. Se lo he pedido a Ella Addis —respondí.

—Yo no lo haría —me advirtió Ginny—. La viuda ya ha visto de todo. Hay pocas cosas que ella no sepa hacer para salvar a una madre y a su bebé. Además, vive casi tres kilómetros más cerca que Ella Addis. ¿Y si el bebé llega de repente?

—Ya lo he decidido, Ginny —repliqué—. Te pongas como te pongas, no vas a convencerme.

«La viuda Glendower casi no sale de su agujero y no tiene por qué enterarse», me decía a todas horas. Me lo repetía a mí misma una y otra vez tratando de calmarme, pero en el fondo de mi corazón estaba segura de que cuando llegara el momento la viuda Glendower lo sabría. Lo sabría al

instante, y yo lo pagaría muy caro por no cumplir mi parte del trato. Por primera vez desde la noche en que Holland murió me costó dormirme y soñé sin cesar con bebés y hogueras.

Los dolores del parto empezaron un día a finales de enero. La naturaleza te ayuda a olvidar lo doloroso que es tener un hijo, decían las viejas, de lo contrario nadie volvería a parir. Enseguida comprendí cuánta razón tenían. Billy llevaba enfermo desde finales de noviembre, estornudaba y tosía a todas horas. No se sentía mucho mejor que yo cuando llegó el momento, pero se subió a la camioneta y fue a buscar a mamá y a Ella Addis.

Me pareció que tardaba una eternidad en regresar. Los dolores se hicieron más fuertes y me mareaba con cada contracción. Conseguí llegar a la cama y me tumbé. Me sentía como si las manos de un gigante me estrujaran las entrañas.

Cerré los ojos e intenté pensar en cosas agradables, como los rododendros de color malva que florecen en junio en Colt Ridge o lo bien que me sentía cada vez que Billy ponía su mano sobre mi barriga mientras dormíamos. Pensé en cómo me sentiría cuando al día siguiente tuviera al bebé en mis brazos y todo esto no fuera más que un recuerdo. Me distraía con esos pensamientos entre las contracciones, pero en cuanto llegaba la siguiente mi mente se quedaba en blanco y solo sentía dolor.

Cuando por fin oí el motor de la camioneta me sentí tan aliviada que me entraron ganas de llorar. Ella Addis entró a toda prisa vestida con su delantal y su gorro blancos y el maletín negro con el instrumental. Mamá entró justo detrás y pareció asustarse al verme allí tumbada en la cama. Ella Addis me presionó el vientre abultado como quien palpa una calabaza para ver si está madura. Después de hacerlo varias veces pareció satisfecha.

—Me duele —me quejé.

—Por supuesto que duele, cariño —dijo Ella—. Nada llega a este mundo sin sufrimiento. El bebé es grande y tú eres una mujer menuda.

Me dio unas palmaditas en la mano.

—Todo va a salir bien. Viene en buena postura. Se está preparando para que la vieja Ella lo ayude a salir.

Ella extendió un paño blanco sobre la mesilla de noche. Sacó unas tijeras, aguja e hilo, y después varios ungüentos y unas gotas para los ojos del bebé.

—Ya sabes lo que hay que hacer —le indicó Ella a mamá—. Así que será mejor que empieces a moverte.

Cuando llegó la siguiente contracción sacudió todo mi cuerpo y no pude reprimir un gemido. Entonces Billy se acercó a la cama y se agachó a mi lado. Parecía tenso y agotado, pero también vi el miedo en su mirada.

—Ten —dijo Ella, y me metió un trapo en la boca—. Muerde con fuerza cuando no aguantes el dolor. Y tú puedes irte —añadió, mirando a Billy—. No hay nada que un hombre pueda hacer en esta situación, y menos aún con ese mal aspecto que tienes. Ve a acostarte un rato.

Billy hizo lo que le decía. Llegó la siguiente contracción y fue aún peor. Aunque mordí el trapo, no sirvió de nada. Cerré los ojos y el dolor era tan fuerte que casi pude verlo igual que si fuera un color, pero no amarillo o naranja sino blanco como el de la llama de un farol, más ardiente que ninguna otra.

Estaba empapada en sudor y me movía de un lado a otro de la cama como si tuviera una pesadilla. Mamá enseguida regresó a mi lado, me cogió la mano y empezó a hablar conmigo para que me tranquilizara mientras Ella me cogía las piernas hasta que consiguió que me estuviera quieta. Después metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó una polvera.

La abrió, cogió una pizca de polvos entre los dedos y me los puso debajo de la nariz.

—Aspira esto, muchacha —dijo.

Hice lo que me decía y al instante me puse a estornudar.

—Bien, bien —comentó Ella—. Eso te ayudará a seguir.

El dolor llegó una vez más. Y sacudí la cabeza hacia un lado como si creyera que de ese modo conseguiría escaparme del tormento. Cuando por fin pasó la contracción, abrí los ojos y miré hacia la ventana. Estaba oscureciendo y la escasa luz que aún quedaba caía en aquel momento sobre el monte Sassafras. La nieve caída durante la noche pasada cubría el paisaje y al ponerse el sol se volvió de un color azulado. Entonces se me ocurrió que el fondo del océano sería muy parecido e igual de silencioso, pues no había ni el más ligero sople de viento.

En ese momento vi a la viuda Glendower y a la señora Winchester, de pie junto al roble blanco donde Billy había matado a Holland. O al menos por un instante creí haberlas visto, justo antes de cerrar los ojos de dolor al sentir la siguiente contracción.

Cuando el dolor pasó escupí el trapo.

—Están ahí fuera —le avisé a mamá y giré bruscamente la cabeza hacia la ventana—. Ahí fuera, junto al roble blanco.

Mamá miró por la ventana.

—Ahí no hay nadie, Amy —dijo mamá—. Estate tranquila, cariño.

Volví a mirar por la ventana y mamá tenía razón. Allí fuera no había nadie, al menos ya no.

—Este pequeñín está listo para salir —anunció Ella—. Ocupate de esto ahora y empieza a empujar.

Hice lo que me decía, y la blanca llama del dolor cayó sobre mí con más fuerza que nunca.

—Ya asoma la cabeza —dijo Ella, y el dolor entonces era constante.

Mamá recogió el trapo, volvió a metérmelo en la boca y me apretó la mano.

—Empuja, chiquilla —me animó Ella—. Ya sale la cabeza.

Solté a mamá y me agarré al colchón con las dos manos. Me incorporé apoyándome en los codos y vi cómo Ella sujetaba al bebé con ambas manos. Empujé y sentí que se me desgarraba el cuerpo; lo oí perfectamente igual que si alguien acabara de rasgar una sábana. Entonces vi en las manos de Ella lo que había estado en mi interior. Estaba ensangrentado y su piel tenía el mismo color que la de un ahogado al que acaban de sacar del río y entonces tuve la seguridad de que nada en esas condiciones podía seguir con vida.

En aquel instante supe que ese era mi castigo, ver nacer muerto a mi niño, y también yo quise morirme allí mismo. Entonces el pequeño rompió a llorar. Ella le entregó el bebé a mamá, cogió las tijeras y le cortó el cordón *bilical*. El pequeño seguía llorando cuando Ella le echó las gotas en los ojos.

—Ve limpiándolo —le dijo Ella a mamá—. Tengo que coser a esta chiquilla.

Vi a Ella coger una aguja e hilo negro y volví a recostarme en la cama. Sentí la aguja y el hilo atravesando mi carne, pero después de todo lo que

había pasado aquello no me pareció peor que la picadura de una abeja. Nunca en mi vida me había sentido tan cansada —estaba exhausta—. Sin embargo, tenía que asegurarme de que todo estaba bien antes de poder descansar.

—No le pasa nada malo, ¿verdad? —pregunté.

—El pequeño está bien —contestó mamá—. Es el bebé más bonito del mundo.

—Tráemelo, mamá —le pedí.

Me lo puso en el regazo. Lo miré a los ojos y examiné su cara en busca de alguna marca. Abrí la manta que lo envolvía y conté los dedos de sus manos y sus pies.

—A ver si quiere mamar —sugirió Ella.

Mamá me ayudó a incorporarme y me apoyé en los almohadones. Tardó unos pocos minutos, pero enseguida empezó a mamar de mi pecho. La felicidad cayó sobre mí como la luz del sol después de un aguacero. Cerré los ojos.

—Que no se levante de la cama hasta dentro de diez días —le indicó Ella Addis a mamá—. ¿Me has oído, chica? —añadió, pero su voz sonaba cada vez más lejos, demasiado para que me molestase en responder.

Durante los siguientes nueve días tenía la sensación de que nunca llegaba a despertarme del todo. Me quedaba en la cama mientras mamá trajinaba por la casa de un lado para otro limpiando y cocinando. Me traía al bebé para que le diera de mamar y me lo dejaba hasta que empezaba a ponerse inquieto o había que cambiarle el pañal. Mamá me traía la comida y entre horas me daba infusiones calientes de romaza, que, según Ella Addis, me ayudarían a recuperar las fuerzas. Las tisanas me aliviaban —quizá fuera por el calor que se extendía por todo mi cuerpo y me tranquilizaba—. Después de bebérmelas siempre me adormecía.

Billy hacía lo que podía para ayudar. Cogía la camioneta de papá para bajar a Seneca a comprar lo que mamá le encargaba y se aseguraba de que siempre hubiera leña apilada en el porche. Venía cada poco a verme pero mamá no le dejaba acercarse mucho al bebé ni estar demasiado tiempo con él. Tenía miedo de que Billy pudiera contagiarle lo que tenía. Él dormía en un camastro en el cuarto de estar, y mamá se había instalado a mi lado en la habitación. Por las noches yo le oía toser. Cuando venía a verme por las

mañanas me parecía que estaba cada vez más pálido. También había perdido peso, pues cada vez que se ponía a comer le entraban unos ataques de tos terribles.

—Tenemos que ponerle un nombre al pequeño —opinó mamá una semana más tarde—. No es bueno que siga sin bautizar.

Yo había decidido esperar a que Billy se pusiera bien, pero por su aspecto estaba claro que iba a tardar en recuperarse, así que cogí la biblia y me puse a buscar un nombre santo para el pequeño. Pensé que así estaría en gracia con Dios, y que este le protegería a pesar de lo que su mamá y su papá habían hecho para traerlo al mundo. Me decidí por Isaac.

—Ese es un nombre del que sentirse orgulloso —afirmó mamá, y Billy no se opuso.

La mañana del décimo día por fin me levanté de la cama en la que había dado a luz a mi hijo. Al principio me temblaban las piernas y me tambaleé por la habitación como un potro que diera sus primeros pasos. Parecía que me había olvidado de caminar, pero enseguida me sentí más segura. Mamá aún estaba conmigo durante el día. Papá venía a buscarla después de la cena y no volvía a traerla hasta el día siguiente a media mañana. Me fue devolviendo el control de la casa pero se aseguraba de ir haciéndolo poco a poco.

Isaac era un bebé muy grande y al verlo cada mañana al despertar me parecía que crecía a un ritmo increíble.

—Nunca había visto a un bebé crecer así de rápido —comentaba mamá—. Y no ha tenido cólicos.

En cambio, a medida que las semanas iban pasando, cuanto más fuerte se ponía Isaac más débil parecía Billy. Ahora tenía accesos de fiebre, estaba cada vez más pálido y su piel tenía un aspecto enfermizo. Había acercado el camastro a la chimenea y dormía junto al fuego. Decía que no conseguía calentarse y, sin embargo, sudaba a chorros. Se diría que desde que llegó al mundo el niño le arrebatava las fuerzas a Billy igual que había hecho conmigo antes de nacer.

Le pedí a papá que fuera a Seneca a buscar al doctor Wilkins. El doctor le puso el termómetro en la boca nada más llegar y él mismo tuvo que sujetárselo pues Billy era incapaz de hacerlo.

—Neumonía —diagnosticó el doctor Wilkins.

Le puso a Billy una inyección de penicilina y le dio unas píldoras rojas que debía tomar dos veces al día.

—Eso lo curará —aseguró el doctor Wilkins—. Si el viernes no ha mejorado vayan a buscarme.

—No hay de qué preocuparse —dijo mamá—. En un par de días volverá a estar fuerte como un toro.

Asentí con la cabeza, pero tenía mis dudas. No dejaba de pensar que había contraído una deuda que de un modo u otro debía ser pagada.

La inyección no ayudó a Billy a mejorar. La fiebre ahora era constante y empezaba a dudar de dónde estaba. Por las noches decía que había alguien en la oscuridad, escondido entre las sombras, y ese alguien era Holland. Eso me hizo sentir más miedo que ninguna otra cosa desde el asesinato.

—Será mejor que envíe a tu padre a buscar al doctor Wilkins —dijo mamá la segunda tarde después de su visita, pero yo no tenía ninguna esperanza de que el doctor pudiera ayudar a Billy.

Solo había una persona capaz de ayudarlo. Tenía que ir a verla, y pronto si no quería enterrar a Billy.

Había estado nevando a ratos todo el día, así que me abrigué bien. Llené la linterna de aceite porque no llegaría hasta allí antes del anochecer. Fui al cuarto trasero y cogí la caja de cerillas, después busqué el salero y me metí un puñado de sal en el bolsillo.

—Por Dios santo, ¿adónde crees que vas? —preguntó mamá.

—Tú quédate con Billy e Isaac —le dije a mamá—. Hay algo que debo hacer.

—No dejaré que te vayas con este tiempo —replicó mamá, pero yo ya había salido al porche.

Oí llorar al niño y vi a mamá inmóvil en el umbral con la puerta abierta, tratando de decidirse entre venir detrás de mí o ir a atender a Isaac.

—¡Vuelve aquí! —gritó mamá.

Pero yo ya estaba en el patio y seguí caminando sin hacer ruido sobre los dos centímetros y medio de nieve. Oí cómo se cerraba la puerta y poco después Isaac se calló.

El viento soplaba con fuerza y los copos de nieve me golpeaban la cara. El sol estaba oculto casi por completo tras las nubes que colgaban del cielo

como un gran manto gris. Atravesé la verja de alambre de espino en dirección a la propiedad de la señora Winchester y enseguida encontré el tocón. Metí los dedos en el hueco de la corteza y palpé hasta encontrar lo que buscaba. Después caminé a lo largo del cercado en dirección al río y ascendí por el sendero siguiendo el arroyo. Enseguida me di cuenta de lo débil que me encontraba después de tantos días en cama. Apenas había caminado un kilómetro y ya estaba resoplando y casi sin resuello. Me detuve para recuperar el aliento y traté de pensar que al menos al regresar todo sería cuesta abajo.

Los copos de nieve eran cada vez más grandes y, de haber tenido otra opción, habría dado la vuelta en aquel mismo instante, pero no había otra alternativa, al menos si quería que Billy siguiera con vida. El viento aullaba con tal fuerza que no se oía la corriente del río. La luz decaía rápidamente y la única manera de seguir en el sendero era mantenerme alejada de los árboles a ambos lados. Pero poco después ya ni siquiera podía verme los pies al caminar y mucho menos los árboles.

Sabía que si me desviaba demasiado hacia la derecha tendría problemas porque en el borde del sendero más próximo al río había peligrosas simas. Me detuve para encender la linterna y saqué las cerillas del bolsillo. Me costó encenderla, pues el viento apagaba las cerillas en cuanto trataba de acercar la llama a la linterna. Por fin una aguantó lo suficiente como para encender la mecha. Levanté la linterna delante de mí pero aun así seguí caminando despacio y tanteando el terreno, ya que no podía ver nada más allá de un par de metros.

Me pareció que había caminado una eternidad hasta que logré llegar al lugar donde el Wolf Creek desembocaba en el río. «Ya no estoy lejos», pensé, y empecé a adentrarme en el desfiladero. Nevaba copiosamente y no había más luz que la de la linterna. Seguí avanzando muy despacio, pero logré mantenerme en el sendero hasta que llegué a las grandes piedras donde el camino se estrechaba bruscamente. Una de las rocas había caído y obstruía el paso como un corcho el cuello de una botella.

El único modo de avanzar era dando un rodeo. Dejé el sendero y subí por el risco de la izquierda. Era evidente que había habido corrimientos de tierra y, por si fuera poco, la nieve estaba resbaladiza. A pesar de que traté de

mantener el equilibrio, de repente resbalé y me deslicé pendiente abajo golpeándome con piedras y ramas y tragando nieve. La linterna se me escapó de las manos durante la caída y escuché cómo se rompía el cristal contra una piedra.

Durante un par de minutos me quedé tendida sobre la nieve y comprobé que no me había roto ningún hueso. No estaba herida, aunque sí tendría más de una magulladura al día siguiente, si es que aún seguía viva. Traté de tranquilizarme. «No estás muy lejos de su casa», pensé; «a menos de un kilómetro». Sin embargo, con la caída me había desorientado. «Solo estás unos metros colina abajo», me dije. «Lo único que tienes que hacer es alcanzar el risco y bajar hasta el sendero. Y, si no encuentras el sendero, busca el arroyo. Te llevará casi hasta el final del camino».

Aunque parecía muy fácil, había rodado muchos metros terraplén abajo. Cada vez que intentaba avanzar en alguna dirección las ramas de laurel me golpeaban la cara, o tropezaba con las raíces de los árboles y me caía al suelo. Era como si un monstruo con un millar de brazos tratara de agarrarme. Pronto estaba tan desorientada que no sabía si mis pies y mi cara apuntaban hacia el mismo sitio.

No había luna ni estrellas que pudiera seguir, y el viento se había apaciguado de tal modo que no sabía en qué dirección soplaba. Y la nieve tampoco ayudaba. Con la caída me había empapado y me di cuenta de que en esas condiciones no sobreviviría si me veía obligada a esperar hasta el amanecer para conseguir ayuda.

Entonces me acordé de las cerillas. Empecé a rebuscar despacio entre la ropa, casi con miedo, pues eran la última esperanza que me quedaba. Palpé el bulto de la caja en el bolsillo y por poco grito de alegría del alivio que sentí.

Encendí una y durante unos instantes vi los arbustos a mi alrededor y avancé con torpeza unos pasos. Después encendí otra y logré caminar algunos metros más en la misma dirección. Conté con los dedos de la mano derecha otras diez cerillas, pero no me quedaba más remedio que seguir usándolas. Encendí otra y después otra más y conseguí subir hasta los árboles, justo donde empezaba el terraplén.

Por fin sabía en qué dirección estaba el arroyo, pero de repente me sentí tan cansada que no encontré fuerzas para seguir adelante. Era el frío lo que

me paralizaba. Traté de pensar en cosas que me ayudaran a volver a ponerme en marcha. «Piensa en tu bebé», me dije. «Después de todo lo que has hecho para ser madre, no vas a dejarlo huérfano. Piensa en tu hombre también. Morirá si te rindes». Entonces me puse a rezar. No se me ocurría ningún otro modo de salvarme.

—Sácame de este entuerto, Señor —grité allí mismo—. Pero no lo hagas por mí. Hazlo por esa criatura inocente. Sácame de esta para que él pueda tener unos padres que lo críen.

Encendí una cerilla y avancé unos cuantos pasos. Encendí otra y vi las grandes rocas que obstaculizaban el camino, pero ya estaba al otro lado, por encima de ellas. Encendí tres cerillas más. No encontraba el sendero, lo había atravesado sin darme cuenta, y había llegado hasta el arroyo. Supuse que ya me encontraría cerca. Me metí en el arroyo y seguí caminando por él sin importarme que mis zapatos se empaparan. Me caí un par de veces, pero me levanté sin pensarlo y seguí adelante.

Entonces, de repente, la corriente se dividió en dos. Di un paso más y mis pies pisaron terreno seco, como si el arroyo hubiera desaparecido bajo tierra.

Encendí otra cerilla y vi que el arroyo realmente se había bifurcado y yo estaba justo en el ángulo de tierra que formaban los dos ramales de agua. En cualquier otro momento me habría dado cuenta enseguida de que debía seguir por el de la izquierda, pero el frío me había abotargado la mente de tal manera que era incapaz de pensar con claridad. Me quedé allí de pie entre los dos riachuelos con el cuerpo insensible y sin tener la menor idea de por dónde debía continuar.

Entonces algo rozó mi pierna izquierda, algo grande. De haber estado lúcida en aquel momento me habría quedado tiesa en el sitio de puro miedo ante la posibilidad de que fuera un puma o un oso. Pero mi mente no funcionaba como es debido. No tenía miedo, sino solo simple curiosidad por saber qué era lo que me estaba incordiando.

Saqué una cerilla de la caja, pero se me escurrió de entre los dedos y cayó al agua. Solo me quedaba una. Moví los dedos, me concentré y encendí la última. A mi lado estaba el perro negro que había visto en abril por última vez. El perro frotó su morro contra la palma de mi mano y dio unos pasos hacia el lado izquierdo. La cerilla se apagó y entonces seguí sus movimientos

en la oscuridad, por el mero hecho de que era más fácil hacerlo que pensar en cualquier otra opción.

Apenas habíamos caminado unas decenas de metros cuando vi un rectángulo de luz. Trastabillé por el patio hasta llegar al porche y llamé a la puerta. Después me caí al suelo y todo se volvió negro como si alguien hubiera cerrado sobre mí la tapa de un ataúd.

Cuando desperté hacía calor. Abrí los ojos y vi un gran fuego a escasos centímetros de donde yo estaba acostada. Tenía una almohada bajo la cabeza y me habían arropado con varias mantas. También había una silla junto a la chimenea, muy cerca de mí, la misma en la que había estado sentada el pasado mes de abril. Sobre ella se secaban mis medias y mi abrigo.

—Menuda aventura has tenido esta noche.

Me di la vuelta y vi a la viuda Glendower sentada al otro lado de mi improvisado camastro. Estaba tejiendo y había dos gruesos ovillos de lana a sus pies. Las largas agujas se movían rítmicamente y brillaban a la luz del fuego como si fueran de plata.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? —pregunté, con la mejilla aún pegada a la almohada.

—Oh, un buen rato, chiquilla. Ya casi ha amanecido.

Eso fue suficiente para despertarme por completo, pues de inmediato pensé si Billy habría sobrevivido a esa noche. Me levanté y me puse las medias y el vestido mirando hacia el fuego.

—Y bien, ¿cómo está tu pequeño? —preguntó la viuda Glendower.

A pesar del calor que tenía, las palabras de la vieja consiguieron helarme el corazón. Me volví hacia ella.

—Mi bebé está bien —contesté.

—Pensé que habíamos llegado a un acuerdo.

—Temía que le hiciera usted daño.

La viuda Glendower se rio.

—Así que aún crees en esa cháchara que circula sobre mí por todo el condado. ¿Por eso llevabas sal en el bolsillo?

—Sí —respondí sin miramientos, pues no dejaba de pensar en cómo estaría Billy.

—¿Y por qué motivo has venido a visitarme, entonces?

—Mi hombre se está consumiendo por culpa de la fiebre.

—¿Y crees que es por mi culpa?

—Sí —dije—, como castigo por haber ignorado mi parte del trato y no avisarla para que fuera usted mi comadrona.

—Si quisiera vengarme de ti, ¿por qué no he dejado que murieras congelada en el porche de mi casa? —preguntó la viuda Glendower.

«Quizá porque querías algo más que mi vida», pensé.

La viuda Glendower se fue al cuarto de al lado. Cuando regresó llevaba en la mano una bolsita como la de la última vez y se acercó al arcón con la tapa pintada de azul que estaba en el rincón. Se agachó y revolvió en su interior hasta que encontró lo que buscaba.

—Toma —dijo, dejando la bolsa a mis pies—. Hay corteza de sauce y agrimonia. Prepárale una infusión y le bajará la fiebre.

—¿Entonces vivirá?

La viuda Glendower no respondió.

—Según usted, puede ver cosas que aún no han sucedido.

—Eso es —respondió de repente, como si lo hubiera olvidado.

La mujer miró el fuego y entonces recordé lo que solía decir mi abuela, que las llamas son la lengua del diablo escapando del infierno. «Si eso era cierto», pensé, «era esa misma lengua la que le hablaba en ese momento a la viuda Glendower».

—Fuego y agua —dijo por fin—. La fiebre es el fuego. Y tu hombre no morirá en las llamas, al menos no si le das lo que hay en esa bolsa.

Miré por la ventana y vi que ya no estaba tan oscuro. Había dejado de nevar y el paisaje parecía tan silencioso y tranquilo como la estampa de un calendario. Cogí mis zapatos, que estaban debajo de la silla, y me los puse atando bien los cordones. Después cogí la caja de cerillas y saqué la Estrella de Oro de su interior.

—Tenga —dije—. Encontré esto en el bosque hace unos meses. Parece de oro puro. No creo que valga lo suficiente para pagarle todo lo que le debo, pero es mejor que nada.

No sabía si la aceptaría o no, pero al menos abrió la palma de la mano.

Me puse el abrigo y cogí la bolsa del suelo.

—Será mejor que vuelva a casa.

Cuando salí al porche el amanecer había teñido el cielo de un color azul claro. La nieve se había endurecido durante la noche y crujía bajo mis pies con cada paso que daba. Aun así, no estaba resbaladiza, de modo que bajé sin ningún problema hasta llegar de nuevo al río. El resto del camino hasta casa fue muy fácil, pues el sol ya brillaba en el cielo.

Cuando llegó la primavera y las flores de los cornejos volvieron a decorar el bosque intenté no pensar en todo lo que había ocurrido desde la última vez que florecieron. La mayor parte del tiempo conseguía no pensar en ello, pues estaba muy ocupada atendiendo a Isaac y haciendo todas las tareas de la casa. Sin embargo, los recuerdos de aquellos tiempos terribles habían arraigado en mi cabeza como las algas en el lecho de un río. De vez en cuando salían a la superficie solo para recordarme que no habían desaparecido. Y cada vez que eso ocurría me asaltaba la certeza de que tarde o temprano llegaría el día en que tendría que pagar por todo lo ocurrido y entonces el precio sería mucho mayor que un pedazo de oro.

EL MARIDO

Cuando llega el periodo más caluroso del verano y Sirio despunta en el cielo con el sol de la mañana, la tierra se seca y un hombre puede ver cómo su cosecha se consume y se arruga y se vuelve negra igual que si hubiera sido pasto de las llamas. Es la época en que las serpientes se quedan ciegas. Una película de color gris perla recubre sus ojos y se vuelven aún más peligrosas. Las serpientes de cascabel no hacen advertencias, y un coralillo, que en pleno junio habría seguido su camino perdiéndose entre la hierba al intuir cualquier amenaza, ahora se yergue dispuesta a atacar a cualquier cosa que se interponga en su camino. En esta época del año los perros y los zorros se vuelven locos y se aproximan a uno gruñendo amenazantes, enseñando los dientes y con la barbilla blanca de espuma. Si los apuntas con un arma seguirán avanzando hacia ella como si no les importara lo más mínimo acabar con todo de una vez.

A veces, en esta época del año, también los hombres actúan de ese modo. Un hombre que en otras circunstancias daría media vuelta para evitar los problemas, un hombre que, quién sabe, podría ser un cobarde, de repente puede volverse loco y mezquino y actuar de una manera impropia de él. Podría incluso llegar a matar.

La primera semana de agosto, cuando su tripa ya estaba hinchada como un melón y ninguno de los dos podía seguir fingiendo no saber, Amy dijo:

—Tú no podías darme un hijo. Tuve que buscar a otro que lo hiciera.

En aquel momento el bebé era lo único que crecía. El maíz estaba más muerto que vivo, y las judías medio enterradas bajo capas de polvo gris. El único cultivo que sobrevivía era el tabaco que había plantado junto al río, eso y algunas coles, cuando los topos no las echaban también a perder.

—¿De quién es el bebé? —le pregunté, como si aquel día de primavera, cuando estaba arando cerca del río, no hubiera visto a Holland pasar junto al gran roble blanco que marca el límite entre la propiedad de su familia y la mía.

Cuando volví a casa para comer, no estaban preparados ni el pan ni las judías, y Holland le había dejado una marca a Amy —tenía un cardenal en el cuello, morado como una uva—.

Esperé a que Amy respondiera mi pregunta y recordé la tarde de julio, un mes antes, en que sospeché por primera vez que estaba embarazada. Entonces ya hacía calor y la tina estaba fuera, en el patio trasero junto al pozo. Después de cenar Amy cogió su toalla y sus cosas y salió a darse un baño mientras yo iba a por la piedra de afilar para amolar mi guadaña. Ya había achicado el agua a primera hora de la tarde para que el sol la hubiera calentado a esa hora. Solo tenía que desnudarse y meterse en la tina.

Cuando acabé de afilar la guadaña me asomé ocioso a la ventana y miré a Amy mientras se bañaba. Siempre que lo hacía sentía que se me partía el corazón, no de deseo sino a causa de algo mucho más grande. Una mujer nunca es más hermosa que cuando se está dando un baño, de modo que seguí contemplándola en silencio. Un hombre se baña para quitarse la mugre, pero con una mujer no se trata solo de eso. Amy se enjabonaba despacio y con mucho cuidado, como si el agua y el jabón fueran a eliminar de su cuerpo hasta la última afrenta del día. Entonces cogió el barreño y empezó a aclararse echándose agua por la cabeza, y su pelo rubio se oscureció hasta volverse del color de la miel.

El sol se escondía tras el monte Sassafras, de modo que cuando Amy se puso de pie en la tina el agua corrió por su piel como si fuera oro derretido. «No hay un ángel en el cielo tan hermoso como ella», me dije. Entonces Amy se dio media vuelta para salir de la tina y vi la curva de su vientre, una curva no más pronunciada que la cuchilla de la guadaña que sostenía en la mano, pero lo suficiente para hacerme pensar que había ocurrido algo entre ella y Holland Winchester. Levanté un dedo y deslicé la yema a lo largo del filo. Sentí cómo el acero se abría paso a través de la carne y varias gotas de sangre, brillantes como bayas de acebo, salpicaron el suelo.

No quise seguir el rastro hasta donde me conduciría el vientre hinchado de Amy. Durante un mes intenté quitarme de la cabeza las sospechas sobre Amy y Holland, pero siempre volvían. En cuanto estaba ocioso venían arrastrándose, igual que una rata que espera a que todo se quede tranquilo y silencioso para salir de su agujero. Aún no le había dicho nada a ella. Me daba miedo hacerlo, tanto como cuando creí que la polio me dejaría sin piernas.

Sin embargo, lo que realmente me inquietaba no era que Amy llevara en su vientre al hijo de otro hombre, sino que me dejara por él, porque a lo largo de los años que llevábamos casados ella se había convertido para mí en un apoyo tan imprescindible como mis propias piernas. Incluso cuando yo estaba en el campo y Amy en casa pensaba en ella a menudo. La veía en casa cocinando o preparando conservas con la tranquilidad de que, aunque estuviéramos separados, ambos trabajábamos el uno por el otro.

Así que no le dije nada a Amy sobre lo que sabía en todo el mes de julio. Estaba seguro de que en cuanto lo mencionara pondría en marcha algo que ya no podría detener. Y si perdía a Amy me hundiría en un profundo agujero del que jamás conseguiría salir. Me comportaba como un hombre que ve acercarse un tornado y agacha la cabeza creyendo que si no vuelve a mirar y se empeña en negar lo que ocurre el torbellino pasará de largo.

Pero el vientre de Amy seguía hinchándose igual que la luna creciente. Ahora, cada vez que Sirio aparecía en el cielo con el sol de la mañana, sentía que ese tornado que había pretendido ignorar me había engullido, y no tenía la menor idea de dónde me escupiría. Sin embargo, iba a averiguarlo muy pronto, un día de agosto en plena canícula en el que todo lo que me rodeaba parecía a punto de morir.

—¿Que de quién es el bebé? —dijo Amy, repitiendo mis palabras y mirándome con sus ojos azules—. Es mi hijo, Billy. Pero puede ser de los dos si tú quieres.

Sus palabras me concedieron una tregua, pues hay cosas en el fondo del corazón de una mujer que un hombre jamás podrá comprender. Había visto aquella expresión en el rostro de Amy cada vez que uno de los hijos de su hermana pequeña se subía a su regazo. La había escuchado cantar en la cocina durante los últimos meses cada vez que regresaba de la plantación.

Amy siempre solía tararear canciones alegres, pero aquello era diferente, era como si cantara con una sonrisa en los labios, y había una extraña nota en su voz que yo nunca antes había oído. Ella no cantaba por mí ni por Holland. O al menos eso creía yo. Aunque tenía que asegurarme.

—¿Y qué pasa con él? —pregunté.

Y evité pronunciar el nombre de Holland, pues sabía que si lo hacía dejaría entrar de nuevo su cara y su cuerpo en mi casa y vería lo que había estado evitando durante varios meses, a Holland Winchester y a Amy en el cuarto trasero, medio desnudos, con él abriéndose paso entre sus piernas como el arado en un surco.

—¿Que qué pasa con él? —dijo Amy, repitiendo mis palabras.

—¿Vas a dejarme por él? —pregunté, pues ya que habíamos empezado lo mejor era seguir adelante para tantear el terreno.

Amy me miró fijamente, con sus ojos azules tan fijos e imperturbables como una plomada.

—No. Soy tu mujer, Billy; no la de Holland.

Supongo que aquello debería haber hecho que me sintiera mejor; sin embargo, en aquel momento no sentí nada bueno. «Todo hombre ha de probar la mierda antes de morir», me había dicho padre en una ocasión. En aquellos momentos sentí que la estaba comiendo a paladas.

—¿Cuándo estuviste con él por última vez?

—Hace dos meses —respondió Amy—. En cuanto estuve segura de que estaba embarazada le dije que no volviera.

—¿Y qué dijo él? —pregunté.

—No dijo gran cosa. Le dije que se había terminado, para siempre.

—¿Sabe él que estás embarazada?

—No, eso no es de su incumbencia —contestó Amy—. Lo que pasó entre él y yo se ha terminado, pero no entre tú y yo, a menos que tú quieras. Ese bebé puede ser mío o puede ser de los dos.

Amy levantó la mano y se apartó un mechón de pelo rubio que le había caído sobre los ojos.

—¿Qué vas a hacer, Billy? —preguntó ella.

En aquel momento no tenía la menor idea. Sabía lo que habrían hecho muchos hombres en mi lugar. Le habrían dado de bofetadas a su mujer hasta

que no pudiera levantarse del suelo. Algunos incluso algo peor. Después saldrían por la puerta para no volver.

—¿Tú me quieres? —dije por fin, mirándola a los ojos.

Esa era mi última pregunta, la más importante.

Los ojos de Amy parecían cansados, igual que durante los últimos meses. Y, sin embargo, estaba muy bonita, más que nunca. Sus pechos y sus caderas parecían más plenos, y su piel relucía como si acabara de darse un baño en una tina rebotante de luz.

—Sí —respondió.

—Jura que nunca volverás a estar con él —dije.

—Ya te lo he dicho —contestó Amy.

—Entonces júralo —insistí.

—Te lo juro —dijo Amy.

Aquella noche en la cama escuché el canto de las cigarras pidiendo lluvia. La ventana estaba abierta pero el aire nocturno estaba viciado y quieto como el agua estancada. No se oía el río como el año pasado en esa misma época y no resultaba difícil creer que la canícula había secado su caudal como si fuera una piel de serpiente.

Me acosté junto a Amy y pegué mi pecho contra su espalda, cubriéndole el vientre con la mano. Percibí cómo el bebé se movía bajo mi palma. Mientras dormitaba sin perder del todo la consciencia sentí que estaba tocando mi propia barriga y que el pequeño estaba dentro de mí y no de Amy. Pensé, igual que lo había hecho cada día desde que habíamos ido a ver al doctor Wilkins, en cómo habría sido mi vida si no hubiera tenido la polio. Hacerlo era como pasarse la lengua por una muela picada, algo que solo te provoca más dolor pero no puedes evitar.

Recordé la mañana —veinte años atrás— en que me desperté con la frente ardiendo, y las piernas no me obedecieron cuando intenté levantarme. Mamá tenía miedo de lo que pudiera ser y le dijo a papá que fuera a caballo hasta Seneca a buscar al doctor Griffen. Mamá permaneció de rodillas a mi lado esperando durante dos horas interminables.

—Por favor, Señor, no me arrebatas a mi único hijo —decía mamá una y otra vez.

Era incapaz de hacer otra cosa, y ni siquiera se le ocurrió darme un poco de agua, aunque tenía la boca reseca como las castañas asadas.

El doctor Griffen apareció por fin dando tumbos por el camino a bordo de su enorme Dodge. Entró en casa con su maletín negro de médico, tan grande que casi podría haberlo utilizado para apoyarse. Era viejo y le temblaban las manos, que estaban cubiertas de manchas hepáticas, pero mamá confiaba en él.

—¿Puedes mover las piernas? —me preguntó.

—No, señor —contesté.

El doctor Griffen se limitó a asentir.

—Tengo mucha sed —dije.

El doctor Griffen sacó el estetoscopio de su maletín.

—Te daremos algo de beber en un minuto, hijo.

Con los ojos cerrados, colocó la campana del estetoscopio en mi pecho y escuchó. Después me preguntó si se me había agarrotado el cuello. Me limité a mover la cabeza porque tenía el termómetro entre los labios. Entonces empezó a palparme las piernas. Tenía las manos más suaves que ningún hombre que yo conociera. Me sacó el termómetro de la boca y miró la temperatura. Después mamá y él salieron al porche unos minutos. Por fin me dieron un vaso de agua y me quedé dormido en cuanto cerré los ojos.

Cuando desperté el doctor Griffen ya no estaba. Papá había regresado y estaba sentado a mi lado en una silla de la cocina que había arrastrado hasta allí. Él y mamá permanecieron en esa silla cada día y cada noche durante toda la semana, observando mi respiración tal como el doctor Griffen les había indicado. Todas las mañanas mamá se sentaba a los pies de mi cama y me frotaba las piernas y los pies.

Me recuperaba muy despacio pero cuando llegó la Navidad ya había empezado a trabajar de nuevo en la granja. Sin embargo, cojeaba de la pierna derecha y nunca me recuperé.

—Le das más importancia a esa pierna tuya que ninguno de nosotros, Billy —decía mamá.

Pero no podía evitarlo, especialmente delante de las chicas.

Con el tiempo la pierna —y también la polio— dejaron de preocuparme, en parte gracias a Amy. Ella nunca le dio importancia, quizá porque tenía un hermano que también cojeaba. Pero había algo más. Cuando conocí a Amy ya había devuelto al banco dinero suficiente del préstamo como para poder considerar más las ocho hectáreas de terreno que le había comprado a Joshua Winchester. Había sido un gran logro para mí. La única tierra que papá y mi tío Joel habían poseído era la que se acumulaba bajo sus uñas.

—Lo que quiero es vender, no contratar aparceros —me había dicho Joshua Winchester cuando fui a verle para hablar de la tierra.

—No he venido a pedirle trabajo —le respondí, y le entregué el cheque que el banco me había dado.

Él lo examinó con atención, como si no se pudiera creer que fuera auténtico.

—Está bien —dijo finalmente, guardándose el cheque en el bolsillo—. Un Holcombe propietario —dijo, y sonrió—. Al parecer, la cuna en la que naciste no te ha impedido ascender en el escalafón, muchacho.

Había desbrozado aquellas ocho hectáreas de tierra sin más ayuda que la de Sam. Él y yo habíamos reventado terrones y arrancado raíces más testarudas que muelas del juicio. Había sido el trabajo de un solo hombre. Nadie llamaría lisiado a alguien capaz de hacer algo semejante. En cierto modo, pensé, hasta aquel momento no había logrado levantarme por completo de aquella cama en la que había estado tendido hacía tantos años, con el cuello más tieso que el mango de una azada, y las piernas frágiles como astillas para la leña, incapaces de sostenerme.

Recordé aquel primer domingo después de que Amy contara por todo el valle que el problema no lo tenía ella sino yo. Las mujeres en la iglesia se interesaban por ella, pero a mí ni me dirigían la palabra. Sin embargo, no me quitaban ojo, y sus frías miradas me recordaron a las de algunos vecinos que habían ido a visitarme a la granja cuando la polio me golpeó con más fuerza. Entraban en la habitación donde estaba postrado y fingían tristeza, pero sus ojos decían otra cosa. Me miraban como si yo fuera un fenómeno de una feria ambulante, algo extraño y apenas humano.

Ahora, tumbado junto a Amy, me daba cuenta de que en muchos sentidos nunca había llegado a levantarme de aquel lecho de enfermo. El doctor

Wilkins no lo había dicho, pero no hacía falta. La polio también me había castrado.

Con las primeras luces del alba retiré la mano de la barriga de Amy y me levanté de la cama intentando no hacer ruido. Cogí un pedazo de pan de maíz y salí al porche. Al levantar la vista me topé con el cornejo que Amy había plantado en primavera. Sus hojas estaban marrones como el tabaco curado y no parecían tener más vida que un pedazo de hojalata.

Una señal de mala suerte, habría dicho mi padre, y recordé que cuando era un muchacho mis parientes, los mayores, me habían enseñado a estar atento en todo momento y a mantenerme alejado de cualquier signo de mala suerte, pues esta puede llegar cuando menos te lo esperas y desde el lugar más insospechado, incluso en sueños.

Ver la luna nueva a través de las ramas de los árboles o que un gato negro se cruzara en tu camino siempre era señal de que habría problemas. Lo mismo ocurría al oír el chillido de una lechuza o el cacareo del gallo en mitad de la noche, o si matabas a un sapo o una rana o soñabas con cualquier cosa parecida a un cuervo o con aguas cenagosas. Y, aunque también existían amuletos y cosas que daban buena suerte, como las herraduras o los cardenales con su plumaje rojo o incluso sembrar en Viernes Santo, lo cierto era que ninguno de esos remedios era demasiado útil contra toda la mala suerte del mundo.

«Nunca trae nada bueno toparse con algo así», decía la abuela cada vez que veía una letra en una tela de araña.

«Alguien va a morir», decía el tío Joel cada vez que escuchaba el canto de un chotacabras antes del anochecer.

Me irritaba el modo en que los viejos parecían esperar siempre lo peor. Yo me había prometido a mí mismo que cuando fuera mayor jamás lo haría, pero la experiencia me había enseñado que no estaban tan equivocados como yo creía. Mis parientes tenían buen ojo a la hora de desvelar los secretos de este mundo.

Pensé en todas las cosas que me habían ocurrido a lo largo de los últimos meses. La primera semana de junio la camioneta se recalentó y cuando abrí el

capó para comprobar el aceite estaba tan blanco como la leche. Entonces me di cuenta de que se había roto el cárter del motor y de que no tendría dinero para repararlo a menos que pudiera vender la próxima cosecha. Entonces recordé que Sirio había aparecido muy pronto en el cielo ese año, semanas después de que guardara la camioneta en el granero. Aquello no podía significar otra cosa que problemas.

Y ahora Holland. De haberlo querido habría visto por doquier señales que anunciaban problemas. Y todas ellas habían resultado ser tan reales como las piedras y los árboles y toda la Creación.

Miré por encima del cornejo de Amy y vi a Sirio aparecer en el cielo a la vez que el sol. Estaba seguro de que Amy se equivocaba al pensar que tan solo con palabras podría impedir que Holland hiciera su santa voluntad. Recordé un día en octavo curso en que todos nos habíamos pasado la clase armando follón y el señor Pipkin decidió castigar a Holland por el mero hecho de ser el mayor. El señor Pipkin sacó del cajón de su mesa un rollo de cinta adhesiva y le dijo a Holland que se la iba a pegar en la boca a ver si así se estaba callado. Holland era un muchacho fuerte, medía un metro ochenta y pesaba por lo menos noventa kilos, pero el señor Pipkin también era alto y pesaba más que él. Holland se levantó y esperó junto a su pupitre con las manos a ambos lados, apretando los puños y preparado para lo que viniera.

—No tiene ningún derecho a castigarme a mí y no a los demás —replicó Holland.

—Ven aquí ahora mismo, chico —dijo el señor Pipkin.

—No lo haré —respondió Holland—. Venga usted a ponerme esa cinta en la boca si se atreve.

El señor Pipkin murmuró algo para sus adentros, pero al final lo único que hizo fue volver a guardar el rollo de cinta en el cajón.

Si Holland hubiera vivido en otro condado o incluso en otro valle, quizá hubiéramos podido olvidarnos de él. Pero por desgracia una simple alambrada de púas no iba a detenerlo. Ahora él, Amy y yo estábamos tan inseparablemente unidos como Sirio y el sol de la mañana.

Saqué a Sam del establo y lo llevé hasta el campo de coles. Había cogido la escopeta del calibre 12 y me quedé en la linde del bosque por si aparecía aquel maldito topo. Al contrario que yo a él, el topo sí debió de verme pues

después de su última visita la única prueba que encontré de que había estado rondando otra vez por allí fueron un par de coles mordisqueadas.

Lo que sí encontré fue una culebra, enroscada como un látigo en mitad de uno de los surcos. Los viejos decían que si matas a una culebra y la dejas colgada en un cercado traerá lluvia. Le aplasté la cabeza con la culata de la escopeta e hice exactamente lo que decían, dejando su blanco y resbaladizo vientre al sol. Sin embargo, en cuanto lo hice me sentí mal. Sabía que no era lluvia lo que quería en esos momentos. Lo que quería era herir a alguien para que no pudiera volver a hacerme daño.

Comprobé el tabaco y después volví con Sam al campo de coles y abrimos algunos surcos. De cuando en cuando miraba hacia la casa y a media mañana por fin vi lo que había estado esperando. Holland Winchester saltó por encima de la valla de alambre de espino a la altura del roble blanco y caminó hacia el patio delantero, exactamente igual que había hecho en abril cuando lo vi desde ese mismo prado. Incluso a sabiendas de que se estaba beneficiando a la mujer de otro hombre, Holland era demasiado orgulloso como para actuar a hurtadillas como un zorro que se cuela por la noche en un gallinero. No, esa no era su manera de hacer las cosas.

Amy también lo vio llegar y bajó del porche. Trató de detenerlo, pero él subió los escalones de todas formas. Extendió los brazos hacia Amy, pero ella retrocedió golpeándole las manos.

Sam pateó el suelo y resopló, listo para trabajar. Yo permanecí inmóvil, con las riendas alrededor de mi cuello y con la esperanza de que Holland se diera media vuelta hacia su lado de la cerca y nos dejara en paz, pues a diferencia de Holland yo no sabía si yo era un hombre valiente o no. Cuando fui a Greenville para alistarme me rechazaron. «No apto», dijeron. Yo no había puesto a prueba mis agallas en Corea como Holland. No sabía cómo habría actuado si un puñado de coreanos hubieran cargado hacia mí gritando, dispuestos a matarme si fallaba el siguiente disparo o si se me encasquillaba el arma. Ni siquiera sabía si sería capaz de matar a un hombre. Lo que sí sabía era que si Holland no se iba tendría que pararle los pies de una manera o de otra.

Cada vez que Holland daba un paso hacia Amy ella retrocedía, pero ya había llegado casi a la barandilla del porche. No creía que Holland fuera a

hacerle daño. Era otra cosa lo que me asustaba. Caminé hasta el borde del prado y cogí la escopeta del calibre 12. Apunté al cielo y disparé.

Holland se dio la vuelta y miró hacia la plantación de maíz y judías donde yo estaba, con la escopeta aún apuntando al cielo y buscando otro cartucho en los bolsillos de mi peto. Volví a cargar y tiré de las riendas de Sam sin molestarme en soltarle la cadena del arnés.

Me dirigí con Sam hacia la casa, directo a Holland Winchester. Atravesamos los surcos de repollos y después caminamos entre el maíz y las judías. Sam se rozaba y golpeaba en los flancos contra las cañas de maíz mientras avanzaba abriendo una senda entre ellas y el arado iba dando tumbos y enganchándose tras él como si fuera un ancla. Me pesaban las piernas como si hubiera caminado kilómetros. Era el miedo lo que me impedía avanzar.

Holland bajó del porche y se plantó delante de mí bajo la sombra del gran roble blanco que marcaba el límite entre lo que era suyo y lo que era mío. Me temblaban las manos cuando levanté la escopeta y el cañón osciló al apuntarle al corazón como la aguja de una brújula que tratara de encontrar el norte.

—Te causé daño al acostarme con ella, pero ahora ya estamos por encima de lo correcto y lo incorrecto —declaró Holland—. Lo que hincha su vientre es mío; no tuyo.

Miré sus ojos oscuros como la melaza. No sabía exactamente qué esperaba encontrar en su mirada —quizá un atisbo de miedo al ver la escopeta en mi mano, quizá algo de arrepentimiento—, pero, fuera lo que fuera lo que buscaba en aquel momento, no lo encontré.

—Déjanos en paz, Holland —dije, buscando el gatillo con el dedo.

—No puedo hacerlo —contestó Holland, sin parpadear ni siquiera al oír el clic cuando le quité el seguro a la escopeta.

Amy dio unos pasos hacia nosotros, pero le indiqué con un gesto que no se acercara.

—No soy un semental que puedas usar y después enviar a la siguiente granja —le espetó Holland a Amy—. Ese niño es tan mío como tuyo. Negarlo no va a cambiar las cosas.

Holland caminó hacia mí entonces y agarró el cañón de la escopeta. Si hubiera querido, me la habría arrancado de las manos de un solo tirón.

—Vamos —dijo apretando la boca del cañón contra su pecho—. Yo habría matado a cualquiera que me hubiera hecho lo que yo te he hecho a ti.

Me temblaban las manos, pero Holland sujetó el cañón con firmeza.

—Arréglalo ahora, Holcombe, o déjalo estar —prosiguió Holland Winchester—, porque esta es la única manera de impedirme reclamar lo que es mío.

Las cigarras chillaban sobre nuestras cabezas. Me parecía que su canto se iba haciendo más fuerte cada segundo que pasaba, tan fuerte que me taladraba la cabeza. Tenía la frente empapada y el sudor se me metía en los ojos pero, al tener las manos ocupadas, no podía limpiarme.

—Por favor —suplicó Amy, y no supe si me lo decía a mí o a Holland.

La culata de la escopeta me dio una fuerte sacudida en el hombro y Holland dio un traspié hacia atrás. Su mano resbaló por el cañón hasta soltarlo, igual que un náufrago soltaría una cuerda salvavidas antes de ahogarse. Me limpié el sudor de los ojos con la mano izquierda y después recargué la escopeta.

Los ojos castaños de Holland me miraron fijamente, pero era otra cosa lo que veían —quizá a sí mismo cuando era niño o metido en una trinchera en Corea o enredado en la cama con Amy. Puede que viera todas esas cosas a la vez, una tras otra, como destellos de luz o como fotografías que pasaran ante él, igual que imágenes en un calendario en el que ya no hay días, meses ni años—.

Holland trató de mantener el equilibrio. Durante un instante defendió su territorio como había hecho en Corea. Vi cómo la vida abandonaba sus ojos igual que un cubo se va sumiendo en la oscuridad a medida que se hunde en un pozo. «Acabas de matar a un hombre», me dije.

Se le aflojaron las rodillas y una nube de polvo se alzó a su alrededor cuando cayó al suelo. Amy corrió hacia donde estaba tendido. Lo miró y después me miró a mí, y su rostro se contrajo de miedo, puede que al pensar que el cartucho del 12 que me quedaba era para ella. Quizá si se hubiera arrodillado a su lado y se hubiera puesto a llorar le habría pegado un tiro allí mismo. En aquel momento estaba tan loco como un perro rabioso o una

serpiente cuando cambia de piel. Pero Amy no se arrodilló. Y sus ojos siguieron secos mientras el polvo alrededor del cadáver volvía a asentarse.

De repente empezaron a temblarme los brazos y las piernas, como si distintas partes de mi cuerpo quisieran liberarse y escapar en diferentes direcciones para dejar de ver a Holland allí tirado con un agujero en el pecho. «Mantén la calma», me decía una y otra vez en voz alta.

Al final el temblor cesó. Amy estaba a mi lado, pero no decía nada, como si temiera que al oír su voz pudiera echarme a temblar otra vez, como si las palabras fueran para mí igual que el agua para un perro loco. Respiré despacio, tratando de concentrarme únicamente en inspirar y soltar el aire. Después de un par de minutos casi había conseguido estabilizar la respiración.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Amy al final, la misma pregunta que me había hecho ayer.

—Tengo que pensar —respondí, con una voz más tranquila de lo que habría imaginado.

Era como si al perder el control de la respiración hubiera conseguido espantar el pánico, al menos durante un tiempo.

—No voy a ir a la cárcel si puedo evitarlo, y tampoco pienso huir a Texas o a California. De haber pensado en marcharme con el rabo entre las piernas lo habría hecho ayer.

Amy no dijo nada. Me miraba como si no me conociera. Incluso a mí me costaba reconocerme. Tendría que pasar un tiempo hasta que me hiciera a la idea de ser un asesino.

—Entra en casa —dije.

Y lo dije con brusquedad pues los malos pensamientos empezaban a revolotear por mi cabeza como murciélagos en una cueva —ideas retorcidas como que quizá Amy hubiera planeado que Holland me matara a mí en lugar de matarle yo a él, o que incluso aunque yo hubiera podido darle un hijo ella hubiera preferido a Holland—. No dejaba de ver a Amy y a Holland en la habitación de atrás, con los muelles de la cama rechinando bajo las embestidas de él mientras Amy lo abrazaba, empujándolo más profundamente en su interior.

—Vamos, vete —le ordené.

Amy fue lo bastante lista para hacer lo que le decía.

Me senté sobre una de las raíces del roble blanco que salía de la tierra como una pierna a medio enterrar. Apoyé la cabeza en las rodillas y cerré los ojos tratando de espantar las ideas retorcidas que bullían en mi cabeza.

Cuando abrí los ojos me sentí como si despertara de un mal sueño, pues nada de lo que había ocurrido desde que levanté la escopeta hacia el cielo me parecía real. Sin embargo, el cuerpo de Holland era muy real y seguía tendido en el suelo a menos distancia de mí de lo que mide un ataúd. Las moscas azules y las avispas ya lo habían encontrado. Y también lo encontraría el *sheriff* si yo no hacía algo pronto.

Como la camioneta de Holland estaba aparcada delante de su casa, su madre sabría que no podía haber ido muy lejos. Me pregunté si ella le habría visto venir a nuestra casa y también si conocería el motivo de su visita. Imaginé que la señora Winchester tendría sus sospechas, sobre todo al ver que salía de casa vestido para cortejar y no para trabajar en la granja. Consideré la posibilidad de que hubiera escuchado el disparo y ya supiera lo ocurrido, del modo en que las madres saben a veces que su hijo se ha metido en problemas. Por lo que yo sabía, incluso podría haber llamado ya por teléfono al *sheriff*.

Desde luego sabía que no podía enterrarlo. Una tumba recién excavada sería fácil de encontrar. Además, la tierra estaba tan dura que aún seguiría cavando cuando apareciera el *sheriff* con sus hombres. Tampoco podía esconderlo, pues en plena canícula cualquier cosa muerta empieza a apestar en cuestión de unas pocas horas.

El río era el mejor lugar. Podía buscar una gran roca, atarla al pecho de Holland y hundirlo en alguna poza profunda. El problema era que yo, como las mismas piedras del río, no sabía nadar. Incluso en el caso de que consiguiera hacerlo, sería allí donde buscarían primero. Y el río bajaba con tan poca agua que sin duda lo encontrarían.

Cogí la lata de tabaco y algunos papeles y lie un cigarrillo con la esperanza de tranquilizarme un poco más. Un pájaro carpintero llegó volando desde el río para posarse en el roble blanco y el golpeteo de su pico en una rama resonaba como un martillo en mis oídos. Las cigarras retomaron su canto enseguida. Levanté la vista hacia la copa del roble, pero era tan

frondosa que no pude ver ninguna entre las hojas. Era como si el mismo árbol cantara. «Piensa, piensa», me repetía una y otra vez. «Recuerda todo lo que has aprendido. No te asustes. Mantén la calma y se te ocurrirá el modo de hacerlo». Y eso es lo que hice, estrujarme el cerebro igual que se exprime el jugo de un limón. Mientras las cigarras y el pájaro carpintero seguían con su estruendoso concierto, planeé lo que haría, o lo que debía hacer. Después dediqué un rato a pensar cuál sería la mejor manera de llevarlo a cabo y entré en casa.

Amy estaba sentada en la silla junto a la chimenea. Tenía la mano posada sobre el vientre como si tratara de tranquilizar al bebé, o a sí misma.

—Si viene alguien y pregunta por Holland, le dices que no lo has visto —dije—. Voy a hacer lo que hay que hacer.

—¿Vas a enterrarlo?

—Es mejor que no lo sepas —respondí—. Lo único que debes contar es lo que acabo de decirte, que hoy no has visto a Holland Winchester. ¿Entendido?

Amy me miró y asintió, con sus ojos azules sumidos en una profunda tristeza.

—Nunca pensé que ocurriría algo tan terrible —se lamentó Amy.

—Tienes casi veinte años —dije—. Has vivido lo suficiente para saber que, una vez que empiezan, los problemas no desaparecen por sí solos.

Los ojos de Amy se humedecieron, pero no tanto como para tener que secárselos.

—No puedes llorar —le reproché—. Los dos actuaremos como si esto nunca hubiera ocurrido. No se lo contaremos a nadie; ni siquiera hablaremos de ello entre nosotros, así que si tienes algo que decir dilo ahora.

—¿No podemos decir sencillamente la verdad? —preguntó Amy—, ¿decirles que no iba a dejarnos en paz?

—La verdad es que le he disparado a un hombre desarmado, a un héroe de guerra —contesté—. Esa es la única verdad que le importará a un jurado.

—Podría decir que lo hice yo —propuso Amy—. Podría decir que me violó.

—Y después dejó que le pusieras el cañón de la escopeta en el pecho antes de dispararle —dije, mi voz resonó en la habitación tan fría como el

alambre de espino—. Ni el tipo más idiota de todo el condado creería algo así. Eso solo serviría para que nos enviaran a los dos a la cárcel. Quizá a mí incluso me reservaran una visita a la silla eléctrica.

Yo estaba de espaldas a la ventana. Me di la vuelta y miré alrededor hasta que vi a Sam junto al granero pastando entre la poca hierba que todavía no se había secado con la canícula.

—Solo hay un modo de hacerlo —dije—. Y es llevar su cuerpo a un lugar donde nadie lo encuentre jamás. Si no hay cuerpo, no hay asesinato. —Me aparté de la ventana—. Tengo que ponerme con ello.

La luz de media mañana entró por la ventana e iluminó el rostro de Amy haciendo que su pelo y sus ojos relucieran como el fuego. Bajó la mirada para evitar la luz.

—No volveremos a mencionar nada de esto a menos que tengamos que ponernos de acuerdo en algo antes de hablar con la Policía —indiqué—. No hablaremos de ti, ni de él, ni de lo que ha ocurrido hoy.

Amy no levantó la vista del suelo.

—Sí —asintió.

Salí de casa y caminé hacia el cobertizo. Lo primero que hice fue unir tres cuerdas atándolas con nudos cuadrados. Después cogí un rollo de alambre de espino y una azada. Le quité a Sam el yugo y las cadenas del arnés y lo llevé a la sombra del roble blanco. Caminé alrededor del cuerpo de Holland y después me incliné ligeramente sobre él. Espanté las moscas y avispas que le cubrían el pecho y lo cogí por debajo de las axilas para levantarlo.

Pesaba mucho, tanto que estuve a punto de llamar a Amy para que me ayudara. La barba de varios días de Holland me raspó la mejilla cuando apreté su corpachón contra mi pecho. Entonces una avispa me picó en el cuello y sentí el veneno expandiéndose bajo mi piel como si fuera agua hirviendo.

Después hice que Sam se estuviera quieto, agarré a Holland por la cintura y lo empujé hasta dejarlo sobre su grupa. Enrollé una de las cuerdas alrededor del cuello y los tobillos de Holland y después lo amarré a Sam igual que si fuera una silla de montar. Había mucha más cuerda de la que necesitaba, al menos de momento, de modo que di varias vueltas alrededor del pecho de Sam con ella y al terminar la anudé bajo su panza.

Cogí la azada y la escopeta y me cargué al hombro el rollo de alambre como si fuera un petate. Las púas se me clavaban en la carne como las espinas de un arbusto del diablo, pero no podía hacer nada para evitarlo. La tierra se había teñido de rojo en el lugar donde Holland estaba tendido, pero el polvo ya había absorbido casi toda la sangre. Pocos minutos después ya no quedaría ni rastro. Amy salió al porche pero no dijo nada. Llegado ese momento ya no había nada que decir.

Llevé a Sam por la vera del prado, dejando atrás el maizal y las judías, que estaban casi tan muertas como Holland. «En lo bueno y en lo malo, Sam», pensé mientras me frotaba el cuello, y por poco me echo a reír pues me costaba imaginar que pudiera suceder algo peor que aquello. Sin embargo, sabía que no era nada descabellado. Las cosas podían empeorar mucho. Y si lo que había planeado no funcionaba pronto empeorarían.

Dejé la azada junto al último surco del campo de coles, el más cercano al río, y seguí con Sam varias decenas de metros corriente abajo hasta llegar a la poza donde estaba la enorme trucha que llevaba dos años intentando pescar sin éxito. Había utilizado todo tipo de cebos, desde larvas de moscas Dobson hasta pequeñas lagartijas, sin conseguir que llegara más que a mordisquearlos. No podía engañar a una trucha con el cerebro del tamaño de un guisante, pero ahí estaba yo tratando de jugársela a un *sheriff* que se había pasado casi toda la vida atrapando a gente como yo.

Me quité los zapatos y los dejé cerca de la orilla. Después me enrollé las riendas en la mano, entre el pulgar y el índice, y cerré el puño. Cogí la escopeta y me adentré en la corriente en dirección a la poza. Sam empezó a seguirme río adentro, donde el agua me llegaba ya por las rodillas. Como la corriente no era muy rápida, se podían ver las piedras del fondo, verdes y resbaladizas bajo mis pies. Decidí tomármelo con calma, moviéndome despacio y pisando con cuidado en los huecos entre las piedras que parecían pequeños depósitos de arena blanca. Sam también avanzaba con mucha cautela y sin perder la calma, y en ningún momento se acobardó como habrían hecho muchos caballos al adentrarse en zonas más profundas. Contemplé a Sam mientras se alejaba del campo en el que nunca más volvería a trabajar. Se me revolvía el estómago solo de pensar en lo que le iba a hacer.

Traté de distraerme pensando en otras cosas, dejé que mi mente brincara de aquí para allá como los saltamontes que cogen impulso en los arbustos más altos. Sin embargo, mi cabeza no encontraba nada bueno a lo que aferrarse, sino únicamente imágenes absurdas de mi padre muerto en su ataúd, de Holland y Amy abrazándose, o de mí mismo de niño postrado en la cama con las piernas paralizadas por culpa de la polio. «No pienses, Billy», me dije; «tan solo actúa».

Cuando estábamos llegando a la mitad del río Sam resbaló y a punto estuvo de caerse y ser arrastrado corriente abajo con Holland a cuestas, pero consiguió mantener el equilibrio. No hubo más incidentes en el resto del camino y por fin alcanzamos la otra orilla, en tierras de la compañía eléctrica. Carolina Power no permitía cazar ni talar árboles en su propiedad, de modo que por lo general casi nadie merodeaba por aquellos bosques. Pensé que eso sería fundamental para mi plan a largo plazo.

Me había dado la vuelta para ayudar a Sam a subir la pequeña pendiente de la orilla cuando la vi. Estaba bastante lejos, corriente arriba, pero se podía distinguir que era una mujer, una mujer que avanzaba hacia nosotros. Tenía que ser Sarah Winchester buscando a su hijo. Al pensarlo casi me eché a temblar. Empujé a Sam para que se adentrara en la espesura, lo suficiente para que no pudiera verlo. Cuando bajé de nuevo al río llevaba conmigo la escopeta.

Cada vez estaba más cerca y pude ver que iba vestida de negro y llevaba una bolsa de sarga en la mano. Pero no era Sarah Winchester. Era la viuda Glendower. De vez en cuando se detenía y encorbaba ese huesudo cuerpo suyo para recoger alguna cosa de la orilla del río. La había visto hacer lo mismo muchas veces, sobre todo en primavera, y siempre pasaba de largo sin decir nada mientras yo trabajaba en el prado.

Pensé que sería lo mismo en aquella ocasión pero no podía arriesgarme. Caminé río arriba sin saber exactamente qué iba a hacer o decir, preguntándome si ella me habría visto antes de que yo la viera acercarse entre los árboles. «No creo que una mujer tan vieja vea muy bien», me dije. «No te inquietes antes de tiempo».

—Supongo que tú debes de ser Billy —dijo cuando me vio acercarme—. Tu mujer me habló mucho de ti cuando vino a verme.

Aunque esbozó una sonrisa, decidí no confiarme.

—Hace tiempo que Amy no viene a verme. Se encuentra bien, ¿verdad? ¿Ya siente náuseas por las mañanas?

La viuda Glendower señaló con la cabeza la bolsa que había dejado en el suelo.

—Tengo aquí algo de menta si la necesita. Y también un poco de hierba de San Guillermo.

—Ella está bien —dije.

—¿Y qué hay de ti? Pareces cansado.

—No puedo quejarme.

—¿Estás seguro de eso? —sugirió la viuda Glendower—. Puedo darte algo.

—No necesito ninguno de sus remedios.

Puede que fuera a causa de todo lo ocurrido aquella mañana, o quizá en aquel instante se me hizo evidente adónde nos habían llevado los consejos de aquella vieja, pero el caso es que el tono de mis palabras me resultó brusco. No obstante, había algo más. De repente me entró miedo de ella.

La viuda Glendower recogió su bolsa.

—Bien, entonces seguiré mi camino —dijo—. Aún tengo que encontrar un poco de sello de oro.

Di un paso hacia ella.

—Será mejor que no siga corriente abajo —la advertí.

—¿Y eso por qué?

—He visto un enorme crótalo allí abajo. Son muy peligrosos. Ayer mismo lo vi tomando el sol sobre una roca.

—¿Por eso llevas la escopeta?, ¿para matar serpientes?

Asentí.

—Bueno, será mejor evitar a uno de ese tamaño, sobre todo cuando Sirio está en el cielo. Dile a esa preciosa esposa tuya que venga a verme cuando tenga tiempo.

Le dije que lo haría, aunque había tantas posibilidades de que se lo dijera a Amy como de que fuera a contarle a la viuda Glendower que había matado a Holland.

La anciana empezó a caminar por el sendero. Yo debía ponerme en marcha, pero no iba a hacer nada hasta que perdiera de vista a la vieja río arriba.

La viuda Glendower ya había caminado un buen trecho cuando se dio la vuelta.

—Espero que lo mates —dijo.

O al menos eso me pareció entender. La miré fijamente, apretando la escopeta con la mano derecha. Después caminé unos pasos hacia ella.

—¿Qué ha dicho? —pregunté con un hilo de voz.

Me flaquearon las piernas y de repente la escopeta me resultó tan pesada como el yugo de un arado.

—Al crótalo —dijo la viuda Glendower—. Espero que lo mates.

Se dio la vuelta y siguió caminando a buen paso, con la bolsa oscilando en su mano. No me moví hasta que la perdí de vista. Después me puse manos a la obra para terminar lo que había empezado.

Caminé con Sam río abajo buscando en el bosque un roble blanco que estuviera alejado del río, uno grande pero con alguna rama lo bastante baja como para poder alcanzarla. Seguí caminando hasta que encontré lo que buscaba en una arboleda de tulíperos. Empujé a Sam a través de zarzas y de arbustos tan densos como un barzal de laureles. Después poco a poco el camino se fue despejando. Atravesamos la arboleda de tulíperos de flor amarilla hasta llegar al pie del roble. Pese a medir unos veinte metros, una de las ramas estaba lo bastante baja como para alcanzarla y desde ella podría llegar a la siguiente.

Dejé en el suelo la escopeta y el alambre de espino y amarré a Sam al tronco de un tulípero. Solté la cuerda y apoyé a Holland de espaldas contra el tronco del roble con las piernas extendidas en el suelo. Aún tenía los ojos abiertos y el verlo así me angustió tanto que me agaché y se los cerré. Había oído decir que era posible ver la imagen del rostro del asesino congelada en los ojos de un muerto. No tenía la menor intención de comprobar si eso era cierto.

Me enrollé la cuerda alrededor del hombro que tenía libre y me agarré a la rama más baja para subir. Cuando recuperé el aliento me estiré para llegar a la siguiente y después seguí ascendiendo una a una hasta allí donde la copa

del árbol se abría al máximo y tres ramas tan gruesas como mis piernas crecían en diferentes direcciones.

Me subí a horcajadas a la más grande de las tres y lancé el cabo de la cuerda anudada sobre la rama que tenía justo encima. Desde allí, dejé que la cuerda descendiera entre las ramas hasta que el nudo del otro extremo tocó el suelo. Miré río arriba. Tardé unos pocos segundos pero al final localicé a la viuda Glendower, que ya había subido bastante, bordeando el caudal hasta llegar cerca del Wolf Creek. Caminaba a buen paso para ser tan anciana y me alegré por ello. Cuanto más se alejara, más tranquilo estaría yo.

Cuando miré corriente abajo vi una camioneta de Carolina Power aparcada al final de una pista forestal. Había dos hombres junto al vehículo. Los dos iban vestidos con ropa de ciudad así que no pensé que tuvieran intención de adentrarse en el bosque, pero aun así decidí no perderlos de vista.

—Carolina Power va a encorchar el valle entero para convertirlo en un lago —había dicho Roy Whitmire el otoño pasado después de que la compañía maderera vendiera sus terrenos—. A menos que tengas una casa flotante, será mejor que vayas pensando en buscar otro lugar para vivir.

—Nunca podrán echarnos si no vendemos —respondió Travis Alexander—. Y papá y yo no nos marcharemos de aquí ni por todo el oro del mundo.

—Carolina Power tiene en el bolsillo hasta al último político de Carolina del Sur —dijo Roy—. Harán lo que les venga en gana. Solo tienes que preguntarles a los granjeros que vivían donde ahora está la presa de Santee Cooper.

Los dos empleados de la compañía eléctrica pronto subieron a la camioneta y se marcharon en dirección a Tamasee. Me di cuenta entonces de que nada les impediría hacer lo que les diera la gana, pero todo aquello parecía tan lejano aún que no me inquietaba lo más mínimo. Ya tenía bastantes problemas en aquel momento.

Bajé balanceándome hasta el suelo. Amarré a Holland por debajo de los brazos con un extremo de la cuerda y até el otro extremo al cuello de Sam. Después empecé a enrollar el alambre de espino alrededor de la cabeza de Holland hasta cubrirle el cuello como si llevara puesto un yugo. Las púas se

le clavaban en la cara y en el codo de un modo horrible, pero aquello no era nada comparado con haberle quitado la vida.

Cogí las riendas de Sam y nos alejamos del roble caminando lentamente por el bosquecillo de tulíperos. El cuerpo de Holland se elevó hacia el cielo dando vueltas sobre sí mismo como un cuerpo atrapado en un remolino bajo una cascada. Miré a Holland colgado del roble blanco y traté con todas mis fuerzas de no ver aquello como una señal de lo que me esperaba en el futuro.

La cuerda hizo que los brazos de Holland se abrieran en el aire hacia ambos lados. Estaban tan tiesos como atizadores, y a medida que iba subiendo me di cuenta de que parecían alas. Recordé las palabras del reverendo Robertson al leer el Apocalipsis. Cuando llegara el Día del Juicio los muertos saldrían de la tierra y del mar y se elevarían hacia los cielos como una señal de la gracia de Dios. Sin embargo, mientras azuzaba a Sam dándole palmadas en el lomo y Holland seguía elevándose hacia el cielo con las púas ensartadas en la cara y el pecho cubierto de moscas y avispas, me di cuenta de que no podía haber visión más terrible para un hombre que la de ser testigo de la resurrección de los muertos.

Cuando el cuerpo de Holland alcanzó la rama grande, hice que Sam se detuviera y le dije que no se moviera del sitio. Volví a trepar por el tronco del árbol, sudando y maldiciendo hasta que conseguí colocar el cuerpo de Holland a lo largo sobre la rama. Sujeté la cuerda con una mano y me subí a horcajadas sobre el pecho de Holland sujetándome a él con los brazos y las piernas como si pretendiera darle un abrazo de oso.

Era condenadamente difícil. Las avispas volvieron a picarme al menos dos veces y, de no ser por Sam, que no se movió ni un centímetro de donde estaba, no lo habría conseguido. Desenrollé el alambre de espino con la mano que tenía libre y lo dejé caer hasta que casi tocó el suelo.

Cuando tan solo quedaban un par de vueltas de alambre en torno al cuello de Holland apreté las púas todo lo que pude y empecé a enrollar de nuevo el resto del alambre alrededor del cuerpo empezando por los hombros, después los brazos y las piernas, hasta que tan solo quedaron algunos centímetros, que utilicé para amarrarle los tobillos. El cable estaba tan apretado contra su cuerpo como la corteza al tronco de un árbol, y las púas se clavaban profundamente en la carne.

Me pareció que no iba a terminar nunca y tuve que parar varias veces para ponerme un poco de tabaco en las picaduras de avispa. Estaba tan alto que veía desde allí mi casa y la de la señora Winchester. Salía humo de su chimenea y pensé que la señora Winchester estaría preparando la comida y que probablemente habría puesto un plato en la mesa para alguien que nunca volvería a sentarse a ella.

El fuego era una buena señal para mí. Aún no estaba tan preocupada como para atosigar al *sheriff*. Mientras seguía con mi tarea, me pregunté si Holland pensaría a menudo en los hombres a los que había matado; si soñaría con ellos o rezaría por sus almas. Entonces me puse a rezar una oración por Holland y le pedí a Dios que me perdonara, no solo por haber matado, sino también por lo que estaba haciendo en ese momento, pues muchos ancianos decían que el alma de un hombre no descansa mientras su cuerpo no sea sepultado en tierra sagrada.

Sin embargo, aquella oración no era más que un chiste. Había tantas posibilidades de que mis palabras fueran escuchadas como de que los cerdos subieran al cielo.

Cuando por fin terminé, no bajé inmediatamente. Tenía que pensar en las preguntas que me haría el *sheriff* y en cómo responderlas. Era un hombre inteligente, como todos los Alexander que conocía. Incluso había ido a la Universidad de Clemson. Apoyé el trasero en la rama y empecé a darle vueltas al asunto tratando de anticiparme a lo que pudiera venir.

—No, no he visto a Holland Winchester —dije en voz alta, intentado que cada palabra sonara tranquila al salir de mis labios.

Me quedé en lo alto del roble blanco un rato más. Estando allí arriba tuve la sensación de que no solo podía ver con claridad todo lo que me rodeaba sino también mi vida entera. Había sudado la gota gorda para llevar a Holland hasta allí, y el esfuerzo había logrado calmarme de un modo en que solo el trabajo duro puede hacerlo en ocasiones. Pensé en mí y en Amy y en cómo superaríamos lo ocurrido, porque lo lograríamos, aunque todavía no estaba seguro de cómo íbamos a hacerlo.

Pocos minutos después la señora Winchester salió de su casa. Abrió la puerta de la camioneta de Holland y aporreó la bocina un par de veces antes de adentrarse en el bosque que bordea nuestras granjas. Se apoyó en la cerca

y llamó a Holland a gritos. Después salió de entre los árboles y caminó en dirección al prado y el bosque del otro lado de su casa. Desde mi posición veía claramente cómo se llevaba las manos a la boca, pero no podía oírla.

Bajé del árbol y desaté la cuerda del cuello de Sam. Después volví a trepar tronco arriba y até la cuerda una vez más a lo largo de Holland. Estaba tan firmemente amarrado como el hilo de una bobina. En aquel momento me pareció que ni siquiera con un tornado se soltaría de la rama.

Cuando volví a bajar cogí la escopeta y usé el cañón para rascar a Sam detrás de las orejas, que era donde más le gustaba. Era el mejor caballo de tiro que había tenido, tranquilo y fuerte. Se podía confiar tanto en él como en el sol que sale cada mañana. Al contrario que las mulas, se movía con agilidad entre los surcos y jamás se encabritaba como otros caballos de tiro cuando el arado se enganchaba en un tocón o en una piedra. Llevaba más tiempo con Sam que con Amy. Incluso después de habernos casado, pasaba más horas de vigilia en primavera y verano con él que con ella. Hablaba con él como se habla con cualquier animal con el que se ha pasado mucho tiempo—era inevitable—.

«Este maíz no llegará a la cosecha, Sam», le comentaba, o: «Parece que lloverá esta tarde, Sam».

Siempre me daba la sensación de que comprendía lo que le decía, aunque no fuera palabra por palabra, como lo haría una persona. Juntos habíamos trabajado muchísimo para arrancarle a esta tierra dejada de la mano de Dios lo suficiente para poder vivir. Sin embargo, hay problemas que no se solucionan a fuerza de trabajo, y lo único que podemos hacer es sostener las riendas con fuerza y tener esperanza.

Sam resopló. Sabía que se acercaba la hora de comer. Estaba listo para volver a cruzar el río y pastar junto al granero mientras yo me comía mi ración de judías y pan de maíz.

—Has sido un buen caballo de tiro, Sam —dije—, y no haría esto si tuviera otra opción.

Apreté el cañón con más fuerza contra la zona cartilaginosa detrás de su oreja y apreté el gatillo.

Me aseguré de que ya estaba muerto antes de romperle la pata con una piedra.

Cuando regresé del río vi al topo en el extremo de uno de los surcos. No me molesté en cargar la escopeta y dispararle. No quería volver a matar.

Aunque por el sol me di cuenta de que ya era más de mediodía, pensé que sería mejor seguir en el prado por si aparecía la Policía. Además, no tenía apetito. Cogí la azada y caminé hasta donde Sam y yo habíamos estado trabajando aquella misma mañana. Sabía que durante el resto del verano el trabajo iba a ser lento y pesado con la única ayuda de mis dos manos. Si lo del tabaco iba bien, en otoño compraría una mula o un caballo de tiro con una parte del dinero que consiguiera.

Empecé a trabajar golpeando la tierra como si estuviera matando a una serpiente, pues los malos pensamientos volvían a asediarme. Si trabajaba lo bastante duro quizá consiguiera sacármelos de la cabeza. Cada vez que la hoja de la azada chocaba contra una piedra saltaban chispas, y el mango sacudía mis manos igual que una descarga eléctrica. El sudor me caía por la cara y aunque tenía las palmas de las manos encallecidas sostenía la azada con tal fuerza que a los pocos minutos ya me habían salido un par de ampollas. Seguí trabajando sin levantar la vista. Cada vez que llegaba al punto en que la azada caía sobre las hierbas altas en lugar de piedras sabía que había llegado al final del surco.

Sin embargo, los pensamientos retorcidos no se me iban de la cabeza por muy fuerte que golpeará la tierra. Empecé a pensar que Amy me delataría en cuanto llegara el *sheriff* y que le contaría todo lo ocurrido. ¿Y si había planeado desde el principio que yo matara a Holland? ¿Y si nunca me había querido y solamente me había utilizado para escapar de casa de sus padres y no tener que cuidar de sus ocho hermanos y hermanas? ¿Y si Holland todavía estaba vivo en la copa del roble y empezaba a gritar pidiendo ayuda? ¿Y si la viuda Glendower de verdad había dicho lo que al principio creí que había dicho? ¿Y si la madre de Holland hubiera escuchado el disparo por la mañana y hubiera llamado al *sheriff* inmediatamente y la Policía me hubiera estado observando todo el tiempo mientras llevaba el cuerpo de Holland hasta el bosque para esconderlo y ahora mismo estuvieran ocultos entre la maleza aguardando el momento idóneo para arrestarme?

Me incorporé y miré hacia el bosque. Cogí la azada y la sujeté delante del pecho con la hoja hacia arriba, dispuesto a golpear al primero que se acercara. Pero nadie salió del bosque y tampoco vi a nadie en el porche hablando con Amy. Lo único que se oía al otro lado del río era el canto de las cigarras en las copas de los árboles. «Mantén la calma», me dije. Respiré hondo y lentamente hasta que pude pensar con claridad, igual que ocurre cuando desciende la fiebre después de estar enfermo. Seguí trabajando, esta vez a un ritmo más lento. «Despacio y con tranquilidad», me dije. «Aún te queda mucho por hacer».

El *sheriff* Alexander apareció a última hora de la tarde. Yo estaba terminando un surco cuando escuché mi nombre. Me di la vuelta y ahí estaba, con su gran sombrero negro que le hacía parecer más un predicador que un representante de la ley. Actuaba con despreocupación, como si después de dar un largo paseo hubiera aparecido por casualidad en mi plantación de tabaco.

—¿Cómo le va, *sheriff*?

Lo dije con la misma suavidad con que ronronea un gato y mirando fijamente a sus ojos grises.

—Estoy buscando a Holland Winchester —dijo—. ¿Le has visto?

—No —respondí, manteniendo la mirada.

Lo dejó correr sin decir nada.

—Bueno, si le ves, dile que su madre está preocupada.

—Lo haré, *sheriff* —afirmé.

Él no dijo nada más. Se dio la vuelta y se marchó cojeando por donde había venido, pero ni por un momento dudé de que sospechaba de mí.

Estaba seguro de que pronto volvería a verle, y la próxima vez no se daría por satisfecho con tan poca cosa. Esto era solo el principio.

Trabajé durante una hora más y me fui a casa. Amy no dijo nada al verme, pero me abrazó. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba aquel abrazo. Nos aferramos el uno al otro durante mucho tiempo, tanto que de repente sentí la necesidad de mirar por la ventana

para asegurarme de que el *sheriff* Alexander no hubiera regresado para darse otro paseo por mis tierras.

Le dije a Amy lo que tenía que saber y después me senté a la mesa.

Me obligué a comer todo lo que había en el plato. Necesitaría fuerzas para los próximos días, pero los guisantes y las patatas no sabían a nada. Los trozos de pan de maíz se me atragantaban como si fueran terrones secos. Amy empujaba la comida de un lado a otro de su plato con el tenedor, y solo comió un par de bocados después de que recordara que debía comer también por el pequeño.

Amy parecía exhausta y por primera vez me pregunté qué aspecto tendría cuando ya no fuera joven y guapa. Sabía que todo eso duraría poco porque la vida en una granja agota a las mujeres antes que a los hombres, al menos por fuera. Mamá me había contado que un día, sentada delante del espejo, había tardado unos segundos en reconocerse. «¿Quién es esa vieja que me está mirando?», había pensado. Tan solo tenía treinta años.

—Mañana por la noche empezaré la cuna para el bebé —le anuncié a Amy, pues no quería acabar un día así sin que al menos tuviera un pensamiento alegre antes de acostarse.

Le sonreí o al menos hice lo que pude por forzar una mueca parecida a una sonrisa.

—Ve y acuéstate un rato —dije—. Tú y el niño necesitáis descansar.

—Creo que eso haré —convino Amy, y se fue a la habitación.

Salí al porche. Necesitaba reflexionar un poco más sobre lo que le diría al *sheriff* Alexander si regresaba para hacerme más preguntas antes del anochecer. Sin embargo, no apareció. Poco después, el sol se ocultó tras el monte Sassafras y las sombras empezaron a alargarse lentamente hasta fundirse en la oscuridad. Las luciérnagas revoloteaban entre los setos del patio como diminutas linternas. Las cigarras seguían cantando en los árboles, y abajo, en el río, las ranas toro parloteaban en las dos orillas. Me levanté de los escalones y entré en casa. Me desnudé tan silenciosamente como pude y me metí en la cama.

Amy estaba de espaldas a mí, pero cuando me acurruqué a su lado y coloqué mi mano en su vientre ella se dio la vuelta. Me acarició la nuca y acercó mis labios a los suyos mientras se apretaba contra mi cuerpo. No lo

habíamos hecho desde hacía meses, desde que empecé a sospechar que había algo entre ella y Holland Winchester. Amy tenía los pechos más grandes, como si ya estuvieran cargados de leche, y su vientre estaba redondo y firme.

Durante un rato sentí que por fin conseguía alejarme de todo lo que había ocurrido desde que Holland entró en nuestro patio esa mañana. Cada recuerdo de Holland agonizando o muerto, que parecía haber quedado grabado a fuego en mi mente, empezó a encogerse y a encogerse hasta desaparecer. Y Amy debía de sentir lo mismo que yo, pues su respiración era cada vez más rápida y profunda, igual que la mía. Nos abrazamos como si estuviéramos a punto de ahogarnos y el único modo de salvarnos fuera quedarnos unidos hasta el final.

Logré dormir unas pocas horas, tan profundamente que ni siquiera soñé. Cuando desperté, la oscuridad era total y durante unos instantes ni siquiera recordaba nada del día anterior. Después todo cayó de nuevo sobre mí como las aguas torrenciales al abrir una presa, y me di cuenta de que por mucho tiempo que permaneciera allí tumbado no volvería a dormirme. Amy ni siquiera se movió cuando salí de la habitación después de ponerme el mono y las botas.

Caminé hasta el pozo y saqué un poco de agua para despejarme. Después di unos pasos hacia el granero por pura costumbre, aunque allí ya no había nada esperándome. Me senté en los escalones del porche y volví a repasar mentalmente todo lo que diría cuando regresara la Policía. El *sheriff* Alexander vendría dispuesto a hablar y esta vez no se conformaría con preguntar: «¿Has visto a Holland Winchester?».

Poco después las primeras luces empezaron a filtrarse entre los árboles. Y enseguida vi aparecer a Sirio en el cielo entre las ramas del roble blanco. A su derecha había otro astro del que mi padre siempre decía que era el planeta Venus.

Me levanté cuando oí a Amy preparar el desayuno. Tenía la espalda dolorida por todo el esfuerzo del día anterior. Me comí rápidamente los chuscos con salsa de carne y volví a salir al porche.

—¿Ya tienes que irte, tan pronto? —me preguntó Amy.

—Quiero que el *sheriff* me vea en el prado cuando llegue —le expliqué—. Trabajando en campo abierto desde el amanecer, como un hombre que no

tiene nada que ocultar.

Amy extendió la mano y me tocó el brazo, como si después de lo ocurrido creyera que todo había sido un sueño y de repente hubiera sentido la necesidad de asegurarse de que yo seguía siendo de carne y hueso.

Cogí la azada y la escopeta.

—Si esto es un sueño, al menos puedes estar segura de que estoy a tu lado —dije.

La fina capa de rocío que cubría la hierba del prado enseguida me humedeció las botas. El sol todavía no había despertado a los saltamontes que dormitaban sobre los tallos más altos cuando empecé a caminar entre el tabaco. Sobre el río aún reposaban delicados jirones de niebla. Dejé la escopeta en el suelo y me puse a trabajar.

Mientras desbrozaba el campo de coles pensé en lo mucho que me había gustado volver a sentir el cuerpo de Amy junto al mío, y se me ocurrió que quizá ese fuera el primer paso para que las cosas volvieran a ser como antes entre nosotros. Recordé la mañana de diciembre en que el doctor Griffen vino a visitarme como cada semana durante la convalecencia de la polio. Me pinchó las piernas, como hacía siempre, pero en aquella ocasión mis músculos reaccionaron como si los hubieran conectado a una corriente eléctrica.

—Creo que te pondrás bien —dijo el doctor Griffen—. La recuperación será lenta pero todo se andará.

—Gracias, Dios mío —proclamó mamá dejándose caer de rodillas y empezando a rezar en voz alta delante del doctor Griffen, de papá y de mí.

Sin embargo, tardé bastante en recuperarme. Papá tuvo que hacerme unas muletas que yo apoyaba bajo los brazos para caminar. Al principio me costaba mucho moverme, pero dos días después ya merodeaba sin problemas por toda la casa. El doctor Griffen volvió a verme la semana siguiente.

—Ya no necesitas esas muletas —observó.

A pesar de ello, sí las necesitaba porque después de tanto tiempo ya no me fiaba de mis piernas. Tardé otra semana en dar los primeros pasos sin las muletas, apoyándome en la barandilla del porche hasta que me atreví a soltarme. Aquello fue lo que sentí la noche anterior al estar con Amy después de meses dudando de ella. Había tenido que aprender a confiar en el doctor

Griffen y en mis piernas. Ahora tenía que recuperar la confianza en Amy y en mi propio corazón.

Vi el primer ratonero en el cielo al terminar el tercer surco. Volaba tan alto que no parecía más grande que un mosquito.

Cuando volví a mirar había cuatro. Descendían lentamente formando un círculo cada vez más pequeño, igual que cuando se cierra la tapa de rosca de un tarro de conservas, o cuando se hace un nudo alrededor del cuello, aunque esa imagen no era la más indicada para mí en esos momentos. «Ya sabías que aparecerían», me dije. «Contabas con ello». Pero, de todas formas, al verlos, no pude evitar echarme a temblar de pies a cabeza.

Terminé de limpiar las coles y después dejé la azada y la escopeta al final de la primera hilera de tabaco. Me arrodillé y froté una hoja verde con el pulgar y el índice, igual que lo habría hecho con un billete, pues eso es lo que era, después de todo, dinero. Por eso precisamente había reservado para el tabaco mi mejor trozo de tierra y con ello lograríamos pasar el invierno — aunque el maíz y las judías no salieran bien—, en el hipotético caso de que yo siguiera aquí para cuidarlo y ponerlo a secar después de la cosecha. En cualquier caso, cuando llegaran enero y febrero, aún nos quedarían suficientes coles para comer a la luz de la lámpara de aceite.

Me puse a desmochar el tabaco, arrancando de paso todos los gusanos que encontraba —que no eran pocos, por cierto, y algunos tan grandes como mi pulgar—. El sol se alzó por fin sobre los árboles y el sudor empezó a empaparme la frente y los brazos.

No había pasado mucho tiempo cuando escuché ladrar al perro en la propiedad de la señora Winchester. Un par de minutos después salió de la espesura con un par de hombres corriendo tras él. El sabueso fue directo hacia el roble blanco de nuestro patio y empezó a olisquear exactamente donde había caído Holland. Dio un par de vueltas alrededor del roble, pero estaba claro que el rastro se había enfriado. Uno de los hombres le puso la correa al perro, y los dos regresaron a la granja de la señora Winchester.

Entonces vi a los demás saliendo del bosque igual que un comando del Ejército. Llevaban palos en las manos como si fueran rifles. Me parecieron un

centenar mientras cruzaban el patio en dirección a los pastos y se perdían en el bosque detrás de la casa. A pesar de que no me sorprendió verlos aparecer, igual que no me había sorprendido al ver a los ratoneros en el cielo, aun así resultaba un espectáculo inquietante.

Aunque traté de volver a concentrarme en el tabaco, cada poco levantaba la vista para observar la casa. Los tipos que habían seguido al sabueso hasta el patio enseguida volvieron a salir del bosque. Ahora había otro hombre con ellos, y por el sombrero negro de predicador supe que era el *sheriff* Alexander. Intercambiaron algunas palabras y después se separaron.

Los tres hombres caminaron hacia mí. El perro ya no estaba con ellos y llevaban algo en las manos. El tipo que iba delante era Bobby Murphree. Al que caminaba detrás de él no lo conocía, pero el último era Tom Watson, que había ido a la escuela conmigo y con Holland.

El *sheriff* Alexander subió al porche. Amy abrió la puerta y, después de hablar unos minutos, ella le dejó entrar. Aquello no me gustó porque no quería perderlos de vista, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Bobby Murphree y el otro hombre se limitaron a asentir con la cabeza al pasar delante de mí. No abrieron la boca y los dos se mostraron muy serios. Era obvio que sospechaban de mí. Tom Watson, sin embargo, se quedó algo rezagado y dejó que siguieran sin él.

—No te lo reprocharía si te hubieras cargado a ese hijo de puta —dijo Tom entre dientes—. Yo mismo lo habría hecho de haber tenido ocasión.

No dije ni una palabra. Seguí desmochando tabaco sin levantar la vista hacia ellos hasta que desaparecieron en la orilla del río. Aun siendo solo media mañana, ya estaba cansado y tenía sed. No quería marcharme todavía de la plantación porque me pareció que resultaría raro. Seguí deambulando entre las hileras de tabaco, arrancando malas hierbas y gusanos y manteniendo la cabeza gacha en la medida de lo posible.

El suelo tembló bajo mis pies cuando estalló el primer cartucho de dinamita. Fue tal el estruendo que habría podido alzar a un muerto, pero afortunadamente el muerto que podía comprometerme ya estaba alzado en lo alto del roble blanco. Minutos después hubo otra gran explosión. Era fácil seguir el recorrido de los agentes río abajo. Apenas habían avanzado unos pasos y ya hacían estallar otro cartucho de dinamita. Parecían dispuestos a

hacer saltar por los aires hasta la última poza del río que la canícula no hubiera secado aún.

Entonces vi al *sheriff* Alexander. Esta vez llevaba puesto su uniforme para dejarme claro —a mí y a todo el mundo— que no había subido hasta aquí para matar el tiempo. Mamá me había contado que los Alexander estaban emparentados con nosotros por parte de su familia. Me pregunté si el *sheriff* lo sabría.

Me levanté para observarlo. Mientras se acercaba, otro cartucho de dinamita estalló río abajo. Enseguida se dio cuenta de que le había visto. No tenía sentido disimular fingiendo que no lo había visto.

El *sheriff* Alexander pasó junto a la azada y la escopeta. Entonces me di cuenta de que Amy no había dicho nada que pudiera comprometerme. Se paró en el extremo del surco donde yo había estado trabajando pero no me miraba a mí sino hacia el río. Tenía la expresión de alguien que lee una frase por segunda vez para asegurarse de que la ha entendido bien.

Por fin miró hacia donde yo estaba.

—Parece que hay algo muerto allí.

Yo no me di la vuelta para mirar.

—Es mi caballo de tiro. Ayer se rompió una pata.

Lo dije con tal seguridad que me sorprendió incluso a mí. Él no se esperaba esa respuesta. Por la manera en que volvió a mirar al cielo, me di cuenta de que el mensaje que había leído unos segundos antes allí ya no estaba tan claro.

—Pues sí que es mala suerte —dijo finalmente el *sheriff* Alexander.

—Sí, señor —afirmé—. Sí lo es.

—¿Está en el río?

—No, en el bosque; no muy lejos.

—Iremos a echarle un vistazo.

Miró las plantas de tabaco y se le resbalaron ligeramente las gafas por el puente de la nariz.

—Este otoño sacarás un buen dinero —observó.

—Eso creo.

—Entonces, ¿no viste a Holland ayer? —preguntó, cambiando de tema sin previo aviso.

—No —contesté.

—Tu mujer me ha dicho que tampoco le vio, pero tengo mis dudas sobre eso.

El *sheriff* Alexander frunció los labios como si fuera a decir algo más pero no tuvo oportunidad de hacerlo. Los demás hombres regresaban dando tumbos desde la orilla del río hacia nosotros. Bobby Murphree iba delante; Tom Watson y el otro hombre le seguían.

—¿Habéis encontrado algo? —les preguntó el *sheriff* Alexander.

Tom Watson abrió su mochila de lona.

—Solo esto —dijo mientras sacaba la trucha gigante que yo llevaba dos años intentando pescar.

Se la enseñó al *sheriff* Alexander, sujetándola por las agallas.

—Cincuenta y ocho centímetros de largo —informó—. Y cómo pesa la muy...

—¿Pudiste ver lo que atraía a esos ratoneros? —le preguntó el *sheriff* Alexander, señalando la línea de los árboles.

Los hombres se dieron la vuelta para mirar hacia el río.

—Maldita sea —dijo Bobby Murphree—, parece que estábamos buscando en el suelo cuando debíamos haber mirado al cielo.

Bobby Murphree no sabía cuánta razón tenía pero no iba a ser yo quien se lo dijera. Un par de minutos después él, Tom y el otro tipo se marcharon y se llevaron mi escopeta del 12. Otra vez estábamos solos el *sheriff* y yo, justo lo que él quería, según me pareció.

El *sheriff* Alexander se agachó hasta quedar en cuclillas. Pude oír cómo le crujían las rodillas y el gruñido que soltó mientras se apoyaba en la tierra con una mano para no perder el equilibrio. Quería dejarme claro que esta vez iba a quedarse un buen rato. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y se limpió las gafas. Después se limpió la cara, aunque apenas estaba sudando; simplemente era un gesto mecánico después de haber vivido demasiado tiempo en Seneca. Se había acostumbrado a un lugar donde el aire era tan denso como el agua, y el sudor te empapaba de pies a cabeza por el mero hecho de ponerte de pie y abanicarte. Parecía haber olvidado que aquí arriba había que trabajar durante un buen rato antes de romper a sudar, incluso en los días más calurosos del verano.

El *sheriff* Alexander no volvió a ponerse las gafas de inmediato. Levantó la vista y clavó en mí sus ojos grises igual que un halcón a punto de lanzarse sobre un ratón de campo.

—Voy a poner todas las cartas sobre la mesa, Billy —dijo—. Después podrás decir lo que tengas que decir.

El *sheriff* Alexander se puso las gafas. Sus ojos se agrandaron de repente y ya no parecían los de un halcón sino más bien los de un búho.

Se puso a hablar y durante varios minutos intentó liarme para ver si se me escapaba algo comprometedor. Sin embargo, no mordí su anzuelo.

—Vamos a echarle un vistazo a ese caballo —propuso por fin.

Atravesamos el río en el mismo lugar donde había cruzado con Sam y después caminamos un trecho corriente abajo por la otra orilla antes de adentrarnos en el bosque. Si consigues salir de esta estarás a salvo, me dije mientras caminaba mirando al suelo. Y seguí repitiéndolo en silencio hasta que llegamos a la arboleda de tulíperos.

Los ratoneros cubrían a Sam como si fueran una manta. Apenas se podía ver un centímetro de su pelaje. Aleteando a poca altura había otros diez o doce más, que aguardaban el momento en que hubiera un hueco para lanzarse sobre el cadáver. Y había más en las ramas de los árboles. Podía oírlos merodeando a poca altura y batiendo las alas sobre nosotros, pero era imposible decir cuántos serían. Y no levanté la vista del suelo para comprobarlo.

El *sheriff* Alexander se tapó la cara con el pañuelo y se abrió paso entre los pájaros, dándoles patadas para que se apartaran. Después retrocedió y los ratoneros se lanzaron de nuevo sobre Sam, como las abejas a la miel.

—Larguémonos de aquí de una vez —dijo, y yo no puse ninguna objeción al respecto.

Volvimos a cruzar el río y yo regresé a la plantación para seguir desmochando tabaco.

El *sheriff* Alexander se quedó mirándome un par de minutos. Me pregunté si aún se acordaría de lo que es vivir sin tener un sueldo fijo y trabajar durante meses sin la menor certeza de si ese año ganarías dinero. Me pregunté si recordaría lo diferente que es el sol de agosto, un sol que pesa sobre los hombros de un hombre más que ningún otro, como si también Sirio

se aplastara sobre ti. Quizá lo recordara. Quizá por eso se había marchado al pueblo a trabajar y a vivir.

—Tengo que volver a Seneca para hacer unas cosas —explicó por fin—. No obstante, hay algo que no acabo de entender. ¿Cómo conseguiste que el caballo cruzara el río con una pata rota?

No se me había ocurrido pensar que pudiera preguntarme algo así. El *sheriff* Alexander me miró sin parpadear. «Ojos de búho», pensé, «ojos sabios que no se pierden ni un detalle». Tenía que responder, de modo que debía morderme la lengua hasta que se me ocurriera algo. Las cigarras cantaban en los árboles y me resultaba difícil pensar. Al final le dije lo menos descabellado que se me ocurrió.

Me di cuenta de que mi respuesta no lo había dejado satisfecho, pero de todas formas se dio la vuelta y caminó prado arriba en dirección a su coche. El *sheriff* Alexander regresó a Seneca y yo me fui a casa a la hora de comer.

Regresaron esa misma tarde. Cinco coches aparcaron en el patio y un montón de hombres salieron de ellos. El *sheriff* Alexander les dio órdenes y de nuevo emprendieron la búsqueda en formación, como si fueran un escuadrón del Ejército. Pero esta vez atravesaron el río y avanzaron en dirección a la cara este del monte Licklog. El *sheriff* Alexander y Bobby Murphree registraron la casa mientras Tommy Watson y el otro tipo examinaban una vez más la orilla del río. Yo me quedé en la plantación desmochando tabaco y buscando gusanos, tratando de actuar como si no supiera que había más de treinta hombres removiendo cielo y tierra en mi granja y en los alrededores para encontrar algo con lo que poder llevarme a la silla eléctrica.

Acabé mi trabajo antes que ellos y volví a casa para cenar. Atardeció antes de que se hubieran dado por vencidos. Los hombres del *sheriff* regresaban cansados, dejando a sus espaldas la sombra del monte Licklog. Lo único que habían conseguido encontrar eran piojos y picaduras de mosquito. Subieron a los coches y el *sheriff* Alexander y Bobby Murphree hicieron lo mismo. Amy estaba poniendo en la mesa los platos para la cena, pero yo me quedé en la ventana hasta que vi el coche del *sheriff* Alexander alejarse

camino abajo. En aquel momento me pareció que ya había pasado lo peor para Amy y para mí. Si éramos capaces de aguantar un par de días más, todo terminaría bien.

Entonces vi que las luces de freno del coche patrulla se encendían y resplandecían rojas como la sangre en mitad de la oscuridad. El *sheriff* estaba dando la vuelta.

—Vuelven —le dije a Amy.

Sentí que me temblaban las piernas igual que cuando le había disparado a Holland. Estaba seguro de que se le había ocurrido alguna idea, algo que no podía esperar hasta mañana. Subió al porche y golpeó el marco de la puerta con decisión.

—Vamos —me apremió, y me indicó con la cabeza que me dirigiera al coche, donde Bobby Murphree sacaba algo del maletero—. Y trae una linterna. Tenemos que volver adonde está ese caballo.

Cuando dijo eso el corazón empezó a golpearme las costillas como una codorniz atrapada en un cepo. «Cálmate», me dije. Miré a Amy y vi que también ella estaba asustada. Durante un segundo pensé en coger el hacha que estaba junto a la leña. Pero eso fue todo, solo un pensamiento. Matar a un hombre ya había sido más que suficiente para mí.

Amy me dio la linterna y la encendí.

—Ve delante abriendo camino —dijo el *sheriff* Alexander—. No me gustaría pisar una serpiente con esta oscuridad.

—¿Qué tiene en mente, *sheriff*? —preguntó Bobby Murphree mientras caminábamos bordeando el prado en dirección al río.

—Quizá solo estemos persiguiendo fantasmas, pero no lo creo.

Sus palabras se grabaron a fuego en mi cabeza mientras atravesábamos el río. Recordé las cosas que había oído sobre la cárcel de Columbia, sobre el modo en que vivían allí los reclusos, igual que lobos dispuestos a devorar a todo aquel que no perteneciera a su manada. Después de varios meses conviviendo con tipos así seguramente acabaría deseando que el Estado me llevara lo antes posible a la silla eléctrica.

Sin embargo, aquello no tenía ni pies ni cabeza. En cuanto lo pensé supe que me engañaba a mí mismo. Pasara lo que pasara, mi instinto me obligaría

a sobrevivir, sin preocuparme por lo que pudieran hacerme en la cárcel. No se me podía ocurrir peor manera de morir que achicharrado en la silla eléctrica.

Guie al *sheriff* Alexander y a Bobby Murphree hasta la linde del bosque, caminando despacio mientras apuntaba con la linterna hacia delante en todo momento, pues el *sheriff* estaba en lo cierto cuando decía que a algunas víboras y serpientes de cascabel les gustaba salir de noche. Mi mente bullía con toda clase de posibilidades, y estaba tan angustiado como cuando maté a Holland, pues no dejaba de pensar en lo que me habían contado sobre la ejecución de Ansel Crowe por el asesinato que había cometido en Long Creek.

Su familia había ido a Columbia el día en que lo iban a freír. El hermano de Ansel me había contado que lo habían visto todo a través de una gran cristalera. Los guardias le habían amarrado las muñecas y los tobillos a la silla con cinchas de cuero y le habían cubierto la cabeza con una capucha. Eso lo había puesto aún más nervioso y Ansel había empezado a sacudirse en todas direcciones para impedir que le taparan la cabeza, tratando desesperadamente de ganar unos segundos más. Cuando activaron la corriente, Ansel trató de levantarse de la silla, y la capucha se incendió como la cabeza de una cerilla. Uno de los guardas le dijo a la familia que Ansel no había sentido nada, pero, como me dijo el hermano de Ansel, cómo demonios iba a saber el guarda lo que había sentido su hermano.

Aunque intenté no pensar en Ansel, no podía olvidarme de él. Me temblaba la linterna en la mano, y solo la oscuridad impedía que el *sheriff* se diera cuenta del estado en que me encontraba.

«Caminarás así de despacio cuando vayas a la silla eléctrica», me dije a mí mismo, aunque era como si el bosque me hubiera susurrado aquellas palabras al oído. Me temblaban las rodillas y estuve a punto de caerme. De haberlo hecho, mis piernas ya no habrían podido levantarme. Probablemente me habría derrumbado y lo habría confesado todo en ese mismo instante.

—Mira por dónde pisas —dijo el *sheriff* Alexander.

«Eso», me repetí en voz baja, «mira por dónde pisas. No te delates. Deja que sean ellos quienes te lleven hasta el cuerpo de Holland». Respiré despacio, tratando de recuperar la compostura y enseguida nos detuvimos frente al roble blanco.

Una zarigüeya salió a toda prisa por un orificio en el flanco de Sam como si acabara de nacer. Estaba hinchada como una garrapata y su vientre rozaba el suelo mientras corría. De repente se detuvo, volvió hacia nosotros su cara de murciélago y emitió un desagradable siseo antes de seguir corriendo hacia el río.

—Tenemos que mover ese caballo —indicó el *sheriff* Alexander, y miró a Bobby Murphree—. ¿Crees que si le atamos una cuerda al cuello podremos arrastrarlo unos metros?

Yo no sabía exactamente lo que pretendía hacer. Lo único que me importaba era que aún no había levantado la linterna hacia las ramas del roble blanco y tampoco le había dicho a Bobby Murphree que trepara tronco arriba. «Tranquilo», me dije por enésima vez, «y mantén la boca cerrada».

—Podemos intentarlo —dijo Bobby.

Hizo un lazo y lo ató alrededor del cuello de Sam. Mientras lo hacía contenía la respiración, pero en cuanto volvió a nuestro lado empezó a tomar grandes bocanadas de aire como si acabara de salir del agua.

—Tú ayúdanos también —me dijo el *sheriff* Alexander.

Los tres agarramos la cuerda y tiramos de Sam hasta que el *sheriff* Alexander nos ordenó parar. Entonces él mismo cogió la pala, caminó hasta el lugar donde Sam había estado tendido y golpeó el suelo con fuerza varias veces.

El *sheriff* Alexander se volvió hacia mí y me miró como si acabara de traicionarle. Entonces supe que si no averiguaba en ese mismo instante dónde estaba el cadáver de Holland ya no lo haría ni aunque llegara a vivir cien años. Pues acababa de dar portazo a su última teoría como quien clausura definitivamente un pozo que se ha secado.

Volvimos a cruzar el río. Cuando llegamos a la otra orilla el aire olía a lluvia. El clamor de las cigarras casi había cesado y me di cuenta de que también ellas lo habían olido. Me pregunté si después de todo el viejo remedio de matar culebras habría servido de algo.

—Te veré mañana —dijo el *sheriff* Alexander—. ¿Quién sabe lo que podría arrastrar el río? Especialmente después de una buena tormenta.

Pero ya no había arrogancia en su voz como hacía un rato. Ahora estaba pescando sin cebo, y los dos lo sabíamos.

—Creo que todo va a salir bien —le dije a Amy, y ella asintió.

Se acercó a mí y me abrazó, apretando contra mí al niño que albergaba en su vientre.

—Estos días nos han ocurrido cosas que jamás habría imaginado —observó Amy—. Pero ahora no tengo otro remedio que creerlas.

Besé a Amy en la mejilla.

—Me voy al cobertizo a empezar la cuna.

—No tienes que hacerlo solo por mí —dijo Amy—. Puede esperar si estás cansado.

—No me importa —contesté—. Solo quiero empezar.

Me pasé un rato mirando alrededor del cobertizo y finalmente me fijé en el cerezo silvestre que había talado el invierno pasado. Era una madera bonita y estaba seguro de que a Amy le gustaría. Me senté ante el torno y empecé a trabajar pedaleando con fuerza mientras tallaba la madera al mismo tiempo con el formón. La luz del candil era tenue y creaba sombras sobre la mesa, pero era más que suficiente. El cerezo salvaje desprendía un olor muy intenso que me recordó a la madre selva. El viento hizo crujir la puerta del cobertizo.

«Trae la lluvia hasta aquí, viento», me dije, «lo suficiente para que mañana no tenga que salir al campo y pueda quedarme a trabajar en el cobertizo, una lluvia tan fuerte como para expulsar a Sirio por un día del firmamento». La madera era sólida y resultaba fácil darle forma. Era un trabajo gratificante y pronto me olvidé de todo lo demás, igual que ocurre siempre que uno hace algo que le gusta.

Amy vino a buscarme después de un rato, aunque en aquel momento me resultó difícil saber si habían pasado diez minutos o dos horas. Nos fuimos a la cama y de nuevo nos unimos como uno solo, no de forma tan apasionada como la otra noche pero sí con dulzura y afecto.

Después me quedé tumbado junto a Amy, con la mano sobre su vientre. Por primera vez sentí que el pequeño también era mío y las lágrimas me humedecieron los ojos. Le prometí a Dios que sería un buen padre. Pensé en el ladrón crucificado junto a Jesús al que este había salvado, y le pedí a Dios y a Jesús que también me perdonaran. A diferencia de la oración que había rezado en lo alto del roble blanco, pensé que quizá esta sí sería escuchada.

Sentí que el bebé daba una patada y en aquel mismo instante la ventana se iluminó. «Las señales de un nuevo comienzo», pensé. Las cigarras seguían calladas y me pareció que el mundo entero guardaba silencio y escuchaba expectante. Una brisa agitó las cortinas de la ventana y oí el primer trueno, que se acercaba por el monte Sassafras.

No tardé en oír el repiqueteo de las primeras gotas de lluvia sobre el tejado. Era un sonido tan hermoso que sentí que me adormecía al instante. De haberlo querido me habría quedado dormido tan rápido como un gato. Pero no quería dormir todavía, pues por primera vez en meses no me sentía solo. Lo único que quería era seguir allí tumbado disfrutando un poco más de aquella sensación tan agradable.

Amy apretó su espalda contra mi pecho. La lluvia caía más fuerte, asentándose como un perro que se acomoda frente a la chimenea. Miré por la ventana y pensé en el maíz, en las judías y en las ráfagas de lluvia que rápidamente volverían a convertir el polvo en tierra. Pensé en las raíces absorbiendo la lluvia y en toda aquella agua que se derramaba sobre las hojas y los tallos inundando el plantío como un torrente. Sabía que ya era tarde para muchas de mis plantas, pero al menos algunas sí lograrían salvarse. Y eso era mucho más de lo que habría podido imaginar ayer mismo.

Sentí al pequeño moverse otra vez y me dije que mi suerte había cambiado, que estaba cambiando con cada gota de lluvia que caía sobre mis campos sedientos. La próxima primavera solo plantaría tabaco en la zona cercana a la ribera del río y por fin tendríamos electricidad y una camioneta nueva cuando llegara la época de la cosecha. Eso me decía mientras dejaba que el sueño cayera sobre mí como la cálida lluvia.

La primera semana de noviembre volví a cruzar el río una mañana oscura en la que la niebla cubría los campos como si la tierra estuviera en llamas. Me llevé una pala y un gran saco de arpillera de los que utilizaba para recoger las coles. «He salido a buscar raíces de panacea», pensaba decir si me encontraba con alguien, aunque no era muy probable que me fuera a cruzar con nadie en una mañana tan sombría.

De Sam no quedaban más que los huesos y algunos mechones de su crin pudriéndose antes de convertirse en tierra. Excavé un hoyo para enterrar lo que quedaba de él y como la tierra estaba bastante blanda el trabajo me fue mucho más fácil. Me obligué a mí mismo a pensar que en algún lugar aún quedaría un poco más de él. Según la Biblia, los animales no tenían alma, pero yo quería creer que una parte de Sam perduraría de algún modo. Aunque la suya no fuera un alma como la de los hombres, quizá quedaría algún residuo de la felicidad que sentía cada día al regresar al granero después de una jornada de duro trabajo arrastrando el arado.

Después trepé a lo alto del roble blanco. Holland aún conservaba un mechón de pelo en la cabeza, pero del resto no quedaban más que los huesos unidos por la cuerda y el alambre de espino. Desaté la cuerda, desenredé el alambre y lo solté. Un pie y un brazo se desprendieron del resto y la cabeza siguió rodando después de caer hasta detenerse al pie de un tulípero joven.

Después de bajar del árbol usé la pala para partir en dos la columna vertebral de Holland. Le rompí las dos piernas y el otro brazo y eché todos los huesos en el saco de las coles. Dejé la cabeza para el final. Entonces fue cuando descubrí en el suelo sus chapas de identificación. Al verlas me sentí incómodo, aunque no sabría decir por qué.

Me adentré unos quinientos metros en el bosque, caminando hacia la cara este del monte Licklog. Encontré un gran fresno blanco y decidí que aquel sería el lugar. El suelo no estaba helado, así que enterrar a Holland no me supuso un gran esfuerzo. Excavé un hoyo de casi un metro de profundidad y arrojé el saco al fondo. Volví a rellenarlo con tierra y después lo pisé y lo cubrí con hojas. Era imposible distinguir si alguien había removido la tierra recientemente.

«Te saliste con la tuya», había dicho el *sheriff* Alexander la última tarde que vino a verme, y en cierto modo todo había sido tan fácil que resultaba inquietante. Una parte de mí aún estaba preocupada por ello, porque sabía que de un modo u otro algún día tendría que pagar por lo que había hecho. Aunque no fuera el estado de Carolina el que se cobrara la deuda, tarde o temprano Dios lo haría. El ladrón crucificado había sido perdonado, pero aun así tuvo que sufrir allí colgado. Recordé la advertencia de san Marcos: «Los

pecados de los padres caerán sobre los hijos». Cuanto más se acercaba el nacimiento del pequeño, más me preocupaban aquellas palabras.

Quizá fuera por haber salido al bosque aquella mañana de niebla y llovizna, pero al día siguiente empecé a sentirme enfermo. Pensé que sería un resfriado y no le di demasiada importancia. En un par de días se me pasaría. En cambio, no fue así. Al llegar diciembre apenas podía levantarme de la cama.

Cuando nació el bebé intenté ayudar en lo posible, pero no tenía fuerzas para nada. Sin embargo, a pesar de estar mal, me aliviaba el mero hecho de saber que el niño había nacido sano. No me dejaban cogerlo en brazos, y era lo correcto estando yo enfermo, pero sí pude verlo el día en que nació. Ahí estaba, profundamente dormido y con un aire tan pacífico, su cuerpo diminuto apretado contra el de Amy. Estudié sus rasgos atentamente. Los escasos mechones de pelo que tenía eran rubios y hermosos como las barbas del maíz. Eso y la forma de su nariz y su boca no dejaban lugar a dudas de que Amy era su madre.

En febrero me costaba tanto moverme como años atrás cuando la polio me había dejado postrado en la cama. Tenía mucha fiebre. Solo me levantaba de la cama para ir al retrete y cuando volvía a acostarme estaba tan agotado como si hubiera subido a la cima del monte Whiteside. El mundo se volvió borroso y oscuro y apenas era capaz de distinguir si era de día o de noche. Lo único de lo que sí estaba seguro era de que había alguien conmigo en la habitación.

Acechaba en una esquina entre las sombras, y sus ojos oscuros me miraban sin parpadear. Tenía una trenza de alambre de espino clavada en la frente, y la sangre de las heridas le caía por la cara como si fueran lágrimas.

—¿Qué quieres de mí? —le grité, pero no hubo respuesta.

Cuando Amy entró para cambiarme la compresa húmeda de la frente señalé la esquina para que ella también lo viera, pero en cuanto lo hice la silueta se fundió entre las sombras como si fuera hielo negro.

—Ahí no hay nada, Billy —dijo Amy.

Y en cuanto ella se marchó la sombra volvió a aparecer. Y ahí se quedó, esperando.

Al final fueron las infusiones las que me hicieron mejorar. Pero entonces ya me sentía tan débil que ni siquiera era capaz de sujetar la taza yo solo. Amy me la acercaba a los labios y yo sorbía con tanta suavidad como si fuera un ruiseñor.

—Tienes que bebértelo todo, Billy —decía Amy, manteniendo la taza pegada a mis labios.

Durante tres días y tres noches, cada vez que abría los ojos, Amy estaba a mi lado para hacerme beber sus infusiones. Podía sentir cómo el líquido se extendía por mi todo cuerpo haciendo que la fiebre bajara poco a poco. Pronto pude sostener la taza sin ayuda.

La tercera noche la fiebre remitió por completo. Me senté en la cama y por primera vez en mucho tiempo comí algo más que sopa.

—Ya vuelves a parecer el que eras —dijo Amy, retirándome el plato.

—Me siento casi vivo —observé—. Y ya es mucho decir, después de como he estado.

Al amanecer tuve que salir al retrete. Me puse el abrigo encima de los calzones largos y me calcé las botas. Encendí el farol y salí de casa.

El suelo crujía bajo mis pies debido a la fuerte helada. Las estrellas parpadeaban en el cielo y la luna creciente asomaba entre las ramas más altas del roble blanco. En algún lugar río abajo ululó un búho real; aparte de aquello, la noche era silenciosa. Las ranas toro estaban enterradas bajo el barro en las orillas del río, y las cigarras habrían muerto congeladas por la helada.

Cuando salí del retrete se me ocurrió echarle un vistazo a la mula que había comprado en otoño, pero al final me fui directo a casa. Aún me sentía muy débil, como si la enfermedad me hubiera secado el tuétano de los huesos; sin embargo, mi mente estaba lúcida y de nuevo veía el mundo con claridad. Estaba seguro de que en pocos días habría recuperado las fuerzas por completo.

Amy no había vuelto a llevar al pequeño a nuestra habitación desde que caí enfermo, así que hacía casi un mes que no lo veía. De pie junto al fuego, sostuve el farol sobre la cuna para volver a ver en su cara los rasgos de Amy. Dormía boca arriba tapado hasta los hombros con una manta y apretaba los

puños, que no eran más grandes que dos nueces, bajo la barbilla como si estuviera rezando.

—Isaac —repetí en voz baja, acostumbrándome a pronunciar su nombre.

Le acaricié la cabeza con las yemas de los dedos. Su pelo seguía siendo rubio y suave como las barbas del maíz. Entonces parpadeó y los ojos oscuros de Holland Winchester se clavaron en mí.

En aquel momento supe lo que me esperaba. Fue como si sus ojos fueran las manos abiertas de Dios con las palmas vueltas hacia arriba para mostrarme cómo serían las cosas a partir de entonces. Comprendí el significado del versículo de la Biblia en el que se habla del gorrión que se cae de su rama. Supe que Él era capaz de escuchar hasta el más leve roce de una hoja, la más diminuta gota de agua que se derrama. Pude ver los años venideros en que, un día tras otro, aquellos ojos me mirarían desde el otro extremo de la mesa durante cada comida y me estarían esperando cada atardecer al volver de trabajar del campo. Nos vi a mí y a él más adelante trabajando juntos, apilando heno, sembrando en los prados. De repente sentiría su mirada clavada en mí como un anzuelo ensartado en el corazón y no podría evitar preguntarme si de algún modo era Holland quien me estaba observando desde el otro barrio.

Lo más fácil habría sido caminar los doce kilómetros hasta la autopista. Allí algún granjero con la camioneta repleta de huevos y leche para vender en el mercado me recogería y me llevaría el resto del camino hasta Seneca. De no haber nadie en la cárcel me sentaría en el suelo con la espalda apoyada en la puerta hasta que apareciera el *sheriff* Alexander o Bobby Murphree.

Pero no podía hacer eso. No importaba que Amy hubiera dicho que el pequeño también era de Holland. La única manera de compensar lo que le había hecho a Holland era vestir al chiquillo, darle de comer y enseñarle a ser un hombre. Para hacer todas esas cosas debía quedarme en la granja y quererle como lo que era, un hijo.

No me había salido con la mía en absoluto.

EL HIJO

Yo tenía cuatro años cuando me di cuenta de que me observaba. Mamá me había dado un rompecabezas para tenerme entretenido, de modo que dejé caer las brillantes piezas de color verde y rojo sobre el banco mientras el reverendo Robertson gritaba en el altar acerca de cosas que yo no comprendía. Al no conseguir que las piezas encajaran, enseguida me di por vencido y empecé a moverme inquieto de un lado para otro, curioseando a mi alrededor como suelen hacer los chiquillos en la iglesia.

Miré hacia el otro lado del pasillo, al banco que estaba a continuación del nuestro, donde estaba sentada la señora Winchester. Nuestras miradas se encontraron. En aquel momento me di cuenta de que sus ojos marrones llevaban mucho tiempo observándome —no segundos ni minutos sino meses, quizá años, y no solo allí en la iglesia sino también desde el otro lado de la verja de alambre de espino que separaba su granja de la nuestra—.

Sus ojos se clavaron en los míos, como si no hubiera nadie más en la iglesia aparte de ella y yo. No habría podido retirar la mirada aunque hubiera querido. Aquellos ojos me tenían atrapado con la misma fuerza con que lo habrían hecho sus brazos. Eran ojos hambrientos.

Rebuscó en su bolsillo y sacó un caramelo de menta.

—Después de misa —dijo, pero en voz muy baja, moviendo los labios de manera exagerada para que la entendiera.

En cuanto los fieles pronunciaron el último amén me abrí paso entre las largas piernas de los adultos hasta donde ella me esperaba. Desenvolvió el caramelo y con sus dedos huesudos puso la grajea en mi lengua.

—Ahí tienes, pequeño —me anunció—. Te traeré uno de estos cada domingo.

Sentí la mano de mamá en mi hombro, tan firme como su voz.

—Ven, Isaac —me llamó, y me alejó de la señora Winchester.

—No quiero que aceptes golosinas ni ninguna otra cosa de la señora Winchester —dijo mamá cuando subimos a la camioneta—. No quiero que te acerques a ella.

—Sí, mamá —accedí.

Pero mentí.

Cada vez que mamá y papá estaban distraídos yo me escapaba sigilosamente, antes o después de misa, e iba a buscarla. Era como jugar al escondite, pero con adultos en vez de con otros niños. En cuanto la señora Winchester me veía llegaba abría su gastado bolso de mano de color negro y sacaba de él un caramelo de menta. Apenas hablábamos; éramos como dos espías intercambiando secretos.

Transcurrido un tiempo no solo nos veíamos en la iglesia. A veces, mientras yo jugaba en el patio, ella se acercaba a la verja aprovechando que mamá estaba en casa y papá trabajando en el campo.

—Toma —decía mientras pasaba la mano a través de la oxidada verja de alambre de espino—. Disfruta del dulce.

Cuando cumplí ocho años empecé a escaparme para ir a su casa. Los días en que el aliento salía de mi boca como una nube blanca y el hielo o la nieve crujían bajo mis pies, ella me servía un tazón de chocolate caliente. Si hacía calor me daba un refresco de cereza o Coca-Cola en botellas heladas que hacían que supiera mucho mejor.

«¿Aprendes mucho en la escuela?», me preguntaba mientras estábamos sentados a la mesa de la cocina. O «Parece que esta noche va a llover».

Pero siempre me daba la sensación de que estaba a punto de decir algo más. Fruncía los labios como si fuera a hablar, pero después parecía pensárselo mejor y callaba.

Su casa era oscura, las cortinas siempre estaban cerradas y nunca encendía la luz. Había rifles alineados en las paredes. En un rincón, junto a la puerta, había varias cañas con sus carretes, y a su lado un par de botas de hombre. En la cocina, sobre la estufa, había un calendario de papel amarilleado por el tiempo que no había cambiado desde el mes de agosto de 1952.

Afuera, en el camino de entrada, había una camioneta azul. O al menos hubo un tiempo en que había sido azul. Con excepción de algunos restos de pintura dispersos por la chapa, la carrocería se había vuelto marrón a causa del óxido. Los neumáticos estaban desinflados y podridos, y por ello daba la sensación de que el automóvil había empezado a hundirse en la tierra.

Ese tipo de cosas habrían asustado a muchos niños de mi edad, especialmente una anciana de dientes torcidos que vivía sola en un lugar como ese. Pero yo siempre me sentí a salvo y tranquilo estando allí. Y nunca tuve miedo.

A veces, cuando hacía frío, nos sentábamos junto al fuego y yo sujetaba el tazón de chocolate caliente entre mis manos. En la repisa de la chimenea, sobre mi cabeza, estaba el reloj con las manecillas paradas en las once menos cinco. Junto al reloj había una fotografía, enmarcada y colgada como si fuera un cuadro.

—¿Quién es? —le pregunté una vez.

—Es mi hijo pequeño —respondió ella—. Te pareces a él, especialmente en los ojos.

Levanté la vista hacia el hombre vestido de uniforme. Miré sus ojos con atención y vi que eran oscuros como los míos, como los de ella.

—¿Dónde está?

—No lo sé —me dijo—. Pero espero descubrirlo algún día.

—Entonces está vivo.

—No —dijo ella—. No está vivo.

No lo entendí, pero hay muchas cosas de los adultos que no puedes entender cuando eres niño.

Me quitó el tazón de las manos.

—Será mejor que vuelvas a casa. Tus padres te echarán de menos.

Eso fue todo lo que dijo, en vez de «No les digas a tus padres que has estado aquí». Aunque los dos sabíamos que eso era lo que ella quería.

Yo sabía que a mamá y a papá no les gustaba la señora Winchester. Notaba que se ponían tensos cada vez que la veían aparecer. Nunca vi que le dirigieran la palabra, aunque ella era la única vecina que vivía tan cerca de nosotros. Actuaban como si ella no existiera, como si solo fuera un sueño salido de la imaginación de un niño.

Mamá tardó un año en darse cuenta de lo que ocurría. Una tarde, al regresar a casa, me encontré con mamá, que me esperaba en el lindero del bosque.

—No vuelvas a ver a esa mujer, jamás —susurró mamá muy tensa, como si temiera que la señora Winchester pudiera oírla.

Mamá pasó a través de un hueco en la alambrada y tiró de mí hacia ella. Se me había enganchado la manga en las púas. Aun así, ella siguió tirando, incluso cuando la tela se rasgó ruidosamente. Cualquiera hubiera dicho que un toro estaba a punto de embestirnos.

Desde entonces mamá me vigilaba como un halcón, en casa y en la iglesia. Sin embargo, la primavera siguiente ya no tuvo necesidad de seguir haciéndolo porque la salud de la señora Winchester empeoró. Una leve embolia, había dicho el reverendo Robertson, pero fue lo bastante grave como para impedirle volver a la iglesia y salir al patio de su propia casa.

Así pasaron los años, y yo no volví a cruzar una sola palabra con la señora Winchester. Por las tardes, cuando el bus de la escuela pasaba delante de su casa, a veces la veía fugazmente sentada en su porche. Cada vez que miraba por la ventanilla la veía observando el autobús, buscándome. Yo estaba seguro de que oteaba a través de los cristales tratando de encontrar mi cara entre las de los demás niños. Y también sabía otra cosa, que por muy vieja y enferma que estuviera no se moriría hasta que volviera a visitarla.

De modo que cuando el *sheriff* Alexander vino aquel sábado a verme y me dijo lo que quería, en parte lo único que me sorprendió fue que la señora Winchester hubiera esperado tanto tiempo.

Cuando levanté la vista y lo vi caminar hacia mí por el límite de la plantación, podría haber sido papá de no ser por el uniforme y el sombrero. Se movía despacio, igual que papá; con una pierna algo tiesa, que arrastraba ligeramente detrás de la otra.

En aquel momento deseé que fuera mi padre. El trabajo en el campo siempre me había parecido más fácil cuando lo hacíamos los dos juntos. Podíamos hablar sobre la escuela o sobre béisbol o sobre cómo habían crecido las cosechas, y eso siempre hacía que el tiempo pasara más deprisa.

El *sheriff* Alexander era un tipo grande. Podía verse incluso a lo lejos. Alto y con una gran barriga, y también mayor que papá. Cuando miré hacia la

casa vi el coche patrulla color plata aparcado en el camino. «No creo que sean buenas noticias», pensé.

—Eres Isaac, ¿verdad? —dijo el *sheriff* Alexander.

—Sí, señor —respondí, aún de rodillas.

Solo cuando empezó a hablar dejé el cuchillo junto al saco de las coles. No quería parar. Llevaba cortando coles desde el amanecer y estaba cansado. Sabía que en cuanto dejara de hacerlo me costaría mucho seguir.

—Nos dijeron que teníamos hasta mañana a las seis —argumenté.

Eso era lo que los de la compañía Carolina Power le habían dicho a papá la última vez, el mismo hombre que el invierno pasado había dicho que no plantásemos nada porque era bastante probable que esta parte del valle quedara inundada antes de la época de cosecha. Pero papá le había dicho al empleado de la compañía eléctrica que durante los siguientes meses aún seguiríamos siendo los propietarios y que haría lo que le diera la maldita gana.

El *sheriff* Alexander se acercó un poco más y su sombra cayó sobre mí.

—No he venido por eso —aclaró.

Miró al otro lado del prado y después otra vez hacia la casa.

—Tu padre y tu madre no están, ¿verdad?

—No, señor —contesté—. Se han ido a Seneca a llevar los últimos muebles.

—¿Tu padre ha encontrado trabajo allí?

—Está trabajando en el aserradero Dobson.

—¿Entonces ahora vivís todos allí?

—Sí, señor. Solo he venido para recoger estas coles.

El *sheriff* Alexander no dijo nada. Se limitó a quedarse en silencio como si tratara de escuchar algo. Pero lo único que se oía era el estruendo de las motosierras valle abajo, cerca de Laurel Fork. Miró hacia el monte Licklog, al otro lado del río. El monte había quedado completamente pelado, y en sus laderas no había más que piedras y tocones de árboles. Después desvió la mirada hacia el monte Crossroads y contempló el mismo panorama.

Era fácil saber lo que estaba pensando, pues él se había criado aquí arriba igual que papá. Aunque hacía muchos años que se había marchado, supuse que de todas formas le molestaría ver cómo había cambiado todo.

—Mamá y papá volverán a las cinco para recogerme —dije, al ver que seguía con la mirada perdida en el horizonte, como si hubiera olvidado para qué había venido.

—Quizá sea lo mejor —dijo el *sheriff* Alexander, mirándome por fin—. He venido a verte a ti. Tengo un problema y quizá puedas ayudarme.

Me puse de pie y me sacudí el polvo de los pantalones. No sabía lo que quería de mí, pero quería estar a su altura cuando me lo dijera.

—¿Qué clase de problema?

—Tu vecina, la señora Winchester. Dice que no se irá hasta que hable contigo. No me gustaría tener que sacar a esa anciana a rastras de su casa como si fuera un criminal, pero si no viene por su propia voluntad no me quedará más remedio que hacerlo. Toda esa agua no va a esperar por nadie.

Miré hacia el río y no dudé de que decía la verdad. La plantación de tabaco ya estaba inundada y el resto de nuestras tierras pronto lo estarían también. Yo estaba en plena carrera contra el agua para ver quién conseguía antes todas esas coles.

—¿Vas a ayudarme, Isaac?

Seguí mirando el agua, tomándome mi tiempo antes de responder. Aunque sabía que iría a verla, una parte de mí no quería hacerlo. Quería recoger esas coles, acabar con todo ese mismo día y no tener que volver nunca.

Crecí sabiendo que aquí no había futuro, que Jocassee quedaría sepultado bajo el agua tarde o temprano, así que nunca me permití encariñarme con esto como habían hecho mamá y papá. Siempre supe que algún día tendría que marcharme. Por eso me había inscrito en el Cuerpo de Instrucción de Oficiales de Reserva^[6] desde que empecé el instituto en vez de en la FFA^[7], y por eso iba a ir a Clemson el próximo otoño con una beca del Cuerpo.

—¿Para qué quiere verme? —pregunté, mientras miraba las ocho hileras de coles que aún me faltaban.

—No me lo ha dicho. Solo me dijo que no se marcharía hasta que te hubiera visto.

Miré el reloj. Podía permitirme parar unos minutos y aun así tendría tiempo de terminar para las cinco.

—Está bien —dije.

Dejé el cuchillo carnicero en el suelo junto al saco a medio llenar. Caminamos hacia la casa. El *sheriff* gruñía a mi lado, cojeando hasta que llegamos al coche. Había oído que en sus tiempos había sido un buen jugador de fútbol, pero ahora estaba hecho unos zorros. No era difícil entender por qué no volvía a presentarse a *sheriff*. Parecía agotado y listo para pasarse el día en zapatillas o jugando a las damas.

—Te llevaré en coche —se ofreció.

—Puedo ir andando —respondí—. Además, tengo que entrar en casa un minuto.

—No me importa esperar —dijo, y me limité a asentir con la cabeza.

Entré en la casa en la que había vivido durante casi dieciocho años y me recordó a un edificio de uno de esos pueblos fantasma que aparecen en las películas de vaqueros que ponen en la tele, donde el viento sopla levantando polvo y empujando a las plantas rodadoras por las calles vacías.

Las sillas, las camas, el televisor, los cuadros de las paredes —cualquier cosa que hubiera hecho pensar que alguien había vivido allí— habían desaparecido. Papá había arrancado hasta los ladrillos de la chimenea. Mis pasos resonaron por toda la casa, desolada y vacía. Algo marrón y con garras pasó rápidamente sobre mi cabeza. Aleteó por el pasillo y salió volando por la puerta delantera.

El corazón me dio un vuelco a causa del susto y empezó a latir con tal fuerza que podía escucharlo, o al menos eso me pareció, pues todo a mi alrededor estaba silencioso e inmóvil. Papá había sido un buen granjero, pero nunca había sido muy mañoso con el martillo y los clavos. Había un par de tablas en el suelo que nunca estuvieron bien clavadas. Cuando era niño yo había preparado un escondrijo bajo una de ellas.

Levanté el listón de madera. Además de caramelos de menta y refrescos, la señora Winchester me daba otra cosa cuando era niño, algo que había olvidado hasta que la visita del *sheriff* Alexander me lo recordó. Metí la mano en el hueco que había bajo las tablas y saqué un par de puntas de flecha y algunas monedas de 5 centavos con la efigie del búfalo antes de encontrar lo que buscaba.

Miré a mi alrededor por última vez. Llevaba un mes durmiendo en otra casa pero cada mañana, cuando me despertaba, al menos durante unos

instantes, esperaba ver esas paredes al abrir los ojos y la luz del sol colándose a través de esas ventanas. Estaba aprendiendo que abandonar un lugar no es tan sencillo como empaquetar tus cosas y marcharte. «Lo quieras o no», me dije, «siempre te llevas una parte de ese lugar contigo vayas donde vayas».

De camino a casa de la señora Winchester no dijimos ni una palabra, pero la radio estaba encendida y Johnny Cash cantaba *I Walk the Line*. Enseguida dejé de prestarle atención y me puse a pensar en cómo sería compartir dormitorio el próximo otoño con un puñado de chicos de mi edad. Imaginé que me costaría un tiempo adaptarme, especialmente porque no tenía hermanos ni hermanas. Me pregunté si cuando estuviera en Clemson también me despertaría algunas veces pensando que todavía estaba aquí arriba.

Aposté a que sí, y tampoco tuve la menor duda de que a veces, cuando me sintiera solo o preocupado por los exámenes, desearía estar otra vez en el prado desmochando tabaco con papá o sentado en la cocina comiendo alguno de los guisos de mamá. «Todos los chicos se sienten igual al irse de casa», me dije, «entusiasmados y asustados al mismo tiempo».

El *sheriff* Alexander apagó la radio cuando nos detuvimos detrás de la mole oxidada de la camioneta, que ahora más bien parecía una rejilla de acero que un vehículo. La hiedra, la madreselva y las trompetas trepadoras, que papá solía llamar pica-picas habían ido cubriendo poco a poco el chasis de metal hasta formar una especie de red verde, salpicada aquí y allá por las flores de color naranja de las trepadoras.

El *sheriff* Alexander miró su reloj.

—Tengo que ir a ver a mi hermano —dijo—. Es tan tozudo como esa anciana y no quiere marcharse. Dile a la señora Winchester que tiene treinta minutos para hablar y recoger lo que quiera llevarse al asilo. Dile que nos iremos aunque no esté preparada. He de llevarla a Seneca y volver a subir hasta aquí. Tengo muchas cosas que hacer hoy aparte de pelearme con ella.

Abrió la puerta del coche.

—Treinta minutos —recalcó el *sheriff* Alexander.

Cuando subí al porche olía a queroseno. La puerta estaba abierta, así que entré. La habitación estaba tan oscura como la sala de un cine y los vapores del queroseno eran tan densos que me pareció estar respirando agua en vez de

aire. El suelo de la planta baja estaba cubierto de edredones, mantas y bolas de papel arrugado y apestaba a combustible.

Oí un tictac y miré el reloj, pero sus manecillas estaban paradas en la misma posición que hacía diez años. La repisa de la chimenea también estaba empapada y el queroseno se filtraba hasta el interior del hogar como si goteara desde la misma base del reloj.

La señora Winchester estaba de pie junto a la chimenea. Llevaba un vestido negro de algodón —un vestido para ir a misa los domingos, habría dicho mamá—. Sostenía en la mano derecha una garrafa metálica de quince litros. Me acerqué a ella y se la quité. No quedaba nada en el fondo. Había derramado hasta la última gota.

—No permitiré que ese lago cubra esta casa —dijo ella—. Antes la quemaré hasta los cimientos.

La señora Winchester arrastraba las palabras al hablar, y el lado izquierdo de su cara estaba paralizado. «Igual que una máscara», pensé. Estiró la mano derecha hacia la repisa de la chimenea, donde estaba la fotografía de su hijo, pero no fue la foto lo que cogió sino una caja de cerillas. Se la quité.

—No puede hacer eso —le dije, aunque no tenía la menor idea de por qué no—. Salgamos al porche.

Los vapores del queroseno me habían levantado dolor de cabeza. La cogí del brazo y la acompañé fuera de casa, hacia la luz. Hacía frío para ser un día de finales de septiembre. Según la radio, esa noche podría caer la primera helada. Le pregunté si quería que le cogiera un abrigo, pero ella negó con la cabeza. Se sentó en la mecedora y yo me apoyé en la barandilla del porche, a su lado.

Me guardé las cerillas en el bolsillo delantero del pantalón. Al hacerlo me pinché la yema del dedo con la Estrella de Oro.

—Tome, antes de que me olvide —dije, sacando de mi bolsillo el pedazo de metal—. He traído esto para usted.

Le ofrecí la Estrella de Oro.

—Eso es tuyo; no mío —replicó.

—Creo que ahora debería guardarlo usted —repuse.

Entonces estiró la mano derecha, pero no cogió lo que yo le ofrecía. Su mano fría y venosa me cerró los dedos sobre la palma de mi mano. Después

apretó su mano contra la mía hasta cerrar el puño y ya no me soltó. Tenía mucha fuerza para ser una mujer tan anciana. Estuve a punto de perder el equilibrio y me apoyé con la mano libre en la barandilla al tiempo que sentía cómo las puntas de la Estrella de Oro se clavaban en mi piel y la sangre humedecía la palma de mi mano. La señora Winchester apretó con más fuerza. Una gota de sangre cayó sobre los tablones de madera gris, bajo nuestras manos. No era más grande que un perdigón pero sí lo bastante como para que me soltara la mano al verlo. Volví a guardarme la Estrella de Oro en el bolsillo del pantalón.

—Él quería que la tuvieras tú —explicó, arrastrando las palabras de tal modo que por un momento creí que no la había oído bien.

Aquello no tenía ningún sentido. ¿Por qué habría dicho «él», si su hijo ni siquiera me había conocido?

—¿Él?

—Holland —respondió, como si de ese modo lo aclarase todo.

Sus ojos marrones se clavaron en los míos. Y el lado de su cara que estaba paralizado empezó a temblar como si una corriente eléctrica circulara bajo su piel.

Me agarré a la barandilla con las dos manos. Fuera lo que fuera lo que había querido contarme durante todos aquellos años, estaba claro que ya no podía seguir guardándoselo. Era como si mi mente la estuviera azuzando a hablar, pues yo mismo empecé a conectar recuerdos de mi pasado que de algún modo me unían al soldado cuya fotografía reposaba sobre la repisa de la chimenea.

Recordé cuando años atrás ella me había dicho que me parecía mucho a su hijo. Y no había sido ella la única que había notado el parecido.

—Eres uno de los Winchester, ¿verdad? —me había dicho el señor Pipkin el primer día de clase cuando entré en el aula de octavo curso.

Y el modo en que lo dijo me dio a entender que no le hacía demasiada gracia.

—No, señor —contesté—. Me apellido Holcombe.

—Entonces lo será tu madre —dedujo el señor Pipkin.

—No, señor. Ella era Boone de soltera.

Pero el señor Pipkin se había quedado mirándome como si le estuviera mintiendo, y aquel día me cogió manía y me la tuvo hasta final de curso.

—Él quería que la tuvieras tú —repitió la señora Winchester, como si creyera que no la había oído la primera vez.

—¿Por qué?

El olor a queroseno había invadido el porche como si rápidamente hubiera empapado las paredes de la casa. La señora Winchester me miró a los ojos con la misma ansia que aquel día en la iglesia, cuando yo tenía cuatro años.

—Porque tú eres su hijo.

Cuando escuché sus palabras ya no sirvió de nada que me aferrara con las dos manos a la barandilla en la que estaba sentado, porque me sentí como si la madera ya no estuviera conectada al porche ni a nada, igual que cuando, balanceándote en un columpio, llega un momento en que las piernas y los pies suben más alto que tu cabeza y durante unos segundos te quedas suspendido en el aire, desafiando a la gravedad, y te aferras con fuerza a las cuerdas porque sabes que de un momento a otro te vas a caer.

Sin embargo, yo no tenía cuerdas a las que sujetarme.

—No la creo —dije.

—No me creas a mí —propuso—. Cree a tus propios ojos.

Señaló la puerta.

—Entra en casa y vuelve a mirar esa fotografía. Mírala bien. Aunque no quieras escuchar la verdad, podrás verla.

No me moví, y posiblemente no habría podido hacerlo de haber querido. Mi mente bullía con todo tipo de recuerdos, cada uno de los cuales era una pieza de un rompecabezas que intentaba completar. Recordé que cada vez que la familia se reunía los parientes hablaban con mamá y papá de mis ojos marrones, de lo raros que eran en nuestra familia, y lo decían los de ambas partes.

Recordé que mamá y papá intentaban siempre mantenerme alejado de la señora Winchester; recordé aquella mañana en que mamá me pilló saliendo de casa de la señora Winchester y me llevó a rastras hasta nuestro patio sin importarle que me enganchara en la verja de alambre de espino. Había otras cosas, como que yo fuera hijo único y la manera en que papá me miraba a

veces, casi como si hubiera visto algo en mí que le diera miedo. Cada segundo que pasaba mi mente encontraba algo más.

Ya no me sentía como si estuviera flotando en el aire. Ahora estaba cayendo y por un instante deseé golpearme tan fuerte como para perder el conocimiento porque no quería recordar nada más. La señora Winchester estiró la mano y me cogió de la muñeca, como si me hubiera leído el pensamiento y temiera que fuera a derrumbarme allí mismo en su porche.

—De haber encontrado otro modo de hacer las cosas no te lo habría contado —argumentó, sin soltarme la muñeca—, pues ya tendrás bastantes problemas en tu vida como para cargarte con esto. Pero tú eres el único capaz de hacer lo que hay que hacer. Eres el único que puede convencerlos para que te digan dónde está tu verdadero padre.

—No la comprendo —dije.

Los vapores del queroseno eran tan fuertes que parecía que estuviéramos respirando bajo el agua. Me palpitaba la cabeza y me lloraban los ojos. Sentía que me ahogaba.

—Tu verdadero padre —explicó—. Los que te criaron saben dónde está.

—¿Está vivo?

—No, no está vivo.

«Esto tiene que ser un sueño», me dije, pues eso es exactamente lo que sentí de repente. Un sueño en el que todo parece real y al instante siguiente nada tiene sentido. «Abre los ojos y verás que estás en la cama», me dije. Parpadeé con fuerza pero no ocurrió nada. Allí seguía, en el porche de la señora Winchester, y ella a mi lado, mirándome inmóvil desde la mecedora, con su mano helada cerrada en torno a mi muñeca como un grillete de acero.

—¿No sabe usted dónde está?

—No —respondió ella.

—¿Y por qué iban a saberlo mi madre y mi padre?

—Porque ellos lo mataron.

De repente la barandilla de madera sobre la que estaba sentado volvía a ser sólida, y el suelo firme bajo mis pies. «Quizá todo sea por culpa del derrame que sufrió», pensé. «Quizá es demasiado vieja y no sabe lo que dice». Cuando logré zafarme de su mano sentí sus dedos huesudos que se resistían a dejarme ir.

«Por poco me convences, vieja», pensé. «Casi consigues que me trague todas esas fantasías».

—No me crees —dijo ella.

—No —respondí, pero sin mirarla.

Miré hacia la carretera buscando al *sheriff*. Quería marcharme de allí, no solo del porche sino de Jocassee. Quería volver a la plantación y recoger el resto de las coles. Entonces me libraría de una vez por todas de aquel lugar y de aquella mujer.

—No me crees —repitió—. A tu madre la creerás. Enséñale la Estrella de Oro y pregúntale lo que ella y ese hombre suyo le hicieron a tu verdadero padre.

Escuché el coche patrulla que se acercaba por la carretera y me aparté de la barandilla. Ella estiró la mano y volvió a sujetarme por la muñeca.

—No puedes permitir que ese lago cubra los huesos de tu padre —dijo, y la voz le temblaba de repente—. Los muertos no pueden descansar en paz si no han recibido un entierro cristiano. Encuentra a tu padre, muchacho. No dejes que el lago sea su sepultura. Tienes que hacerlo por él. Eres el único que puede hacerlo.

El *sheriff* detuvo el coche detrás de la camioneta.

—Déjeme en paz —dije, soltándome bruscamente.

Y bajé del porche.

—Tú eres el único —repitió, pero no me di la vuelta.

El *sheriff* Alexander no parecía muy contento. Estaba claro que su visita no había ido mejor que la mía.

—Me vuelvo al prado —le informé.

—Puedo llevarte.

—No, está cerca y puedo atajar por el bosque.

—Como quieras —accedió el *sheriff* Alexander—. ¿Habéis hablado mucho?

Por el modo en que lo dijo me di cuenta de que sentía verdadera curiosidad y quería saber lo que había ocurrido entre la señora Winchester y yo.

—No mucho —contesté.

El *sheriff* Alexander no se dio por satisfecho con eso.

—¿Qué quería de ti? —preguntó, y lo dijo como si yo fuera un sospechoso al que estuviera interrogando.

—Nada. No decía más que idioteces. Está loca, *sheriff*. Estaba a punto de prenderle fuego a la casa. —Saqué de mi bolsillo la caja de cerillas—. Son tuyas —añadí.

El *sheriff* Alexander cogió las cerillas y miró hacia el porche donde aún estaba la señora Winchester. No hizo el menor ademán de acercarse a nosotros. «Lo siento por ella», me dije. «Se portó bien conmigo cuando era niño. No es culpa suya si es vieja y está confusa».

—Es hora de irse, señora Winchester —anunció el *sheriff*.

—Deje que coja mi bastón —dijo ella y entró en casa.

Cerró la puerta tras de sí por mera costumbre, como si fuera a estar allí un rato, como si tuviera la chimenea encendida y no quisiera que el aire de la mañana de septiembre le enfriara la casa que le había costado caldear.

Sin embargo, aquella mañana no había encendido el fuego. Al menos no aún.

Cuando puse el pie en el primer escalón escuché un fognazo y vi las llamaradas amarillas que trepaban por las cortinas al otro lado de los cristales. Intenté abrir la puerta pero la manilla no giró. Se oía el crepitar del fuego y pequeñas explosiones. La puerta no cedía. De repente el *sheriff* apareció a mi lado. Al tercer intento derribamos la puerta.

Estaba sentada en mitad de la habitación y las llamas le subían desde el regazo hasta el pecho. Su pelo era una maraña de fuego. Era como esos monjes de Vietnam que había visto en la televisión, porque no gritaba ni lloraba ni trataba de sofocar las llamas. Simplemente estaba allí sentada dejándose morir.

—Ni lo intentes —dijo el *sheriff*, pero yo ya me había lanzado hacia las llamas.

Arrastré a la señora Winchester hacia la puerta cogiéndola por los brazos. La piel se le desprendía de la carne como si fuera papel quemado. Un olor más intenso que el del queroseno me produjo arcadas.

El *sheriff* Alexander me ayudó a llevarla hasta el patio e hicimos rodar su cuerpo para sofocar las llamas. Eso era todo lo que quedaba de ella, un cuerpo.

—Está muerta, ¿verdad? —dije.

El *sheriff* Alexander le buscó el pulso apretando sus dedos contra el minúsculo retal de piel que quedaba en su muñeca.

—Por su bien, eso espero —respondió.

—Señora Winchester —la llamé, mirándola a la cara.

Pero no tenía orejas con las que escucharme. Se habían quemado, igual que las cejas y el cabello. Lo único que aún parecía humano en su rostro eran los ojos. Estaban abiertos de par en par y me miraban fijamente.

—No tiene pulso —informó el *sheriff*.

Soltó un gruñido y se puso de pie. Hizo una mueca de dolor y se frotó la rodilla. Volvió la vista hacia la casa, o lo que quedaba de ella. Después me miró.

—Te has quemado —observó.

Me miré las manos.

—No es grave —contesté.

—Tengo que llamar a una ambulancia —dijo el *sheriff* Alexander—. Y también a los bomberos, supongo, aunque no parece que el fuego vaya a propagarse.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté.

—Nada. Ya has hecho todo lo que podías. Esto es lo que ella quería, morir donde había vivido toda su vida. Puedo entenderlo.

—Pero es un modo horrible de morir —declaré.

—No más que abandonar por la fuerza el único lugar que has conocido —sentenció el *sheriff* Alexander, con voz dura y fría—. No hubiera durado más de un mes en ese asilo. Si pudieras preguntárselo ahora, estoy seguro de que te diría que no se arrepiente de haberlo hecho.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero ya no era por culpa del queroseno. Le di la espalda al *sheriff* y miré la casa en llamas. No quería mirarlo a los ojos, esos ojos que habían visto demasiadas cosas. «Así debe de volverse uno cuando su trabajo consiste en enfrentarse a todas las cosas terribles que le ocurren a la gente», pensé. «A un granjero le salen callos en las manos. A un *sheriff* se le endurece el corazón».

—¿Puede tapparla al menos?

—Tengo una manta en el maletero —respondió el *sheriff* Alexander—. Si quieres hacer algo puedes taparla tú mismo mientras yo doy parte de lo ocurrido.

Hice lo que me pedía. Mientras extendía la manta sobre la señora Winchester miré sus ojos por última vez, los ojos que me habían observado durante toda mi vida, unos ojos del mismo color castaño oscuro que los míos.

«Eres uno de los Winchester, ¿verdad?», había dicho el señor Pipkin.

Me pregunté si no sería yo el chiflado, pues de repente lo que la anciana me había dicho, en parte al menos, no solo me pareció posible sino cierto. Me parecía creer una cosa y lo contrario al momento siguiente. «Solo estás disgustado», me dije. «Lo que acabas de ver volvería loco a cualquiera, al menos por un tiempo».

Sin embargo, el señor Pipkin no estaba loco. Era un viejo mezquino pero no un chiflado. Y tampoco mis parientes lo estaban cuando me miraban a los ojos.

El *sheriff* Alexander dio el aviso y contempló el lugar donde hasta hacía un instante estaba la casa. Ahora solo quedaban algunas llamas dispersas, pequeñas como fogatas de campamento.

—Nunca había visto nada arder tan rápido —dijo el *sheriff* Alexander—. Debía de llevar semanas planeando el incendio.

—Me marchó —informé.

—Te llevaría —se excusó— pero es mejor que me quede para asegurarme de que el fuego no se reaviva. —Se volvió hacia mí. El tono de su voz se había suavizado—. Siento de veras que hayas tenido que ver esto, hijo.

Caminé hacia el bosque y salté la verja de espino en un punto en el que aún quedaban algunos alambres que no se habían oxidado por completo. Miré por última vez el humo y el montón de cenizas en que se había convertido la casa y la manta que cubría el cuerpo de lo que había sido una persona.

«Sientes las cosas más intensamente que la mayoría de la gente», me había dicho mamá años atrás cuando una vez volví llorando del colegio. «Eso debería ser una bendición pero no lo es».

Quizá mamá tenía razón, porque lo que sentía en aquel momento procedía de un lugar tan profundo que nunca sería capaz de expresarlo con palabras.

Aún quedaban muchas coles que recoger, pero cuando por fin llegué al lugar donde había dejado el cuchillo y el saco de coles seguí caminando. Me sentía como si hubieran pasado años desde la última vez que había estado arrodillado en ese prado, y me pareció que las coles ya no tenían demasiada importancia.

Seguí el río corriente abajo sin tener la menor idea de adónde me dirigía. Era como si mi mente funcionara demasiado rápido y arrastrara a mi cuerpo tras ella. Pronto el sendero que bordeaba el río quedó sumergido. Trepé colina arriba y encontré un viejo sendero de cazadores.

Una parte de lo que me había contado, la parte en que decía que mi madre y mi padre habían matado a su hijo, no habría podido creerla ni en un millón de años. Era tal despropósito que me entraron ganas de echarme a reír a carcajadas allí mismo. «Quizá la pobre mujer acabó así por culpa de la tristeza», pensé. «El hecho de que dijera tal cosa también convierte lo demás en una mentira, ¿no es así? Sí, eso es», pensé. «¿O quizá no?».

Entonces se me ocurrió algo terrible. Deseé que la señora Winchester se hubiera matado el día anterior o la semana pasada o en cualquier momento antes de aquella mañana, antes de que tuviera ocasión de contarme nada. Metí la mano en el bolsillo y saqué la Estrella de Oro. Podía tirarla al río y ponerle fin a todo aquello allí mismo, olvidar todo lo que me había contado aquella mañana. Eché el brazo hacia atrás para lanzarla pero no pude hacerlo. Volví a guardarme la Estrella de Oro en el bolsillo y seguí caminando sendero abajo hasta donde el desfiladero empezaba a ensancharse.

Lo que en otro tiempo había sido un prado que el río atravesaba ahora parecía un pantano de aguas cenagosas. Los pinos y robles enanos que la compañía maderera no se había molestado en talar afloraban del agua aquí y allá, y los troncos de los árboles más grandes se elevaban hacia el cielo como lápidas en un cementerio. Pero cuanto más avanzaba menos había que ver. El nivel del río era cada vez mayor, y todo lo que había estado vivo ahora quedaba bajo las aguas. Al final del valle, donde las montañas casi volvían a unirse, un enorme muro blanco de hormigón cortaba el curso del río como un torniquete una vena.

Miré a la otra orilla, donde hasta hacía poco aún se encontraba el cementerio de Matthews Ridge. Se podían ver los huecos donde habían

arrancado las lápidas. Parecía como si alguien hubiera estado excavando en busca de algún tesoro.

Pensé en el domingo anterior, cuando papá y yo cruzamos el río para ver cómo se las llevaban.

Mamá no había querido venir. Dijo que sería terrible ver algo así y que no quería formar parte de ello, pero papá se sentía obligado a estar allí, pues entre los cuerpos que iban a exhumar estaban los de sus familiares.

—No podría dormir sin asegurarme de que lo hacen con el debido respeto —había dicho.

Papá no me había pedido que lo acompañara. Me di cuenta de que habría preferido que me quedara en casa con mamá, pero fui de todas formas, más que nada por curiosidad.

El *sheriff* Alexander y el señor Pearson contemplaban la escena desde el otro lado del cercado de la parte trasera del cementerio, mientras el equipo de trabajo se ponía manos a la obra y la maquinaria rugía al entrar por la puerta principal.

—No deberían haber hecho esto —dijo papá.

Sin embargo, yo no entendía por qué le daba tanta importancia. Pronto no habría nada que aquella cerca tuviera que proteger.

Papá y yo caminamos hasta donde estaban el *sheriff* y el señor Pearson. El *sheriff* iba vestido con su uniforme gris y el señor Pearson llevaba un traje negro.

No hablamos demasiado, quizá porque ninguno de nosotros sabía exactamente cómo debía sentirse al ver todo aquello. No era un funeral, pero de todas maneras no había nada de lo que alegrarse. El señor Pearson tenía cara de póquer. Y la expresión de papá era sombría. Y el *sheriff* Alexander parecía triste, a la vez que enfadado.

—Hoy solo retirarán las lápidas —le explicó el señor Pearson a papá—. Aún tengo que excavar algunas tumbas en Tamassee Grove antes de empezar con estas. De esa manera podremos volver a enterrarlos el mismo día.

Papá pareció aliviado al oír aquello. Había sentido la obligación de estar allí, pero no era algo que le agradara en absoluto. Habría estado más que dispuesto a retrasar la exhumación de su padre y de su madre unos cuantos días más.

La excavadora y el elevador trabajaban rápido, arrancando las lápidas de la tierra como si fueran dientes, de modo que pronto llegaron a la losa con los nombres grabados de «JACOB HOLCOMBE Y SUSANNA HOLCOMBE». Leí las fechas mientras los nombres iban ascendiendo por el aire. «NACIDO EL 8 DE JUNIO DE 1899», «FALLECIDO EL 1 DE DICIEMBRE DE 1955». «NACIDA EL 5 DE ABRIL DE 1904», «FALLECIDA EL 21 DE MARZO DE 1964». Y justo debajo: «DESCANSEN EN PAZ». El elevador descargó la lápida en el camión y yo miré a papá. Se había puesto pálido y se agarraba a la cerca con las dos manos como si temiera que algo estuviera a punto de derribarlo. No miraba la piedra sino la tumba. Lombrices tan gordas como cigarrillos se retorcían en el interior del negro tajo recién excavado en la tierra donde había estado la lápida.

El señor Pearson también había estado observando a papá. Se acercó a él para hacer lo mismo que había hecho por la gente durante casi toda su vida. Puso su mano sobre el hombro de papá y le preguntó si quería sentarse en el coche fúnebre hasta que se sintiera mejor.

—No —dijo papá—. Me voy a casa. No puedo seguir viendo esto.

Pero papá no se movió. Simplemente cerró los ojos y siguió agarrado a la valla un rato más.

—Esto está mal, Melvin —dijo el *sheriff* Alexander—. Tú sabes que está mal.

—Me gusta tan poco como a ti, pero no hay otra opción —respondió el señor Pearson—. Es la ley federal. Además, si no trasladamos ahora esos ataúdes, acabarán saliendo a la superficie por sí solos. Aún hay oxígeno en su interior. Flotarán igual que si fueran corchos en cuanto la tierra se empape. ¿Es eso lo que quieres?

El *sheriff* Alexander no respondió. Sus ojos grises se volvieron duros y fríos como la piedra. No miraba al señor Pearson, ni tampoco a papá ni a mí. Pensaba en otra cosa, y, fuera lo que fuera, ello no le hacía sentirse mejor.

—Vámonos —dijo papá, y volvimos a cruzar el río.

Ahora, cuatro días después, mientras contemplaba el cementerio al otro lado de la corriente, recordé algo más, un pequeño detalle que había olvidado en cuanto lo escuché. Lo había olvidado hasta que la señora Winchester había

empezado a desenterrar todo tipo de cosas en mi interior —aunque nada sólido como una lápida de granito, al menos no de momento—.

Lo que recordé fue lo que el *sheriff* Alexander le había dicho a mi padre cuando llegué con él al cementerio.

—¿Este es tu chico? —le preguntó a papá.

—Sí —respondió él.

Sin embargo, el *sheriff* Alexander lo había mirado como si no creyera lo que acababa de escuchar. Me miró como si ya me hubiera visto antes y tratara de recordar dónde había sido. Me miró del mismo modo que lo había hecho el señor Pipkin aquel primer día de colegio.

«Enséñale esa Estrella de Oro a tu madre», me había dicho la señora Winchester. Y ahora supe que lo haría. No era algo que quisiera hacer, pero sabía que debía hacerlo porque no saber era mucho peor que saber. O al menos eso me decía a mí mismo.

A partir de allí incluso la vieja pista de cazadores estaba sumergida, de modo que subí por la cresta y caminé hacia donde las montañas casi se tocaban entre sí y la presa sellaba el valle. Se oía el ruido de las motosierras a lo lejos, al otro lado del río, pero aparte de eso no se oía nada; tal era el silencio que se diría que el agua ya había engullido todo lo que me rodeaba.

Miré el reloj. Aún quedaban tres horas para que mamá y el hombre que decía ser mi padre vinieran a buscarme. Él me reprocharía no haber recogido más coles, pero eso ahora era lo que menos me preocupaba.

Estaba bajo la sombra de la presa cuando vi la camioneta blanca de Carolina Power. Di media vuelta. No quería hablar con nadie.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba, muchacho? —preguntó alguien.

Seguí caminando pero pocos segundos después oí que alguien se acercaba a mis espaldas.

—Te he hecho una pregunta, chico —dijo el tipo cuando me alcanzó.

Me agarró del hombro y me obligó a darme la vuelta.

Entonces lo miré. Llevaba un casco de color amarillo —de esos de plástico que resultan ridículos cuando los llevan tipos con camisa blanca y corbata—. Llevaba una tarjeta de identificación con su nombre impreso prendida en el bolsillo de la camisa: «SHERMAN JAMESON, INGENIERO».

—Me he pasado la mañana recogiendo coles —expliqué—. Solo me estaba tomando un pequeño descanso antes de terminar.

—¿Cómo te llamas?

Durante un segundo no dije nada; no estaba seguro de cuál era mi nombre.

—Isaac —dije simplemente.

—Bien, pues estás en una zona prohibida.

Lo dijo en un tono bastante cabreado.

—Se supone que aún tenemos tiempo hasta mañana.

—Pues ya no. Una anciana a la que habían expropiado se ha prendido fuego. Eso es publicidad negativa y no vamos a arriesgarnos a algo así a estas alturas. Ya tenemos bastantes problemas por culpa de todos esos arqueólogos y observadores de aves. Todo el mundo saldrá del valle hoy mismo.

—¿Y qué opina de eso el *sheriff* Alexander?

—Me importa una mierda lo que opine. Lo único que ha hecho es crearnos problemas. Fue él quien nos convenció para que dejáramos que gente como tú se quedara más tiempo.

Hizo un gesto señalando hacia la presa.

—Pero todo eso ya no importa. Ya no importa cuántos túmulos indios haya por aquí, ni las flores, ni los pájaros. Si hoy encontraras aquí pepitas de oro tan grandes como pelotas de béisbol tampoco importaría. La presa está construida y las compuertas cerradas. No tiene la menor importancia si estáis vivos o muertos. Esto ya no os pertenece y hasta el último paleta de este valle saldrá de aquí a rastras, igual que la mierda retrete abajo.

«En eso te equivocas», pensé; «al menos en lo que se refiere a los muertos». Incluso yo me había tropezado con tumbas por todo el valle en más de una ocasión, mientras cazaba conejos siendo niño. A veces no era más que un pequeño claro en mitad del bosque; otras solo unas pocas piedras sacadas de un arroyo y un nombre mal grabado marcaban el lugar; pero nadie había desenterrado nunca esos cuerpos. Nadie había excavado tampoco la tumba que había en lo alto de Wolf Creek, una tumba sin nombre en la que muchos decían que yacía una bruja.

Un cazador de mapaches había encontrado muerta a la mujer en el bosque cuando yo tenía ocho años. Papá y otros dos hombres la enterraron entre los

árboles, detrás de la cabaña donde vivía. Hicieron el ataúd con madera de cedro, porque el cedro no se pudre. No lo habían hecho para impedir que entraran la tierra y el agua. Lo habían hecho para que ella no saliera.

Sin embargo, no me pareció que nada de eso le pudiera interesar a Sherman Jameson. Me di la vuelta y empecé a caminar en dirección a lo que quedaba de nuestra granja. Por un instante pensé que volvería a agarrarme del brazo pero no lo hizo. Y fue lo mejor para él, porque si me hubiera puesto otra vez la mano encima lo habría tumbado de un puñetazo.

—No vuelvas por aquí mañana —me advirtió—. Si lo haces acabarás arrestado.

Aunque no volví la vista atrás, sentí que la mole de la presa se alzaba a mis espaldas y proyectaba su sombra sobre todo el valle. Al saltar una tapia de piedra en ruinas, la Estrella de Oro se me clavó en la tela del pantalón. «El nivel del agua no ha subido lo bastante deprisa», pensé. Tendría que haberlo inundado todo arrastrándonos tan rápido que nadie hubiera tenido tiempo de desvelar secretos que llevaban mucho tiempo escondidos, secretos que deberían haber permanecido enterrados para siempre, sumergidos bajo el lago. Me sentía como si durante las últimas horas hubiera estado intentando huir de una verdad que llevaba escrita en los ojos, una verdad que me perseguía como un perro de caza a su presa. El sabueso al fin me había mordido y ya no iba a soltarme.

Cuando llegué a casa me senté en los escalones. Mi sándwich estaba en una bolsa de papel en el porche, pero no tenía hambre. La granja me parecía ahora muy diferente de aquella misma mañana, como si de algún modo la tierra la hubiera desplazado unos metros cambiándolo todo de sitio —los prados, el granero, el cobertizo, la casa...—.

«Quizá esta ni siquiera sea tu casa», me dije. «Quizá tu hogar esté en otro lugar. Puede que tu verdadero padre no esté muerto y sea mentira que las personas que te criaron lo hayan matado. O quizá todo sea una grandísima mentira». Un segundo creía una cosa y al siguiente justo lo contrario.

No me moví de los escalones hasta que llegaron.

—¿Por qué no has terminado? —dijo él.

—Me cansé.

Parecía molesto conmigo.

—El *sheriff* Alexander ha montado un control de carretera. Ha dicho que ya no podremos volver mañana.

Miraba los surcos repletos de coles sin recoger.

—Maldita sea, hijo. Habríamos sacado 10 dólares que nos vendrían muy bien.

Su voz se suavizó.

—El *sheriff* dijo que estabas con la señora Winchester cuando se prendió fuego.

—Sí, estaba allí —asentí, evitando mirarlo a los ojos.

—Lo siento —dijo papá—. Entiendo que ver algo así puede afectar a cualquiera. No te preocupes por esas coles, hijo. No debería haberlo mencionado.

—Será mejor que nos marchemos —propuso mamá—. El *sheriff* Alexander dijo que nos diéramos prisa.

Subimos a la camioneta pero él no arrancó. Él y mamá miraron la granja a través del cristal. Por última vez, comprendí de repente. Cualquiera otro día habría intentado decir algo que les hiciera sentirse mejor.

Pero hoy no.

—Es un bonito lugar —observó mamá—. Creo que no me he dado cuenta de lo bonito que es hasta estos últimos días.

—Pues no lo será por mucho tiempo —replicó él, pero no había acritud en su voz.

—Eso es lo peor de todo —dijo mamá—. Incluso si no volviera a ver jamás este valle, al menos me consolaría saber que seguía siendo como cuando lo conocí, no que iba a quedar sumergido bajo un lago.

Siguieron contemplando la granja a través del parabrisas, como si pretendieran fijar la imagen en su memoria para no olvidarla nunca.

—Será mejor que nos marchemos —concluyó él—. Aquí ya no hay nada para nosotros.

La camioneta avanzaba dando tumbos camino abajo. Mamá siguió mirando atrás, incluso cuando llegamos a la carretera. Era como si sintiera que la granja desaparecería en el mismo instante en que ella apartara la vista.

Pasamos frente al buzón de la señora Winchester. Parecía como si alguien hubiera alquitranado el suelo donde antes se alzaba la casa. Lo único que

quedaba era la chimenea de ladrillo y las láminas de hojalata del tejado. Eso y algunos hilillos de humo. Percibí que mamá se ponía tensa al pasar. Me pregunté si el *sheriff* Alexander les habría dicho que la señora Winchester había hablado conmigo.

La carretera se alejaba del río serpenteando. El sol se había ocultado tras el monte Sassafras. El bosque estaba envuelto en sombras y el aire era cada vez más frío.

—Esta noche caerá una buena helada —comentó él.

Lo dijo sin pensar, como si hablara a solas más que con mamá y conmigo, pues para él era algo natural fijarse en ese tipo de cosas; tan natural como oler en el aire que está a punto de llover, o la habilidad para descubrir motas azules de moho en una hoja de tabaco, ya que, aunque llevaba unos meses trabajando en el aserradero, había sido granjero durante décadas.

—Pero, por todos los santos... —dijo mamá cuando llegamos a un tramo recto de la carretera.

En el patio delantero de Travis Alexander había dos coches de la Policía y una camioneta de la compañía eléctrica.

El *sheriff* estaba en el porche, y su ayudante y el empleado de Carolina Power con el que me había topado esa tarde estaban junto a él. Travis Alexander también estaba en el porche, con las manos entrelazadas a la altura del pecho como si estuviera rezando. Pero no hablaba con Dios. Estaba maldiciendo. Insultaba al ingeniero de la compañía eléctrica pero sobre todo a su hermano, el *sheriff* Alexander, mientras este cogía del brazo a Travis y lo ayudaba a bajar los escalones y a subirse al asiento trasero del coche patrulla.

—Que Dios nos ayude —dijo mamá—. ¿Qué otra desgracia puede caer aún sobre este valle?

Esa noche ni siquiera me puse el pijama. Simplemente me quité las botas y me tumbé en la cama con los pantalones vaqueros y la camisa de trabajo. Sabía que no sería capaz de dormir, así que me dediqué a pensar lo que les diría por la mañana. Debía escoger con cuidado las palabras que me conducirían hasta la verdad.

No obstante, tenía toda la noche para hacerlo. Antes de empezar quería tomarme un tiempo. Encendí la radio porque a veces la música ayuda a olvidar los problemas. Encontré una buena emisora donde sonaban los Allman Brothers y Creedence Clearwater, pero lo mismo podría haber sido la música de la consulta de un dentista porque no le presté demasiada atención.

Apagué la radio y me dediqué a mirar el techo. No quería cerrar los ojos porque sabía que en cuanto lo hiciera vería a la señora Winchester en el suelo, con las llamas retorciéndose en su regazo, como si las estuviera acunando.

Un rato después apagué la luz. La sirena de una ambulancia aulló al atravesar el paso a nivel. Alguien dio un portazo en una de las casas al otro lado de la calle y un coche pasó a escasos metros de mi ventana. Todavía no habíamos conseguido acostumbrarnos a todos esos ruidos del pueblo.

—Alquilaremos la casa durante unos meses y en cuanto tengamos oportunidad buscaremos un sitio en el campo —había dicho él después de mudarnos.

—No sé si podré esperar —se lamentó mamá—. No entiendo cómo la gente es capaz de dormir con todo este ruido por las noches.

Empecé a hilar mentalmente las palabras pero enseguida volvía a borrarlas. Era como hacer un crucigrama —cada palabra debía encajar en un determinado lugar; pero no conseguía hacerlo por mucho que lo intentara—. Ella me había mentido durante casi dieciocho años, de modo que debía de ser buena haciéndolo. Las palabras que buscaba golpearían a mamá con tal fuerza y rapidez que no tendría tiempo para evitar que su cara me dijera la verdad allí mismo.

Oí al repartidor lanzando los periódicos calle arriba antes de saber cómo iba a actuar. Sin embargo, era algo muy fácil, tan fácil que no debería haberme pasado la noche planificándolo. Ni siquiera necesitaría hablar, al menos no al principio.

Después me dormí, quizá unos minutos, puede que una hora, pero cuando me desperté olí el café recién hecho.

Durante unos segundos fue como si hubiera olvidado por completo todo lo ocurrido el día anterior. Mamá y papá eran los mismos de siempre, la señora Winchester estaba viva y había decidido guardarse sus secretos.

Entonces sentí la Estrella de Oro clavándose en mi pierna como las espinas de una zarza. Me levanté de la cama y me puse las botas. Saqué la Estrella de Oro del bolsillo y cerré el puño ocultándola. Respiré hondo y entré en la cocina.

Mamá estaba guardando una botella de leche en la nevera. Esperé a que se diera la vuelta. Cuando lo hizo le enseñé lo que había en la palma de mi mano.

Sin duda, había elegido la mejor estrategia porque la expresión de su cara fue mucho más elocuente que cualquier palabra. Se apoyó de espaldas en la puerta de la nevera, como si en mi mano hubiera visto una araña o una culebra.

—Me la ha dado la señora Winchester —dije—. Me dijo que sabes dónde está mi padre. ¿Dónde está, mamá?

—Oh, Dios —se alarmó mamá, agachándose de repente igual que si le hubiera dado un puñetazo en la barriga.

Se cubrió la cara con las manos como si estuviera intentando esconder una parte de sí misma.

—Dímelo, mamá —dije. Y entonces le solté justo lo que no era capaz de creer—: Dice que tú lo mataste, mamá.

—Tu madre no lo mató. Lo hice yo.

Estaba en el umbral de la puerta, con el pecho desnudo, y la espuma de afeitarse le cubría la cara como si llevara una barba postiza.

—No digas nada, Billy —dijo mamá.

—¿Dónde está enterrado?

Aunque las palabras salían de mi boca, era como si brotaran de la de otra persona, alguien a quien no conocía mucho mejor que a los dos extraños a quienes iban dirigidas. «Esto es un sueño. Tiene que serlo. Abre los ojos», me dije.

Pero ya los tenía abiertos.

—Esa anciana te ha contado un montón de mentiras —dijo mamá, como si no acabara de escuchar de labios de él que todo era verdad—. No sabemos nada de eso que te ha dicho. Era una vieja loca, esa mujer. Te habría dicho cualquier cosa.

—¿Dónde está enterrado? —volví a preguntar, pero ya no miraba a mamá. Miraba al hombre que estaba junto a la puerta.

«Las mentiras siempre te acaban alcanzando», me había dicho una vez años atrás. No sé si él mismo creía entonces lo que me había dicho, pero sí lo creía ahora. Me miró fijamente con los ojos vacíos. Fuera lo que fuera lo que iba a decir sería la verdad.

—Está en la ladera del monte Licklog que mira hacia el río. Junto a un gran fresno.

—Me dijo que no podía permitir que el agua cubriera su cuerpo —expliqué.

Seguía con la sensación de que aquellas palabras no salían de mi boca, de que pertenecían a otra persona. Quizá a partir de entonces siempre fuera así, porque la persona que yo había sido ya no existía.

—Te mintió —susurró mamá.

—No pienso dejar que se quede en ese valle, sumergido bajo el lago —dije, sin dejar de mirarle—. Vas a enseñarme dónde está.

—Sí —asintió él—. Lo haré.

—No, Billy —le pidió mamá.

Ella estaba llorando, y entonces me miró.

—No creas nada, hijo mío —dijo ella—. No lo creas aunque sea la verdad.

Extendió los brazos hacia mí pero me aparté.

—No vuelvas allí —prosiguió ella—. Deja que el lago lo cubra todo, hijo mío, lo bueno y lo malo.

—No puede hacerlo, Amy —dijo él. Después me miró y añadió—: Lleva las palas a la camioneta. Voy a vestirme y salgo en un minuto.

Fue extraño el tono en que lo dijo, con tanta naturalidad como si fuéramos a buscar gusanos rojos para pescar. «Quizá pretenda engañarme», pensé. «Quizá se escape por la puerta trasera y no vuelva a verlo». ¿Cómo saber lo que va a hacer un desconocido?

Sin embargo, no se trataba de un desconocido, e intentar convencerme de lo contrario no cambiaría las cosas ni un ápice. Lo conocía, incluso ahora lo conocía lo suficiente para saber que no iba a huir.

Me quedé donde estaba y esperé. Salió del dormitorio vestido con su ropa de trabajar en la granja, la ropa que mamá había guardado en el fondo de un cajón desde el día que empezó a trabajar en el aserradero. Se había limpiado la espuma de afeitar. Ahora podía verle la cara, y a pesar de todo lo ocurrido era la cara del hombre al que conocía.

—Vámonos —dijo.

Miró a mamá.

—¿Te quedas?

—No —respondió mamá—. Voy con vosotros.

Me sentía como uno de esos astronautas a los que había visto caminar por la Luna. Con cada paso que daba me parecía avanzar a cámara lenta, y tenía la sensación de que todo lo que había aprendido a lo largo de mi vida ya no servía, ni siquiera caminar. Cogí las dos palas y las arrojé a la parte trasera de la camioneta, junto al saco de coles que no había llenado. No tardaron en salir. Ella se estaba poniendo un jersey mientras él cerraba la puerta.

—Dame las llaves —dije—. Conduzco yo.

Él me obedeció. Arranqué el motor y salimos de Seneca en dirección a Jocassee una vez más de lo que había pensado.

Estaba ansioso y conducía deprisa, más de lo debido, pues las carreteras estaban resbaladizas a causa de la lluvia. Los limpiaparabrisas se movían ruidosamente de un lado a otro, marcando el tiempo que se me escapaba como el tictac de un reloj. Según la compañía Carolina Power el lago tardaría diez meses en llenarse, pero en mi mente el agua crecía a un ritmo imparable con cada segundo que pasaba.

—No se habrá inundado todavía, ¿verdad? —pregunté.

—No lo creo —contestó él—. Es una zona bastante alta.

—No podemos hacerlo —dijo mamá—. Es demasiado tarde... Han pasado tantos años.

Pero era como si hablara consigo misma.

Ya no tenía la sensación de estar soñando. Más bien al contrario, era como si toda mi vida hubiera sido un sueño largo y profundo hasta el instante en que abrí la mano y le enseñé la Estrella de Oro a mamá. Me sentía como si acabara de nacer y viera el mundo por primera vez. Todo lo que ahora veía y oía debería hacerme llorar como a un recién nacido, y, sin embargo, no era

así. El frío que se había instalado en mi corazón también congelaba mis lágrimas. Nos limitamos a escuchar el ritmo acompasado de los limpiaparabrisas mientras ascendíamos montaña arriba con el cielo encapotado y gris sobre nuestras cabezas.

Salí de la carretera y cogí el desvío hacia la pista de tierra, sinuosa y llena de baches. Frené bruscamente y di un volantazo para evitar que nos saliéramos del camino.

—Ve más despacio, hijo —dijo él.

Pero no pensaba ir más despacio. Seguí conduciendo camino abajo dando tumbos y bandazos sin importarme si nos salíamos o no de la pista.

Entonces, al salir de una curva, vi el retén de la Policía en mitad de la carretera y un coche patrulla aparcado en la cuneta izquierda. El *sheriff* Alexander me miró fijamente a través del cristal justo cuando di un volantazo hacia la derecha saliéndome del camino lo justo para esquivar el control. Pisé el acelerador y seguimos adelante, dejando atrás la granja de Travis Alexander y poco después la de los Winchester antes de volver a girar para salir de la pista justo delante del buzón que ponía «HOLCOMBE».

No seguí hasta el final del camino de entrada. Di otro golpe de volante, salté la zanja hacia el campo de coles que no había terminado de recoger y no me detuve hasta llegar al río.

Salí del coche y cogí una pala de la parte trasera de la camioneta.

—También necesitaremos esto —dijo él, y me dio el saco de las coles.

Entonces vi con claridad lo que debería haber comprendido desde el principio. Lo que íbamos a buscar no estaría en un féretro. Los asesinos no meten a sus víctimas en ataúdes.

El coche del *sheriff* Alexander se aproximaba camino arriba. Redujo la velocidad a la altura de la casa y después siguió dando tumbos por el borde del prado y se detuvo a unos quince metros de la camioneta, evitando adentrarse en la plantación. Al contrario que yo, debió de tener miedo de perder el control y volcar.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó el *sheriff* Alexander mientras se acercaba cojeando hacia nosotros.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo, *sheriff* —respondió él—. Sacar a la luz lo que lleva demasiado tiempo escondido bajo tierra.

—¿Y qué es, Billy? —preguntó el *sheriff* Alexander.

—Holland Winchester, el hombre que maté.

El *sheriff* Alexander se detuvo a diez metros de nosotros igual que si acabaran de noquearlo de un puñetazo. Parecía incapaz de dar un solo paso, y sus pies se hundieron en el barro como si estuviera a punto de echar raíces allí mismo.

—Puede ponerme las esposas si quiere —se ofreció él, extendiendo las manos hacia el *sheriff* Alexander—. Pero no pienso escapar. Nunca se me ocurrió hacerlo, ni siquiera en los peores momentos.

El *sheriff* Alexander no se movió, y nosotros tampoco. Permanecimos inmóviles mientras la lluvia nos empapaba como si fuéramos estatuas en mitad de un jardín.

—Es demasiado tarde, Billy —dijo al fin el *sheriff* Alexander.

Su voz sonó amable, casi dulce, de un modo que costaba imaginar en un hombre tan robusto como él, menos aún después de toda la mezquindad de la que habría sido testigo como agente de la ley durante tantos años.

Caminó hacia nosotros y sus zapatos chapotearon al salir del barro.

—Vámonos de aquí, Billy. Lo hecho, hecho está. Somos demasiado viejos para cambiar lo ocurrido. Deja que el agua lo cubra.

—Tengo que hacerlo, *sheriff* —dijo, y sacó la otra pala de la camioneta.

—¿Y qué dices tú? —preguntó el *sheriff* Alexander dirigiéndose a mi madre—. Seguro que tienes el suficiente sentido común para saber que tengo razón.

Mamá miró al *sheriff* Alexander y después a nosotros, como si no estuviera segura de a qué bando pertenecía.

—Debemos hacerlo —dijo por fin.

El *sheriff* Alexander sacudió la cabeza como si estuviera harto de nosotros. Se quitó las gafas y secó los cristales salpicados de lluvia. Estaba pensando en lo que iba a decir a continuación, en lo que debía hacer. Sus ojos grises parecían exhaustos, como si durante los últimos días hubieran visto mucho más de lo que podían soportar. Y aquel color gris no era más que el humo que flota sobre un fuego apagado. Era evidente que apenas había dormido aquella noche, y me pregunté si sería lo que le ocurrió a la señora

Winchester o algo relacionado con su hermano lo que lo había mantenido despierto y había extinguido la luz de sus ojos.

—¿Dónde está? —preguntó el *sheriff* Alexander mientras volvía a ponerse las gafas.

—Al otro lado del río —respondí.

El *sheriff* Alexander contempló el agua que había inundado la parte baja del prado. Su mirada siguió la corriente del río hasta la otra orilla y después se detuvo al pie del monte Licklog.

—No va a ser fácil. El río ha crecido mucho.

—No tiene por qué ir —dije.

Ahora llovía con fuerza y las nubes prometían que el temporal pronto arreciaría. Me metí en el agua.

—Voy con vosotros, hijo —se decidió el *sheriff* Alexander. Ahora estaba enfadado—, pero antes voy a coger una cuerda del maletero. No quiero que nadie se ahogue. Solo dame un minuto, maldita sea.

El *sheriff* Alexander caminó hasta el coche patrulla y cogió la cuerda, pero no sin antes hablar por radio.

—Tú nos llevas —dirigió, dándome un extremo de la cuerda.

Cogí la pala y el saco de coles con la mano libre. Me adentré en el agua y la cuerda pronto empezó a tensarse a mis espaldas.

—Tú eres el siguiente, Billy —le indicó el *sheriff* Alexander.

—Yo también voy —dijo mamá, agarrándose a la cuerda.

Nadie discutió con ella. El *sheriff* Alexander sujetó el otro extremo y se lo enrolló alrededor de la mano, como había hecho yo.

—Dame esa pala, Billy —dijo el *sheriff* Alexander—. Tú preocúpate de agarrarte a la cuerda.

Al principio el agua apenas me cubría las botas. Aún caminábamos por el prado, o lo que hasta hacía unos pocos días lo había sido. A medida que avanzaba, el paisaje me recordaba a un pantano de aguas negras, porque el barro ocultaba las ramas de los arbustos y los árboles que los leñadores no se habían llevado. Ni siquiera habíamos dejado atrás el prado y ya había estado dos veces a punto de caerme. Podía sentir a los otros caminando a mis espaldas, pues la cuerda se tensaba y daba tirones cada vez que alguno de ellos daba un traspíe o se detenía para recuperar el aliento. Cuando miré hacia

atrás la escena me pareció lastimosa. La lluvia había empapado su ropa y los tres se aferraban a la cuerda como los supervivientes de un naufragio. «No lo conseguirán», pensé. «Terminaré cruzando el río yo solo».

Al dejar atrás el prado, me resultó más fácil avanzar, a pesar de la corriente. El río estaba revuelto a causa de la lluvia; no obstante, a diferencia de lo que ocurría en el prado, aquí se veía el fondo. Encontré una zona poco profunda después de una poza y seguí avanzando. Iba despacio, buscando depósitos de arena blanca entre las ramas, las piedras y los troncos de árboles. El agua me llegaba a la altura de las rodillas.

No me di cuenta de que había llegado al otro lado hasta que tropecé en la orilla. Seguí adelante medio a rastras hasta que conseguí salir de la corriente y alcancé el barrizal, no sin antes tropezar y resbalar terraplén abajo un par de veces. Era difícil avanzar de ese modo sin soltar la pala o el saco.

Tiré de los demás para ayudarlos a subir.

—El río está creciendo —dijo el *sheriff* Alexander—. Tenemos que hacerlo rápido.

El *sheriff* le dio la pala a él.

—Por aquí —indicó él sin esperar a que el *sheriff* terminara de enrollar la cuerda.

Nos guio a través del agua poco profunda utilizando la pala como bastón para mantener el equilibrio cuando tropezaba.

Empezamos el ascenso hacia el Licklog. La lluvia había arreciado, una lluvia fría que te calaba hasta los huesos. Caminábamos temblando, agotados y con la ropa completamente empapada. Las nubes estaban tan bajas que tuve la sensación de que podría tocarlas.

—Aquí —dijo él—. Es por aquí.

Deambuló unos instantes entre los tocones hasta que encontró el del fresno. Después se detuvo en un trozo de tierra despejado.

—Es este —informó, sin moverse del sitio.

Levantó la pala y apuntó con ella hacia el suelo como si fuera la vara de un zahorí.

—En algún punto justo aquí —añadió.

Él empezó a cavar por un lado y yo por el otro. La lluvia había ablandado el suelo, de modo que fue fácil, lo suficiente para permitirme pensar en otras

cosas mientras trabajaba. Nada bueno, en cualquier caso. Mi mente estaba enmarañada como un zarzal y a cada minuto que pasaba me sentía más confuso. Una hora antes estaba casi convencido de que no había más que una manera de juzgar al hombre que estaba a mi lado, pero ahora me daba cuenta de que me engañaba a mí mismo. Habíamos compartido demasiadas cosas a lo largo de los años.

Incluso ahora estábamos trabajando juntos, codo con codo, igual que habíamos hecho durante toda mi vida. Mi recuerdo máspreciado —más que las miradas de la señora Winchester en la iglesia, más que la imagen de mi madre acunándome en sus brazos cuando el dolor de oídos no me dejaba dormir— era estar con mi padre en el prado, sosteniendo un frasco de cristal repleto de escarabajos de la patata de bonitos colores. Ayudándole, o al menos eso decía él aquellos días en que le seguía a todas partes mientras trabajaba.

«Piensa en algo malo que te haya hecho», me dije. Pero no había nada. Nunca me había puesto la mano encima ni me había insultado siquiera. Me castigaba cuando me lo merecía pero sin excederse nunca. El hecho de que su sangre no corriera por mis venas no le había impedido quererme igual que si hubiera sido su propio hijo.

La lluvia arreció de repente, como si un gigantesco cuchillo acabase de abrir el cielo de un tajo. Apenas podía ver a unos escasos metros en cualquier dirección. Era como si una cortina blanca nos hubiera rodeado, aislándonos del resto del mundo. «Si él no es tu padre, ¿quién lo es entonces?», me dije.

—Rápido —dijo el *sheriff* Alexander.

Era evidente que le preocupaba cada vez más cómo volveríamos a cruzar el río. Salí del hoyo que acababa de excavar y empecé de nuevo, esta vez más cerca de lo que quedaba del fresno. Habría cavado unos ochenta centímetros cuando mi pala por fin sacó algo que no eran raíces ni piedras. Me arrodillé y aparté la tierra con las manos, una tierra de un color distinto a la del hoyo anterior.

Era una cadena de la que colgaban dos trozos de metal oxidados. Cerré el puño en torno a ellos. No lo hice con fuerza, pero aun así se deshicieron como si fueran alas de mariposa. Seguí cavando más rápido. Encontré una medalla que aún conservaba la cinta de seda, un par de ojales de los cordones

de unas botas y algunas esquirlas de hueso. Lo metí todo en el saco todavía mezclado con algo de tierra.

Aunque seguí cavando, no encontré nada más que algunos pedazos de cerámica india y más raíces.

—Eso es todo, hijo —dijo el *sheriff* Alexander.

No quería creerlo. No sabía lo que esperaba encontrar allí, pero en cualquier caso mucho más de lo que ahora reposaba en el fondo del saco de las coles.

—Vámonos —añadió el *sheriff* Alexander.

Y puso con firmeza su mano en mi hombro, pues yo aún estaba arrodillado en el suelo rebuscando entre el barro por si hubiera algo más. Aun así, sabía que estaba buscando algo que no iba a encontrar.

Me levanté y miré a las dos personas que me habían criado. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué debía sentir? Quería preguntárselo.

Mientras atravesábamos el bosque chapoteando entre el barro de camino al río mi mente aún zozobraba enredada en recuerdos que se me clavaban como espinas. Lo recordé sentado en mi cama una noche, esperando a que me quedara dormido después de una pesadilla.

«Lo has heredado de mí», dijo. «También yo tenía pesadillas cuando era niño». Me puso la mano en el hombro con suavidad. «No temas, hijo; pronto te harás mayor igual que hice yo».

Y después otro recuerdo se abrió paso en mi interior como un cuchillo. Una noche, años después, en la feria del condado, cuando disparé en el tiro al blanco con una carabina de aire comprimido y acerté en pleno centro de la diana. «Eres un buen tirador, igual que tu padre», había dicho mamá. Cuando él la miró, mamá perdió la sonrisa y ya no volvió a reír en toda la tarde, ni siquiera cuando le regalé el osito de peluche que había ganado.

Y el recuerdo más doloroso de todos, porque me planteaba una pregunta que yo mismo debía responder.

«Tú eres uno de los Winchester, ¿verdad?», había dicho el señor Pipkin.

Cuando llegamos a la orilla del río, el nivel del agua había subido todavía más, pero eso no era lo peor. El agua del río estaba revuelta y fangosa. No había manera de saber dónde pisábamos.

El *sheriff* Alexander desenrolló la cuerda.

—Será mejor que dejéis las palas —nos advirtió. Los dientes le castañeteaban al hablar—. Ya bastante difícil va a ser llegar al otro lado... — Hizo un gesto con la cabeza señalando el saco que yo tenía en la mano—... Deberías dejar eso también. Nos ahorrarías muchos problemas a todos si lo hicieras. Mi ayudante está de camino. En cuanto vea lo que hay en ese saco será un caso de asesinato.

Miré a mamá y al hombre que me había criado. «Suplicadme que haga lo que me dice», pensé. «Ponédmelo un poco más fácil». Pero no dijeron nada.

En aquel momento supe que tenía que elegir entre el hombre que me había criado y el saco de huesos y tierra que tenía en la mano, y que la elección debía llevarla a cabo en esta orilla del río. Por supuesto no era tan fácil. No se trataba de lo que estaba bien o mal, ni de lo que le debía al hombre que me había acogido como a su propio hijo, o a mamá o a la señora Winchester. Lo único que importaba era que tendría que vivir con ello el resto de mi vida.

Me adentré en el río y no me detuve hasta que el agua me cubrió las rodillas. Me di la vuelta y miré a mamá y a papá. A pesar de que la corriente golpeaba con fuerza mis piernas, me mantuve firme. Saqué la Estrella de Oro del bolsillo y la metí en el saco. Levanté el saco con la mano derecha y lo sostuve en el aire entre nosotros durante unos segundos antes de dejar que se escurriera entre mis dedos. La corriente arrastró el saco varios metros río abajo antes de que se hundiese.

—Que los muertos entierren a los muertos —proclamó el *sheriff* Alexander.

Nadie más dijo nada ni se movió de donde estaba. Durante algunos segundos solo se oía el ruido de la lluvia al caer.

Entonces el *sheriff* Alexander me lanzó el extremo de la cuerda y seguí avanzando hacia la otra orilla. El agua estaba mucho más fría que una hora antes. Ahora caminaba a ciegas, tanteando con mucho cuidado el fondo que no podía ver. La corriente, cada vez más fuerte, me empujó hasta más abajo de donde habíamos cruzado. Aún no había alcanzado la mitad del caudal y el agua ya me llegaba por la cintura.

No sabía si dar la vuelta o continuar. Me quedé inmóvil donde estaba; mi cerebro funcionaba a cámara lenta. Volví la cabeza hacia atrás para mirar a

los demás, que ya avanzaban corriente adentro sujetando la cuerda como si estuvieran extendiendo una jábega.

—Sigue avanzando —gritó el *sheriff* Alexander desde la zona menos profunda.

Me limité a obedecerle porque ya no era capaz de pensar con claridad.

Desenrollé la cuerda de mi mano. Si resbalaba no quería arrastrar a los demás conmigo. Unos pasos más adelante el nivel del agua volvió a bajar.

De repente la cuerda se tensó.

—Estoy atrapado —gritó papá—. Se me ha enganchado la pierna entre las ramas.

Con una mano tiraba de su pierna y con la otra se agarraba a la cuerda. La corriente lo golpeaba con fuerza y me di cuenta de que no sería capaz de mantener el equilibrio durante mucho tiempo.

—Agárrate fuerte a la cuerda —voceé.

Me miró a los ojos. Yo di un paso hacia él, y después otro, sin dejar de mirarlo, casi como si mi mirada fuera otra cuerda con la que mantenerlo sujeto. Él debió de sentir lo mismo que yo porque ni siquiera parpadeó. Durante un instante el río y la lluvia desaparecieron. Solo estábamos él y yo.

Después la corriente dobló su cuerpo por la mitad como si fuera un junco y se hundió. Mamá también se sumergió, dando fuertes sacudidas a la cuerda en el extremo del *sheriff* y en el mío. Perdí el equilibrio y la corriente me arrastró hacia aguas más profundas, y el frío me subió por la espalda como una corriente eléctrica. Cuando volví a salir a la superficie solo vi a mamá, varios metros más abajo.

Intenté nadar hasta donde papá se había hundido pero la corriente me arrastraba río abajo con cada brazada que daba. Me di la vuelta y vi la nuca de mamá oscilando como una boya mientras el torrente la arrastraba hacia un remolino.

Dejé que el río me llevara unos metros más abajo, pero la fuerza del agua me empujó más allá de donde estaba mamá. Cuando el caudal perdió fuerza, yo estaba a diez metros de ella. Conseguí salir de la corriente principal y me dirigí al remolino. Di varias brazadas hacia mamá y le indiqué a gritos que nadara en mi dirección; sin embargo, el frío parecía haberla anestesiado. Aunque miraba hacia donde yo estaba, ni siquiera me reconocía.

Se dio la vuelta y miró corriente arriba, hacia donde papá se había hundido. Sacó los brazos del agua y empezó a chapotear, tratando de nadar hasta él. Después levantó los brazos sobre la cabeza como si se estuviera rindiendo. Su cabeza se sumergió, después lo hicieron sus brazos y por último desaparecieron sus manos.

—¡Mamá! —grité.

Nadé hacia donde había desaparecido. Tomé aire y me sumergí, pero la corriente ya se la había llevado. Me zambullí otras cuatro veces y la corriente me arrastró río abajo hasta un punto en el que de nuevo el agua solo me llegaba hasta la cintura. Choqué contra un gran tronco y logré apoyarme en él para retroceder corriente arriba. Los dientes me castañeteaban y estaba mareado.

Entonces sentí que me olvidaba de lo que estaba buscando e incluso de dónde me encontraba. De repente me pareció estúpido luchar contra la corriente cuando podía tumbarme y dejar que el agua me cubriera como una cálida manta. Me tendí de espaldas, igual que si estuviera en la cama. El agua me engullía y durante unos segundos todo se volvió oscuro y tranquilo.

De repente unas manos me sujetaron, unas manos fuertes que tiraron de mí hacia la superficie y me arrastraron a la orilla.

—¿Por qué no me has dejado dormir un poco más, papi? —dije, y de nuevo todo quedó a oscuras.

EL AYUDANTE DEL *SHERIFF*

«Será mejor que subas hasta la granja de Billy Holcombe», me había dicho el *sheriff*. Pero no me dio ninguna maldita explicación de por qué, lo que no me sorprendió lo más mínimo porque siempre había sido un hombre parco en palabras. De modo que me tomé el café con calma antes de ponerme el impermeable amarillo. Después de todo, no había dicho «Ven rápido» o «Es serio». Demonios, por el tono de su voz bien podría haberse tratado de un maldito gato atrapado en un árbol.

Conduje despacio montaña arriba por culpa de la lluvia, pero por fin llegué al desvío y continué por el camino de acceso a la granja de Billy Holcombe. Vi el coche del *sheriff* y una camioneta aparcados cerca del agua, pero yo no tenía la menor intención de meterme con el coche en aquel prado. Con un vehículo de la Policía atascado ya era más que suficiente.

Llegar al río fue como arrastrarse por una enorme pocilga. A cada paso que daba tenía que agacharme para sacar los pies del barro, pues se me quedaban atascados igual que si hubieran echado raíces. A los pocos metros perdí un zapato y tuve que ponerme a escarbar para sacarlo como si fuera una maldita patata.

No sé ni para que me molesté. Esos zapatos estaban echados a perder antes de llegar a la mitad del prado. Pensé en lo agradable que sería estar de nuevo en la oficina, bebiendo un café caliente y escuchando el golpeteo de la lluvia en el tejado en vez de estar empapado bajo ese aguacero. Sin embargo, estaba convencido de que la cosa se solucionaría enseguida.

Entonces vi que alguien salía del agua a trompicones y se alejaba de la orilla; llevaba algo a cuestas. No lo reconocí, pues la lluvia caía con tal fuerza que era como mirar a través de una cascada. El agua por donde avanzaba era

muy poco profunda y durante unos instantes me dio la sensación de que caminaba sobre ella, como si fuera una aparición que emanara del río.

Cuando se acercó vi que no era ningún fantasma, aunque lo que llevaba en brazos bien podría haberlo sido, pues el muchacho parecía más muerto que vivo y tenía la cara tan pálida como la cera.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha ocurrido? —pregunté.

—¿Qué? —dijo el *sheriff*, temblando con tal fuerza que solo fue capaz de tartamudear.

Cuando lo miré a los ojos me parecieron casi tan vacíos como los de una calabaza de Halloween. «Hipotermia», pensé, «conmoción».

—Vamos —dije—. Tenemos que conseguir que el muchacho y tú entréis en calor.

Los llevé hasta el coche y los metí a los dos en el asiento trasero.

—Quítese esa ropa y también la de él —le pedí.

Pero tenía las manos tan entumecidas que ni siquiera podía desabrocharse el primer botón. Yo lo hice por él y después saqué la manta del maletero y los envolví con ella. Arranqué el motor y puse la calefacción al máximo. Después llamé al equipo de rescate.

—Estamos de mierda hasta el cuello aquí arriba —chillé.

Les expliqué dónde estaba y les dije que se dieran prisa.

Miré al asiento de atrás. El muchacho estaba inconsciente, pero ni aún así dejaba de temblar. El *sheriff*, sin embargo, parecía haber entrado en calor.

—Billy y Amy Holcombe aún están allí abajo —dijo él, con la voz aún temblorosa—. Tengo que intentar encontrarlos.

—No va a ir a ningún sitio —repliqué—. Quédese aquí con el chico y cuide de él hasta que llegue el equipo de rescate. Yo iré a buscar a los otros.

Pero no encontré a Billy ni a Amy Holcombe. Envié a los buceadores esa misma tarde, en cuanto la lluvia aflojó. Los pobres cabrones no lo tuvieron fácil, y no solo porque el agua estaba turbia y no podían ver nada. La madera que los leñadores habían dejado no les facilitó el trabajo. Tanto los vivos como los muertos podían quedarse fácilmente atrapados entre las ramas, especialmente en un lago cuyas aguas no habían terminado de asentarse.

—Mañana nos vemos —les dije a los buzos cuando dieron por concluida la jornada.

A la mañana siguiente regresé a Jocassee; sin embargo, no fui directamente a la granja de Billy Holcombe. Antes había otros muertos que atender.

Cuando llegué al cementerio aún no había nadie. Busqué a los buceadores pero seguían trabajando corriente arriba, cerca de la granja de los Holcombe. Cada pocos minutos una explosión de dinamita cerca de la presa sacudía el suelo, explosiones tan fuertes que hacían que me pitaran los oídos, tan fuertes como para despertar a los muertos, habrían dicho los ancianos; aunque ya no tenía la menor importancia que los despertaran o no. De un modo u otro los muertos se iban a levantar.

Melvin Pearson y su equipo aparecieron enseguida. La funeraria y un par de camionetas se acercaban lentamente por la carretera.

—¿Cómo van el *sheriff* y el muchacho? —preguntó Melvin.

—Todavía están en el hospital del condado —contesté—, pero según los médicos a los dos les darán el alta mañana.

—¿Hay alguna posibilidad de que los otros sigan vivos? —preguntó Melvin.

—No lo creo —respondí—. Hemos recorrido las dos orillas del río hasta Laurel Fork.

Vi a los hombres de Melvin sacar picos y palas de la parte trasera de las camionetas.

—Quizá sea mejor que el *sheriff* no pueda estar aquí para ver esto —opinó Melvin.

—Desde luego se cabrearía —constaté.

El *sheriff* no se había ganado muchos amigos en los últimos tiempos con todas sus peticiones, recursos y exigencias. Eran pocos los que estaban de acuerdo con él cuando se oponía a mover las tumbas, y menos que nadie los de Carolina Power y el reverendo Robertson. Ni siquiera yo, maldita sea, pues mi tío también estaba en ese cementerio.

Los ocho hombres que Melvin había traído se dirigieron hacia las varillas metálicas clavadas en el suelo con nombres plastificados para identificar a los muertos. Las varillas señalaban los lugares donde habían estado las lápidas de

mármol, granito y esteatita. Todos los trabajadores peinaban canas, y algunos ya parecían demasiado mayores para ese tipo de tarea, mayores que algunos de los tipos que estaban a punto de desenterrar. Trabajaban de manera tan lenta y obstinada como una recua de mulas y sin hablar ni una sola palabra. A medida que los hoyos se hacían más profundos iban desapareciendo en el interior de las tumbas.

No pude evitar preguntarme qué se sentiría al ser tan mayor y estar tan cerca de la muerte. Me pregunté si lo que hacían les haría reflexionar sobre lo cerca que ellos mismos estaban de su propia sepultura. Aunque quizá no estuvieran pensando en nada. Quizá se dedicaban a hacer su trabajo sin que les importara lo más mínimo si tenían que excavar una tumba o una fosa séptica.

El primero en terminar fue uno de los trabajadores que excavaban en la parte más antigua del cementerio. No dijo nada; se limitó a asentir con la cabeza mirando a Melvin.

—Disculpa un momento —me dijo Melvin, y se fue a abrir la parte trasera de la funeraria.

Melvin sacó lo que parecía un ataúd de niño y lo llevó hasta la tumba. El viejo volcó en su interior varias raíces de pino, una corbata de seda y la hebilla de un cinturón, y por último varias paladas de tierra. El señor Pearson cerró la tapa y escribió algo en la madera antes de volver a dejarlo en la trasera de la funeraria.

Otro de los trabajadores levantó la mano poco después, esta vez en la parte del cementerio donde había sido enterrado mi tío. Sin embargo, no habían encontrado a mi tío sino al padre del *sheriff* Alexander.

Esta vez al menos había ataúd. No obstante, aunque los trabajadores lo manipularon con cuidado, la madera de la parte inferior estaba tan podrida que cedió en cuanto lo levantaron, y el esqueleto cayó hecho pedazos como si fuera el contenido de una caja de cerillas.

«Demonios, desde luego había sido lo mejor que el *sheriff* no estuviera aquí», me dije. Y entonces pensé que quizá él había sido el único que de veras se había dado cuenta de cómo iba a ser todo esto. Por fin empezaba a ver las cosas como él, y condenadamente rápido.

—Esto no está bien, Melvin —declaré mientras los obreros recogían los pedazos del padre del *sheriff*, no más grandes que bellotas.

—Lo hacemos lo mejor que podemos —dijo Melvin un poco a la defensiva—. No es un trabajo fácil. Serán enterrados como cristianos esta misma tarde. El reverendo Robertson rezará unas oraciones y bendecirá el suelo donde reposarán los restos.

Miré hacia el río, pues durante un tiempo aún seguiría siéndolo, y vi que los buceadores habían continuado la búsqueda corriente abajo hasta llegar casi a la iglesia. De repente pensé que dentro de unos meses esa iglesia estaría bajo el agua y los buceadores seguirían buscando a Billy y Amy Holcombe. Imaginé a los nadadores buceando en su interior, moviéndose entre los bancos y el púlpito como si fueran ángeles, mientras el sol de la mañana se colaba en las profundidades a través de las celosías pintándolos con hermosos colores.

Bonita estampa se me había ocurrido. Por desgracia no era más que una maldita mentira. Esos buzos con sus trajes negros se parecerían más a aves carroñeras volando en círculos sobre el altar mientras sus ojos escrutaban el fondo buscando cadáveres.

—También mi madre estaba en el otro cementerio que trasladamos, Bobby —dijo Melvin, haciéndome volver bruscamente a la realidad—. No he hecho nada peor con estos cuerpos que con los de mis seres queridos.

Asentí. Melvin solo estaba haciendo su trabajo, y lo hacía lo mejor que podía. No era un trabajo especialmente agradable, pero tampoco el mío lo era a veces. Me di cuenta de que los dos estábamos metidos hasta el cuello en la misma mierda, pues a ambos nos tocaba lidiar a diario con los problemas de la gente.

Uno de los obreros empezó a trabajar en la tumba de mi tío Luke. No me apetecía lo más mínimo ver qué aspecto tenía ahora. Quería recordarlo como la última vez que lo vi, acostado en su habitación antes del funeral. Entonces no tenía buen aspecto, pero al menos todavía parecía un ser humano.

—Iré a hablar con los buceadores —le dije a Melvin—. Envía a alguno de tus hombres si me necesitas.

—Cuenta con ello, Bobby —respondió él.

Salí por la entrada principal y caminé hacia el coche. Desde allí todavía podía escuchar las paladas de tierra al caer suelo y el chirrido de las palas cada vez que chocaban con las piedras.

—Dales un par de semanas —dijo Calvin Rochester, el forense del condado, tres días después, cuando los buzos se dieron por vencidos—. Es probable que suban por sí solos a la superficie.

Pero seis meses más tarde lo único que subió fue el nivel del agua, que cubrió casas, graneros y carreteras, convirtiendo los arroyos en ensenadas, y sumergiendo a Billy y Amy Holcombe cada vez más.

Fue en primavera cuando finalmente apareció un cuerpo, pero no era el de ninguna de las personas que estábamos buscando. Ese cuerpo ya había sido enterrado.

Un empleado de la compañía eléctrica se topó con un ataúd flotando en mitad del lago, como si fuera el palangre de un pescador, de modo que llamaron al *sheriff* y a Calvin.

—Tienes que ocuparte de esto —me dijo el *sheriff*.

Cuando llegué hasta allí habían escondido el ataúd en un cobertizo vigilado por un guarda para asegurarse de que nadie fisgoneara. Eran lo bastante listos como para saber que si se corría la voz sobre algo semejante cierta gente del condado de Oconee empezaría a zumbar a su alrededor como un enjambre de avispones. Y eso fue lo que el tipo de Carolina Power nos dijo a mí y a Calvin antes de pedirnos que evitásemos mencionar el «desafortunado incidente».

—Ya hemos avisado a la funeraria Pearson —nos informó—. En cuanto ustedes nos den autorización lo enterrarán junto a los demás cuerpos exhumados.

—Eso no es problema —aseguró Calvin—. No nos llevará más de un minuto.

El empleado de la compañía eléctrica retiró la lona que cubría el ataúd. No tuve necesidad de ver más que la madera para saber lo que había dentro.

Calvin echó un vistazo al cuerpo y volvió a cerrar la tapa del ataúd.

—Está bien —dijo Calvin—. Dígale usted a Pearson que puede volver a enterrarlo. ¿Tienes algún problema con eso, Bobby?

—No —respondí—, pero será mejor que sea yo quien lo entregue.

Calvin pareció un poco desconcertado.

—¿Es lo que querría el *sheriff*? —preguntó Calvin.

—Sí —contesté.

Calvin se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que me parece bien —convino.

El empleado de Carolina Power no dijo nada al respecto. Estaba demasiado aliviado por quitarse el muerto de encima como para preocuparse. Me ayudaron a cargarlo en la parte trasera del coche, con un extremo asomando por la ventanilla como si estuviera transportando algún mueble.

—Por favor, dígale al señor Pearson que nos gustaría que lo enterrara hoy mismo si es posible —dijo el empleado de Carolina Power.

—Se lo diré —accedí.

Me puse en marcha de camino a Seneca, pero al llegar a la Autopista 11 tomé un desvío a la derecha hacia el monte Rest. Las lubinas negras ya habían empezado a desovar y mi hermano haría lo posible por acabar pronto la jornada para salir con la barca. Eso me preocupaba, porque de ser así estaría metido en un lío. Sin embargo, cuando llegué al camino de entrada de la granja de Wendell la lancha estaba junto al granero.

Wendell estaba trabajando en su campo de maíz. En cuanto me vio aparecer saltó del tractor y echó a andar campo a través para saludarme.

—Necesito la lancha —dije—. Y también tu camioneta, porque el coche no tiene gancho para remolque.

—No hay problema —respondió él—. Llevo tanto retraso por culpa de la lluvia que me daré por contento si en agosto consigo ir a pescar.

Wendell entró en el granero y cogió el motor.

—Enganchémosla —indicó.

Dio marcha atrás a la camioneta mientras yo levantaba el enganche del remolque.

—Aquí tienes —dijo mientras me daba las llaves de la camioneta después de que instalásemos el motor en la barca—. Asegúrate de tirar varias veces de ese cordón porque le cuesta arrancar.

Wendell se disponía a volver a su campo de maíz pero yo hice un gesto en dirección al coche patrulla.

—Si tienes un minuto me vendría bien un poco de ayuda.

Sacamos el ataúd y lo colocamos en el bote. Cogí una cuerda y una manta del maletero y lo tapé sin dejar nada a la vista.

—Maldita sea, Bobby —se alarmó Wendell cuando terminamos—. ¿Qué andas tramando?

—Es mejor que no lo sepas —respondí—, aunque si lo supieras estoy seguro de que te gustaría lo que voy a hacer.

Reflexionó unos segundos sobre lo que acababa de oír. Estaba claro que se moría de curiosidad por saber lo que había en el ataúd.

—¿Necesitas algo más? —me preguntó Wendell.

—Solo un paquete de sal.

Veinte minutos después volví a salirme del asfalto y seguí dando tumbos por lo que ya se conocía como la vieja carretera de Jocassee. Aparqué justo donde la carretera desaparecía bajo el agua. En cuanto el bote estuvo a flote arranqué el motor y me dirigí al centro del lago.

Decidí que lo mejor sería ir despacio, porque el peso del ataúd hacía condenadamente difícil mantener el equilibrio. La lancha avanzaba con el morro levantado, aunque si el ataúd hubiera sido de roble en lugar de de cedro la cosa habría sido muy distinta. Según la compañía eléctrica, cuando el lago se llenara por completo habría zonas con una profundidad de ciento veinte metros. Cuando llegué a una zona que me pareció lo bastante profunda detuve el motor.

«Las aguas quietas suelen ser profundas», solía decir la abuela Murphree, «como si el mismo diablo aguardase en el fondo».

Descubrí el ataúd y abrí la tapa. Cuando miré en el interior vi cómo me sonreía su calavera de ojos vacíos.

—Tus huesos no reposarán en el mismo cementerio que mis antepasados, bruja —dije.

Después saqué del ataúd lo que quedaba de ella.

—Húndete hasta el mismo infierno —dije, mientras la arrojaba al agua.

El lago de aguas más claras de todo el sur. Ese era otro de los eslóganes de Carolina Power, y no me costaba creerlo. Miré cómo sus huesos se

hundían lentamente y su calavera asentía moviéndose arriba y abajo; los brazos se separaron de las costillas desplegándose igual que alas mientras la imagen se iba haciendo cada vez más pequeña y el lago era tan claro que parecía que caía por el aire en vez de sumergirse en el agua.

Cuando dejé de verla volví a arrancar el motor y me dirigí hacia la orilla. Era una tarde de cielo azul, uno de esos días cálidos y perfectos que a veces tenemos por aquí en primavera, ideales para salir a pescar en aguas como estas y olvidarse de las preocupaciones durante unas horas.

«Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer», me dije. «Ahora relájate, disfruta del paisaje y distráete un poco». Pero fui incapaz de hacerlo porque no podía dejar de pensar en Billy y Amy Holcombe, lo que no me sorprendió, teniendo en cuenta dónde me encontraba. Pensé en cómo habían muerto, que en ese mismo instante estaban sumergidos en las profundidades del lago y que no volverían a salir de allí hasta el día del Juicio Final.

También pensé en su hijo. Ahora vivía con el *sheriff*, al menos hasta que empezara a estudiar en Clemson en otoño. Me pregunté si haría lo mismo que el *sheriff* y no regresaría nunca por aquí, ni siquiera para llorar a los suyos.

Como ya estaba cerca de la orilla reduje la velocidad. Observé la ribera y me di cuenta de que estaba mirando la cima del monte Licklog. Abajo, en las profundidades, vi una carretera y supe con total seguridad cuál era. Todo se veía con tal claridad que tenía la sensación de estar mirando por el cristal de una ventana. Apagué el motor y dejé que el bote flotara a la deriva sobre el lecho del viejo río mientras la sombra de la embarcación se deslizaba sobre el fondo del lago como una red.

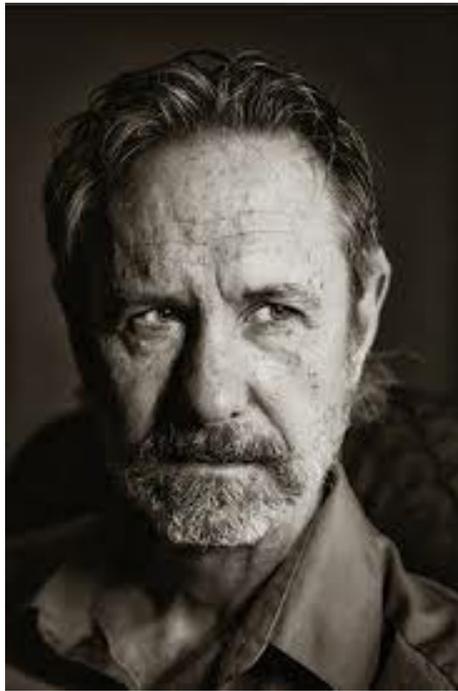
«Así es como Dios debe de ver el mundo», pensé. Entonces vi la camioneta, atascada en el barro igual que seis meses antes; después el buzón y por último la casa, el granero y el cobertizo que el *sheriff* y yo habíamos registrado hacía ya tantos años.

La puerta delantera de la casa estaba abierta y no pude evitar pensar que de un momento a otro aparecería alguien en el porche y miraría hacia arriba —igual que lo habría hecho yo para ver pasar un avión sobre mi cabeza—, alguien que ni siquiera sabría que estaba muerto y sumergido en el fondo de un lago.

La mera idea me hizo temblar de pies a cabeza. No quería estar ni un minuto más en esas aguas. Volví a tirar del cordón para arrancar el motor y llegué a la orilla lo más rápido que pude. Subí el bote al remolque, lo amarré y moví el coche unos cuantos metros hacia delante. Levanté la tapa del ataúd y esparcí la sal en su interior bordeando todo el contorno. Después metí unas cuantas piedras antes de volver a cerrarlo. En cuanto llegué a casa de Wendell fijé la tapa con clavos por si a Melvin o a alguno de sus empleados se les ocurría curiosear.

Y después me marché de Jocassee por última vez en caso de que la decisión dependiera de mí. No volvería ni para pescar, ni para nadar, ni para hacer esquí acuático, ni nada semejante. Este no era un lugar para tener un hogar.

Era un lugar para los perdidos.



RON RUSH (Chester, Carolina del Sur, Estados Unidos, 1953). Es un novelista y poeta estadounidense, reconocido principalmente por su novela de 2008 *Serena*, adaptada al cine en la película del mismo nombre de 2014.

Además de ser un novelista superventas, Rush ha logrado reconocimiento internacional como autor de cuentos, ganando el Premio Frank O'Connor en 2010 por *Burning Bright*. Trabajos recientes como *The Outlaws* (2013) demuestran la capacidad de Rush para crear tragedias universales fuera de la vida cotidiana en el sur de los Apalaches. Ron Rush además enseña poesía y escritura de ficción en el Departamento de Inglés de la Universidad del Oeste de Carolina.

Notas

[1] DAR (Daughters of American Revolution) en el original («Hijas de la Revolución Americana»). Se trata de una organización patriótica estadounidense reservada a mujeres, cuyos miembros son seleccionados de acuerdo a su línea genealógica, y que se dedica activamente a la educación y a la preservación de la historia del país. *(Todas las notas son del traductor)*.
<<

[2] Ambos candidatos se enfrentaron en las elecciones presidenciales de 1952 y 1956, resultando Eisenhower vencedor en ambas ocasiones. <<

[3] Libro escrito en 1940 por Chapman James Milling sobre las tribus indias de Carolina del Norte y del Sur que a lo largo de los años se convirtió en todo un clásico. <<

[4] En el original el autor juega con el parecido fonético entre *reservoir* (pantano, embalse) y *reservation* (reserva), en alusión a los antiguos pobladores indios de la región. <<

[5] LAV en el original (*light armored vehicle*), vehículo acorazado ligero. <<

[6] ROTC en el original (Reserve Officers' Training Corps). <<

[7] Siglas de la organización juvenil norteamericana Future Farmers of America, aunque con el tiempo el acrónimo pasó a utilizarse extraoficialmente con el desarrollo *For the Future of Agriculture*. <<